# ETIQUETAS

¿QUÉ HARÍAS POR TU LIBERTAD?

MAMON

# ETIQUETAS

¿QUÉ HARÍAS POR TU LIBERTAD?

MAMON

# Índice

Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

# Sinopsis

*Charlotte solo ansiaba una cosa en la vida. Algo por lo que había luchado desde pequeña y que el virus le arrebató sin preguntar. Cada vez que su destino tomaba un nuevo rumbo, ella perdía un atisbo más de ese derecho. Libertad. Prácticamente nada de lo que hacía era decisión suya, vivía siguiendo órdenes y trabajando para las personas que más odiaba. Sin embargo, todavía había una cosa más que podía perder si alguien descubría la verdad.*

*William tenía absolutamente claro cuál era su misión. Al soldado no le temblaba el pulso para cumplir con su cometido, y aunque muchos de los que lo querían cuestionaban su forma de pensar, él conocía de primera mano las consecuencias de los errores y las malas decisiones. Se había prometido no volver a ser débil para no destrozar nada más. Por eso, había optado por pasar a la acción, actuar y cargar con el remordimiento sobre sus hombros después.*

*El mundo se había divido en dos bandos con una línea tan difusa que podrían haber convivido juntos sin problemas. Sin embargo, la humanidad batallaba en una guerra silenciosa día a día contra los mutados. Muchos huían, otros luchaban y una gran mayoría buscaba construir un nuevo mundo.*

*El camino de Charlotte y William estaba enlazado por un hilo invisible y los dos tenían clara su meta. ¿Temblará el pulso del soldado cuándo las dudas lo asalten? ¿Será capaz de derribar ella los muros que la aprisionan para enfrentar sus propios miedos?*

*Todos los atardeceres me recuerdan a ti.*
*Te echo de menos.*

# Capítulo 1

Apenas recuerdo gran cosa del día en que llegué a la base. Había conseguido que mi tío no se percatara de mi infección durante años. Me había controlado y sentido como un animal enjaulado y encerrado en su propio ser cada día de mi vida. Sabía perfectamente qué era lo que latía bajo mi piel, buscando la forma de salir a flote, colérico, rabioso y herido. Sin embargo, también conocía el final que me esperaba si de verdad me convertía en lo que mi cuerpo deseaba de una forma tan irracional. Hasta que al final, un día no pude controlarlo más y entonces él se dio cuenta.

Sentía más miedo de mí misma y de lo que podía llegar a hacer que de ninguna otra cosa en el mundo. Aquel día estaba enfadada, me encerré en mi habitación y comencé a escuchar de nuevo en mi cabeza los gritos. Quise alejarlos cuanto pude, las lágrimas me escocían en los ojos y la rabia se estaba apoderando de mí. Me abracé con fuerza a mis rodillas como otras tantas veces había hecho y me dije que debía calmarme y que todo iría bien. Me lo repetí una y mil veces, pero no fue suficiente.

Los militares llegaron y derribaron la puerta de mi habitación. Iban preparados para reducirme y no sé qué esperaban encontrar porque yo era una simple adolescente asustada que lidiaba con algo que no quería, ni podía soportar por mucho más tiempo.

Tenía trece años cuando me dispararon un dardo cargado de sedante y al abrir los ojos de nuevo un tatuaje rectangular de color gris claro estaba grabado en mi mano. Me sentía ligeramente mareada y también mucho más tranquila de lo normal, pero mi corazón seguía latiendo. La vida me había regalado una segunda oportunidad y tuve claro que no la iba a desaprovechar.

El virus fue letal y millones de personas murieron. Se contagiaba por el aire e incluso las grandes ciudades quedaron devastadas en pocas semanas. La gente que lo padecía sufría espasmos, convulsiones y luego se volvían locos. Al final morían. Aun así, mientras lo sufrían no reconocían ni a su propia familia o amigos. Eran agresivos y la adrenalina les dotaba de una fuerza superior a la común, arrasaban con todo lo que aparecía en su campo de visión y solamente había una

forma de detenerlos.

Para erradicarlos el gobierno destinó cantidades enormes de dinero a los científicos de todo el mundo. Finalmente, una unidad alemana dio con una toxina que acababa con los infectados. Morían a las pocas horas de respirarla. Así que, lanzaron bombas que explotaron en el cielo al igual que fuegos artificiales. Y de esa forma fue como la toxina se expandió entre todos nosotros sin que a nadie le importaron las consecuencias o las vidas que se perdían sin luchar por una cura no mortal. Querían una solución y no importaba el precio.

De esa forma, poco a poco, fueron localizándolos a todos, o casi todos, y murieron, pero no lo hizo el virus. Algunos sobrevivimos, superamos la enfermedad y nuestro sistema fue capaz de erradicarlo antes de que liberasen la toxina. No sin secuelas.

Recuerdo el día que mi padre se contagió, yo tenía tres años y escuché los pasos de mi madre corriendo. Me escondió en el sótano de nuestra casa y me pidió que no quitase el pestillo hasta que no hubiese silencio. Me dijo cuánto me quería abrazándome con lágrimas en los ojos. Era una despedida y así lo sentí yo.  A continuación, desapareció escaleras arriba. Los gritos que sucedieron a continuación fueron una psicosis que no abandonaría mi cabeza nunca. Jamás podría dejar de escucharlos.

Pero obedecí, a pesar de que me aterrorizaba estar allí abajo, ya que sabía que mi madre solo me pediría aquello si de verdad era imprescindible y por eso, no abrí la puerta hasta que solo hubo silencio. Al hacerlo, me encontré con los cuerpos de mis padres, ambos manchados de sangre, y más adelante, años después, comprendí que mi padre había enloquecido y la mató con sus propias manos. Igualmente, cuando sucedió yo era una niña. Así que, me quedé allí con ellos, hasta que a los pocos días enfermé. Casi no tengo recuerdos de la enfermedad, debí desmayarme y pasar la mayor parte del tiempo inconsciente. Del mismo modo, nadie nunca supo que yo había padecido el virus porque para cuando pedí ayuda ya estaba bien. Y al final, acabé con la única familia que me quedaba. Mi tío.

De vez en cuando la toxina se seguía liberando para encontrar a los supervivientes del virus porque algunos lo superamos, pero no sin secuelas. La rabia y agresividad se quedaron con nosotros.

Cuando un superviviente se descontrola, la agresividad lo posee. El resto del mundo deja de existir y todo se vuelve borroso, y al igual

que en un sueño, es imposible distinguir la realidad de las alucinaciones bajo el horrible dolor. Entregar a un superviviente se remuneraba con una cuantiosa cantidad de dinero. Una buena forma que encontró el gobierno para ir localizándonos a todos poco a poco.

Cada vez que la toxina que lo erradicó flotaba en el aire, yo sentía que mi mundo se descomponía y la sangre me hervía por dentro, pero aquello también sucedía cuando me enfadaba, y eso no era culpa de la toxina. Esas veces era culpa mía. Aprendí que si quería ser libre y vivir solamente podía fingir o acabaría, como más tarde acabé, en un campo militar con un rectángulo gris claro tatuado que describía mi nivel de agresividad.

El gobierno continuó investigando y descubrió que entre los infectados supervivientes no todos reaccionábamos igual. Algunos simplemente sufrían la toxina como un dolor físico y no se volvían agresivos. Esos eran los gris claro. Otros, los gris oscuro, se volvían agresivos, pero no poseían fuerza fuera de lo común, por lo que eran controlables. Y luego, los últimos éramos etiquetas negras. Nos volvíamos como la gente que murió y nos exterminaban nada más diagnosticarnos. ¿Cómo acabe con un rectángulo gris claro? Ni siquiera yo lo entendí la primera vez que desperté, pero luego en las siguientes pruebas periódicas entendí que la simulación era un ejercicio de control. Nos exponían a la toxina inyectándola directamente en la sangre y después analizaban nuestras reacciones a través de un simulador. En mi caso, tras años controlándome para ocultárselo a mi tío, podía fingir que era un gris claro. Y así fue durante cuatro años.

Además, en la base el último día de cada mes cuando ya estábamos en nuestro cuarto, si es que podía llamarse así a los tres metros cuadrados que teníamos como espacio personal, se liberaba la toxina y los soldados buscaban evidencias por si alguno habíamos evitado el test. Como yo.

El día que comenzó todo me sentía agotada. Nos habían hecho pasar el día trabajando en un campo de cultivo y tenía ampollas en las manos. Me senté a esperar el momento a sabiendas de que no podía descontrolarme porque si seguía así, tarde o temprano, me dejarían reinsertarme en la sociedad. Los soldados ya no me consideraban peligrosa y estaba a punto de alcanzar la mayoría de edad. Tal vez en un año podría estar fuera y me aferré a esa esperanza con todas mis fuerzas, que fueron demasiadas como siempre.

El gas comenzó a salir de las tuberías y en el mismo instante en que la

primera partícula se posó sobre mi piel, todo mi cuerpo reaccionó. Primero sentí dolor, la piel me ardía y me consumía por dentro, igual que si me hubiesen arrojado a una brasas y me estuviera quemando viva. Los gritos empezaron a llenar el pasillo, y automáticamente lo guardias comenzaron a pasear revisando nuestro comportamiento. Hice lo que hacía siempre, me abracé y enterré la cabeza entre mis piernas. No permití que la demencia me invadiera, ni las imágenes de mis padres muertos, ni la cara del borracho de mi tío tampoco. Traté de dejar la mente tan en blanco como el dolor me permitía, aunque lo cierto es que era insoportable. Solo podía pensar en una cosa, si me descubrían estaba muerta. Me concentré tanto como pude en ese miedo. Dejé que me invadiera y que me paralizase, porque aunque fuese agónico dejarse llevar por ese sentimiento, eso haría que al día siguiente respirara de nuevo.

Mis uñas comenzaron a hundirse en el lateral externo de mis rodillas al que me aferraba para no mover ni un solo músculo. Tenía cicatrices en ellas de haberlo hecho demasiadas veces, pero ese ritual se había convertido en mi salvoconducto. Ni un solo signo de fuerza sobrenatural, no podían verlo o estaba muerta. El dolor de la toxina era casi tan agudo como el que yo estaba haciéndole sentir a mi propio cuerpo. Durante horas fue así. Luego, por fin, todo cesó.

Llevaba días enferma y sabía demasiado bien el motivo. Se me habían infectado las heridas que me había provocado el día de la toxina. Hacía semanas que estábamos cultivando esas tierras para que la base se pudiese autoabastecer en el invierno. Todos nos esforzábamos más de lo debido en esta tarea, pero a decir verdad es que en los últimos años estas habían sido nuestra salvación. El gobierno prefería invertir en armas, colonias y munición antes que en alimentar a monstruos como nosotros. La mayoría de los soldados nos trataban como si fuésemos de otra especie. A veces incluso se sorprendían por cosas tan cotidianas como ver llorar a alguien. ¿Podéis sentir? ¿Acaso has notado algo entre tanta agresividad? ¿Debería preocuparme pequeño monstruo? Preguntas estúpidas, preguntas que reflejaban lo poco que sabían sobre nosotros, y aun así nuestra vida dependía de su buena fe para decidir que éramos medianamente útiles como peones.

Al final, tras demasiadas jornadas entre tierra y sudor las curas que me había hecho cada noche no habían sido suficiente.

Marco me miró por enésima vez esa tarde y yo me estaba poniendo nerviosa porque solamente iba a conseguir que algún soldado también se fijase en mí. Podían descubrirme por su culpa, pero lo cierto es que

sabía que lo hacía porque estaba preocupado. Me había pasado la noche anterior sudando y con fiebre, y ese día con la alta temperatura y el exceso de trabajo solo estaba empeorando mi estado.

—Tengo horas para canjear mañana. Te pediré antibióticos. —La voz de Marco me alejó de los delirios que comenzaban a formarse en mi cabeza.

Todos nosotros podíamos trabajar horas extra y canjearlas en el mercadillo semanal por objetos. Yo apenas tenía horas porque no solía trabajar más de lo que nos pedían. El cansancio solo empeoraba mi mal humor y eso era peligroso en alguien como yo. Marco en cambio era una etiqueta gris claro real, así que para matar las horas y el aburrimiento ayudaba en la biblioteca muchas veces o en los almacenes.

Que quisiese entregar sus horas para mí era todo un detalle. Había poca gente allí en la que se pudiese confiar. Sin embargo, él siempre estaba, al menos para mí. Teníamos algo, algo que no estaba definido y de lo que nunca habíamos hablado en serio, y no por miedo o vergüenza, sino porque no hacía falta. Entre nosotros todo estaba claro. Nos habíamos hecho una promesa años atrás, siempre seríamos familia. Así que, el resto no importaba, siempre que el otro lo necesitase, por muy jodido que fuese, estaríamos ahí el uno para el otro.

A la hora de la comida, su mano cálida se posó sobre mi frente ardiendo y le escuché resoplar a la vez que se llevaba una cucharada de puré a la boca. En el comedor podíamos relajarnos y ser más descuidados. Soldados y mutados, así nos llamaban, comíamos a la vez por lo que, en general, nos ignoraban durante ese rato. Volví la vista hacia Marco y vi que su rostro denotaba preocupación.

Sus ojos color miel me miraban angustiados y no pude evitar acariciar sus ondas. Me encantaba su pelo color arena suave y desenfadado. Representaba todo lo que era él, una calma en equilibrio con el desorden y siempre rebosante de positividad. Marco nunca contemplaba un mal final, siempre que tenía un plan descartaba imprevistos, como por ejemplo, pedir antibióticos. En su cabeza, se los darían sin ningún problema, yo por el contrario no era tan optimista.

Le dediqué una sonrisa o todo lo que podía asemejarse, él lo entendió y me besó la mejilla. El resto de los presentes en la mesa charlaban animadamente. Algunos de ellos eran mis amigos, otros eran conocidos, y muy pocos eran mi familia como Marco. Sin embargo,

incluso así, no podía negar que esos momentos me esperanzaban, pues el sueño de una vida en el exterior con mi amigo se volvía más real en momentos como ese. Llegados a los dieciocho las etiquetas grises podían reincorporarse en la sociedad. Marco y yo lo solicitaríamos juntos, solo teníamos que aguantar unos meses más.

—Lávate bien las heridas ¿vale?

Asentí cuando ya casi habíamos llegado a nuestras celdas. Marco estaba en la contigua a mi habitación.

—Te lo prometo. Seguiré viva por la mañana.
—Eso espero.

Y así fue, sobreviví a esa noche como prometí.

Al día siguiente, en la cola del mercadillo no veía llegado el turno de Marco. Necesitaba los antibióticos sí o sí, me había pasado la noche vomitando y con temblores por la fiebre, las heridas supuraban un pus amarillo y toda la piel de alrededor estaba roja e inflamada. En esa ocasión, el sargento Hudson supervisaba los trueques que se realizaban y solía poner bastante desgana en su misión. Era algo sencillo y Marco tenía muchísimas horas por lo que podía pagarlos sin problema. A medida que la cola avanzaba mi vista se nubló varias veces. Un poco más Charlotte, solo un poco más. Me repetía mentalmente ese mantra una y otra vez con el fin de mantenerme consciente. También ignoré las miradas de los demás mutados que claramente me miraban con cara rara. Sabía perfectamente que tenía un aspecto horrible, pero eso a los soldados nunca parecía importarles.

Marco ya casi había llegado cuando la puerta del edificio principal se abrió. El capitán de la base era un hombre al que nadie querría tener como enemigo. Solamente su aspecto físico era capaz de intimidar a cualquiera. Este se acercó a la mesa, le dijo algo al sargento y después se ubicó detrás. En ese mismo instante, la sensación de que aquello no iba a salir como esperábamos se me instaló en el pecho.

Marco llegó y yo estaba solo unos puestos por detrás. El sargento confirmó el número de horas y asintió con la cabeza en señal de conformidad. ¿Cómo no? Se pasaba el día trabajando y haciendo todo bien para que al cumplir los dieciocho le dejasen reincorporarse en la sociedad. Nos quedaba poco menos de un año y tendríamos la opción de salir y vivir como personas normales. Nos harían controles rutinarios, sí, pero por fin podríamos tener una vida. Y seríamos nuestra propia familia, la que nos prometimos ser, unida pasase lo que

pasase. Sin embargo, los sueños casi nunca se cumplen, al menos no en ese nuevo mundo en el que vivíamos.

—Una buena suma de horas, Ruiz —Hudson parecía conforme con las labores de Marco —¿Por qué va a canjearlas?

—Antibióticos para siete días. —La voz de Marco no tembló, ni dio lugar a dudas o al menos a mí no me lo pareció.

—¿Está enfermo Ruiz? —La pregunta del sargento comenzó a confirmar mis sospechas. Negociar no sería tan sencillo con el capitán a las espaldas.

—Creo que me he resfriado, algo de dolor de garganta. Me gustaría medicarme cuanto antes.

—Está bien... —El sargento estaba firmando el papel cuando un carraspeo del capitán interrumpió.

—Tenemos enfermería, si necesita medicación debería recetársela un médico.

—No me gustaría molestar más de lo debido, mi capitán. —A pesar de que Marco lo intento, yo ya sabía que no íbamos a salir bien parados.

—No parece enfermo en absoluto, Ruiz.

El capitán miró un segundo al sargento dándole a entender que no estaba haciendo bien su trabajo y bastó solo una mirada para despertar al sabueso.

—¿Son para la chica? —Marco no respondió, pero no hacía falta. El sargento sabía que éramos inseparables. —Deckers, preséntese.

En cuanto avancé un paso y me vieron el revuelo fue en aumento. Marco perdió los nervios, su plan, sin plan B, era un desastre. Trató de insistir en que era él quien estaba enfermo fingiendo que tosía, pero ni el capitán ni el sargento le hicieron caso. No había llegado a la mesa cuando me desmayé.

Había una nube borrosa y mi mente estaba como perdida, sin saber muy bien dónde se encontraba. Una pesadez se había instalado en mi cuerpo y los párpados se negaban a abrirse. La nube me envolvió de nuevo. Volvía a estar en esa maldita casa encerrada en mi cuarto y aferrándome a los pocos buenos recuerdos que tenía. Trataba de revivirlos una y otra vez, trataba de no olvidar. Me grité a mí misma que detrás de la oscuridad siempre había luz, que solo tenía que buscarla, encontrar el camino.

Fue entonces cuando una mano comenzó a palparme la pierna. Desperté sobresaltada y empujé con fuerza a la persona que me estaba

tocando. Mis ojos tardaron en reconocer el entorno y les costó acostumbrarse a tanta claridad. Ignoré como pude el dolor de cabeza que me causaba toda aquella luz y busqué con rapidez a la persona que me había estado tocando. Vestía bata blanca y tenía el pelo canoso, o lo que es lo mismo, tenía todo el aspecto de un doctor. A pesar de que solo había visitado la enfermería para las pruebas de mutante, aquello encajaba con lo que podía ocultarse tras las muchas otras puertas que solía ver. El doctor me miraba desconcertado, casi tanto como yo, lo que me hizo preguntarme si había empleado demasiada fuerza para apartarle.

—Charlotte, ¿puedo llamarla así?

Su tono de voz era suave, sonaba incluso melódico, pero las palabras se negaban a salir de mi boca. Asentí como pude y él lo entendió.

—Bien Charlotte, estás en la enfermería de la base. Te desmayaste y llegaste en muy mal estado. Te he dado medicamentos y deberías mejorar, pero necesito saber qué te causó ese malestar.

—Creo que me resfrié. —Mentí porque el doctor esperaba una respuesta y como ya me estaba tratando podía salir de allí mintiendo.

—No. —Fue tajante y sereno, no había réplica posible. —Tus síntomas son de una herida infectada, así que por favor, Charlotte, no intentes engañarme. Solo quiero ayudarte.

Solo quiero ayudarte. Había escuchado demasiadas veces esa frase o sus variantes. Tantas como para saber que eso no era cierto, pero qué podía hacer, el doctor buscaría la herida y, o se las enseñaba yo misma o acabaría pidiendo ayuda para localizarla. Desvié la vista al suelo, tratando de encontrar una solución, para concluir en que solo podía mentir acerca de cómo me las había hecho.

Al otro lado de la cortina alguien discutía, la voz de una mujer reprendía a un hombre que debía quedarse en reposo y se negaba. No era la única allí en problemas. Recé para que aquella persona crease una distracción y el doctor se olvidase de mis heridas, yo solo necesitaba tiempo, pero cuando escuché al hombre aceptar a regañadientes no me quedó más remedio que responder con parte de la realidad.

—En las rodillas.

Me incorporé para sentarme en la camilla y levanté las dos perneras de mi pantalón. Mientras el doctor recogió todo lo necesario para unas curas.

—¡Por dios santo! Muchacha esto te habría matado, ¿cómo demonios te has hecho semejantes heridas?

Al final, las voces del doctor atrajeron al individuo que estaba al otro lado.

—Me caí en el trastero de herramientas.

Sentía dos pares de ojos clavados en mí, el doctor y el soldado que había salido del otro lado para cotillear mi lado de la cortina. Dudé sobre si pedir discreción, pero era muy probable que solamente saliese peor parada de aquello. Al mirar la heridas vi que seguían segregando pus amarillo y me aferré a la camilla cuando el algodón rozó la herida.

—Charlotte no puedes ocultar estas cosas. Es peligroso.
—Tal vez le preocupa más otro peligro.

Mis manos aflojaron la camilla tratando de que no se notase el pequeño agujero que mis dedos habían hecho en el cuero de tanto apretar. En cambio, el soldado estaba muy interesado en mis heridas, más de lo que debería.

—¿Más que la muerte?

El doctor estaba siendo irónico, pero lo cierto es que el soldado parecía estar calándome. Evité mirarlo, intenté ignorarle, pero antes de lo previsto se había puesto guantes y analizaba mis heridas.

—Esto son cicatrices, la piel está enrojecida sí, pero lo que se ve alrededor no miente. ¿Te caes muy a menudo, mutada?

El doctor seguía curando y yo traté de no responder pensando que el silencio sería mi mejor arma contra él.

—¿Estás sorda o qué?
—No, señor.

El soldado se incorporó tras de mí a la vez que el doctor continuaba con la cura. Su aliento soplaba en mi nuca y sentí que la muerte nunca me había mirado tan de cerca. El pánico me invadía y me paralizaba en ese momento, pero no tenía ni idea de lo que significaba tener miedo aún.

—Cuando acabe de curarla la quiero en la sala de pruebas.

Los segundos se volvieron minutos mientras que el doctor seguía

curando mis heridas con cuidado. Aunque ahora a él también le temblaba más el pulso que hace un rato. Me volví valiente un segundo y miré en dirección al soldado que debía tener un alto rango o no habría dado la orden como si nada.

Su cuerpo estaba tenso, todos los duros músculos se le marcaban. Sus brazos definidos y la tela de la camiseta que dejaba intuir perfectamente un cuerpo bien trabajado. Finas líneas de tinta asomaban a la altura del cuello. No sabía que pudiesen llevar tatuajes. Lo cierto es que su piel era de un bonito tono cálido y dorado, en contraste con las duras facciones que marcaban su rostro. Me devolvió una mirada desafiante y amenazadora y yo temblé levemente ante la intensidad de sus ojos marrones. Al final, bajé la cabeza deseándole todos los males que se me ocurrieron.

La sala de pruebas siempre estaba igual. Me pregunté si rara vez movían algo de sitio, pero supuse que no. Había estado decenas de veces allí, por lo que había memorizado todos y cada uno de sus detalles. Sus paredes blancas impolutas a excepción de la mancha de humedad que había en la esquina izquierda del techo. La camilla de simulación abarrotada de cables, o el muñeco con forma de payaso del escritorio. Por alguna extraña razón esa sala se me había grabado a fuego en la memoria, pero eso no me servía de mucho en aquel momento. Aun así, respiré tratando de calmarme porque yo sabía cómo superar la simulación al igual que lo haría un gris, y sin embargo una vocecilla me gritaba continuamente que algo no iba bien.

El soldado me miraba de vez en cuando cargado de odio y no pude evitar preguntarme qué le habíamos hecho al mundo para merecer ese desprecio. Lo que había ocurrido con el virus no era culpa de nadie, los mutados solamente éramos víctimas, gente que posiblemente al igual que yo hubiese vivido un trauma al contagiarse. Las imágenes pasaron como flashes por mi cabeza y rápidamente me concentré en alejar todos esos recuerdos. Los envié de vuelta tras la puerta mental que los bloqueaba porque no me haría ningún bien dejarlos salir y menos en ese momento.

El doctor me colocó los dos sensores sobre cada extremo de la frente y yo agradecí la sensación fría de ambos contra mi piel. Seguía con fiebre y no era capaz de relajarme completamente, pero ese alivio momentáneo me dio unos segundos de margen. Traté de calmarme, todo y más, no podía fallar, si fallaba estaba muerta.

—Doble la dosis de suero doctor.

La orden del soldado volvió a ser clara y concisa. Yo salí de mi estado de relajación y miré asustada hacia la jeringuilla. Nunca a nadie le habían doblado la dosis, una era más que suficiente para delatar a un mutado, excepto a mí. El soldado lo sabía, mi ritmo cardíaco se elevó, sentí que se me taponaban los oídos y que el suelo dejaba de existir.

—Podría generar daños graves en su organismo, una dosis es sufi...
—He dicho que la doble.

No hubo réplicas, ni mía, ni del doctor.

El suero entró en mi organismo y acto seguido la mutación despertó. El dolor era horrible, mucho peor que otras veces. Quería desgarrarme la piel a pedazos, pero al final el dolor es dolor, solo hay que controlarse. Cerré mis puños con fuerza y hundí las uñas bajo mi piel. Ese dolor físico conseguía traerme de vuelta a la realidad, por eso apreté con todas mis energías y me concentré en mantenerme aferrada a la realidad. Me recordé como tantas otras veces había hecho que si me dejaba llevar me convertiría en un monstruo, que haría daño y que no quería aquello.

Miré al monitor donde los niveles de emociones subían y bajaban y traté de entender lo que había en él. Necesitaba concentrarme, si me dejaba llevar estaría perdida. Solamente yo tenía el control sobre mí misma, la mutación podía controlarse, llevaba años haciéndolo, más suero solo significaba más dolor, pero esa vez era imposible. La ira me atravesó y estaba muy enfadada porque aquello dolía demasiado. Luego mi cabeza comenzó a traerme recuerdos que no necesitaba recordar, recuerdos demasiado dolorosos para aceptarlos.

El charco de sangre solo era eso sangre, pero el cuerpo sin vida de mi madre, las manos de mi padre culpables sin ninguna duda de aquello. Grité y al segundo siguiente el olor a alcohol y tabaco se me atascó en la garganta. Aquello no era real, quise recordármelo, pero sus manos se posaron sobre mi pecho y yo no le había dado permiso. Nada de aquello estaba bien. Yo no quería seguir ahí. Necesitaba salir, necesitaba aire, ¿por qué no podía moverme? Grité de nuevo y usé todas mis fuerzas hasta que al fin rompí las cuerdas que me ataban. Tan solo estaba buscando una salida, una ventana, una puerta, me conformaba con aire fresco, pero allí no había salida, solo paredes. La risa se hizo cada vez más fuerte, la voz que me decía que fuese una buena chica. Me ovillé y hundí la cabeza entre mis piernas, repitiéndome una y otra vez que aquello no era real. Dejé que mis

manos se hundiesen en las heridas, buscando que el dolor físico me llevase de vuelta, aunque no a un lugar seguro, al menos que me sacase de allí.

No sé el tiempo que pase así, solo sé que poco a poco comencé a calmarme, mientras mi corazón retomaba su ritmo habitual. El dolor de las heridas se hizo cada vez más patente como un dolor real, como el único dolor, y el aire que llenaba mis pulmones lo hacía limpio. Me pasé las manos por la cara desesperada y respiré aliviada hasta que levanté la vista y vi las cintas de la camilla rotas. En ese momento, me di cuenta de que estaba agachada en una esquina y al levantar la vista solamente vi al doctor alzar la pistola.

El disparo fue un ruido seco y ensordecedor en esa sala. Por unos instantes, pensé que al menos muerta encontraría paz, que por fin se acabaría la lucha y mi cuerpo lo demandaba. El problema fue que no llegó.

—¡Sargento, está loco!

El soldado le gritó al doctor. Abrí mis ojos que seguían aturdidos y poco a poco me di cuenta de que el soldado había desviado el balazo. Me giré y vi un agujero en la pared que había a la derecha de mi cabeza. Un nuevo detalle a recordar.

—Yo no soy el que acaba de disparar.

—¡Es una etiqueta negra! Las órdenes son...

—Sé perfectamente cuáles son. —La voz del soldado seguía sonando tan firme como al principio, pero efectivamente las órdenes eran matarme. — ¿Qué ha visto en esa simulación doctor?

—He visto que la ira se ha disparado soldado, que predominaba sobre todos los demás sentidos.

—Mentira, eso han sido solamente tres minutos, luego ha visto como el miedo predominaba. Se ha calmado ella sola, lo controla. ¿Tiene idea de lo que tenemos delante?

Un miedo aun mayor me invadió al darme cuenta de que el soldado tenía planes que no incluían una muerte rápida. Me miró, tenía una mirada profunda y seguía cargada de odio, pero esta vez también había esperanza en ellos.

—Charlie, estás de suerte. Hoy no vas a morir.

# Capítulo 2

Mi lengua estaba apelmazada y notaba la boca pastosa. No recordaba nada. ¿Me habían drogado? Me esforcé por saber que había pasado después de aquellas últimas palabras, pero fue imposible. Decidí no abrir los ojos, necesitaba ganar tiempo porque necesitaba averiguar dónde estaba y con quién. Mis brazos reposaban sobre una superficie fría y metálica y unas esposas sujetaban mis muñecas. El resto de mi cuerpo en cambio descansaba sobre una silla.

Escuché el chirrido de una puerta y unos pasos se movieron a mi derecha. No pude aguantar más y lentamente abrí los ojos.

Estaba en una habitación nueva que, como la gran mayoría en la base, estaba hecha de acero reforzado. Delante de mí una gran mesa metálica me separaba del resto de invitados. No había ventanas, ni tampoco conductos de ventilación y el fluorescente parpadeaba emitiendo un ligero zumbido similar al de una mosca. No había visto demasiadas películas de terror, pero no dudaba de que aquello se parecía bastante a la escena previa a un asesinato.

A mi izquierda había una mujer alta. Su cuerpo estaba tonificado hasta la perfección, aunque todo en ella se veía así. El traje negro no tenía ni una sola arruga y su pelo castaño estaba impolutamente recogido en una trenza. La tarjeta de identificación lucía en perfecta alineación con el bolsillo de la camisa blanca. Nada estaba fuera de lugar.

A la derecha el mismo soldado que me había descubierto la miraba con cara de malas pulgas ignorando por completo mi presencia.

—Buenos días sargento White.
—¿Qué haces aquí?

El descontento que reflejaba su cara se hizo patente en la pregunta. Sin embargo, las formas demostraban más confianza que la que ella había empleado.

—El capitán vendrá a la evaluación, mi deber es asegurarme de que se cumplen las condiciones.

No había ni un solo temblor en la voz firme de aquella mujer y aun así, podía entender la gravedad que aquello suponía.

—Asia no te metas en medio, el capitán no se anda con tonterías. —Me miró un segundo y añadió. —Tú también deberías tomar nota de esto.

—El capitán tiende a saltarse las normas y lo sabes. —La mujer no parecía en absoluto intimidada ante ese breve recordatorio.

—¡Qué más da, es una mutada!

La mirada de asco que recibí me hizo sentirme al nivel de un escupitajo en el suelo.

—Haré mi trabajo Will.

La afirmación no dejaba opción a réplica. El sargento William White no estaba en absoluto de acuerdo con esa postura, pero no tuvo más remedio que aceptarla. En mi caso solo tenía dos cosas claras, había algo entre ellos dos y les importaba una mierda mi presencia.

La puerta se abrió y el capitán entró con una sonrisa petulante en los labios. Solo entonces volví a sentir pánico, pues por unos minutos había conseguido olvidarlo, pero ahora volvía a respirar con la muerte a mi lado, a una sola palabra de irme con ella. La mirada del capitán pasó del sargento a quien dedicó un asentimiento, a la mujer y luego a mí. El gesto de desprecio fue en aumento.

Por su parte, el sargento White soltó con fuerza una carpeta sobre la mesa generando un sordo sonido en la habitación que me hizo sobresaltarme ligeramente y luego odiarme por ello. Estaba aterrada y ni aun así podía ocultarlo y ser valiente.

Me odiaba a mí misma desde hacía años por mi falta de valor. No lo había tenido para ayudar a mi madre cuando mi padre se volvió loco, tampoco lo tuve para alejarme de sus cuerpos, ni para huir de mi tío. Todas y cada una de mis decisiones se basaban en el miedo, y todas ellas me habían llevado ahí. Decisiones tan erróneas que, supongo, fue esa rutina la que me hizo tomar una más.

—Deckers, Charlotte. Me sorprende cómo nos has tenido engañados tanto tiempo… impresionante. —Silencio, no respondí.

—¿Eres muda mutada? —El grito del capitán me hizo sobresaltarme nuevamente. —Viviste con tu tío en Bluewood hasta los trece años, luego le agrediste y te denunció a las autoridades.

El capitán leía el informe sin mirarme. Yo no sabía si simplemente era meramente informativo para recordarme mi vida por si la había olvidado en aquella mierda de sitio o si debía responder. Miré a la mujer en busca de ayuda, pero seguía firme y recta sin inmutarse, cuando volví los ojos a la mesa supe que el capitán esperaba una respuesta.

—Yo solo me defendí, no le agredí.
—¿Cómo aprendiste a controlarlo?

La pregunta del sargento me pilló desprevenida. Parpadeé confusa un par de veces hasta que su resoplido me hizo volver a la realidad.

—Yo... yo…

Nunca en mi vida me había sentido tan perdida, tan abrumada, ni tan patética. Qué importaba lo que les contase, nadie iba a creerme en aquella sala.

—En la simulación predomina el miedo, ¿es así? ¿en qué te centras que te asusta tanto?

No respondí de nuevo. No tenía por qué desvelarles lo único que era mío, mis miedos.

—Así no vamos a llegar a ningún sitio sargento. —El capitán cerró la carpeta y rodeó la mesa colocándose detrás de mí. —Muy bien Charlotte, las declaraciones de tu llegada dicen que cuando atacaste a tu tío te estabas defendiendo, le acusaste de agresión sexual y dijiste que por eso le agrediste. Muy ingeniosa, ¿pensabas que así te dejaríamos libre?
—Nada de lo que dije ese día era mentira.

Recordaba perfectamente cómo les había relatado las torturas y agresiones que había sufrido por parte de mi tío borracho. Les pedí que me alejarán de él, y así lo hicieron, nunca más salí de la base. La vergüenza de que el capitán y el soldado tuviesen acceso a ese momento tan vulnerable de mi vida me ardía por dentro, pero que encima me llamasen mentirosa me envolvía en una rabia que no quería dentro de mí. Yo no era un monstruo, pero entonces por qué lo tenía palpitando bajo la piel rogando por salir.

—Eres una mutada, escoria como todos los demás y además eres mentirosa. Nos has tenido engañados, años fingiendo ser una etiqueta gris claro. Resulta que también eres una asesina, o al menos intentaste matar a tu pobre tío cuando te descubrió...

—¡NO TENÍA NADA DE POBRE! ¡ERA UN BORRACHO…!

Mis voces los habían pillado completamente desprevenidos a todos excepto a uno. El capitán sostenía mi cuello contra la mesa desde el momento en que me puse en pie derribando la silla. Sus manos apretaban con fuerza mi garganta impidiendo el flujo del aire. Por supuesto podía quitármelo de encima, pero si le agredía estaba muerta y entonces sería lo que siempre temí ser. Hice todo lo posible por evadirme.

—Sois seres despreciables, asesináis sin control. Mírate, estás deseando matarme, la rabia te quema por dentro...
—¡CAPITÁN YA BASTA!

La voz de Asia hizo que mi cerebro reconectase con la habitación, caí al suelo tosiendo cuando ni siquiera me había dado cuenta de que la falta de aire había llegado a ese nivel.

—Yo que usted tendría cuidado con su nuevo experimento y juguete, sargento White.

Esas fueron las últimas palabras del capitán antes de abandonar la sala de un portazo.

—Charlotte, toma asiento por favor. —Asia me señaló con cordialidad de nuevo la silla y obedecí.
—No te olvides de lo que son.

El mensaje del sargento no iba para mí y no pude más que morderme la lengua. Otro tipo de autocontrol que había desarrollado con los años.

—Bien Charlie, te propongo un trato. Trabajarás para mí en una misión, cuando acabe si eres un sujeto estable serás libre.
—¿No vais a matarme?
—Eso depende de ti, acepta el trato y tendrás una opción.
—¿En qué consiste la misión?
—Hay un grupo de mutados, mutados de tu especie. Sois peligrosos y estáis mejor muertos. Han creado un grupo de resistencia llamado Los Salvadores, sin embargo ese nombre dista mucho de sus planes reales. Durante los últimos meses han atacado varias de nuestras bases dejando heridos, gente inocente con familia, sabemos que ahora están trabajando en un plan mayor, quiero que te infiltres y averigües cuál es.
—¿Por qué si se llaman Los Salvadores iban a asesinar inocentes? —La réplica salió disparada sin que pudiese evitar mi tono de enfado.

—Porque se salvan a sí mismos. —Recibí la respuesta con una mueca de odio y desprecio.

—Los estáis asesinando entonces.

—Eso es, igual que a ti si no aceptas. —La amenaza era directa y no había duda en ella.

—¿Qué tendré que hacer como infiltrada?

—¿Acaso te importa?

Parecía que le sorprendía mi preocupación, como si los mutados careciésemos de conciencia. Tras unos minutos de un nuevo y largo silencio.

—Tendrás que recoger información, solamente.

—¿Y cuando acabe seré libre?

—Debes demostrar que eres un sujeto estable. Los has sido estos años, supongo que puedes seguir mutilándote al salir de aquí.

No había una pizca de compasión en sus palabras, le daba igual si me sacaba los ojos para evitar dañar a otro.

—Supongamos que acepto. ¿Cómo sé que vas a cumplir?

—Firmarás este contrato, se recoge lo que hemos hablado, lo que se te pedirá y una cláusula de confidencialidad. —Asia puso el papel en mis manos a la vez que empleaba un tono conciliador.

—¿Y si me descubren?

—Es lo que hay Charlie y es tu única opción.

Le odié desde ese mismo instante, pero acepté. Efectivamente no me quedaba otra opción, el sargento William White había acabado con mi esfuerzo de años en cuestión de horas.

Actuar con normalidad. Eso era lo que me habían ordenado hacer. Mi cerebro estaba en modo automático, incapaz de reaccionar a nada y mi cuerpo no era más que una armadura que vagaba sin rumbo.

Llegué al comedor y me senté al lado de los demás. Marco no estaba. Supuse que estaría haciendo horas extra de nuevo. Tal vez debería haber intentado trabajar como él durante estos años, si hubiese acumulado horas yo misma podría haber pedido antibióticos a tiempo antes. No obstante, ahora solo podía seguir con el plan, cumplir con la misión y conseguir la libertad. Es curioso cómo se puede ansiar tanto algo que nunca se ha conocido. Sin embargo, esa palabra, libertad significaba para mí lo mismo que la palabra vida. La capacidad de obrar y ser responsable de mis actos siempre había estado condicionada, anhelaba una vida propia, en la que ir a comprar el pan

o decidir qué comer fuesen las mayores decisiones que tuviese que tomar. En realidad, anhelaba muchas cosas desde hacía años, paz, tranquilidad, pero sobre todo respirar. Y no en el sentido físico del acto, yo no necesitaba oxígeno, o sí, necesitaba ese oxígeno invisible, que te revive por dentro y que solo te acerca más a las ganas de vivir.

—Dicen que mañana toca día de inventario.

Luc informaba al resto de la tarea de mañana. Gracias a su trabajo extra en la administración disponíamos anticipadamente de información privilegiada.

—¿Otra vez?

—Están preocupados, creen que ha habido asaltos nocturnos. —Explicó él mientras jugueteaba con uno de sus rizos anaranjados.

—¿Ha conseguido alguien entrar en esta fortaleza? —Pregunté incrédula. Yo había analizado más de cincuenta planes de fuga con Marco y todos eran a cuál más imposible.

—No he escuchado mucho más, pero creo que es un grupo organizado. —Respondió él con indiferencia. Automáticamente mi mente no pudo evitar pensar en Los Salvadores.

—Yo sí, he escuchado que un grupo de gente como nosotros está asaltando las bases. —Emilie bajó el tono para dar la información y todos nos arremolinamos sobre la mesa.

—¿Creéis que pueden estar pensando en sacarnos de aquí? ¿Tal vez un golpe de estado?

Los ojos azules de Theo estaban llenos de esperanza, y puede que en otra ocasión yo hubiese creído que era un loco chiflado, pero ese día los míos también se iluminaron con el mismo brillo.

—Olvidaros de eso. El gobierno lo tiene todo controlado, solamente están robando material.

Todos miramos a Luc al igual que quien mira al demonio. Él nos dedicó una mirada compasiva y la realidad es que para todos nosotros Luc era el adulto en la mesa. Él estaba a menos meses que nadie de la libertad, la que todos deseábamos.

—Tiene razón, sabemos cuál es la vía para salir.

Marco se dejó caer a mi lado con su bandeja de comida. No pude evitar dedicarle una enorme sonrisa, mientras él evaluaba disimuladamente mi estado.

—Siempre tan obstinado. —Frunció el ceño ante mi réplica, pero al

instante unos hoyuelos aparecieron en su rostro.

—Me alegra verte bien. —Susurró él deslizando la mano bajo la mesa para acariciar la mía.

No conseguí dormir esa noche, y tampoco la siguiente. Mi cuerpo vivía esperando a que llegase el momento en que un soldado viniese y me disparase, pero eso no sucedió y tampoco ningún soldado me miró de forma extraña tan siquiera en todos esos días. Igualmente yo me encontraba en un estado de alerta, como si hubiese ingerido litros de cafeína. Además, la falta de sueño comenzaba a pasarme factura, pues estaba despistada y torpe, algo totalmente lógico teniendo en cuenta que vivía vigilándome la espalda.

—¿Hoy tampoco vas a dormir? —La voz de Marco al otro lado de la pared se coló por la rendija de ventilación.

—¿Me estás espiando acaso? —Bromeé al tiempo que me apoyaba contra la pared contigua a su celda.

— Echo en falta tus ronquidos.

— Con que esas tenemos, ahora encima me acusas de roncar. —Traté de que mi voz sonase indignada, pero no pude evitar reírme. Lo necesitaba.

—Y muy fuerte, el otro día pensé que un troll estaba paseando por los pasillos.

—Así no vas a conseguir conquistar a ninguna chica nunca, ¿sabes?

—¿No te he conquistado? Pensaba que te tenía en el bote. —El tono jocoso y pícaro de Marco se colaba por la rendija y dentro de mí también.

—Tendrás que esforzarte un poco más.

—¡Vaya, si es nuestro amigo ego! ¿Cómo te va ego? ¿Sigue Charlotte por ahí? —Una sonora carcajada se escapó de mis adentros y escuché como Marco reía débilmente también. —Puedes contarme lo que sea, ¿lo sabes no?

—Lo sé, estaremos bien no te preocupes.

Intenté que no me temblase la voz, pero un amigo te conoce hasta límites insospechables.

—Lo saben ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué sigues viva entonces?

El silencio que hubo entre mi afirmación y su pregunta no hizo más que confirmarme su preocupación. Su tono de voz también se había vuelto serio y profundo.

—Me han dado una opción y la he aceptado. Estaré bien, te lo prometo.

—Charlotte, siempre, no lo olvides. —Susurró la promesa con una voz calmada que se hundió en mí cual caricia.

—Lo sé.

Tras aquella conversación y el inicio de mi peor pesadilla solamente transcurrió una semana, aunque para mí fuesen siglos. Una semana en la que vigilé como nunca al sargento William White, al igual que él a mí. Sabía que era cuestión de tiempo y finalmente llegó el momento. Antes de que el timbre despertase a todos los demás apareció en mi habitación, o celda, me hizo un gesto de silencio con el dedo y me indicó que le siguiese. No tuve tiempo siquiera de asearme un poco, lo único que hice fue ponerme un chándal rápido y seguirle con un nudo en el estómago temiendo caminar a una muerte directa. En cambio, el sargento White no parecía estar preocupado por llevar a una etiqueta negra a su espalda, ni siquiera se paró a comprobar si le seguía en ningún momento. Finalmente, abrió una puerta al final de un pasillo y yo le seguí al interior.

Era la sala de armas. ¿Qué coño hacíamos en una sala llena de pistolas y granadas? No tenía la menor idea. Observé con cuidado al sargento que también llevaba ropa cómoda y deportiva aligerando la autoridad que imponía verlos con uniforme. En cambio, William White no necesitaba uniformes, su presencia era capaz de abrumarme y atemorizarme a partes iguales, así que me quedé pegada a la puerta, evitando acercarme a las paredes repletas de todo tipo de armamento. No sería yo la que ocasionase una explosión en plena base por tropezar con alguna granada.

Mientras el sargento revisaba las paredes con detenimiento, aproveché para investigar la sala. Al fondo había una pequeña ventana y a la derecha una puerta de cristal que daba a lo que parecía una sala de entrenamiento. El habitáculo no era muy grande y contaba con todo tipo de armamento, desde cuchillos, machetes y hachas a pistolas y metralletas.

—¿Has disparado alguna vez?

—No, nunca. —Sorprendida por la pregunta me encogí si podía más. No me gustaba aquello, el rumbo de todo eso no iba conmigo.

—Está bien, mejor así empezaremos de cero y no habrá que eliminar manías absurdas. —Respondió él a la vez que se acercaba a uno de los paneles y cogía una pequeña pistola. —Acércate Charlie, no

tengo todo el día.

—Es Charlotte. —Apenas lo dije en un murmullo, pero me oyó. William me miró unas décimas de segundo y después pareció ignorarme.

—Esto, Charlie, se llama pistola. —Me mostró el arma por ambos lados a la vez que hacía hincapié en su mote. —Bien, esta pieza es el cargador, aquí van las balas. Esta otra es el seguro, mientras este puesto no se disparará. —No pude evitar fijarme en que movía el arma como si tuviese un juguete en la mano. —Apretando aquí se dispara, supongo que habrás visto películas. Y esto es la mira, fija al objetivo con ella. Sígueme.

William suponía demasiado. Conocía las partes básicas de un arma, pero no de las películas. Apenas había visto un par de pequeña, la televisión de casa de mi tío se encontraba en el salón y eso solo significaba que para verla, tenía que estar con él. Todas las armas que había visto a lo largo de mi vida habían estado allí, en la base, en las manos de los soldados que podían apretar el gatillo cuando quisieran.

Sabiendo que no tenía más opción obedecí y crucé la puerta de cristal tras él. Al hacerlo me encontré con una sala de suelo acolchado. La pared del fondo estaba repleta de dianas con objetivos, en el suelo había varias colchonetas y una cuerda colgaba del techo. A decir verdad, y aunque no había visto muchas otras, me pareció una sala de entrenamiento bastante cutre, pero supuse que la base no podía permitirse nada mejor.

No estaba segura de cómo serían las bases de otras ciudades, pero en más de una ocasión había alcanzado a escuchar conversaciones entre soldados que se preocupaban por las pésimas condiciones de la nuestra. Cuando oía sus quejas siempre pensaba que tal vez deberían probar mi celda y después comentar las pésimas condiciones de sus espacios de ocio, aunque lógicamente nunca expuse en voz alta esos pensamientos.

—Bien, fíjate en mí. Primero la posición…

De nuevo comenzó a explicarme aquello sin pararse a mirarme, solamente recitaba las instrucciones al igual que el que lee un manual de uso.

—Abre los pies a la altura de los hombros, es importante tener una base sólida. Alinéate con el blanco y conforma un buen agarre, eso absorberá el retroceso. Relaja la respiración, aunque viéndote esto no creo que seas capaz de hacerlo hoy. Por último, pon la vista en la

mira, apunta y dispara.

El disparó resonó en toda la sala y yo me sobresalté al instante. Cuando miré al muñeco el tiro estaba justo en la frente, tal vez una demostración de lo poco que le costaría meterme uno a mí en la mía. William me ofreció el arma sin dudar, pero temerosa yo di un paso atrás en ese instante.

—No voy a necesitarla, gracias.

—¿Qué harás entonces si te atacan? Déjame pensar, ¿te descontrolarás y matarás a inocentes por el camino?

—No voy a descontrolarme, ni voy a disparar un arma. —Por un momento pensé que iba a dispararme, como prueba, pero luego posó el arma y me miró con desesperación.

—Mutada, vas a una misión. No puedo llevarte sin unos conocimientos mínimos, necesitas saber defenderte.

—Yo no quiero hacer daño a nadie.

—Eres una etiqueta negra. No me creo que eso sea cierto.

Antes de que pudiera responderle estaba tirada en el suelo. Me había dado una patada y me retorcía el brazo con la suficiente fuerza como para enfadarme. ¿Qué demonios quería? Tenía claro que no iba a descontrolarme, el sargento estaba buscando mi punto débil y no pensaba dárselo. Hice un pequeño amago de liberarme, pero él aumentó la fuerza de su agarre hasta que no tuve otra opción más que suplicar.

—Por favor…

—Si yo fuera tu enemigo ya estarías muerta, ni siquiera podrías suplicar. La vida fuera de estos muros es mucho más jodida de lo que piensas ¿sabes? ¿Quieres salir? ¿Crees que luego no te robarán en un callejón? ¿Crees que no te darán una paliza por lo que eres? No sabes nada del exterior y estás deseando ir a él, Charlie.

Se incorporó dejándome recuperar mi brazo dolorido y me ofreció la pistola una vez más. Yo miré el arma de nuevo con cara de asco y él resopló apunto de estallar.

—Te vienes de misión y no voy a ponerla en juego porque vayas de algo que no eres. Dispara, es una orden.

Perdí la cuenta del número de horas que llevaba disparando y de la munición que había desperdiciado. La pared parecía un auténtico colador, los muñecos seguían intactos y William se había largado. Me dejé caer sobre la colchoneta abrumada. Se suponía que debía aprender a disparar para poder llevar a cabo la misión. Sin misión no

había contrato y sin contrato no había salida. Estaba frustrada, llena de rabia, me sentí impotente y con una sensación que jamás lograría definir con suficientes palabras. Estaba al borde de algo, y ese algo se transformó en un grito y golpes contra el suelo, que por suerte era acolchado. Después las lágrimas se acumularon en mis ojos demostrándome una vez más lo buena cobarde que era. No podía más y no había empezado si quiera. Era ridícula.

Miré el arma y la cogí, esta vez no apunté al muñeco. Apunté en dirección a mi cabeza porque, joder, aquello acabaría con todo. Silencio. Conseguiría silencio. Estuve demasiado tiempo así. Hasta que al final me di cuenta de que jamás tendría valor suficiente para hacerlo. Demasiado miedo a morir.

—¿Puedo hacerlo por ti si quieres?

La voz femenina de Asia resonó en la puerta. Me miraba con una sonrisa y sin embargo su ofrecimiento no me resultó en absoluto como una amenaza.

—Yo…ni siquiera sé…
—No eres así.

Se acercó y se sentó a mi lado. Extrañamente en ese momento parecía cómoda y relajada, todo lo contrario a la mujer que vi el día del acuerdo en la sala. Lucía ropa de deporte también y llevaba el pelo en una trenza despeinada. Al observarla de cerca me di cuenta de lo hermosa que era. Su rostro estaba cubierto de diminutas pecas entre la nariz y los ojos grises y aunque la piel era bastante clara en contraste con la mía, generaba una maravillosa armonía con sus facciones dulces.

—No me conoces.
—He leído tu expediente. Llevas años fingiendo para sobrevivir, no me creo que seas capaz de apretar el gatillo.

La soldado me dedicó una sonrisa dulce que generó cierta desconfianza en mi interior. Nunca nadie había sido amable conmigo. Casi al instante y como si lo hubiese percibido añadió.

—No soy el enemigo, Charlotte.
—Solo estoy viva porque soy útil. O al menos piensan que lo soy. —Señalé la estúpida pared llena de agujeros de bala y Asia comenzó a reír.
—Sé que puede sonar difícil de creer, pero no comparto la opinión del ejército. —Me tomó una mano con calidez y mentiría si dijese que

no me reconfortó. Lo hizo y mucho. —Solo tienes que aguantar un poco más. No te rindas tan fácil. Además, Will no es tan malo como parece.

—¿Sabes disparar?

Media hora después, y gracias a la infinita paciencia de aquella mujer, había conseguido dar en el objetivo. Desde luego no era un disparo mortal, pero serviría. El rato que estuve con Asia disfruté su compañía y consiguió relajarme. Por unos instantes me sentí normal. Ella no parecía ver diferencia alguna entre nosotras, hacía comentarios de chicas, se reía y me daba la espalda ignorando por completo que podía matarla. Reflexioné sobre lo que había dicho del sargento White, exactamente su frase había sido que no era tan malo. Imaginé que cuando te acuestas con alguien lo ves con otros ojos, sino no podía entender que veía alguien tan noble como ella en un ser tan sucio y rastrero.

—Asia.

—¡Hola Will! Le hemos dado al muñeco.

Aunque a mí me pillo desprevenida y me tensé al segundo, Asia recibió al sargento con la misma sonrisa y relajación. Estaba claro que se sentía en absoluta confianza a su lado.

—Ya veo. También veo que necesitamos una pared nueva. —Me miró levantando la ceja y yo desvié la vista al suelo. Solo tenía que aguantar un poco más.

—Eso es porque no le has enseñado. Mira que bien lo ha hecho con mi ayuda.

Asia se movía coqueta y juguetona alrededor de William. Él no pudo evitar dedicarle una sonrisa, luego me miró y se le borró.

—Bueno, enséñame lo bien que has invertido todo este tiempo y munición. Dispara. —Se colocó a mi espalda, evaluándome y recordándome que no éramos iguales.

—Will… venga…

—No son como nosotros Asia, ya sé que sueles olvidarlo, lo único que espero es que ella no lo haga.

—¿Qué problema tienes con los mutados? ¿Qué te hemos hecho para que nos odies así?

Cerré la boca tras envalentonarme y encararme contra la persona que decidía sobre mi vida y me encogí justo un segundo después. El sargento White se giró sorprendido ante mi réplica, Asia en cambio

sonreía, y yo no sabía qué hacer.

—Me dais asco. Ese es mi problema. —La repulsión con la que miró al responder penetró en mí. Odiaría a ese hombre siempre. —¡Dispara de una puta vez!

Y lo hice. Vaya que si disparé, pero a la puta pared de su espalda. Algo que el estúpido William tampoco se esperaba, la pena es que mi puntería no fuese tan buena como para darle. La bala apenas pasó rozándole, pero creo que el mensaje se captó igualmente.

En ese momento, Asia decidió que era buen momento para irse y desapareció por la puerta sin perder la sonrisa. Por el contrario, William parecía a punto de escupir fuego por la boca, se quedó callado durante más de un minuto, tal vez dos. Me evaluó de pies a cabeza infinidad de veces, supongo que planteándose que muerte sería más dolorosa. Después se acercó a mí y me arrebató el arma. Me hizo girarme y me llevó del brazo hasta el final de la sala junto a las dianas. Me colocó delante de una de ellas y recé para que su puntería hubiese empeorado porque si no iba a morir al primer disparo.

—Ni te muevas.

Fue una orden sutil y no necesitó elevar el tono pues generaba el miedo suficiente como para que yo la acatase. Dicho eso se alejó y cuando llegó al otro extremo apuntó y disparó. No lo pensó ni medio segundo. Vació el cargador. Y yo solamente cerré los ojos muerta de miedo. ¿Cómo alguien podía ser tan cobarde y no mirar a su propia muerte a los ojos? Al acabar los abrí dándome cuenta de que me notaba perfectamente. Un disparo tenía que doler, pero yo no sentía nada. Eso sí, estaba sudando, me chorreaba todo el cuerpo de la tensión, pero ni un solo balazo. Cuando me giré hacia la diana, comprobé que todas las balas habían impactado a un milímetro de mí.

—No lo olvides mutada, solo estás viva porque yo quiero.

# Capítulo 3

No volví a desafiarlo. Los entrenamientos se siguieron repitiendo durante semanas. Asia seguía acudiendo a hacerme compañía, pero en ningún momento volvimos a hablar de William o su carácter. Se limitaba a enseñarme cómo mejorar, todo lo contrario a él que parecía disfrutar viéndome fallar o caer rendida. Desde ese día no volvió a dejarnos a solas en la sala, el soldado solamente se sentaba al fondo en el suelo y de vez en cuando hacía comentarios absurdos e innecesarios como “no tenemos todo el día, mutada” o “ya estarías muerta”. También le recordaba a Asia que ella no era como yo, o más bien que yo no era como ellos.

Cuando regresaba a la habitación ningún día tenía ganas de contarle a Marco lo que pasaba, ya que en general volvía hundida y en algunas ocasiones humillada. Él era paciente como siempre y se dedicaba a contarme cotilleos del resto porque yo apenas los veía. Ni siquiera comía en los horarios normales, normalmente lo hacía sola y aquello me deprimía todavía más. Echaba de menos al grupo, sus inquietudes y sus risas. Ninguno de ellos era mi confidente, solo Marco, pero todos tenían un pequeño hueco en mi corazón. Así que cuando escuchaba a Marco hablar de ellos, brevemente me transportaba allí y conseguía encontrar paz. Sin embargo, no fue así el día que Marco me dijo que Luc se había ido. La alegría que sentí por mi amigo fue inmensa, sé cuánto deseaba aquello, sé cuánto lo deseaba yo, pero luego me invadió la rabia y la pena por no poder haberle dicho adiós tan siquiera.

Es curioso como un detalle tan pequeño puede desestabilizarte tanto. Enterarme de ello me hizo darme cuenta de que había perdido la poca vida que me quedaba y que ya nada de lo que hacía era decisión mía.

No acerté ni un disparo al día siguiente. Asia se dio por vencida tras dos horas de intentarlo y repetirme que solo tenía que hacerlo como otros días, pero yo no podía. Mi cabeza no estaba en aquella habitación porque solamente daba vueltas a la idea de cuántas cosas estarían cambiando mientras yo repetía una y otra vez el mismo día.

—Es por el chico que se fue ayer ¿verdad?

Una vez nos quedamos a solas y fallé otra tanda entera de disparos William abrió la boca por primera vez en todo el entrenamiento. Lo miré confusa ya que no sabía que pensar de aquella pregunta. ¿Iba a ser agradable? O por el contrario ¿iba a burlarse?

—No es asunto tuyo.

—Lo es porque interfiere…

—En tu misión sí, ahórratelo. —Hice un gesto despectivo y le di la espalda.

—Te estoy hablando, Charlie. —Sin serlo directamente aquella frase fue una orden más.

—Era mi amigo ¿sabes? Los mutados tenemos amigos. Puede que si salgo viva nunca más vuelva a verle y no he podido decirle tan siquiera que lo echaré de menos. —Le escupí todo mi mal humor porque realmente era su culpa. Quería discutir, tenía ganas de decirle todo lo que pensaba y al menos recibir un por qué.

—Sígueme.

Otra estúpida orden, otra estúpida orden que tenía que cumplir si quería seguir respirando. Y la realidad es que la cumplí. Se paró al llegar a los pies de la colchoneta, se descalzó y se subió. Acto seguido me hizo un gesto indicándome que lo imitase.

—Querías pelear, hazlo. —No era lo que esperaba. Tampoco hubo burlas o comentarios hirientes hacia los mutados, parecía sincero.

—Por mucho que te odie, no es esto lo que quiero. —Me senté en la colchoneta y hundí la cabeza en las piernas.

—Arriba Charlie, no quiero escuchar cómo te compadeces. —Esta vez no obedecí la orden y las lágrimas que llevaba semanas acumulando salieron al exterior.

—¿Por qué eres así?

—Porque esperas que alguien llegue a ayudarte, como lo hace Asia cada día, o como tu amigo el mutado cuando llegas a tu celda.

Me hablaba con fuerza y al mismo tiempo por primera vez sentí que me miraba sin desprecio.

—Yo no voy a ser así, lo que te voy a pedir es que te levantes cada vez que te hundas, que te hagas fuerte por ti misma y que no dependas de nadie porque cuando estés ahí fuera te vas a sentir sola, hundida y vas a querer que todo terminé en más de una ocasión. El resto del mundo no va a tener piedad contigo, Charlie.

Aunque suene increíble aquellas palabras me llegaron. No había dulzura, tampoco compasión, había garra y exigencia. Y una pequeña

parte de mí entendió que aquello que me estaba pidiendo no era menos que lo que se pedía a sí mismo. Así que me levanté sorbiendo y juro que vi cierto orgullo en su mirada, no tuve tiempo suficiente para confirmarlo, pero por primera vez no le odié.

No peleamos. En realidad terminó el entrenamiento y fuimos directos y en silencio, como de costumbre al comedor. Una vez allí puede que fuera compasión, pero por primera vez se sentó conmigo a comer. Debo admitir que tampoco sabía cómo me hacía sentir eso, posiblemente disfruté la comida mucho menos que otros días, pero mantuvimos la primera conversación real.

—Así que me odias. —El comentario no parecía importarle menos, de hecho parecía producirle risa.

—Supongo que eso nos deja en igualdad de condiciones.

—Cualquier persona mínimamente inteligente, intentaría llevarse bien conmigo en tu posición.

—No vas a matarme, eso ya me ha quedado claro. Me necesitas.

Sentí tanta satisfacción al decirle aquello. A él parecía seguir resultándole divertido porque esta vez esbozó una sonrisa completa. Y no puedo negar que fue una sonrisa preciosa, pero que me irritaba hasta límites insospechables.

—No me haces falta con lengua, puedo córtatela. —William levantó una ceja a la vez que me miraba, un gesto que empezaba a asociar únicamente a él.

—¿Cuándo será la misión?

—Todavía no estás lista. La verdad es que estás resultando un poco lenta.

—Eso es porque insistes en convertirme en una asesina.

—¿No lo eres ya?

—No, y tampoco voy a serlo. — La curiosidad con la que analizó mi respuesta me confirmó lo que pensaba de los que eran como yo.

—Explícame cómo lo controlas, ¿en qué piensas? —Sonaba expectante. Tal vez eso también fuese parte de su plan.

—Es justo todo lo contrario, evito pensar.

—Y el dolor físico te ayuda a ello, te concentras en él, pero… Pero luego el miedo dominaba tu simulación.

—No quiero hablar de eso, no contigo.

—¿Lo harías con Asia?

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Está claro que no tienes puntería, si pudieses activarte y desactivarte podrías defenderte. —Le brillaban los ojos de ambición ante aquella idea.

—No soy una máquina. —Respondí enfadada.
—Puedo intentar que lo seas.

A pesar de que aquel día me fui del comedor recordando por qué le odiaba, debo admitir que después de aquella conversación mi rutina cambió ligeramente. Comencé a entrenar solamente por las tardes y tenías las mañanas libres para volver a hacer las mismas labores que los demás. También pude retomar las comidas con los chicos y descansar con Marco. No sé si fue un pequeño regalo, o simplemente casualidad, pero volví a sonreír y me daba igual saber que cada uno de mis pasos estaba siendo analizado, exprimí aquello al máximo.

No sabemos lo que tenemos hasta que lo perdemos. Esa frase tan sencilla, simple y conocida solamente cobra sentido cuando lo vives. Mientras tanto la escuchas y asientes como a quien le cuentan algo realmente evidente, porque lo es y estás de acuerdo sí, pero cuando de verdad te sientes así, entonces encuentras una cuerda a la que sostenerte. Y eso me pasó a mí esos días.

El grupo no sabía nada, solamente Marco, que fulminaba con la misma intensidad a William que él a mí. Para el resto era una afortunada que había gustado entre la élite. Algo que se volvía bastante incómodo cuando me preguntaban qué tenía que hacer en mis escapadas con el sargento White. De hecho, ya había perdido la cuenta de las mentiras que les había contado en ese mes. ¿Habría cupo de ellas para entrar al cielo? ¡Qué importaba si yo iba a ir derechita al infierno, no tenía dudas!

Alguna tarde Asia se pasaba a saludarnos a mí y al resto. Me caía bien, era amable, simpática y una chica dura. Absolutamente todo lo que yo quería ser.

Sin embargo, mis entrenamientos se iban intensificando y mi buen humor amenazaba con apagarse nuevamente. Volvíamos de la sala de entrenamiento y caminábamos en silencio en dirección al comedor. Todos los demás ya habrían cenado pues esa tarde se había alargado más de la cuenta. Yo estaba enfadada con el sargento por haberme tenido entrenando combate cuerpo a cuerpo horas de más, pero él en cambio parecía muy satisfecho con el resultado. Había conseguido bloquear varios de sus golpes y eso le tenía de buen humor. Contrariamente, el mío estaba a punto de empeorar.

Habíamos llegado a la altura de los baños cuando escuché a Theo suplicando y pidiendo disculpas. No tuve dudas de que era él, su

inconfundible tono de voz cantarín sonaba ahogado y tosía entre cada súplica. Me paré en seco y el sargento también, los dos miramos hacia la puerta de los baños comunes que era de donde procedían los ruegos de mi amigo y también las risas de alguien más. No tuve ni una sola duda de qué era lo que tenía que hacer.

Entré en el baño golpeando la puerta y me encontré a dos soldados y por supuesto a Theo. Uno de ellos lo sujetaba y el otro le vaciaba una botella de ron en la boca.

—¿No querías bebértela? Pues bebe. —Le decía uno de los implicados, mientras el otro sonreía con cara de lerdo.

—¡Dejarlo en paz!

Empujé al que vaciaba la botella y esta cayó al suelo rompiéndose en mil pedazos. El olor a alcohol impregnó el baño, Theo se quedó en el suelo sentado y tosiendo y yo me coloqué delante de él para impedir que volviesen a tocarlo. Entonces, el que lo sujetaba cruzó la distancia que había entre él y nosotros de dos zancadas, soltó un puño que impactó directo en mi costado y luego me apartó sin problema alguno contra las puertas de los aseos. Caí de bruces contra el marco de esta golpeándome con fuerza en el hombro y grité dolorida.

—Soldados, ¿qué está pasando aquí?

El sargento entró por fin por la puerta y ya no parecía tan contento como minutos antes.

—Sargento.

El que vaciaba la botella de ron bajó la cabeza. Debían ser recién incorporados porque eran realmente jóvenes, aunque aquello tampoco decía mucho. El sargento William White debía tener unos veinticinco y aquellos dos soldados tenían pinta de rondar los veinte. William denotaba autoridad al lado de ambos y ellos no tenían la menor duda de cuál era su rango, pero el que me había empujado parecía simpatizar con las ideas del sargento sobre los mutados y ocultando una sonrisa, pero con un elevado grado de satisfacción relató los hechos.

—Se coló en nuestra sala de descanso y robó la botella. —Señaló el amasijo de cristales. —Lo pillamos aquí y decidimos que si lo que quería era bebérsela, ¿por qué no?

—Por supuesto sí, ¿por qué no? —El soldado asintió manteniendo

la postura. —¿Y por qué no le hago ahora de lamer los cristales a usted soldado?

—Sargento, le pedimos disculpas, pero el mutado merecía un castigo. —El que era más prudente trató de controlar la situación, pero William estaba realmente enfadado. Hasta yo estaba asustada.

—¿Y es castigar acaso vuestra tarea soldado?

—No, sargento. —Agachó la cabeza en señal de respeto.

—Fuera de aquí. Se os abrirá expediente y la próxima vez que un mutado merezca un castigo avisareis a vuestro superior.

—Sí, sargento. —Solo uno aceptó la orden y a William no pareció gustarle.

—¿Entendido? —Dijo a la vez que se ponía frente al otro. —Aquí no entramos rebeldes, soldado. Quiero escucharle decir que lo ha entendido.

—Entendido.

—Entendido, sargento. —Acortó un poco más la distancia. —Quiero escucharle.

—Entendido, sargento.

El segundo de los soldados repitió lo que William le pedía con los dientes apretados y tras unos segundos el sargento se apartó para dejarlos ir. Los dos abandonaron el baño desfilando casi en formación. En ese momento me di cuenta de que todavía seguía en el mismo lugar con un Theo borracho de ojos llorosos y un horrible dolor en mi brazo. No me había levantado aún del suelo y sinceramente estaba bastante asustada, pues nunca había visto al sargento actuar así con los suyos.

—¿Querías ayudarlo no? —No tenía claro si era una pregunta trampa, pero me pareció prudente asentir. —Pues pagarás parte de su castigo. Recoge esto y encárgate de él.

Me levanté igual que si me hubiesen puesto un petardo en el culo y me fui directa a por Theo. Le palmeé la cara, mientras el sargento se sentaba tranquilamente en uno de los bancos que había delante de las duchas. Mi amigo balbuceaba gilipolleces y yo juro que quería matarlo por haber sido tan estúpido Me lo cargué sobre el hombro dolorido y solo pude agradecer que fuese el pequeño Theo y no uno de los otros. Después lo llevé al lavabo y comencé a echarle agua en la cara, pero no parecía hacer mucho efecto así que recurrí a lo último que se me ocurrió.

Había visto a más de un borracho hacerlo durante toda mi vida, era algo que los amigos de mi tío solían usar para irse y poder coger el

coche. Me llevé al tambaleante Theo al inodoro y le pedí que se metiera los dedos para vomitar, pero el muy desgraciado estaba dispuesto a todo menos a colaborar.

—Joder Theo, ¿ayuda un poco no? —Protesté.

—Lo echo de menos, a Luc. —Aquella confesión me ablandó el corazón.

—Ya lo sé, yo también. —Lo abracé brevemente.

—Tú tienes a Marco y él a ti. —Se quejó el borracho de mi amigo.

—Nos tienes a los dos Theo, no estás solo ¿vale? —Acaricié su mejilla anegada de lágrimas. —Pero no puedes emborracharte y liarla así. Tienes que salir de aquí, no lo olvides.

—Hablas como Luc.

—Alguien tiene que poner cordura por él. —Respondí y en vistas de que él no pensaba vomitar, tomé la iniciativa. —Y tú me vas a deber una muy grande después de esto.

Me olvidé de todo escrúpulo y metí mis dedos en su boca hasta que conseguí provocarle el vómito. Cuando le vino la arcada los saqué con rapidez y volqué su cabeza contra el váter. Mi amigo se dejó allí medio hígado del esfuerzo y el otro medio por el alcohol, pero funcionaría. Estuvo un buen rato vomitando y cuando acabó recostó su cabeza contra la tapa del inodoro sin repulsión alguna.

—Parece que sabes lo que haces. —Pegué un salto asustada al escuchar al sargento a mi espalda. —Vamos, te ayudo.

William cogió sin esfuerzo a Theo y lo llevó a una de las duchas, luego abrió el grifo y este comenzó a reaccionar poco a poco y a mejorar tras unos minutos. Los dejé a solas, mientras yo iba en busca de ropa limpia y algo para limpiar aquel estropicio y cuando volví me encontré a un Theo avergonzado y lloroso en la ducha y a un sargento White mirándole con cara de pocos amigos. ¿Qué había pasado o que se habían dicho? No tenía ni la menor idea y en realidad prefería no saberlo.

A la mañana siguiente mi hombro se había hinchado y me dolía más de lo normal. También el golpe de las costillas, pero ese podía soportarlo. El otro en cambio me pasó factura durante todo el día.

Theo se había disculpado a primera hora con un buen abrazo y yo le había dicho que no tenía nada de lo que preocuparse, pero él parecía seguir sintiéndose en deuda. Así que se ofreció a mover mi parte de cajas durante la tarea de la mañana. Estaban trasladando materiales y

pesaban bastante, por lo que no me quejé.

En cambio, la tarde se me complicó más de lo esperado. Me puse unas mallas cortas y una camiseta de manga larga. Así compensaría el calor del entrenamiento porque estaba dispuesta a ocultar aquel golpe del hombro antes que pisar la enfermería y ver al hombre que me había disparado tras conocer mi condición.

Cuando entré en la sala de entramiento encontré el sargento White practicando su puntería. Estaba disparando una glock negra y para sorpresa de nadie, acertó todos los disparos. Yo me senté en el suelo a esperar y también observé cómo lo hacía. Me fijé en su postura corporal, en cómo colocaba el arma, verlo disparar fue todo un tutorial y cuando acabó me sentía con ganas incluso de ponerlo en práctica. Sin embargo, William guardó la pistola y me indicó que lo siguiese a la colchoneta y ahí supe que tenía problemas porque yo no podía entrenar con el brazo así, pero al mismo tiempo me negaba a admitirlo.

Llevábamos solamente unos minutos peleando y había optado por jugar al despiste, me dedicaba a esquivar sus golpes y cuando no me sentía segura salía de la colchoneta. William estaba a punto de perder la paciencia y no paraba de echarme en cara que así nunca iba a aprender. Hasta que supongo que se cansó y me pilló desprevenida, algo que no debió costarle mucho. Me tiró al suelo y caí sobre mi hombro. Chillé de dolor y en un acto reflejo me llevé la mano a él. Igual de rápido la retiré de allí y me levanté, pero el sargento se había dado cuenta de algo no estaba bien.

—¿Qué te pasa en el brazo? —Preguntó confuso.
—Nada. —Evité mirarlo a los ojos para que no viese la mentira.
—Has gritado. —Puntualizó él.
—Porque me has tirado muy fuerte. —Traté de culparle y desviar el asunto.
—No te he dado fuerte Charlie.

Dio un paso hacia mí y yo retrocedí otro, pero él era el soldado entrenado. Antes de que me diese cuenta lo tenía sujetándome por la espalda y apretando mi hombro. Incapaz de ocultarlo volví a gritar de dolor pues era insoportable. William me soltó acto seguido soltando un resoplido.

—Quítate la camiseta, quiero verlo. —Me quedé de piedra con aquella orden. —Vamos, mutada.

Obedecí y me saqué con cuidado la camiseta de manga larga que había escogido previamente con determinación. Supongo que el sargento no esperaba que le gustase lo que vio, tal vez no el golpe, pero sí el resto. Se quedó callado mirándome y eso no era habitual en él. Al final, respiró hondo y se acercó hasta mí. Cogió mi brazo con delicadeza y analizó el moretón que se extendía desde la clavícula hasta el codo. Todos mis sentidos se pusieron en alerta ante el contacto de su piel con la mía, especialmente mi sentido del tacto que parecía estar sobreexcitado allí. William tampoco parecía completamente concentrado y yo necesitaba alejarme si quería volver a respirar con normalidad.

—¿Te gusta lo que ves? —Lo acusé de algo que realmente no era, pero me pareció una buena excusa para salir de aquella.

—Estás mucho mejor de lo que pensaba sí. —Sentí que me desafiaba y que me había calado perfectamente. —Pero puedes estar tranquila, antes dejaría que se extinguiese la raza humana.

—Le haríamos un favor si tú te fueses con ella.

—Sé lo que estás haciendo. —Dijo con una media sonrisa al final. —Vuelve aquí, quiero asegurarme de que no está roto.

—No está roto.

—Muévelo entonces. —Retó él a sabiendas de que no lo haría. Por lo que, no tuve mucho más remedio que ceder y acercarme.

—Puedes estar tranquila, prometo no tocar ningún punto sensible. —Fue un susurro en mi oído y yo me tensé al instante de nuevo.

—Menudo flipado. —Bufé tratando de recuperar mi dignidad, pero él ya estaba analizando mi brazo y lo movía en determinadas direcciones.

—No está roto, pero necesita reposo unos días. —Concluyó tras unos segundos que me parecieron eternos.

—Lo que yo decía.

—Tú no estabas guardando reposo. —Dijo a la vez que rebuscaba algo en el botiquín. —No vuelvas a ocultarme estas cosas. Te necesito al cien por cien.

—No quería ir a la enfermería. —Esquivé su mirada avergonzada.

—Comprendo. —Me entregó un bote y añadió. —Échate esa crema por las noches. Entrenaremos de nuevo cuando te recuperes.

# Capítulo 4

Había pasado una semana tras el incidente con los soldados y mis golpes estaban prácticamente curados. De hecho, la había bautizado como la semana de recuperación y descanso porque me sentía mucho mejor en todos los sentidos. Además, Theo volvía a ser el chico alegre de siempre. Supongo que había asumido que Luc no volvería y que se verían fuera si tenían suerte.

Salíamos del comedor hacia la colina. Hacía un día precioso y ya habíamos acabado la cosecha. Pocas veces se tenía la tarde entera libre para disfrutar. En cambio, una de las ventajas de esos días es que los soldados tampoco querían trabajar, nos ignoraban por completo. Llegamos al campo y me dejé caer rebosante de felicidad, Theo se lanzó al otro y Alice se sentó con su habitual tranquilidad.

Era una chica reservada que no siempre se unía a nosotros, en el fondo creo que disfrutaba bastante de la soledad. Por eso ninguno la forzábamos, simplemente la recibíamos cuando venía y el resto del tiempo le dábamos su espacio. Cada uno de nosotros tenía su propia historia y no todos estábamos dispuestos a compartirla. Theo, por ejemplo, lo había hecho abiertamente el primer día que llegó. No era en absoluto reservado, ni le importaba lo que pensasen de él, parecía tan seguro que a veces me sorprendía viendo su diminuto tamaño. Supongo que de ahí el dicho de que las mejores esencias siempre vienen en frascos pequeños.

—Me gusta la soldado, ¿crees que tengo alguna opción?

Alice lo miró como si aquello no necesitase respuesta, pero Theo sí la quería. Sonriente miró hacia mí, supongo que esperando algo distinto.

—Creo que no eres su tipo, prefiere a los musculitos.
—¿Qué problema hay con mis musculitos? —Dijo Theo a la vez que besaba sus bíceps.
—He visto mandarinas más grandes.

Emilie que acababa de llegar se tiró a su lado y comenzó a peinarse su fina melena rubia entre las risas del resto.

—¿Y el sargento White?

Al igual que con el resto de las cosas, Theo había expuesto su bisexualidad sin pudor alguno. Esa era otra de las cosas que admiraba de él, si alguien quería objetar algo él solito se encargaba de dejarle claro quién tenía el problema.

—Tal vez deberías probar e insinuarte. —Marco ocultaba una sonrisa traviesa.
—Puede que te preste algún musculito. —Bromeó Emilie.
—Puede que sí, pero vamos tiene unos ojos preciosos.
—Sí.

Me sorprendí escuchando esa afirmación salir de mis labios. Yo odiaba a William, pero tampoco podía negar lo evidente pensé.

—¿En serio? —Marco me observó desconcertado.
—Marco tú también los tienes muy bonitos y seguro que Charlotte prefiere los tuyos, pero hijo ciega no está.

Alice respondió con la verdad absoluta y yo no pude evitar romper a reír ante la indignación de mi compañero. Rodé por el campo hasta donde estaba y me acurruqué sobre él para abrazarle. En respuesta, él comenzó a hacerme cosquillas, mientras los demás vitoreaban. En algunas ocasiones me preguntaba qué pensarían que teníamos los dos. Llegué a la conclusión de que daban por hecho que éramos pareja como tantas otras y en el fondo no podía darme más igual.

Cuando Marco paró por fin a mí me dolía la barriga de reírme tanto. Descansé sobre su pecho, podía escuchar su corazón latir con fuerza y su respiración todavía agitada. Él acariciaba mi pelo con ternura y yo jugaba a dibujar formas sobre su barriga.

Me encantaba aquel juego tan estúpido y no por el juego en sí, sino porque Marco lo hacía especial. Siempre respondía cosas absurdas e imposibles, pero yo sabía perfectamente que sabía la respuesta.

—Es una nave espacial surfeando. —Susurró él ignorando al resto.
—Eso no existe.
—Claro que sí. Acabas de dibujarlo. —Refunfuñó.
—Yo no he dibujado eso.
—Entonces tendrás que repetir dibujo. Te digo que era una nave espacial surfeando.
—Eres un idiota.
—Si no estás satisfecha con tu dibujo puedes repetirlo. —Probé de nuevo entrando en su juego absurdo.
—Está bien, tenías razón. Es un plátano surfeando.

Decidí hacerme la ofendida e irme, pero Marco me atrapó dejando escapar una de sus silenciosas risas. Bajita y suave. Adoraba escucharle reír y la paz que generaba en mí estar a su lado era pura magia.

—Era nuestra casa.

Respondió de nuevo en voz baja para que el resto no pudieran escucharlo. Y yo solamente asentí feliz de imaginarme ese día. Libres, juntos y en familia

—Tú, conmigo.

William apareció por sorpresa y ladró la orden sin mirarme. La realidad es que no sé de dónde salió tan rápido, pero parecía tener bastante prisa. Fruncí el ceño y remoloneé dos segundos que fueron más que suficientes para enfadarlo.

—¡No me hagas repetirlo Charlie!

Tuve que trotar ligeramente hasta conseguir alcanzarle y comenzar a caminar tras él. Supuse que mi nueva rutina se habría acabado, pero tampoco lo pregunté. Solamente traté de grabarme aquel último momento en la memoria para cuando me hiciese falta.

Cuando terminamos de caminar estábamos de nuevo en la sala de armas. William parecía nervioso, algo que no encajaba en absoluto con su forma de ser. Estaba a punto de cerrar la puerta tras de mí cuando se escuchó una explosión enorme. Las paredes se sacudieron y los cristales de la ventana se agrietaron. Chillé asustada por inercia y me gané una mirada de decepción por parte de William que ya tenía una pistola en la mano. Tras el enorme rugido comenzaron a escucharse disparos, y por el sonido parecían metralletas. Los soldados gritaban órdenes que se camuflaban y perdían entre los gritos de la gente. Me acerqué corriendo a la ventana para comprobar qué estaba pasando, pero antes de llegar William me tiró al suelo con rapidez.

—Tienes el peor instinto de supervivencia que he visto en la vida. —Sacudió la cabeza a la vez que yo le dedicaba una mirada cargada de odio. —No te asomes. Quédate esto, estaré en el canal seis. Aquí estarás bien, voy a ver qué ocurre. Ni se te ocurra salir de aquí, ¿entendido Charlie?

Recibí toda la información atemorizada. Había preocupación en su rostro, así que eso era más serio de lo que parecía.

—Charlie, asiente al menos si lo has entendido.

Asentí. Y después me quedé sola porque él se fue corriendo con una pistola que no daría ni para medio asalto. Agachada aún en el suelo me acerqué a la pared de armas y sostuve el walkie con fuerza. Tenía que quedarme escondida, pero los demás estaban fuera y en peligro. Los disparos no cesaban y los gritos tampoco. Nos estaban asaltando, ¿serían Los Salvadores? Me convencí de que los soldados harían su trabajo, que no habría heridos, pero era imposible. Las metralletas resonaban sin parar, alguien tenía que estar recibiendo todas aquellas balas.

Mi mente viajó rápidamente a Marco y los demás, tenía que saber si habían podido salir de allí. Los había dejado en mitad del campo sin ningún lugar dónde refugiarse. La ansiedad de saber qué podían estar muertos me ahogaba. Corrí de nuevo a la ventana asomándome con sumo cuidado y respiré ligeramente aliviada cuando vi que allí ya no había nadie.

Fue entonces cuando volví a escuchar pasos acercándose por el pasillo, lo hacían lentamente y no parecían los de William. Sin pensarlo cargué un arma con más rapidez de la que jamás había tenido y dejé abierto el canal de la radio. Una sombra alta y grande comenzó a cernirse sobre la puerta. No esperé a que me cogiese de sorpresa. Me puse en posición y levanté el arma lista para disparar.

Un hombre grande y fuerte, de unos dos metros de altura y aspecto bastante aterrador apareció en la puerta. Claramente no contaba encontrarme ahí y aproveché la distracción para disparar a su arma. Tampoco pensé que lograría dar en el blanco, pero milagrosamente lo hice y lo dejé desarmado. Aunque teniendo en cuenta su corpulencia y mi cuerpo delgado y blandengue tenía poco que hacer, pero eso él no lo sabía.

—¡Quieto!

Se paró en seco y levantó las manos lo que me permitió estudiar su aspecto en detalle. Tatuajes, cabeza rapada y ropa negra similar a la de un motorista. También me fije en que un cuchillo asomaba en la bota izquierda.

—Oye ovejita, ese juguete te queda grande. Déjame entrar y no te haré daño.

—No des ni un paso más.

Sonaba como si le molestase mi sola presencia. Después, lo vi fijarse en el tatuaje de mi muñeca y eso pareció enfadarle todavía más.

—Soy Aldo. —Sorprendentemente hizo un gesto similar a un saludo y después preguntó. —¿Cómo te llamas?

—Charlotte.

—Encantado Charlotte, déjame preguntarte ¿estás con ellos?

—No estoy con nadie.

—Eso no es posible. Te expondré la situación para que lo entiendas. Eres una mutada y yo también. Ahora mismo me estás apuntando con un arma, así que estás con los soldados. —Evidenció los hechos como si yo fuera tonta y necesitase un croquis. —La única diferencia es que yo soy una etiqueta negra y tú gris claro.

—Permíteme que te la exponga yo. Tengo un arma y si te mueves voy a disparar.

—¿Por qué los ayudas? Son unos asesinos.

—Vosotros estáis matando inocentes ahora mismo, no veo mucha diferencia.

—Eres tú la que tiene el arma. —Matizó él. ¿Se atrevía a compararme con ellos?

—No te he disparado todavía.

—Lo cierto es que me disparaste al entrar.

—Está bien, no te he herido. Por ahora. — Quise que mis palabras fuesen una amenaza y creo que en parte lo conseguí. — ¿Puedes decir tú lo mismo?

—No he dicho que yo no lo sea, solo me pregunto ¿por qué les ayudas? Estás aquí encerrada y es por su culpa.

—Sobrevivo, eso es lo que hago.

Una risa profunda salió de su garganta, como si le hubiese dado la clave.

—No negaré que me estás cayendo bien, de hecho no quiero hacerte ningún daño. En el fondo somos lo mismo, yo un poco mejor, pero similares.

Parecía relajarse a medida que avanzaba la conversación, yo solo esperaba que William escuchase la radio y trajese rápido a un grupo de soldados.

—Hagamos un trato, yo te saco de aquí y tú me dejas acceder a las armas. Serás libre.

—No vas a entrar.

—¿Vas a rechazar la libertad Charlotte? Solo un estúpido haría eso.

—No hay libertad en tu propuesta.

—Puedo añadir dinero para salir del país. Supongo que te preocupa que te busquen.

No negaré que la oferta me resultó muy tentadora, pero nunca abandonaría a Marco en la base para irme a otro país. Saldría de allí ayudando a los soldados, me ganaría una libertad real y después lo esperaría a él. Tendríamos esa casa que había dibujado y no iba a renunciar a aquel sueño. Por primera vez en mi vida me sentí ligeramente valiente y sostuve el arma con más fuerza.

—No vas a entrar.

—En fin, me estoy cansando ¿sabes? Voy a entrar, mis compañeros y yo necesitamos las armas. En concreto, tengo que tirarlas por esa ventana. Esa, Charlotte, es misión y voy a cumplirla. Yo también sobrevivo.

En el momento en que terminó de compartir toda la información del plan sacó una jeringuilla de su chaleco y se la inyectó con una rapidez absoluta. Nada más acabar se lanzó a por mí. Disparé, pero esta vez ya no tuve tanta suerte y ni siquiera lo rocé. Cuando recibí el primer empujón supe que aquello que ahora corría por sus venas había activado su mutación. Cada uno de los golpes que Aldo me dio los sentí igual que si un tren me estuviese atropellando. Salí por el aire en dos ocasiones contra la pared y mis huesos estallaron. Pensé en cuántos podía romperme aquel monstruo con otro golpe más. Lo escuché reírse cuando quise alcanzar la jeringuilla restante de su chaleco, pero solo conseguí que cayese al suelo. Me abracé las costillas dolorida y la cabeza me daba más vueltas de las habituales. Solamente había una forma de que saliese de allí viva, tenía que ser como él, pero aquello iba en contra de mi voluntad. No quería ser así.

—Te di una oportunidad, ahora ya es tarde.

Me arrastró por el suelo sin cuidado y después comenzó a estrangularme. Apenas podía respirar y el poco oxígeno que me quedaba abandonaba mi cuerpo que solo era capaz de sentir dolor ante la falta de él. La presión sobre mis órganos se hacía cada vez más intensa. Y cuando pensé que ya no podía más, alguien disparó.

Con la vista borrosa distinguí la silueta de William que tiró la pistola y se lanzó sin pensar a pelear contra aquella mole enfurecida. Escuché golpes y demasiadas cosas romperse, pero mi vista se negaba a enfocar. Me arrastré hasta una esquina para apartarme y recuperarme. William peleaba con facilidad contra El Salvador, esquivaba y repartía sin problemas. Aquel hombre era una etiqueta negra en estado puro,

¿cómo podía hacerle frente sin un arma?

El mutado se abalanzó con fuerza sobre William que se agachó para esquivarlo, después lo cogió por el brazo y lo empujó hacia la ventana haciéndolo caer. Sin embargo, la mole prefería morir matando y en el último instante agarró a William llevándoselo con él. Grité de nuevo desde mi esquina al escuchar un ruido golpear el suelo e ignorando mi estado me lancé corriendo a la ventana esperando ver a ambos allí muertos. Cuando me asomé, mi sorpresa fue total al encontrarme a William lleno de cortes, pero sosteniéndose como podía a la parte baja de la repisa. Resistiendo. Tras la caída de tres metros, el cuerpo del mutado solamente era un charco de sangre.

Miré al sargento White a los ojos y dudé. Odiaba a aquel hombre, si moría mi contrato indicaba que yo quedaría en libertad, ya que la misión se anularía. Estaba en una posición donde hacerlo caer por la ventana era la oportunidad de mi vida para ser libre. Es un asesino me dije a mí misma.

—Hazlo de una vez, mutada.

Él sabía perfectamente lo que yo estaba pensando. La libertad a un paso y nadie sabría que había sido yo. Me alejé de la ventana escuchando una risa irónica a mis espaldas. Cogí un cuchillo afilado junto con la jeringuilla y me acerqué de nuevo a ella.

Pocas veces en mi vida he estado tan poco segura de algo. Aquel plan parecía condenado al fracaso, pero tenía que intentarlo. Yo no era ningún monstruo, me repetí ese mantra, esperando no olvidarlo tras lo que iba a hacer. Metí la mano en el bolsillo y saqué la jeringuilla.

—Eh no, no, Charlie… no sabes…

La clavé en mi cuello y acto seguido una fuerte punzada de dolor me invadió. No tenía mucho tiempo, la fuerza sobrenatural afloraba en mí al mismo tiempo que la rabia y la ira. Estiré el brazo ofreciéndoselo a William que lo cogió sin dudarlo. Apenas me costó subirlo.

Una vez estaba dentro busqué con rapidez el cuchillo, él sacó su pistola y apuntó. Noté que no estaba haciéndolo a ninguna parte vital, pero su disparó no iba a ser necesario. La rabia me invadió y me lancé a por la mesa haciéndola añicos de un solo golpe. La caja de Pandora se estaba abriendo. El cajón cerrado. Todas aquellas emociones que siempre evitaba comenzaban a salir llevándome al estado de ira más

pura. Grité hundiendo los dedos en el suelo, y como si tuviera las garras de un animal se marcaron en él. Con toda la fuerza de voluntad que me quedaba, me recordé el mantra. No era ninguna asesina. No iba convertirme en aquello que tanto odiaba. No acabaría como mi padre. En un último esfuerzo de control desesperado, cogí el cuchillo y me lo clavé en la pierna. Ese dolor me despertó y por fin comencé a controlarlo.

—¡No disparéis! Yo me encargo, fuera de aquí.

William alejó de la sala a los soldados que comenzaban a llegar. Se sentó frente a mí en el otro extremo contrario sin soltar la pistola y esperó.

# Capítulo 5

Sentía una bruma sobre mí impidiéndome pensar con claridad. Traté de recordar qué había pasado, qué había sido lo último que vi o dónde estaba. Algo. Pero por algún extraño motivo no me encontraba nada bien. Una enorme jaqueca se instaló en mi cabeza y tuve que parar de esforzarme en recordar.

Parpadeé despacio y mis ojos se fueron acostumbrando a la intensa luz del fluorescente que había sobre mi cabeza. Reconocí la estancia por su familiar olor, estaba en la enfermería. Allí siempre olía a plástico y químicos. Aunque más de una vez me habían dicho que era cosa mía, pero yo odiaba aquel sitio, y no era solamente por su olor. Siempre que iba a la enfermería era porque tenía alguna herida, algo me dolía o iban a hacerme daño. A nadie deberían gustarle esos sitios.

A lo lejos alguien se quejaba repetidamente, más o menos cada treinta segundos y sus quejidos se escuchaban en toda la enfermería.

Percibí como una persona abría la cortina y cerré de nuevo los ojos con rapidez. Quería seguir fingiendo que estaba dormida. Para variar, fracasé. En cuanto alguien me cogió el brazo izquierdo me giré. La cara del doctor sonriendo apareció ante mis ojos. No me pareció una sonrisa amable, había tirantez en ella. Recordé que ese mismo hombre me había disparado hacía unos meses. El doctor estaba diciéndome algo, pero era incapaz de entenderle. Me dolía demasiado la cabeza y los ruidosos quejidos del otro paciente captaban toda mi atención. Desvié la vista hacia la jeringuilla y vi que estaba extrayéndome sangre. Parecía un procedimiento normal, en cambio después sacó otro vial con un líquido color ámbar. Quise preguntar qué contenía, pero no tuve tiempo. En cuanto entró en contacto con mi cuerpo caí rendida de nuevo.

Mi madre estaba desenredándome el pelo. Yo me envolví un poco más con la toalla tiritando. La puerta del baño se abrió y mi padre asomó la cabeza sosteniendo un pequeño paquete. Lo agitó en el aire y un ligero tintineo provino del interior. La cara de mi madre se iluminó al instante, como si el mero hecho de su presencia fuese más que suficiente. En cambio a mí, en aquel momento, me importaba más el contenido del paquete. Abracé a mi padre cuando se acercó a la vez

que con la mano libre trataba de alcanzar el dichoso paquete. Cuando por fin lo posó en mi mano parecía que estaba entregándome un tesoro. Intentando no parecer ansiosa retiré con cuidado el envoltorio y grité.

Desperté con alguien tapando mi boca con su mano. Forcejeé intentando liberarme, pero no hubo forma. Podía escuchar los latidos de mi corazón y notarlo casi saliendo del pecho. No había sido más que una pesadilla, solo eso. O no. Mi vista se acostumbró a los pocos segundos a la oscuridad, distinguí claramente a William y supe que era él el que me estaba dejando casi sin respiración. Así que sin importarme una mierda su reacción, le di un mordisco. Alejó la mano al instante y me miró con el ceño más que fruncido. Me dio igual, ese imbécil me debía la vida.

—Me has mordido mutada. —Susurró lo que me hizo entender que nadie debía poder escuchar lo que fuera a decirme.
—No voy a pegarte nada tranquilo.

Repliqué con ironía a la vez que le sacaba el dedo. Él enarcó una ceja. La verdad es que me estaba quedando la mar de a gusto, pero supuse que pagaría las consecuencias más tarde.

—Que sepamos.
—¿Qué ha pasado?
—Demasiado largo, ¿qué te ha estado haciendo el doctor?

Parecía preocupado y se me contagió al instante. Tenía claro que no era por mí, pero tanto susurro y una visita en lo que parecían altas horas de la noche, olía realmente mal.

—Solamente me ha sacado sangre y me ha puesto algo… debía ser un sedante porque me dormí.
—Escúchame bien, no les digas nada del líquido que le robaste al mutado. —La sorpresa debió palparse en mi cara. —Charlie, no te caigo bien y tú a mí tampoco, pero si quieres tener opciones de cumplir el contrato y salir algún día no pueden saberlo.
—¿Por qué? ¿Qué era…?
—Demasiado largo también.
—Te salvé la vida, creo que me merezco alguna explicación.
—¿Por qué lo hiciste?

La pregunta se le escapó casi sin querer. Al igual que su tono de voz que había cambiado y ya no era el sargento White. Esa pregunta la había hecho el verdadero William guiado únicamente por una

insaciable curiosidad humana.

—No soy una asesina.

—También tuviste la opción de irte, sin matar a nadie, lo escuché todo.

—¿Y de que me serviría ser una fugitiva toda la vida? No te cansarías de darme caza, estoy segura.

—No tardaría nada en cazarte querrás decir.

Se le escapó una pequeña sonrisa. No sé si porque la idea le parecía ridícula o porque estaba disfrutando mínimamente la conversación al igual que yo.

—Debí dejarte morir, sí. —Esa fue la primera vez que bromeé con él.

A la mañana siguiente mis recuerdos eran borrosos. No estaba segura de qué había pasado la noche anterior. ¿Había estado William allí o había sido todo un sueño? Además, seguía sin recordar cómo había llegado a la enfermería. Intenté hacer memoria hasta que la cabeza comenzó a dolerme de nuevo. Esta vez también tenía una sensación pastosa en la boca y me notaba abrumada al igual que el día anterior. Asumí que se debía a la medicación, pero no entendía por qué me sedaban si realmente no me dolía nada.

Decidí que era hora de salir de allí. Abrí los ojos y me incorporé con cuidado. Al hacerlo vi al doctor al fondo. Estaba sentado en una mesa y parecía concentrado en unos viales. Su nariz se arrugaba con un aspecto realmente desagradable al mirar con el microscopio. Me fijé en que presentaba un aspecto muy desaliñado, como si llevase días sin dormir. Su pelo estaba revuelto, la bata arrugada y en el escritorio se acumulaban varias tazas de café vacías.

Finalmente, decidí acabar el escrutinio y salir de aquella cama. Solamente entonces me di cuenta de las vías y tubos que tenía al lado de la cama. Maldije entre dientes con el breve pinchazo que sentí al quitármelos y entonces el doctor se acordó de mí y se dio cuenta de que estaba despierta.

—Charlotte detente. Necesitas la medicación. —Hablaba con urgencia y se apresuró a incorporarse ignorando por completo su trabajo.

—Estoy bien, no necesito esto.

—Bueno resulta que el médico aquí soy yo.

Su tono de voz quería sonar bromista, pero apenas lo logró. Forzado y petulante, aquello comenzó a darme muy mala espina.

—Quiero irme. —Me puse a la defensiva y el doctor pareció darse cuenta. Fingió una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Necesito asegurarme de que te encuentras bien. Puedo buscarte algún libro para que pases el rato.

—Le he dicho que estoy bien.

Estaba comenzando a impacientarme, aquel hombre no tenía intención de dejarme ir. Recordé a William preguntándome por el doctor, parecía que aquel recuerdo sí era real. Volví la vista hacia él con cara de pocos amigos, mientras lo seguía escuchando contarme que había sufrido múltiples traumatismos y que por eso tenía que quedarme allí más días. Evalué mi aspecto que ya no tenía marcas, tampoco heridas y todo aquello resultaba tan poco creíble como que a los perros les fuesen a crecer alas. El doctor rebuscaba enérgicamente entre sus botes y lo vi alcanzar uno con un contenido color ámbar que me resultó extrañamente familiar. Desconfiada traté de poner distancia entre él y yo, porque tampoco podía olvidar que ya había intentado matarme, además de no parecer sentirse cómodo con mi presencia.

—Permíteme, Charlotte. —Se acercó con una inyección llena de ese líquido y yo retrocedí un par de pasos.

—¿Qué es eso?

Pregunté agitada, pero no fui tan rápida como para darme cuenta en ese momento. El doctor clavó la aguja en mi brazo y después la misma sensación de pesadez invadió mi cuerpo.

Llevaba un rato molesta. Algo estaba impidiéndome dormir plácidamente, refunfuñé e intenté girarme medio dormida. No pude. Frustrada comencé a despertarme para ver por qué no me había girado. También empecé a notar que alguien me estaba golpeando en la cara repetidas veces. Me daba palmadas en los mofletes y me hablaba.

—Venga hombre, despierta de una vez.

Conseguí abrir los ojos con gran esfuerzo y me encontré a William a punto de darme otra palmada más. Quise apartarle la mano, pero no pude y recibí una palmada más. Al mirar mis manos comprendí qué me impedía girarme, estaba esposada a la cama.

—Joder por fin, no tenemos mucho tiempo.

—Quítame esto. —Casi grité a la vez que movía las manos y señalaba con mi cabeza las esposas.

—No puedo. —Creo que percibí una mirada de disculpa, o tal vez lo imaginé.

—¿Cómo que no puedes?

—No es cosa mía, si te las quitó sabrán que alguien ha estado aquí. ¿Por qué estas esposada a la cama? —Vi que se reía ligeramente ante la idea.

—No tiene gracia, tienes que ayudarme, por favor, me están drogando creo.

Le pedí ayuda sin importar quién era él realmente, solo sabía que allí no estaba segura. Y juro que vi remordimientos en su mirada. Todavía mareada y revuelta hice memoria para ofrecerle más detalles.

—El doctor, le dije que estaba bien y que quería irme… entonces me inyectó un líquido y no recuerdo más.

—El capitán le ha aprobado un proyecto para estudiarte.

Me quedé sin palabras al comprender que me estaban usando como a una rata de laboratorio. Entendí también el remordimiento que había detectado. William me sostuvo la mirada seriamente esperando una respuesta por mi parte y yo asumí que estaba sola. Había una línea entre soldados y mutados, una línea que no se rompería jamás por mucho que colaborásemos, o aunque yo le salvase la vida.

—Entiendo. Está bien.

—No puedo ir contra el capitán, Charlie. —Sentía que estaba disculpándose y por algún motivo me enfurecí con él.

—Tampoco hay mucha diferencia entre tu plan y el suyo.

—Yo te estoy dando la libertad a cambio, tú elegiste eso. —Parecía ofendido con mi respuesta, como si compararles fuese un crimen contra su ética.

—Te recuerdo que la otra opción era matarme. Te recuerdo que me recuerdas todos los días que no soy como tú y que merezco morir. Disculpa, pero no veo la diferencia entre ellos y tú.

Quise mover los brazos para gesticular mi indignación, pero no pude. Miré las esposas con la rabia bullendo dentro de mí, estaba harta, la dejé entrar, tiré y se rompieron. Después me giré dándole la espalda a William.

—No hemos terminado, Charlie.

Lo ignoré y seguí en mi posición. Entonces, lo escuché moverse y

agradecí que se fuera, tenía las lágrimas a punto de saltar en los ojos. De repente, William apareció frente a mí campo de visión y se arrodilló para quedar a la altura de la cama.

—Yo sí he terminado. —Respondí tajante.

—Vale, voy a intentar que entiendas lo que yo veo. —Le vi hacer un gesto exasperado como colmándose de paciencia. —No somos iguales, Charlie. Yo jamás podría romper unas esposas por rabia, eso es así. Es una fuerza que sería muy valiosa, salvo por el hecho de que os vuelve coléricos. Dime una cosa, ¿cuántos como tú han matado a alguien? Incluso a seres queridos. Destrozáis familias, tal vez tú aún no, pero eso no quiere decir que no pueda pasar. No hay cura tampoco. El mundo está mejor sin los mutados entonces y no puedo verlo de otra forma.

—Vete.

Desperté una vez más, pero en esa ocasión sobre un suelo frío y duro. Había perdido la cuenta de las veces que el doctor había conseguido inyectarme algo a pesar de lo mucho que me había resistido. Mis últimas semanas eran borrosas, no recordaba apenas nada real. Lo único de lo que estaba segura es de que no volví a recibir más visitas por la noche. A nadie parecía importarle el abuso que se estaba haciendo de mí. Yo era una persona como cualquier otra, pero en la base no opinaban así. En realidad, el resto del mundo no opinaba así. Me dolió darme cuenta de que ni siquiera Asia se acercó. Imaginé que el capitán imponía demasiado miedo a todos como para jugársela por una mutada.

Antes de que pudiera seguir divagando, alguien me golpeó el estómago. Tosí mientras abría los ojos para encontrarme en una lúgubre habitación oscura que apenas estaba iluminada por un par de alógenos que colgaban del techo. No pude evitar arrugar la nariz ante el mal olor proveniente claramente de las mohosas paredes sucias y grises. La humedad había invadido aquel espacio sin ventanas, por lo que bien podría ser un sótano.

—Quítale la mordaza al chico. —El doctor con su larga bata blanca dio la orden al primero de los dos soldados que lo acompañaban. —Y tú levántala.

El segundo hombre no tardó ni dos minutos en ponerme en pie. Lo hizo sin apenas esfuerzo, igual que quien mueve una caja de cartón. Al buscar a la cuarta persona de aquella habitación el corazón se me hizo

pedazos cuando reconocí inmediatamente a Marco. Estaba atado por las muñecas al techo y su aspecto indicaba que llevaba allí horas. Tenía los labios secos y rotos, ojeras y su piel era de un pálido color grisáceo. No estaba bien, ¿por qué le hacían eso? Quise acercarme a él, pero el soldado me sujetó con fuerza. En ese instante me di cuenta de que estaba allí por mi culpa. Busqué su mirada y automáticamente le pedí un perdón silencioso. En cambio, no encontré enfado, ni miedo en sus ojos, solo vi determinación.

—No hagas nada. —Casi antes de que Marco acabase la frase el soldado ya le estaba golpeando el estómago. Grité furiosa y escuché una risa a mi lado.

—Bueno Charlie, veo que no te gusta que le peguemos a tu amigo. —El doctor hizo una pausa, pero me negué a responder. —No estás muy colaborativa por lo que veo.

—¡Basta! —Grité antes de que el soldado golpease a Marco de nuevo. —¿Qué quieres?

—El capitán quiere investigar tu control. Enséñame como lo controlas y nos iremos todos de aquí, sino… —Hizo una pausa dramática chasqueando la lengua. —Bueno sino lamentablemente el chico pagará por ti.

—No puedes hacer eso. —Quise sonar tajante, firme y aun así sentí como me aflojaba la voz.

—Claro que puedo. —La respuesta fue un grito de dolor por parte de Marco cuando recibió un puñetazo en la cara.

—No sé controlarlo así como así, ¿vale?

—Si quieres comenzar con mentiras. —Marco recibió otro golpe, y otro, y luego otro.

Grité de dolor, y Marcó también. El mío era interno, el suyo estaba segura de que era físico. Aquello era una injusticia, un abuso de poder, era ilegal. El gobierno no tenía derecho a usarnos como cobayas Había unas leyes y aunque era una mierda, sí, nos protegían de este tipo de cosas, o al menos a él. No sé el tiempo que estuvimos ahí, sometidos a aquella tortura.

Había rogado y suplicado, pero pronto me di cuenta de que aquello no iba a ayudarnos. Así que me derrumbé e intenté no derramar demasiadas lágrimas porque el que realmente sufría de verdad era Marco y no yo. Y sin embargo, en todo momento vi que se negaba a darles lo que querían, podía hacerlo y su tortura pararía, pero sentía su negativa ante aquello. Marco no quería exponerme porque sabía perfectamente lo que eso suponía, yo jamás saldría viva de la base, y yo sabía que si fuese al revés estaría soportando los mismos golpes que

él sin importarme. Lo único que me dolía de verdad era no poder protegerle, recibirlos por él, o aliviar su dolor al menos.

El monstruo que latía bajo mi piel deseaba salir con todas sus fuerzas, pero no podría acabar a tiempo con los tres. Alguien acabaría con un tiro y posiblemente fuese Marco, así tiré de la correa para sujetarlo dentro de mí. No podía darles lo que querían y Marco tampoco estaba dispuesto a hacerlo. Si él podía ser fuerte, yo debía serlo más.

La puerta del sótano se abrió y eso pareció cogerlos a todos por sorpresa. Aproveché el momento para acercarme a Marco y ver si estaba bien, ni siquiera me molesté en ver quién había entrado. Solo quería saber si él seguía dispuesto a ocultar mi secreto, si estaba bien como me decía con su mirada, lo demás me daba igual.

—Lo siento, lo siento mucho… —Entre lágrimas lo besé rápidamente. Fue fugaz y rápido, fue miedo, fue cariño, fue agradecimiento.

—No se lo des, no lo hagas. —Marco solamente pudo susurrarme esas palabras antes de que arrancasen mis brazos de él de nuevo.

Vi entonces quién había entrado, quién nos había regalado ese minuto tan valioso. William, el sargento White, al que llevaba sin ver días, o quizás semanas, por que ciertamente tampoco sabía cuánto tiempo había pasado, y al que desearía no ver nunca más.

—Sargento White este proyecto es confidencial. —Acusó el doctor sin reparos.

—Puedo imaginarme por qué, ¿cuántas normas está rompiendo? —William señaló a Marco con la cabeza con dejadez.

—Tengo autorización del capitán.

—Así que por eso me ha robado a mi soldado. —Me señaló con la cabeza también sin apenas mirarme.

—Cuando finalicemos se la entregaré de nuevo. —El doctor no parecía nada contento por la intrusión.

—La verdad es que me gustaría recuperarla ya. La mierda que esté intentando resolver puede esperar.

William sonaba firme, parecía completamente un sargento. Solo durante unos breves segundos admití que conmigo era mucho más flexible. Pero lo que quería saber era qué hacía allí. Me había dicho que no podía ir contra el capitán, así que por qué molestarse en venir hasta ese sótano.

—Debo recordarle que cuando acabe su proyecto será libre. —El

doctor pareció acusarle por nuestro contrato.

—Los dos sabemos que eso es mentira. —Lo fulminé con la mirada. Lo fulminé, aunque él ni siquiera me miró.

—Aun así, sargento, intento determinar si es viable conseguir que otros también lo controlen.

—Y yo, doctor, pretendo salvar vidas inocentes. Sinceramente veo eso más urgente que ayudar a mutados a ser normales. —William elevó la voz y a cada palabra el doctor parecía hacerse más pequeño. —La gente a la que yo defiendo solamente quiere vivir en paz con sus familias.

—Un ejército como ella salvaría a muchas más de esas personas que usted dice.

Ahogué un grito en mis adentros y miré horrorizada a William. Seguía ignorándome, pero lo peor fue ver que se encogió de hombros y se fue al fondo de la sala como acostumbraba a hacer en los entrenamientos. Se quedó allí apoyado en la pared de brazos cruzados y con la vista fija en nosotros sin una emoción en el rostro. Me recordé a mí misma cuánto debía odiarle por ello y que no olvidaría aquello jamás. Me juré que algún día les haría pagar por todo esto a todos y cada uno. Y después, algo hizo clic en mi cerebro, me permitió ver que la rabia estaba entrando, pero me negué porque no iba a enseñarles absolutamente nada. Respiré hondo unos segundos y la alejé. O eso creía.

—Bueno Charlotte, no te veo dispuesta a ceder. Creo que necesitamos subir un poquito el nivel.

Me volví loca. El doctor hizo una seña y uno de los soldados sacó un arma. No iban a matarle, no podían, aquello estaba fuera de lugar. Miré al fondo donde William observaba todo en silencio, nuestras miradas se cruzaron solamente unos segundos, los segundos que él tardó en evitarme. No iba a ayudarnos. El soldado apuntó a Marco y yo me lancé. El disparo fue un sonido sordo. Y el caos vino justo después.

Escuché mis gritos por encima de los del resto. Tampoco llegué a estar entre Marco y la bala, ya que mi amigo me conocía mejor que yo misma y me empujó con su cuerpo hacia el suelo. Cuando me levanté y corrí hacia él me di cuenta de que estaba bien. La bala había impactado en la pared del fondo. Le había pasado cerca, pero no lo había tocado. Lo abracé con toda la fuerza del mundo, temblando de miedo, y no por mí, sino por él. Una parte de mí sabía que nunca podría soportar perderlo. Al mismo tiempo, otra supo que había

llegado un límite en el que él no tenía que seguir soportando aquello, que yo tenía que hacer algo para sacarlo de allí.

—Para, por favor, te lo suplico. Déjalo irse. Te lo diré, te lo contaré todo y te lo enseñaré.

Me temblaba la voz a cada mentira que decía. Fingí que era fruto de mi desesperación y no del miedo. William sabía que lo controlaba y yo no sabía de qué lado estaba él, pero asumí que su misión sería suficientemente importante como para mentir conmigo.

—Solamente puedo controlarlo cuando se activa mediante la toxina.

—¡Al fin! Charlotte, nadie tiene por qué salir herido. —El doctor lucía triunfante y William tenía cara de enfado. —Explícame bien eso y tu amigo podrá irse.

—Con la toxina siento dolor, eso es lo que atrae la rabia…

—Charlotte, no sigas. —Marco gruñó enfadado también.

—En esos momentos tengo margen para pensar. Cuando se activa por la rabia no tengo ese intervalo. —Seguí con mi mentira y al acabar dejé escapar un suspiro para que pareciese todavía más real.

—Vamos a comprobarlo.

# Capítulo 6

El sonido de una grúa, o tal vez una carrilera, se expandió por la diáfana habitación. El doctor había activado el botón de un mando que guardaba en su bolsillo. Me guié por el sonido y llevé la vista al techo como todos los demás. De allí había comenzado a bajar una caja de cristal llena de cables conectados a su techo. Tragué saliva abrumada por tantas sensaciones y recé para que se llevasen a Marco antes. Podía imaginar lo que era esa caja de cristal, podía imaginar qué viajaría por sus cables. En resumen, sabía que me había metido en la boca del lobo.

Una vez la caja tocó el suelo las manos del soldado me levantaron el aire y en menos de un minuto estaba dentro y encerrada. Me negué a darle el placer de verme intentando salir de allí, así que me levanté y me quedé allí dentro de pie esperando lo que viniese a continuación y sabiendo que por aquel hombre me volvería la asesina que siempre rechacé ser.

—Lo cierto es que estoy algo nervioso ahora mismo. —El doctor se frotaba las manos a la vez que sonreía terriblemente feliz. —Permíteme explicarte cómo funciona mi nuevo experimento Charlotte. Estás dentro de la caja del control. He trabajado mucho en ella ¿sabes? Esta caja está llena de sensores que recogerán tu información.

El doctor disfrutaba con cada uno de esos segundos, sus horas de trabajo y esfuerzo se veían recompensadas y no le importaba el precio. Su objetivo en la vida estaba junto con la ciencia, o lo que él consideraba ciencia, y el capitán le había dado las alas para volar.

—El cristal es aprueba de etiquetas negras, no se romperá por mucho que lo golpees y los tubos del techo liberarán una versión mejorada de la toxina. Esta nueva versión incrementa la rabia que sentís en un escala de por tres, y a la vez los tubos se encargan de mantener la dosis de forma constante durante todo el experimento. El objetivo es que seas capaz de controlarlo bajo cualquier circunstancia, no te extrañes si hoy no lo consigues, habrá más días.
—Doctor…

William se había acercado por primera vez a nosotros y no parecía estar de acuerdo con aquello. Los dos soldados se pusieron entre él y

el doctor, ¿creían que iba a atacarle?

—Sargento, si tiene algo que cuestionar hable con el capitán. Tengo autorización para llevar a cabo mis pruebas hasta el final, no pararé por su estúpida misión.

Y así sin más, sin tiempo a mentalizarme o sentir más pánico, la toxina empezó a salir. Marco gritó mi nombre, y yo miré a William en el último segundo. Sé por qué lo hice, en el fondo esperaba algo más de él, creía haber visto algo que tal vez no existía, pero quise aferrarme a esa pequeña esperanza. Sus ojos marrones me apartaron la mirada avergonzados. Fue un cobarde.

En cuanto las partículas rozaron mi piel supe que el doctor se había esforzado en que doliese. Aquello era insoportable y no cesaba. La toxina rozaba mi piel constantemente, sin desaparecer como él había explicado y el dolor dio paso como siempre a una rabia, pero en esa ocasión era colérica y me nubló el juicio por completo. Quería salir de aquel cristal, no me importaba absolutamente nada más. Así que me lancé directa hacia él. La fuerza con la que impacté hizo temblar todas las paredes, pero nuevamente el doctor ya lo había previsto y ninguna se rompió. Volví de nuevo, estaba vez con más fuerza que la anterior, obteniendo el mismo resultado. No me rendí, el dolor no me lo permitía, y continué. Continué, hasta que por fin sentí otro tipo de dolor. Vi que el cristal estaba lleno de sangre, me llevé la mano a la cabeza y comprendí que era mía. Tenía una brecha que no paraba de sangrar, pero aquella toxina seguía doliendo y convirtiendo mi dolor en rabia pura.

Sin embargo, la sangre me hizo recordar el momento en que salí del sótano en casa de mis padres. Volví la vista al cristal ensangrentado y luego a mi mano. Concentré todas mis fuerzas en el dolor de mi frente y en el dolor interno que me traían aquellos momentos. Aquel dolor era mayor, no importaba el tiempo que pasase, me acompañaba y era mucho más grande que cualquier otro. Derrotada me dejé caer en el suelo retorcida en aquel sufrimiento todavía, pero alejando la rabia. Volví a distinguir a los presentes de la habitación que estaban discutiendo acaloradamente, y aunque quería escuchar lo que decían, solo podía gritar porque dolía. Quemaba más bien, pero saber cómo podía acabar lo hacía más y yo no quería terminar así.

Al final, la puerta se abrió y William entró directo a por mí. Me sacó de allí y me posó sobre el frío cemento. Hundí mi piel en aquel

contacto que me reconfortaba. El frío se extendió por mi cuerpo, y finalmente entre mi agitada respiración comencé a entender los gritos de la discusión.

—¡Esto va a ser reportado! —Era la voz de Asia la que hablaba. ¿Cuándo había llegado allí?

—No sabe usted con quién se está metiendo.

—Hago mi trabajo, capitán, y usted ha incumplido la ley.

No era la Asia agradable que yo conocía. Volvía a ser la mujer tenaz y rígida del primer día. No tenía miedo, era valiente y fuerte.

—Sargento White, ¡qué decepción! Jamás pensé que lo vería en el bando equivocado.

—Cuido a mis soldados capitán y de momento la mutada es uno de ellos.

William sonaba todavía demasiado cerca de mí y al igual que Asia su voz era fuerte y decidida. Ellos no temblaban como yo.

—Necesitará atención médica.

El doctor me señaló con un pie. En ese momento me sentí como una colilla, esa que a todo el mundo le da asco recoger del suelo.

—No la suya. Yo me encargo de su recuperación, no vaya a ser que la secuestre de nuevo.

—Encárguense de la recuperación del chico y espero que reciba el mismo trato que cualquier otra persona. Lo que ha hecho aquí hoy es intolerable y no les quepa duda de que se sabrá.

Dicho eso Asia se fue dando un portazo seguida de otra mujer que no conocía de nada. Yo volví la vista a Marco que tenía lágrimas en los ojos y le sonreí. Quería que supiese que estaba bien, sabía perfectamente lo que él estaba sintiendo, pero me pondría bien. Recé para que de verdad le atendiesen como debían y que Asia luchase por los derechos de Marco. Asqueada de sentirme despreciada allí en el suelo entre tanto soldado, me levanté, o lo intenté, porque entre tambaleo y tambaleo unos brazos me ayudaron. William. No quería su ayuda, intenté erguirme sola, pero él no parecía dispuesto a ceder terreno.

—Estate quietecita de una vez. —Me susurró tan de cerca que me quedé quieta por la tensión de su contacto con mi cuerpo.

—No me esperaba esto de usted sargento White, pero tampoco lo olvidaré. —El capitán se acercó a nosotros desafiando a William con la

mirada.

—Solo quiero cumplir mi misión, espero que lo entienda capitán. —Dicho eso me sostuvo y comenzamos a caminar.

En cuanto salimos del sótano y nos quedamos a solas William se paró, me alzó en brazos y comenzó a caminar conmigo sin decir nada más. Nunca había estado tan cerca suyo, ni tan en contacto con él. Analicé la tensión que había en su rostro, tenía todos los músculos tensos y apretaba con fuerza la mandíbula enfadado. ¿Cómo podía estar enfadado él que lo había permitido?

—Bájame, no necesito tu ayuda.

Protesté contra su pecho indignada tratando de liberarme, pero como si yo solo fuese una mosca molesta ignoró mi fuerza sin esfuerzo y solo cuando entramos en una habitación de la base lo hizo y respondió a mi queja.

—Te ha ido de lujo sin mi ayuda. Una idea estupenda, Charlie. —Parecía tan enfadado como yo y él no tenía motivos.

—¡¿Qué esperabas?!

Le grité con ganas sí, porque me dolía tanto que después de salvarle él no hubiese hecho nada por mí. Sabía que no debería dolerme, pero a veces no podemos controlar ciertos sentimientos. La lógica no siempre guía nuestras acciones, es el corazón el encargado de responder por nosotros y también es el que nos arrastra a los mayores errores y aciertos. No hay triunfo sin derrota.

—Desde luego no esperaba que te pusieras delante de una pistola. No esperaba que soltases esa mierda de mentira por la boca y mucho menos que acabases en la puta caja esa. —Respondió él pasándose la mano por la cabeza.

—¡Marco no tenía que estar allí!

—Tu novio estaba dispuesto a soportarlo, solo tenías que aguantar como él con la boca cerrada. Asia y Joana estaban en camino, solo tenías que esperar.

—¡No era justo. Ni siquiera era legal, era un abuso y a Marco no le corresponde pagar por mi culpa! —Esa respuesta pareció traer de nuevo al William que yo había empezado a conocer. Alejó al sargento White de allí.

—Ya te he dicho, Charlie, que la vida no lo es.

—¿Por qué no hiciste nada entonces?

—Porque no puedo ir contra el capitán. —La misma respuesta que en la enfermería. —Es un hombre muy peligroso y no conviene tenerlo

como enemigo.

—¿Por eso me abandonaste también en la enfermería dejando que me drogaran, no?

—Hice lo que me pediste. —Levantó una ceja esperando una réplica por mi parte que no llegó y entonces siguió. —Y que no te despertase más noches no quiere decir que te abandonase. Solamente te sedaban y me aseguré de ello todas ellas.

Me quedé muda unos instantes al escuchar su confesión. Aunque en realidad también fue porque me gritó aquello dolido, y eso me sorprendió todavía más. Era la primera vez que William exponía algo así conmigo, parecía como si que yo lo juzgase por dejarme allí sola fuese una traición entre nosotros.

—Si te hubiesen hecho algo más te habría sacado. —Afirmó aquello en un tono más bajo y luego desvió la mirada al decir eso y juro que pasé ganas de pegarle por ser un cobarde conmigo.

—Pero lo que paso ahí abajo…

—Pasó. Y he visto cosas peores, créeme. Estar aquí me permite proteger a los verdaderos inocentes. —Me dio la espalda tras decir eso y comprendí que era porque sabía lo que me dolía aquello.

—Los no mutados, sí. ¿Puedo irme ya?

—No. Vas a pasar aquí la noche. Hay que curarte esa herida y querrás limpiarte supongo. — Se puso a rebuscar en un cajón y sacó un par de gayumbos y una camiseta blanca junto con una toalla.

—¿Dónde estamos?

—En mi habitación. Detrás de esa puerta está el baño, ten esto te servirá por ahora.

No sé el tiempo que pasé en aquella ducha. Llevaba tanto tiempo sin tener aquella privacidad que me dejé llevar. Me hundí bajo el agua y dejé que toda la suciedad y la sangre se fueran por el desagüe. Me senté abrazándome las rodillas bajo la calidez del agua y el vapor y me relajé tanto que parte de mi humillación y rabia se evaporaron también. Cerré los ojos y hundí la cabeza en el chorro, notaba el dolor en la herida, pero tenía una herida más interna y profunda. Una que se abría cada vez que recordaba el sufrimiento de otro por mi culpa. Grité de frustración ignorando por completo que William estaba tras la puerta y que aquella era su habitación. Al final, cerré el grifo y me quedé allí quieta, abatida y sin saber qué hacer o cuál era el siguiente paso.

Quisiera volver al momento en que el estúpido sargento White me descubrió. Estaba claro que no hice lo suficiente aquel día por ocultarme y desde entonces todo iba a peor. El segundo error de mi

vida, solo dos fuera de esa línea recta por la que siempre caminaba, pero desviarse de él tiene consecuencias incalculables.

Salí y me miré en el espejo. Era difícil reconocer a la Charlotte que me devolvía la mirada. Mi piel color café con leche se había apagado y lucía sin brillo y mis ojos verdes estaban rodeados de lágrimas que no terminaban de caer. Supongo que a veces deseamos destrozarnos por el odio que nos profesamos a nosotros mismos, pero es difícil hacerlo sin sentir dolor. O así me sentí yo y por eso tomé la decisión que tomé.

Abrí el cajón que había bajo lavabo y cogí las tijeras de él, como si estuviesen ahí esperando por mí. Sin cuidado alguno sostuve mis mechones rubios y los corté para después tirarlos a la papelera. Con cada corté sentí que eliminaba parte de lo que era. Así que seguí así hasta que al final mi larga melena se convirtió en una corta melena por los hombros. Y por absurdo que parezca, ese pequeño cambio ligeramente alivió mi odio, pero no lo suficiente porque seguía repudiando a la Charlotte que continuaba mirándome desde aquel espejo. Cobarde, débil e incapaz de proteger a sus seres queridos, una Charlotte que estropeaba todo aquello que tocaba y que en cada decisión que tomaba destrozaba todo un poco más. Furiosa estrellé el puño contra el espejo agrietándolo y cortándome en la mano. La sangre resbaló por el lavabo demostrándome lo único que era capaz de hacer en aquel mundo. Sangrar.

Comencé a escuchar voces subidas de tono en la habitación y eso me devolvió a aquel lugar y a la situación real. En concreto, William debatía enérgicamente con más personas. Curiosa pegué la oreja a la puerta, reconociendo enseguida la voz de Asia y a una tercera voz femenina y desconocida que participaba también en la conversación.

—¿Cómo pudiste? —Era Asia la que increpaba a William.

—No es lo peor que han hecho.

—Eso no lo justifica Will. ¡Estabas allí quieto! —Esas palabras reproducían mis pensamientos al máximo.

—¿Qué querías Asia? Que sacase el arma y los matase, ¿por una mutada? Y después qué…

—¿En serio? —La voz de Asia se elevaba a cada palabra al igual que la de William.

—Chicos, deberíais calmaros… —La tercera voz trató de calmar aquel huracán, pero no iba a desaparecer sin más.

—Dime una cosa, ¿me matarías si mañana me contagiase yo también?

—Asia no digas tonterías… Son monstruos, asesinan a personas

cuando se descontrolan…

—Oh vamos Will, dime la verdad… ¿Qué ves cuando la miras?

—Veo a una mutada, una etiqueta negra que puede estallar en cualquier momento.

—Te diré lo que veo yo, veo a una chica que ha sufrido lo suficiente como para ser una asesina, y aun así lucha contra ello a cada segundo. He visto monstruos peores.

—Eso no quiere decir que ella no lo sea.

—¡Es todo lo que siempre has buscado. No puedes estar tan ciego!

—Es una mutada.

La habitación se sumió en el silencio y decidí que llevaba demasiado tiempo en el baño como para no parecer sospechosa. Abrí la puerta despacio y salí, me coloqué cerca de la pared sin saber muy bien qué hacer o decir. Asia estaba sentada en el suelo de la habitación con las piernas cual indio. La otra mujer enviaba mensajes rápidamente con sus finos dedos desde la cama. Tenía el pelo corto y negro y había cruzado una de sus cortas piernas sobre la otra. William en cambio estaba de espaldas en la ventana. Sorprendida por la familiaridad con la que todos estaban allí instalados, como una familia, saludé tímidamente a Asia que miró mi nuevo aspecto sin decir nada y la otra mujer que hizo lo mismo.

—Me llamo Joana, encantada. —Asentí y seguí allí de pie esperando instrucciones.

Asia y Joana volvieron a sus teléfonos como si yo no estuviese allí. William seguía de espaldas y podía sentir la tensión que había entre él y Asia, pero Joana en cambio parecía indiferente a ella. La estudié con detenimiento, pues tenía un rostro peculiar. Nariz respingona y ojos redondos, todo en ella era pequeño excepto los largos dedos de sus manos. Levantó la vista y me pilló por completo estudiándola, para mi sorpresa me guiñó uno de sus oscuros ojos marrones y sonrió dejando ver unos hoyuelos.

—Se les pasará en un par de minutos. —Me dijo aquello como si William y Asia no estuviesen allí.

—Soy Charlotte, gracias por…

Antes de que acabará la frase William resopló y se giró por fin. La fría mirada de sus ojos marrones se clavó sobre mí como un martillo. No sé qué vio o dejó de ver, pero la frialdad con la que lo hizo me sobrecogió. Normalmente solía envalentonarme contra él, pero en aquel momento retrocedí dispuesta a desaparecer de nuevo por la

puerta del baño. Me sentí frágil y después me odié más si cabía por ello. Él no debía tener aquella capacidad sobre mí, pero mi cuerpo y mi mente no me pertenecían aquel día, se habían agotado por completo y preferían dejarse ir que seguir luchando. Al final, pareció darse cuenta de que mi pelo había cambiado porque su mirada viajó tras de mí al baño y al hacerlo, se dio cuenta también de que el espejo estaba roto y manchado de sangre. Automáticamente sus ojos volvieron a mí y se desviaron hasta mi mano. Suspiró ligeramente a la par que recuperaba una breve cercanía y calidez antes de girarse hacia Asia.

—Hay que curarle esos cortes, ¿has traído el botiquín?

—Ahora te preocupas por ella. —Ella le devolvió la mirada desafiante.

—¡Soldado te he hecho una pregunta!

Era la primera vez que lo veía gritarle a su compañera tan enfadado. Parecía que Asia acababa de llevar su paciencia hasta el límite, pero a diferencia de cualquier otro ella solamente le lanzó su mochila aun con peores modales. Ignorando el gesto de su amiga, el soldado se acercó a mí con intención de curarme.

—No. —Conseguí recuperar parte de mí para negarme a que me curase él. No quería su ayuda.

—Yo la curo, vamos trae.

Joana se levantó y arrebató el botiquín a un William que parecía a punto de escupir fuego. Asia en cambió esbozó una sonrisa triunfante al ver como William recibía mi rechazo.

—¿Qué has averiguado Joana?

—El capitán tiene especial interés en saber cómo lo controla. Ha estado elaborando un informe titulado “Nuestro enemigo es nuestra mejor arma”. —Joana comenzó a curarme a la vez que parloteaba sin parar sobre todo lo que sabía. —Había detalles sobre nidos de etiquetas negras, plazos de conversión en la jaula de control, también presupuestos…

—Quiere un ejército. No me sorprende.

William no parecía asustado con aquella información, a mí en cambio me temblaban las rodillas.

—¿Cómo te has enterado? —Joana rebufó ofendida ante ni pregunta.

—Mi habilidad es saber todo lo que otros no, Charlotte. Sé que es un tópico, pero la información es poder.

—Es la espía del equipo, no hay nada que ella no sepa. —Asia parecía haberse calmado por fin.

—Tranquila, tus secretos están a salvo, aún no he contado todo lo que sé de ti. —Abrí los ojos preocupada pensando en mis escarceos con Marco. ¿Sabría aquello? ¿Nos habría visto alguna vez?

—Eso que veo es miedo Charlotte, ¿qué escondes? —Asia se levantó de un salto entusiasmada.

—Volvamos al tema importante, hay que sacarla. No van a renunciar a ella con facilidad. —Joana atrajo la cordura de nuevo a aquella habitación.

—No está lista. —Esta vez fue William el que habló y admito que parecía preocupado.

—Puedo sobrevivir ahí fuera.

—Que va, ni un día. —Resopló como si yo fuese un problema. —Asia puede contenerlos, pero tenemos que avanzar más rápido.

—Dudo que consiga gran cosa. El capitán tiene amigos en las altas esferas, siempre sale impune.

—Mañana veremos que hacer, es tarde, suficiente por hoy.

William les abrió la puerta a sus compañeras que se despidieron de él con un par de palmadas. Asia y él parecían haber olvidado ya aquel debate como Joana predijo. Cuando la puerta se cerró los dos nos quedamos en silencio. No sé el tiempo que pasó mientras ambos evaluábamos la situación. Tampoco sé que se pasó por su mente, pero la mía solo pensaba en salir corriendo de allí. Al final fue William el que rompió el hielo.

—Si te duele puedo conseguirte…

—No necesito nada.

—No tienes por qué soportar dolor.

—Solo quiero descansar—Sacando todo el valor que tenía me dirigí al sofá y me instalé en él tapándome con la manta que había en sus pies.

—Puedes dormir en la cama. Hay espacio de sobra. —William señaló la enorme cama y era cierto, pero no quería estar cerca de él.

—Estoy mejor aquí. —Repliqué furiosa.

—Allá tú. —Apagó la luz y se echó a dormir.

# Capítulo 7

Esperé despierta durante horas hasta que por fin escuché que la respiración del sargento se volvía tranquila y relajada. Estaba dormido y era mi momento de escaparme. Necesitaba ver a Marco, saber que estaba bien. En silencio salí de la habitación sin mirar atrás. Suspiré aliviada tras cerrar la puerta y darme cuenta de que había conseguido escaparme sin despertarlo. No pensaba volver allí. Me moví sigilosa y con cuidado. Sabía bien cómo evitar a los guardias, no era la primera vez que me escapaba de noche, aunque en las otras ocasiones Marco venía conmigo. Llegué hasta la puerta de la enfermería y la abrí con cuidado, gateé revisando el informe de cada paciente hasta que por fin di con la cortina de mi amigo. Como no me fiaba suficiente de que el doctor le administrase todo lo que debía, dediqué mi tiempo en revisar el informe y confirmar que los botes de líquido que iban a la vena llevaban el mismo nombre que el medicamento indicado.

—Si vas a envenenarme hazlo rápido. —Ahogué un grito cuando Marco susurró eso. Al girarme lo vi, con esa medio sonrisa en el rostro hinchado de los golpes, pero siendo él.

—¿Estás bien? —Acaricié con cuidado sus mechones ondulados. Tenía ojeras y estaba pálido.

—Siempre que tú lo estés.

—Esto no funciona así Marco. No tienes que protegerme. —Me acerqué más y me senté a su lado.

—Siempre.

—Yo… lo siento, debí decirles algo antes, pero…

—Pensaste que nos ayudaría. —Marco acabó por mí la frase que tanta vergüenza me daba admitir.

—Lo siento.

Desvié la mirada a la vez que él se incorporaba. Su mano recogió mi rostro hasta que nuestras almas se encontraron en esa pequeña caricia.

—Haría lo que fuera por ti y lo sabes. —Se acercó a mí, mientras yo me perdía en la calma de esos ojos color arena.

—Marco esto… tenemos que dejarlo. Te han hecho daño por mi culpa. —Supe que debía poner tierra entre él y yo durante un tiempo.

—¿Es solo por eso?

—¿A qué te refieres?

—Entiendo que quieras alejarme, aunque no lo comparto. Solo

prométeme una cosa, no busques esperanza donde no la hay. —Seguía acariciando y mirando mi recién cortado cabello con cuidado a pesar de que no había dicho nada. —Hoy te he visto hacerlo, confiar en algo que no existe, te conozco demasiado Charlotte y ver la decepción en tu mirada, ver la desilusión que creció en ti, me dolió tanto como cada uno de sus golpes.

—Creía que en el fondo había alguien distinto.

—Han asesinado a cientos de nosotros sin pestañear. Solo te pido que no te dejes engañar tan fácil, recuerda que solo quieren algo de ti, pero te darán la espalda cuando la cosas se vuelvan difíciles. Ellos no van a cuidar de ti.

—Duele oírlo. —Admití aquella verdad en voz alta, porque durante aquellas semanas había llegado a creer algo que no era. —Aun así, lo nuestro… no tiene nada que ver.

—Puedo entender lo nuestro, siempre supimos que no era eterno. Lo que tú y yo tenemos Charlotte va más allá, no es algo físico, aunque estaba bien. —Esbozó media sonrisa arrancándome una a mí. —Estamos unidos de otra forma, algo no tangible y eso no va a cambiar nunca, pase lo que pase.

—Siempre.

Repetimos la promesa juntos y yo me hundí sobre su pecho. Esa noche descansé allí, el único lugar del mundo donde me sentía en casa, hasta que comencé a ver la luz del sol por la ventana.

Por la mañana salí en silencio de la enfermería dejando a un Marco aun dormido. Después pasé por mi celda para ponerme otra ropa y luego caminé hasta el comedor. Cuando llegué la mayoría ya estaban desayunando. Pude ver a Asia junto con Joana, William las acompañaba además de otro par de soldados. Debían ser el resto de su equipo, asumí que estaban a su cargo. Me acerqué a por una de las bandejas con normalidad, ignorando la mirada de reproche de William que supuse sería por mi huida. Sin embargo, el silencio que reinó ante mi entrada me indicó que la noticia de quién era y lo que había pasado ayer había llegado a oídos de todos. Caminé con mi bandeja ante la atenta mirada de muchos de mis compañeros que cuchicheaban y cuando llegué a la mesa me encontré con el mayor rechazo posible, el de mis amigos.

—Aquí no.

Me sorprendí cuando vi que Theo colocaba su bandeja vacía delante de mi sitio. Escuché risas y también sorpresa a mi alrededor.

—Apártalo. —Lo dije sin elevar el tono, con calma, no quería montar más espectáculo del que ya había.

—Está ocupado. —Theo me miraba con odio desde su lado de la mesa.
—Sé que no lo está.

Ignoré su rechazo y me senté rápido pues no podía soportar más la humillación. Todos sabían que estaba en una misión, pero ahora también el por qué.

—Eres una mentirosa.

Esta vez fue Alice la que me acusó. A ambos parecía darles igual que el resto del comedor estuviera sumido en el silencio escuchando como mis amigos me dejaban de lado en el peor momento.

—Puedo vivir con ello.
—Y puede Marco con los golpes que recibió por tu culpa.

Levanté por fin la vista de mi cuenco de desayuno. Theo estaba buscando pelea y podía encontrarme con facilidad si iba por ahí.

—¿Puedes tú con los que te daré yo si vuelves a mencionarlo?
—Tal vez debería llamar a un soldado y contarle que la etiqueta negra me ha amenazado. —Mi amigo, tal vez ex amigo, estaba dispuesto a tener una batalla esa mañana.
—No me provoques Theo.
—¿Vas a atacarle? —Alice también me estaba desafiando, los dos parecían dispuestos a sacarme de mis casillas.
—Iros a la mierda.

Iba a meterme la cuchara de cereales en la boca cuando Alice empujo la bandeja haciendo que se me cayera. Las risas se propagaron, mientras ella sonreía triunfante. Aquella humillación por parte de los que eran como yo, era mucho peor que las de algunos soldados. Estaban consiguiendo lo que querían, enfadarme y sacar a la luz mi verdadero yo.

—Alice…
—Charlotte, conmigo.

Joana apareció a mi espalda y los dos valientes que tenía en frente agacharon la cabeza. El resto del comedor también volvió a lo suyo en ese momento. Con el estómago vacío me levanté de mala gana y la seguí.

Durante el camino pude reflexionar sobre lo que acababa de pasar en aquel comedor repleto de gente. Comprendí que en el mundo es más

fácil seguir la corriente que nadar contra ella, incluso aunque la corriente vaya hacia la destrucción. Theo y Alice eran como yo, en parte, y en cambio no habían dudado en subirse al barco de la multitud. Es más, habían sido los primeros en dirigirlo hacia el odio, odio por lo distinto, sin necesidad de que yo hubiese hecho algo para merecerlo. Puede que el mundo exterior fuese igual de cruel, puede que tal vez lo fuese más, lo que estaba claro es que ningún sitio era un buen lugar para alguien con mi condición. No pude evitar acordarme de Luc pues estaba segura de que él sí habría nadado en contra. Luc jamás me habría puesto esa zancadilla y me alegré de que estuviese lejos ya para no ver como de bajo caían el resto de sus amigos.

Al final llegamos a la ya conocida sala de entrenamiento. Joana se fue directa a la colchoneta y me indicó que la siguiera.

—No ha estado bien. —Dijo por fin ella.
—¿Qué opinas tú? De mí, de los que son como yo.

Creo que no esperaba aquella pregunta porque para ser alguien que lo sabía todo, tardó unos minutos en contestar.

—Uno de los que son como tú asesinó a mi pareja hace dos años. —Tampoco yo esperaba su respuesta.
—Lo siento, no hace falta que respondas, ¿sabes? —Sentí pena por ella y recordé a Will diciendo que destrozábamos familias.
—Mi pareja había asesinado a su hijo, Charlotte. Al igual que su madre, era una etiqueta negra, ella solo seguía órdenes… pero también destrozó la vida de alguien. No puedo culpar al que lo hizo. —Tenía la mirada perdida y parecía haber tardado tiempo en asimilar lo que estaba contando. —Yo no habría acatado aquella orden.
—Nada estuvo bien en realidad. —Fui sincera y Joana me dedicó una débil sonrisa con hoyuelos
—Te miro y veo a una joven que dista mucho de lo que dicen de ella. Me gustaría vivir en otro mundo, uno menos cruel y más colaborativo. Aunque creas lo contrario, desde aquí ayudamos a ello, y a veces también tomamos decisiones difíciles.

Asentí, entendiendo que estaba tratando de disculpar el comportamiento de William, pero la verdad es que preferí no seguir por ese camino y acabamos la conversación.

Ese día Joana me dio la clase. Combate cuerpo a cuerpo. Era pequeña, pero a la vez ágil y rápida. Se movía igual que una sombra y apenas era capaz de adivinar su movimiento cuando ella ya estaba en él. Recibí más golpes de los que creía que podía encajar, también

reproches, pero eran constructivos. Me empapé de sus consejos. Aprendí que la fuerza es tan importante como la agilidad mental, el equilibrio y el juego de pies o mantener la vista en las manos del oponente por si se arma. Al final de la jornada estaba agotada, y a la vez agradecida ya que había conseguido olvidarme por un rato de todo. No podía decirse que me sintiese realizada. No había conseguido derribar a Joana ni una sola vez, aunque ahora sabía cómo aguantar un ataque de esos sin salir mal parada, y eso ya era algo. Luego recordé que, si quería ducharme y comer tendría que volver a enfrentarme al mundo, así que le pedí que me dejará allí fingiendo que quería practicar un rato más. Si me creyó o no, no lo sé, pero conseguí evitar la humillación de nuevo.

Y así seguí durante los días siguientes, evitando los tumultos en las duchas y el comedor. Recibí empujones en casi todos los sitios donde me encontré con gente, todos parecían dispuestos a sacarme de mis casillas, pero no entraba dentro de mis planes darles ese lujo.

Marco siguió durante unas semanas en la enfermería, los golpes le habían fracturado un par de costillas, así que me escapaba todas las noches de mi celda a su cama. Allí charlábamos y le contaba que todo iba bien, aunque la realidad era que cada día deseaba abandonar aquel lugar un poco más. El rechazo de los demás dolía, pero sobre todo el de mis amigos, o los que creía que lo eran, porque desde luego por mí podían deshidratarse en el desierto que no les daría agua.

William delegó mi entrenamiento a Joana durante esas semanas y no negaré que avancé. Aprendí a combatir, o al menos a defenderme, a disparar y también equilibrios. Estaba avanzando bastante y en más de una ocasión Asia y ella comentaron que pronto nos iríamos. Yo peleaba por ello día y noche, había decidido doblar esfuerzos y entrenar también por mi cuenta para conseguirlo.

Para ganar una batalla hay que lucharla. Y comencé a ganar la mía propia. Supe que fuera de aquellas paredes necesitaría quererme más de lo que me gustaría y que de nada me iba a servir odiarme. Es fácil aprender la teoría, pero cuesta más ponerla en práctica. Aun así, en esos ratos libres mejoré mi puntería disparando y me volví más fuerte y ágil.

Si se hubiese dignado a mostrar interés William habría visto que así era, pero como siempre el sargento parecía preocupado únicamente de sus propios asuntos. Estaba enfadada con él por su ausencia y ser consciente de ello solamente me hacía sentir vergüenza y recordar lo

que Marco me había hecho prometerle. Él tenía razón y yo tendía a olvidarlo.

Pero lo peor de todas esas circunstancias que se enlazaban unas con otras es que por fin empezaba a encontrar esperanza dentro de aquel infierno personal. Sin embargo, mi infierno solo iba camino de arder hasta abrasarme con las llamas. Y al final, al igual que un globo que se infla sin pausa, llegó el día en que todo explotó.

Había ido a ducharme temprano para evitar la multitud. Era una técnica que hasta ahora me había funcionado bastante bien. Aun así, el hecho de que mis dos amigos, Theo y Alice, me hubiesen dado la espalda seguía doliendo por dentro, pero esa última parte era algo que jamás admitiría en voz alta. Ya había acabado cuando al acercarme a la puerta alguien me empujó desde una de las duchas, resbalé con el jabón y acabé en el suelo. Sentí como el mosaico de los azulejos se clavaba sobre la palma de mi mano y acto seguido un gran escozor, pero las risas que escuché a continuación arrebataron todas las lágrimas que avecinaban con derramarse.

—¿De qué coño vas Theo? —Grité al levantarme y ver quién había sido.

—Te has tropezado, no es mi culpa que seas torpe. —Alice estaba a su lado ocultando sus risitas.

—Me has empujado.

—Yo no te he empujado, pero tal vez debería hacerlo, así no serás una sucia mentirosa.

No tardó ni medio segundo en ponerse frente a mí y empujarme de nuevo. Esta vez no caí, pero si resbalé un par de pasos. Miré al Theo que tenía delante, aquel pequeño mutado había sido mi amigo. Yo lo había ayudado desde el primer día, cómo podía olvidarse de todo así. ¿De verdad pensaba que merecía aquello por ser una etiqueta negra? Él también era una de las pocas etiquetas gris oscuro de la base y más que nadie debía entenderme. Al principio muchos de los mutados lo habían rechazado por su agresividad.

—Al pobre Marco lo han torturado porque tú eres una egoísta.

Esa última frase fue la gota que colmó el vaso. Me lancé sobre él como una cavernícola. Ni siquiera me molesté en responderle porque iba a partirle la cara. Alice apareció por la espalda y me tiró con fuerza del pelo a la vez que yo arañaba a Theo. A nuestro alrededor el resto de mutados comenzaron a vitorear la pelea como si aquello fuese un patio de colegio. Theo consiguió sujetarme por la espalda y Alice vino

directa y me golpeó en el estómago. Así que justo cuando volvía para repetir la misma jugada levanté la pierna y le di en toda la cara. La sangre y el chillido de dolor fueron satisfacción suficiente. En ese instante me di la vuelta dispuesta a ir a por Theo que ya reculaba con las manos en alto.

—¡Basta!

William ladró aquella orden y todos se dispersaron inmediatamente. Todos menos Alice y Theo. La primera aún parecía querer pelea, pero era Theo el que había tocado mi fibra sensible. Estaba dispuesta a darle su merecido. Ignoré la orden del sargento y fui directa a por él cuando un par de guardias aparecieron y me separaron de mis adversarios sujetándome como si yo fuese una delincuente.

—Llevaos a los otros dos y que cumplan con el castigo que toca, yo me encargo de esta.

No necesite que me dijese que debía seguirle para hacerlo. Lo hice calladita y comportándome porque podía verle echar humo cada vez que me miraba de reojo. Cuando llegamos a una sala vacía William abrió la puerta y yo pasé sin tener muy claro qué castigo iba a aplicarme él a mí. Para mi sorpresa se quedó de pie estudiando mi aspecto de rata desaliñada y mojada y mirándome en silencio en busca de explicaciones, pero justo cuando iba a abrir la boca decidió que iba a decir algo él.

—¿Te crees que puedo perder el tiempo separándote de peleas? No estamos en el colegio, mutada.

—Pero…

—No quiero oír ni media excusa. Llevan días siendo unos abusones y qué.

—Me empujó, podría haberme roto la cabeza y adiós tu proyecto conmigo.

—Así que ¿lo has hecho por el proyecto? —Percibí como su humor cambió completamente.

—Eso es, puede que hasta debas darme una medalla de esas que llevas ahí. —Señalé las medallitas que siempre llevaba colgadas en la chaqueta del uniforme.

—Creo que ese golpe te ha dejado tocada de la cabeza. Déjame ver. —Se acercó sin cuidado y llevó su mano a mi nuca. Di un respingo ante aquel contacto, pero sus manos no se detuvieron y colocó una a cada lado obligándome a mirarle directamente a los ojos.

—No debí meterme en la pelea, lo sé. —Dije a la vez que desviaba la mirada.

—¿Se llevó su merecido al menos?

William volvió a establecer contacto visual conmigo abrasándome con sus ojos marrones y levantando la ceja a la vez que sonreía ante la pregunta.

—Más bien al contrario.
—Charlie, me has dejado en evidencia entonces. —Bromeó él.
—Tendrás que entrenarme mejor.
—Te queda bien. —Dijo mientras jugaba con uno de mis mechones refiriéndose al nuevo corte de pelo.
—No es verdad. —Echaba de menos mi melena por infantil que sonase.
—A mí me gusta.

Supe que aquel extraño momento no duraría mucho, quizás hasta presintiese lo rápido que iba a romperse. La puerta de la sala se abrió y William se alejó de mí. Por ella, entró alegremente confiado el gran director de la que iba a ser la peor película de toda mi vida. El doctor, que no venía solo pues lo acompañaban un grupo de soldados, y antes de que este tuviese tiempo a decir nada, William se puso en mi camino.

—¡No va a usarla, no es su cobaya doctor! —La furia que emanaba de él parecía capaz de convertir la tierra en infierno.
—Es la suya sargento, tranquilo se la devolveré en una hora. —El doctor por el contrario lucía como siempre esa asquerosa sonrisa que lo acompañaba a todos lados.
—¡Es peligroso y lo sabe!
—¡Ella es peligrosa! La caja solamente es una mera herramienta de estudio. —Dijo a la vez que movía una de sus manos restándole importancia al asunto.
—Es tortura. —Esta vez William sí me miró y a mí me dio igual suplicarle.
—Discútalo con el capitán. —El doctor le entregó un papel que intuí era la orden.
—¿Castigo? ¿Ahora negociamos con los mutados para beneficio propio? —William parecía incrédulo mientras leía el papel y lo lanzaba por el aire.
—El capitán considera que la pelea es porque tiene falta de control.
—Les habéis pedido que la provoquen, cualquiera habría saltado.

Entendí por fin que habían ganado Theo y Alice de aquello y me maldije por haber sido tan estúpida. El doctor y el capitán nos habían tendido una trampa y todos habíamos caído dentro, pero yo era la

única que de verdad estaba atrapada.

—Usted no.

Respondió el doctor sonriendo a la vez que les indicaba a los soldados que procediesen. Varios de los soldados se opusieron a William que mantuvo una actitud defensiva, pero finalmente no entró en combate con ellos y me cogieron para arrastrarme de nuevo a aquella tortura.

—Por favor, por favor, no dejes que me metan ahí. Estoy lista, he entrenado, haré lo que me pidas…

Rogué y lloré mientras me arrastraban fuera de allí. William nos siguió durante todo el camino sin decir media palabra y con la frialdad de nuevo bajo su rostro hasta que finalmente entramos en un laboratorio.

Nerviosa inspeccioné la habitación. En el medio estaba la caja de control, y en su interior esta vez había objetos variados, bloques de cemento, sillas de madera, y barras de metal. Me imaginé que querrían ponerme a prueba con distintos elementos y factores. A su alrededor numerosos doctorandos tomaban anotaciones en su libreta, quise girarme y salir corriendo, pero los soldados me sujetaron con fuerza impidiendo que huyese. Los alumnos que había allí también me miraron y tomaron notas con rapidez. Supongo que los muy gilipollas describirían mi comportamiento y qué tipo de agresividad demostraba entre otros detalles.

Una vez dentro de la jaula, volví por última vez la vista hacia el soldado que minutos antes había bromeado conmigo, pero no sirvió de nada. Por segunda vez, no hizo nada. Recordé a Marco pidiéndome que no buscase esperanza donde no la había, y de nuevo tuve que darle la razón. William no iría contra el capitán, no perdería el puesto que le permitía proteger a los que de verdad le importaban. Se colocó al fondo de la sala sin apartar la vista, como si verlo lo exhumase de culpa, como si eso no lo hiciese cómplice. Mientras tanto los pupilos del doctor se ubicaron en línea detrás de las pantallas y con la caja enfrente. Finalmente, el doctor apretó el botón con una sonrisa y la rabia se apoderó de mí.

Cansada de controlarme la acepté, fue como un subidón, bulló dentro de mí como un volcán en erupción, y dolió como lava ardiendo por la piel. Era capaz de distinguir como aquellas personas disfrutaban y comentaban mi sufrimiento, como asentían sacando sus propias conclusiones al igual que si tuviesen la menor idea de lo que se sentía. Deseé destrozarlos y acabar con todos ellos. Nada me daría más

satisfacción en aquel momento y lo intenté a la vez que me retorcía de dolor. Lo intenté numerosas veces y cada vez que fallaba la rabia crecía aún más. Hasta que al final, los vi irse al igual que el que termina una película y abandona la sala del cine.

Debí desmayarme en algún momento porque cuando volví a la realidad estaba exhausta. No quedaba energía dentro de mí, parecía que un camión me hubiese pasado por encima. Ese era el efecto colateral de liberarse. Tardé unos segundos en darme cuenta de que William estaba a mi lado dentro de la misma jaula. Como estaba enfadada con él, por llamarlo de alguna forma, porque la palabra en realidad era decepcionada, decidí ignorarle. Poco a poco me incorporé analizando mi alrededor, los bloques estaban hechos pedazos, las sillas también y más de una barra estaba rota por la mitad, pero cuando volví la vista al cristal y lo vi completamente astillado sentí placer. Me había cargado la puta maravilla irrompible del doctor, y aunque no tenía dudas de que crearía más para una temporada se había quedado sin juguete. Dejé escapar un breve grito de victoria.

—Lo siento. —Me giré sorprendida por si había alguien más allí, pero para mi sorpresa seguíamos solos.

—No es cierto. Jamás habrías dejado a Asia o a Joana aquí dentro. Para ti estoy un nivel por debajo de la escala de la humanidad y ahora te sientes mal, pero te irás y seguirás haciendo tu vida. Seguirás planeando tu misión en la que yo solamente soy el peón que te hace falta sacrificar. No voy a aceptar unas disculpas para mejorar tu conciencia.

—Te veo y te escucho Charlie y te juro que al hacerlo consigues confundirme y hacerme dudar de todo lo que creo.

No fui capaz de ver al William que trataba de abrirse a mí.

—No tanto, supongo

# Capítulo 8

A la mañana siguiente no vino Joana a por mí. William apareció frente a mi celda antes de que despertasen todos los demás. Me lanzó una mochila y esperó en el pasillo a que me cambiase de ropa. Aún era de noche cuando crucé con él hacia uno de los garajes. Frené en seco al verlo coger un juego de llaves.

—No voy a irme sin hablar con Marco. —Creo que jamás soné tan tajante en mi vida, pero era algo que no estaba dispuesta a asumir.

—Volveremos antes de la noche, te lo prometo.

Con cara de malas pulgas me subí a aquel todoterreno negro. Llevaba años sin montar en un coche, de hecho jamás había estado en uno así, y por eso no pude evitar acariciar los suaves asientos de piel o maravillarme con las luces de la pantalla táctil. Era plenamente consciente de que William se percataba de cada detalle e imaginé que nadie jamás había admirado algo tan simple así con tanto entusiasmo.

No tardó en encender la radio y poner la música para romper el silencio y la incomodidad que reinaba. Mentiría si dijese que no fue como una medicina. Llevaba años sin escuchar música, pero la música lo sana todo en cuanto sientes la primera nota. No importa el tiempo que pase. Entró en mi organismo como una caricia lenta, que poco a poco se mimetizó bajo la piel transportándome a otro lugar. Un lugar en el que podía respirar y alejarme de esas emociones que me desechaban. Las apagó lentamente al igual que el fuego al extinguirse. Tuve una tregua que llevaba semanas necesitando, era tiempo para mí, así que bajé la ventanilla y disfruté del viento en la cara. Me maravillé del bosque que discurría paralelo a la carretera, me permití inundarme de todos aquellos olores a libertad y de lo extraño que era viajar en un coche por simple que parezca.

—Puedes poner la que más te guste.

William señaló la radio intentando comprarme y yo le saqué amablemente el dedo dejándole claro que no iba a ser tan fácil.

—Voy a tener que atarte las manos para enseñarte modales, mutada.

Detecté claramente el tono juguetón que escondía ese comentario y también lo vi esconder una sonrisa.

—Tal vez debería enseñártelos yo.

—¿Necesitas las esposas? —Me regañé a mí misma por sonreír ante su estúpida broma.

—Te dejaría atado a un árbol si pudiera, si tengo suerte puede que te devore un oso.

—No hay osos. —Puntualizó ese detalle como si yo tuviese que saber qué demonios había en ese bosque.

—Me valdría cualquier otro animal carnívoro.

—Te tiembla el labio cuando mientes. —No pude con la sonrisa de suficiencia que me dedicó ante esa afirmación.

—Mentira. —Bufé enfadada para evitar que supiese que en el fondo estaba disfrutando de aquel debate.

—Me fijo mucho en los detalles, Charlie. —Levantó una ceja y yo capté la doble intención en aquel comentario.

—¿Ah sí? Cuántos detalles conoces de mí, sargento.

—Prefiero William, ¿sabes?

—Y yo Charlotte.

—Demasiado largo.

Volví a ver esa sonrisa de suficiencia y quise abrir la puerta y tirarlo del coche en marcha.

—Te tiembla el labio cuando mientes, te aprietas la muñeca derecha cuando estás nerviosa y esquivas la mirada cuando tienes miedo. Y te encanta sacar el dedito a pasear cuando te sientes segura.

—¿Insinúas que ahora mismo me siento segura? —Me dolió ver lo mucho que podía leer en mí y por eso quise estropear aquello. —¿Cómo iba a sentirme segura cuando has dejado que me torturen dos veces? Es más has mirado.

—¿No lo estoy compensando? —Sé que vi remordimiento en su rostro con mi acusación, pero la verdad es que no me importó.

—¿Por qué querrías hacerlo, sargento?

—Yo… no lo sé, la verdad.

Dudó tanto antes de decir nada que sentí cierta compasión por haber abierto ese enigma en su interior.

—No importa, no tienes forma de compensarlo.

Escuché un largo suspiro como respuesta y ahí acabó la conversación. Al menos hasta que el coche se detuvo.

William se bajó y comenzó a caminar, así que supuse que debía seguirle. A veces pagaría por saber en qué demonios estaba pensando pues sus acciones me confundían día sí y día también. Recordé las palabras de Asia diciéndome que no era tan malo y las de Joana aclarándome que desde aquí podían ayudar. ¿Era él así también? No. William nos odiaba por algún motivo y eso no podía negarlo, a pesar de ver que luego sentía remordimientos.

Nuestra ruta no fue muy larga, pero nos desviamos del sendero caminando sin rumbo, o por lo menos eso me parecía a mí. Y más me lo pareció cuando comenzamos a atravesar una gran selva de árboles.

—Si te has perdido es el momento de admitirlo. —Repliqué esquivando ramas y arbustos.

—¿Tienes miedo? Puede que haya osos.

El buen humor de William no hizo más que enfadarme. Y por supuesto, estaba claro que no estaba perdido. La espesura se fue desentrañando y aparecimos en el borde de un precipicio donde había un enorme campo verde. Un lugar totalmente oculto de cualquiera.

Me encantaría decir que era horrible, pero no, el sitio era precioso. Las vistas alcanzaban a ver toda la ciudad y a lo lejos se veían colonias. Muchas más de las que recordaba, algo que me revolvió el estómago.

Las colonias eran como santuarios, lugares donde no había mutados, eran los sitios dónde pretendían reconstruir el mundo de nuevo y a los que se iba todo el dinero y tecnología. Tenían altos muros y eran completamente cuadradas. Funcionando únicamente con energías renovables era como mirar hacia el futuro. En cambio, al volver la vista a la ciudad se podía viajar atrás en el tiempo.

Sabía que William estaba completamente atento a todas mis reacciones, pero al igual que en el coche no pude disimularlas. Llevaba tantos años encerrada en la base que ver aquello era como enseñarle algo nuevo a un niño pequeño. No obstante, ver aquello solo me indicaba una cosa, no quedaba hueco en aquel mundo para la gente como yo. No importaba cuanto peleásemos, ni lo bien que hiciésemos todo, no había esfuerzo suficiente porque nadie quería mutados cerca.

—¿Por qué me has traído aquí? —Estaba bastante aturdida, pero conseguí sentarme a su lado mientras seguía observando aquello.

—Es un clásico, te he traído a mi sitio secreto. —Respondió negándose algo así mismo con la cabeza.

—¿Nadie más lo conoce?

—Solamente una persona más. —Hubo un largo silencio hasta que obtuve esa respuesta.

—Asia.

—No.

—No tienes por qué contarme nada, está bien. — Después de ver la frustración en su mirada decidí apiadarme y decirle aquello.

—Ya sé que no tengo que contártelo si no quiero. —Casi sonó como una bofetada. —Pero quiero hacerlo, el problema es que me cuesta.

—Vale, y si empezamos con el ¿por qué quieres hacerlo? —Supuse que esa sería la parte más sencilla.

—Esa es la parte más complicada, Charlie.

Me miró sonriendo levemente, creo que era el día que más sonrisas suyas me había permitido ver. Y por primera vez desde que lo conocía vi miedo en sus ojos.

—Hace tiempo me preguntaste por qué os odiaba tanto, pues voy a contarte algo, algo de lo que prefiero evitar hablar, pero que creo que nos va a ayudar a entendernos mejor. Tú solo por favor escucha, ¿vale?

—Creo que podré hacerlo sí.

Una pequeña ventana de William se estaba abriendo y traté de ser amable para evitar que se cerrase de nuevo.

—Cuando era niño venía aquí mucho más a menudo que ahora. Me encantaba, y no solo por las vistas, lo hacía por la compañía. —Vi como tragaba saliva con dificultad. —Venía con mis padres, los mejores padres del mundo, aunque supongo que mucha gente pensará lo mismo, pero era verdad Charlie. Mis padres nunca discutían, me enseñaron que no es necesario discutir para resolver los problemas, aunque creo que yo no lo llevó muy a la práctica, pero me gustaría.

William se paró, como si no pudiese seguir hablando. Y yo estaba parecido, un nudo se había formado dentro de mí pensando que yo no podía opinar igual, al menos de mi padre, y de lo mal que hablaría eso de mí.

—¿Qué les pasó? —Pregunté a media voz.

—Los hijos del vecino contrajeron el virus y avisaron a mi familia por teléfono. No querían que nos contagiásemos, teníamos muy buena relación y mis padres me lo explicaron, que no podría jugar con ellos hasta que se pusiese mejor. A mí y a mi hermano. Yo era el pequeño y era muy obediente, siempre seguía las normas así que no me costó trabajo quedarme en casa, pero mi hermano era mayor y jugar

conmigo le aburría. Se escapó y fue hasta allí, volvió contagiado. Por suerte, yo avisé y mis padres lo pusieron en cuarentena. Consiguió pasarlo y sobrevivió.

—Mutó. —Comenzaba a ver a donde iba a ir a parar aquella historia, y algo se revolvía dentro de mí.

—Era el comienzo del virus y todavía no se conocían las secuelas. Todos nos alegramos de que estuviese recuperado, incluso él. Aunque lo cierto es que parecía algo cambiado, más furioso y agresivo. No dije nada porque… era un niño y todos discutimos con nuestros hermanos. Debí hacerlo, mi hermano había mutado sí. Así que un día cuando mi madre le prohibió salir de casa hasta acabar sus deberes, la rabia se apoderó de él. —William tenía lágrimas en los ojos, no las derramó pero estaban ahí. —Mató a mis padres, y después intentó matarme a mí. Hui. Pedí ayuda a los soldados que me llevaron hasta una base y aquí sigo.

—Era una etiqueta negra.

Acabé por él la historia, comprendiendo al fin muchas cosas, más de las que imaginaba. Yo odiaba a mi padre a sabiendas de que podría cometer sus mismos errores, no podía culpar a William por lo mismo.

—Es una etiqueta negra. —Me giré hacia él sorprendida. —Es el líder de Los Salvadores.

—¿Lo saben…? —Me apresuré a preguntar.

—Sí, el capitán también.

—Por eso nos odias, quieres evitar que nadie más pasé por ello.

—Tú me lo estás poniendo muy difícil. —Me miraba con ternura esta vez.

—Porque yo lo controlo. —Susurré casi para mí misma, mientras me apretaba la mano derecha.

—Yo nunca apoyaría lo que han hecho contigo, pero tampoco puedo evitarlo. Acabar con Los Salvadores depende de que el capitán apruebe esa misión.

Estaba disculpándose, y aunque me dolía, ahora podía entender un poco mejor por qué la misión era tan importante.

—Sé que es cruel, pero siento que es mi deber evitar que mi hermano siga haciendo daño. Y sí, también habría dejado allí dentro a Asia y Joana, ellas lo entenderían. ¿Puedes tú?

—¿A cuántos etiquetas negras has asesinado sin preguntar?

—A más de los que quieres escuchar. —Había tanta compasión en mí como culpa en él en aquellos momentos. —No te cuento esto para que me veas de otra forma. Los sigo viendo como monstruos, solo quiero que entiendas que no todos son como tú, que no todos tienen

salvación. No digo que esté bien, ni que no sean víctimas tampoco, pero no son como tú.

—No lo sabéis William. —Tuve el valor suficiente para tomarle una mano en aquel momento y enfrentarme a él. —No les habéis dado la oportunidad de intentarlo.

—Tenemos mucho de lo que hablar de vuelta en la base.

Desvió la mirada y retiró la mano, como si todavía quedase demasiado por desentrañar para que yo lo perdonase.

Nos acogió un silencio eterno. Me quedé absorta en todo lo que me había contado y también pensé en mi padre mucho más de lo que me gustaba hacerlo. Él había destrozado a mi familia y yo lo odiaba por ello. Mi control dependía de ese odio en gran parte. No quería ser como él, no quería ser una asesina y convertirme en el monstruo de nadie. Todo lo malo en mi vida había comenzado por el día en que él no supo reconocer a la persona que amaba. Justo como el hermano de William. Podía entender a William sí, pero ¿y si más gente lo controlaba? ¿Pensaban acaso en otras alternativas a la vez? No. El capitán solo buscaba un ejército, nadie luchaba por nuestros derechos realmente. Nadie luchaba por ayudarnos. Comprendí que no todo era blanco o negro, vivíamos en una nube gris de culpa, odio y egoísmo. Eran esos sentimientos los que nos movían hacia el rumbo equivocado. Íbamos derechos a estrellarnos y éramos incapaces de cambiarlos.

Me levanté tras un rato y caminé hacia el precipicio. Me quedé justo en el límite y miré hacia abajo. Sentía el torrente de emociones dentro de mí, peleando unas con otras y poniendo en peligro a la gente que quería. Vivía muerta de miedo, ¿era eso vivir? Al fondo de aquel vacío había una solución rápida y sencilla. No dolería, o no tendría tiempo para saberlo. Tendría paz, pero no tenía el valor suficiente para encontrarla, algunos lo llamarían luchar, yo lo llamaba cobardía, porque sabía a ciencia cierta que mi lucha estaba perdida.

Sentí que una mano me aferraba el brazo y tiraba ligeramente de mí hacia atrás. Como si William me hubiese leído la mente, volví la cabeza hacia él y lo vi negar lentamente. Preferí esquivar su mirada que responder en aquel instante. Y de nuevo, pareció estar en mi cabeza y entenderlo porque me guio de vuelta la arboleda.

Ninguno de los dos habló mucho más durante el trayecto, tampoco me sorprendió que el destino todavía no fuese la base. Estaba claro que lejos de toda acción aquel día no era sencillo para ninguno. Finalmente, William aparcó el coche en un parking descubierto de la

ciudad y los dos nos bajamos.

Admito que estaba bastante asustada por estar fuera. Me sentía abrumada ante tanto estímulo, pero recorrer las calles a su lado como si no fuese una prisionera era liberador. Nadie nos miraba, su ropa de deporte pasaba completamente desapercibida y yo era tan diminuta a la vista de la gente que me ignoraban por completo. Traté de mantener tan oculto como pude el tatuaje de la mano para evitar problemas, pero en más de un puesto vi a gente con tatuajes gris claro como el mío. Y aunque no parecían en peligro, tampoco me dio la sensación de que los tratasen especialmente bien.

El mundo que había resultado tras la guerra era un tanto extraño. Las ciudades habían sido arrasadas en su mayoría, pero en cambio disponían de electricidad y agua corriente. Habían vuelto a reconstruirlas a trozos, olvidándose de recoger los rotos de las calles. Los edificios quemados y los cristales agrietados convivían con las viviendas con luz y chimeneas humeantes. En el fondo era como vivir en una ciudad con demasiados edificios fantasma. La gente había retomado también antiguas costumbres como los puestos y el mercado donde se realizaban la mayoría de los trueques, pero en los que se podía adquirir un teléfono móvil como si fuera una reliquia. La tecnología había abandonado nuestro mundo, solamente existía en las colonias y las ciudades subsistían con lo mínimo para no morir.

—¿Cuánto tiempo? —Lo entendí sin necesidad de que formulase la pregunta más en detalle.

—Cuatro años y dos meses.

—¿Es raro? Estar fuera de nuevo, ver las cosas que han cambiado… —Caminaba a mi lado adaptándose a mi paso torpe y me miraba cada poco analizándome.

—Antes no era así, no tanto. Hay más colonias, muchas más, y aquí… —Balbuceé con miedo lo que estaba viendo. Rechazo.

—No es lo que esperabas, ¿verdad?

—¿Por eso estamos aquí?

—En realidad es para compensar lo de ayer. —William alzó las cejas esperando una reacción por mi parte.

—¿Por qué te preocupa? Solo soy una mutada.

Imité su voz en la última parte y rompió a reír. Una carcajada profunda y ronca que jamás había escuchado. Analicé su rostro relajado por segundos, después pareció darse cuenta de que también esperaba una respuesta y se tensó.

—Prefiero tenerte de buen humor, eres más colaborativa. —No

respondió con la verdad y lo supe, solamente la eludió entre otra broma.

—No suelo convertirme en un monstruo agresivo, puedes estar tranquilo. — Dije aquello casi sin pensarlo, después caí en la cuenta de lo que suponía bromear con aquello. —Solo he perdido el control una vez y mira lo mal que me fue. No pienso repetir error.

—Leí tu informe, el de cuando llegaste. —William me miraba curioso, como si necesitase una confirmación de lo que ponía en ese informe.

—Ya.

—Eras demasiado jo…

—Basta, William. —Fue la primera vez que le ordené algo. No iba a hablar de eso con él, no tenía por qué volver a hacerlo.

No tardamos en llegar a un concurrido bar. Era bastante oscuro y las paredes relucían como si tuviesen una sustancia pegajosa. Al acercarme descubrí que la pintura verde moho brillaba. William escogió una mesa con butacas de terciopelo marrón. Estaba claro que el tiempo había pasado por ellas, tenían varios chinazos y la mesa de madera estaba rayada con infinidad de nombres a punta de cuchillo. He de decir que pocas cosas me daban asco ya a esas alturas, pero aquel bar no sería muy agradable para cualquier otra persona. Al mirar hacia la barra entendí por qué de todos los posibles sitios Will había elegido ese. Un enorme cartel rezaba “Todo aquel dispuesto a pagar es bienvenido en la Casa de Neil”. O lo que es lo mismo, mutados también.

—¿No deberíamos volver? Se está haciendo tarde. —Algo nerviosa por llevar todo el día fuera y las posibles consecuencias le pregunté a un William más que relajado.

—Asia, Joana y John están de camino. A John no lo conoces, pero también es parte de mi unidad. —No había preocupación en su tono de voz. —Es la fuerza del equipo así que no te asombres al verle.

—Es muy…

—¿Qué os traigo?

El camarero se había acercado a tomarnos nota y yo me lancé a sus brazos en cuanto escuché su voz. Estaba más que sorprendida porque aquello tenía que ser la mayor coincidencia posible. Luc, con su inconfundible pelo pelirrojo y su delgaducho y alto cuerpo, vestido completamente de calle con una camisa blanca y unos pantalones negros con rotos estaba delante de mí. Su habitual sonrisa no hizo más que estirarse al verme y yo me abalancé sobre él en un abrazo asfixiante y torpedeando por la boca todo aquello que no pude decirle.

—Siento muchísimo no haberme despedido… Te lo merecías tanto. —Él seguía casi sin palabras de verme allí y yo no paraba de balbucear.

—Pareces un loro, calla ya. —Luc finalmente salió de su sorpresa y me devolvió el abrazo con fuerza.

—No puedo creerme que seas tú.

—¿Cómo están los demás?

Lo preguntó emocionado y con un enorme anhelo por saber del resto. No pude evitar esconder la mirada porque si Luc supiese la verdad sentiría que la familia que dejó en la base estaba rota. Yo por algún motivo siempre supe que no todos éramos una familia.

—Están bien, también te echan de menos.

Las mentiras piadosas se perdonan supongo. William ladeó la cabeza con negación al escucharme, pero yo lo ignoré y Luc ni se enteró.

—Seguro que Theo os tiene la cabeza loca a todos ¿Y qué haces tú aquí fuera con…? —Luc bajó la voz ante esa pregunta pues la situación le seguía resultado demasiado extraña.

—Estoy… haciendo horas. —Esa ya no fue una mentira piadosa y sentí la culpa por dentro.

—Entiendo.

Volvió a abrazarme con fuerza y luego tomó nota de lo que beberíamos. En cuanto se fue William no tardó en mirarme con esa mirada que nunca acababa de comprender.

—Mientes bastante bien.

—No sé de qué hablas, pero escuchar conversaciones ajenas es de muy mala educación.

—También das largas bastante bien. —Sentenció sonriendo.

El resto de la unidad no tardó en aparecer. Entraron cual elefante en una cacharrería entre risas y me atrevería a decir que no era el primer pub que visitaban esa tarde. Asia se sentó al lado de William inmediatamente, dejando claro que ese era su sitio. Me resultó curioso verlos actuar tan cercanos en ocasiones como esa y en otras como completos extraños, pero la realidad es que los dos tenían magnetismo el uno por el otro. Joana se puso a mi lado y John acercó un taburete a la mesa.

Quedaba claro viéndole el motivo por el que era la fuerza del equipo. Con un tamaño descomunal, casi dos metros de altura y músculos,

estaba segura de que podría partir piedras sin enterarse. Al igual que todos los demás llevaba ropa deportiva y al final de la manga de su sudadera asomaba la cola de una serpiente. Era del mismo color que sus ojos y parecía el vidrio verde de una botella. El tatuaje brillaba como si de escamas reales se tratasen contrastando perfectamente con su piel oscura. Casi tuve la tentación de deslizar mi mano por encima para comprobar si era real.

En cambio, no tuve ocasión para ello pues Luc regresó con la bebida. Yo nunca había probado la cerveza, en realidad nunca había probado el alcohol hasta esa noche y estaba completamente segura de que ese pequeño detalle pasaba desapercibido en todos ellos, pero me equivoqué. En cuanto di mi primer trago, Joana clavó sus ojos en mí. Seguramente esperaba algún efecto particular, tal vez una ovación como la que tendría cualquier persona que prueba el chocolate por primera vez, pero la cerveza me supo horriblemente mal. Cerré los ojos con fuerza ante el amargo sabor que invadió mi boca y acto seguido ella rompió a reír y optó por intercambiarme el botellín. Comprobé que se había pedido un refresco.

—¿Hay algo que no sepas?
—Lo sé todo de todos.

No dejé pasar desapercibido el recochineo de su voz, pero no tuve claro si iba hacia sus amigos o hacia mí la amenaza.

Después de una hora allí sentada descubrí por qué venían borrachos. Los botellines vacíos habían abarrotado la mesa y hasta el mismísimo sargento White estaba ligeramente ebrio. Asia y él se habían ido a jugar a los dardos en una pared cercana, mientras que Joana y John se habían incorporado a una partida de cartas. Estaba sola en aquella mesa sin nadie que me vigilase. ¿Podría irme de allí? No podía. Estaba segura de que acabarían dando conmigo en pocos minutos y sería una fugitiva toda la vida.

Volví la vista hacia Asia y Will que reían y se tocaban como si allí nada importase. Por un momento me imaginé con una vida así, acompañada de alguien que me hiciese disfrutar tanto y entonces solamente una imagen se vino a mi cabeza. Mi padre y mi madre habían sido así de felices, yo había sido testigo y ahora ninguno estaba vivo. Me levanté hacia el mapa que había en la pared y busqué en él lo que antes fue mi hogar. El pequeño Bluewood solamente era un pueblo más de la zona este, aunque para mí era un infierno. Nada bueno había salido de allí y cuando pensaba en él era incapaz de atraer ningún sentimiento positivo porque estos siempre quedaban

empañados por la ira, el miedo, la tristeza y la desesperación.

—Yo crecí aquí. —Me sorprendió la voz de Luc. Señalaba un punto cercano en el mapa. —Ahora ya solo quedan cenizas, nada puede resurgir allí, pero siempre será mi casa.

—Tienes suerte de sentirte así. Yo no pienso volver nunca al mío a pesar de que sigue en pie. —Luc apoyó una mano sobre mi hombro con fuerza para reconfortarme.

—Cuando salgáis puede que mi jefe necesite más ayuda. Deberíais venir por aquí.

—¿Te va bien? —Pregunté con sinceridad, quería asegurarme de que aquello no era una farsa.

—A Neil le da igual nuestro ADN. Gano un sueldo digno y soy libre por fin, Charlotte. —Lo vi sonreír como nunca al decirlo. —No olvides que la única salida se gana así, no hay vías rápidas.

—No busco una vía rápida con ellos Luc. —Admití en voz baja, ya que la realidad es que era mi única vía.

—¿Qué entonces? —Sabía que mi amigo solamente estaba preocupado, pero no podía contarle la verdad.

—Es la única que hay.

Respondí a medias y Luc comprendió sin palabras que nada de todo eso estaba siendo sencillo. Volví a la mesa al tiempo que mi amigo retomaba su trabajo y justo en ese instante Joana decidió hacerme compañía, o más bien decidió acercarse a hacer su trabajo.

—Hacen buena pareja, ¿verdad? —Sonreía de oreja a oreja a la par que miraba como Asia y William se besaban.

—Supongo.

—No pareces emocionada con ello.

—No sé por qué debería emocionarme por verlos besarse.

—Creía que Asia te caía bien. —Sus ojos seguían atentos cada mínimo movimiento de mi cuerpo.

—¿Estás averiguando si voy a traicionaros?

—Tu amigo acaba de señalarte un punto en el mapa. —Puntualizó ella para aclarar por qué estaba interrogándome.

—No voy a huir si es lo que te preocupa. —Ignoré su mirada y desvié la vista a un punto perdido.

—Sé que jamás lo dejarías atrás, pero hay muchas cosas que no sabemos de ti Charlotte. —Su tono cambió y se volvió apacible como en otras ocasiones.

—No voy a contarte nada Joana. —No pude evitar volverme de hielo. —No vais a saber nada de mí que no sea necesario.

—¿Y si lo fuera? —Sus ojos me escrutaban con mucha más curiosidad que de costumbre en ese momento.

—¿Qué quieres saber exactamente?
—Háblame de tu padre.

Tardé varios minutos en reaccionar. Era la primera vez que alguien me pedía que hablase de él. Ni siquiera Marco me había preguntado más de lo debido. Y ¿qué podía decir? Mi padre representaba todo aquello en lo que odiaría acabar convertida. Una persona sin control de sus actos que destroza por completo aquello que más quiere. No negaré que era dulce, que era cariñoso, y también inteligente. No negaré que lo amé con toda mi alma y ese amor se convirtió en el mismo odio el día que descubrí lo que le había hecho a mi madre. Consciente o no, me daba igual. Si yo podía controlarme a base de dolor, ¿por qué no fue lo suficientemente fuerte él?

—Está muerto.

Volví la vista a Joana que aun esperaba respuesta y pronuncié esas palabras con decisión. En voz alta manifestando no solo un hecho, sino lo que sentía hacia su persona.

—Eso…
—¿Qué pasa aquí? —William se acercó a la mesa con Asia de la mano e interrumpió a Joana.
—La estaba interrogando, como me pediste.

William frunció el ceño ante la revelación de su compañera que lo dejó expuesto.

—No te pedí que fuese hoy. —Levantó la vista hacia mí dispuesto a añadir algo más.
—¿Puede alguien llevarme a la base?

Pregunté interrumpiendo con frialdad. Que las traiciones cada vez me doliesen más solo era mi culpa, pero no por ello iba a romperme allí. Esa noche fue otra lección que no debía olvidar.

# Capítulo 9

Me pasé dos días en mi celda sin que nadie viniera a buscarme. Tampoco me apetecía comer y no me sentía con fuerzas para ir a ver a Marco. Con él me volvía vulnerable y solamente acabaría llorando en su hombro como una niña asustada. Tenía que aprender a enfrentarme sola a todo ello, sin miedo, como Asia. Ella era valiente, ¿por qué no podía serlo yo también?, ¿qué estaba tan mal dentro de mí para ser tan blanda y cobarde?

La única suerte de mi vuelta es que el resto de los mutados parecían haberse olvidado nuevamente de mi existencia. Theo y Alice por el contrario habían desaparecido, supuse que se habrían ganado su libertad de una forma mucho más rápida que el método habitual. Para sorpresa de Luc parece que si funcionaban vías las rápidas.

Al tercer día el sargento White se presentó en mi puerta tras el desayuno. En un principio pensé que venía a comprobar si seguía viva dada mi nueva ausencia en el turno de la comida, pero lo cierto es que venía acompañado de otros dos guardias. Uno de ellos abrió la puerta y el otro me esposó sin apenas cuidado. La confusión se apoderó de mí, no tenía ni la menor idea de por qué estaban haciendo eso, pero el orgullo cada vez crecía más también, así que no pregunté. Los tres me escoltaron en silencio hasta la habitación del primer día. Allí estaban ya, Asia, con su postura de soldado implacable y tangente, y una relajada Joana que parecía estar más que orgullosa de sí misma en aquel instante.

Los guardias se quedaron fuera y William cerró la puerta. Acto seguido unió las esposas a la barra de acero de la mesa y me empujó hacia la silla. Asia le reprendió aquel gesto con la mirada, pero a él parecía darle igual. ¿Estaba enfado? Él no tenía derecho a estar enfadado por nada, más debía estarlo yo por todas sus traiciones, si es que podían considerarse así teniendo en cuenta que éramos enemigos. Enemigos, sí, algo que yo había olvidado con frecuencia, pero que procuraría mantener.

—Charlotte vamos a someterte a un polígrafo.

Asia comenzó a explicarme aquello, mientras Joana se acercaba a mí y

comenzaba a instalar todos los detectores del aparato. Todo aquello me pilló desprevenida, pero más lo hizo la diferencia de opiniones que parecía haber en aquel momento en aquella sala.

—Necesitamos que respondas a una serie de preguntas, ¿estás de acuerdo?
—Me importa una mierda si lo está o no.

Esta vez era William que hablaba de espaldas a la pared. Pasé ciertas ganas de reventar las esposas y obligarle a dar la cara por una vez en la vida.

—¿Puedo negarme?

Pregunté mirando hacia Asia que al igual que yo parecía estar a punto de golpear con el aparato a William.

—Sí.
—No. —Dijo él al mismo tiempo.
—Puedes negarte Charlotte. Tienes todo el derecho, pero como amiga…
—No sois amigas Asia.
—Como amiga, te pediría que colabores. —Finalizó ella con dulzura ignorando a su sargento. —Comenzaremos con una serie de preguntas base para medir tus constantes.
—¿Tu nombre es Charlotte? —William arrancó con el interrogatorio sin previo aviso.
—Sí.
—¿Eres una etiqueta negra?
—Sí.
—¿Tu casa está en Bluewood?
—No. —Los ojos de William me miraron con determinación. Después buscó a Joana que le indicó que era cierto y prosiguió.
—¿Tu tío te acogió tras la muerte de tus padres?
—Sí.
—¿Lo agrediste el día que te denunció?
—Sí.

Sentí que William prestaba especial interés al resultado de esa parte. Yo en cambio me estaba sintiendo traicionada de nuevo, él ya me había preguntado por ello y sabía de sobra que no quería contárselo. Si quería creerme o no, sinceramente me importaba una mierda, pero que se aprovechase del polígrafo para resolver sus dudas era muy injusto.

—¿Fue por qué trató…

—No voy a responderte a nada de eso. Puedes saltarte esa parte. —Lo miré con tanto odio que deseé tener rayos láser en los ojos para liquidarlo.

—¿Puedes controlar la mutación?

—Sí.

—¿Siempre?

—No.

—¿Cuándo no puedes hacerlo?

—No lo sé.

—¿Cómo se llamaba tu padre?

—¿Qué?

La pregunta me cogió por sorpresa. En ese momento quedó claro que el interrogatorio de Joana no había sido suficiente y que su pregunta tampoco había sido aleatoria.

—¿Cómo se llamaba tu padre, Charlie?

—Cameron.

—¿En qué trabajaba?

—Era científico.

—¿Tú padre era Cameron Deckers?

—Sí.

—¿Para qué empresa trabajaba tu padre?

—No lo sé.

Empezaba a encontrarme demasiado nerviosa ante aquellas preguntas. Mi padre era una caja que nunca abría y no me gustaba hacia donde iba aquello.

—¿Era la farmacéutica LIOB?

—No lo sé.

—¿En qué proyecto trabajaba tu padre?

—No lo sé.

—¿Era el proyecto CHO?

—Tenía tres años cuando murió cómo coño quieres que sepa todo eso.

Exploté en voz alta tratando de reventar las putas esposas. Cuando levanté la vista de la mesa William me apuntaba con la pistola a la cabeza.

—Will sabes que no es necesario.

Asia estaba en mi lado de la mesa y lo miraba como si no lo no reconociese. Al igual que yo.

—¿Ha mentido? —La pregunta fue para Joana.
—En nada.
—¿Te dio tu padre algún tratamiento alguna vez?
—Sí.
—¿Por qué?
—Pues porque estuve enferma como cualquier otro niño, idiota.

Me salió del alma sí, porque lo cierto es que el puto sargento estaba paranoico y yo no tenía ni idea de por qué. Solamente sabía que él tenía el arma apuntando, pero me acusaban a mí de traidora.

—No te olvides de con quién estás hablando, mutada.
—Me lo recuerdas cada día, es imposible.
—Dice la verdad. —Sentí la risita de Joana tras analizar mi respuesta en la máquina.
—Will baja eso.

Asia colocó la mano sobre el arma y la desvió hacia la mesa con calma. Después se giró hacia mí, abrió las esposas y me habló como siempre con cariño.

—Charlotte recuerdas si tu padre trabajaba en algo particular, cualquier detalle.
—¿A qué viene todo esto? —Pregunté con cierto temor.
—Resulta que ya sabemos por qué eres tan especial. Tu padre se encargó de destruir a todo el mundo y de protegerte a ti.

William lo soltó como un escupitajo cargado de odio y repulsión. Acto seguido plantó sobre la mesa una serie de documentos. En realidad, eran fotografías a documentos, supongo que obra de Joana en algún tipo de investigación no oficial. Con las manos temblorosas los cogí y comencé a leer en diagonal, pero con cada línea, con cada folio, el aire se me atascaba un poco más. Las lágrimas comenzaron a arremolinarse en mis ojos hasta que al final no pude seguir leyendo. Aparté los documentos lejos de mí porque solamente otra vez la vida algo me había dolido tanto como aquello.

El proyecto CHO, dirigido por el doctor Cameron Deckers, mi padre, buscaba mejorar a los soldados. El objetivo era dotarlos de fuerza extra para una guerra que no especificaba. Llegaron a hacerse pruebas en humanos que como consecuencia murieron, pero ese no fue el desencadenante. Al parecer la información se filtró a través de una becaria, un topo que trabajaba para el gobierno chino. La mujer robó los detalles de la fórmula e incendió el laboratorio. La explosión que se produjo a raíz de los químicos expandió el virus en el aire, en las aves, los mosquitos, e incluso cualquier animal terrestre que se

encontrase cerca de la zona. Así fue como comenzó el virus, salvo porque como ya sabíamos los animales eran inmunes y los humanos no.

—Dejadme a solas con ella.
—¿Puedo confiar en que harás lo correcto?

Asia miró a su pareja, o lo que fueran, con tenacidad y él solamente asintió. Cuando nos quedamos a solas enterré la cabeza en mis manos sin poder evitar temblar desde la punta de mis pies. Estaba enfadada con mi padre desde hacía años, pero descubrir la realidad del virus y saber que también fue culpable era demasiado. Demasiado odio para una sola persona.

—No lo sabías. —Afirmó mientras comenzaba a retirarme los cables del polígrafo.
—Ya veo que pensabas que sí.
—Tu padre te protegió con algo. Estoy seguro y el doctor también lo cree. —No me hablaba como William, era el sargento White. —No es casualidad que puedas controlarlo.
—Lo dudo mucho.

Fue un susurro. Solo yo sabía que si mi padre tenía una cura para controlarlo, se la habría inyectado a él y a mi madre también.

—¿Qué sabes que yo no?
—Mis padres murieron por el virus. —Al escucharme decir eso parece que William recordó lo que era la compasión.
—Sé que esto no era lo que acordamos. —Estaba excusándose de nuevo, pero yo no iba a tolerarlo.
—Ahórratelo. No te he traicionado nunca hasta ahora, incluso cuando he tenido ocasión, y no lo he hecho porque es lo correcto. —Cogí aire para enfrentarme a ello como una valiente. —En cambio, tú me has dejado a merced del doctor con el que ahora encima parece que compartes teorías, tal vez incluso lo ayudes a reconstruir su máquina…
—Yo no he…
—¡Me da igual! ¡Me da exactamente igual! No quiero saber absolutamente nada de lo que piensas. —Terapia y decir lo que uno siente van de la mano. —No vas a confiar en mí, para ti soy el enemigo y solamente estoy aquí viva porque te soy útil. Así que trabajaré para ti hasta ganarme mi libertad y nada más. No quiero más excursiones, ni más confesiones, no quiero nada de ti.

William se tomó muy en serio mis palabras. Tanto que a partir de ese

día apenas volví a ver a nadie del equipo. Dejaron de entrenarme y solamente de vez en cuando Asia se acercaba a verme. Volví a las tareas de los mutados, sin Luc, sin Theo, sin Alice y sin Marco que seguía en la enfermería, así que estaba sola. Lloré todas y cada una de esas noches. Puede que algunas personas amen la soledad e incluso la disfruten, pero a mí me gustaba sentirme arropada por mis amigos. Disfrutaba de su compañía a pesar de las adversidades y era capaz de ver luz en todo aquello con ellos. Y en cambio ahora, no veía nada. Me dolía la traición y me dolía la ausencia. Y en el fondo, empezaba a darme cuenta de que la soledad es lo que me esperaba en la vida.

Y no hay peor amigo que el tiempo para la mente. Pensé demasiadas veces en lo que había descubierto. Mi padre había destrozado el mundo y peor todavía es que de no haberlo destrozado lo habría llevado a una guerra. Ya lo odiaba antes de saber la verdad, pero a medida que descubría más de él, más lo hacía. No entendía qué podía haber visto mi madre en alguien tan cruel, alguien incapaz de poner el amor por encima de todo. ¿Cómo una persona podía llevar el mundo hasta semejante punto de destrucción?

Fue Hermann Hesse quien dijo: "C*uando odiamos a alguien, odiamos en su imagen algo que está dentro de nosotros*".

Junto con las tareas y las noches en vela volvieron las rutinas mensuales de exposición a la toxina. Eran cerca de las dos de la madrugada cuando percibí rápidamente el olor mentolado en el aire y apenas tuve tiempo de prepararme. Hundí las manos en mis rodillas, me centré en el dolor e ignoré a los soldados que se acercaron a mi celda a observarme como el que visita a un mono de feria. Cuando por fin cesó horas más tarde, saqué la caja con vendas y yodo que tenía bajo el colchón. Limpié con cuidado con agua y jabón las heridas y después las cubrí. Así había empezado todo la última vez, solo que esta no pensaba acabar en la enfermería. Antes muerta que en manos del doctor de nuevo. Ese era otro de los motivos por los que había reducido las visitas a Marco, por miedo a encontrarme con él. Miedo. Otra vez ese incansable sentimiento. Mi amigo sentiría vergüenza de mí si supiese que por eso lo había abandonado.

Al día siguiente por la mañana estaba ojerosa, con sueño, dolorida y malhumorada. Lo único que me faltaba era que me saliese humo de la cabeza para dar a entender que no quería aguantar a nadie. Además, la tarea que nos habían asignado era pintar y arreglar de nuevo la valla que se rompió el día del ataque de los mutados.

Esa misma mañana llegó un autobús que traía nuevos mutados. Me resultaba increíble que aun con la de años que habían pasado nos siguiesen buscando y dando caza. Casi todos eran casi adultos, pero entre ellos había dos niños que no debían tener más de cuatro años. Ambos se bajaron de la mano de una chica y no se despegaron de ella mientras seguían a los soldados. El problema vino cuando les pidieron que se separasen para ir a su evaluación. Uno de ellos comenzó a gritar y a llorar. El otro se asustó y refugió contra una de las paredes al mismo tiempo que la joven trataba de calmarlo. El niño cada vez estaba más alterado y la chica más nerviosa también. Lo abrazaba con fuerza, pero los soldados les gritaban que no había más tiempo. Se acercaron a ella para separarlos y entonces, aquella pequeña criatura desesperó y perdió el control. Se aferró con tanta fuerza al brazo de la joven que cuando los soldados tiraron para llevársela le arrancó el brazo. Ella gritó de dolor y todos los de mi alrededor exhalaron una exclamación de asombro. Aquello se había convertido en el espectáculo que todos miraban. La chica gritaba desesperada a la vez que se desangraba en el suelo. La niña de la pared lloraba mirando a su amiga, hermana o lo que fuese, y la etiqueta negra lanzaba todo aquello que encontraba a los soldados. Que un niño de cuatro años pudiese enviar objetos con aquella fuerza sobrenatural no estaba bien, pero no era culpa suya haber nacido así. El niño corrió hacia su otra amiga, la niña de la pared, y se aferró a ella con tanta fuerza que le estampó la cabeza contra la pared. Al ver a su otra compañera muerta pareció volverse más loco si cabía aún. Solo entonces se escuchó un disparo, un tiro certero en la cabeza y el niño cayó al suelo. Cuando miré en busca del autor del disparo vi a William. A su lado estaba Asia que le posó con disimulo una mano en el hombro, pero este la ignoró y se fue.

Ese día por la noche el sargento vino a verme a mi celda. La abrió sin decir ni una palabra y se sentó en el suelo frente a la cama. Confusa y con los ojos algo rojos de haber estado llorando miré hacia él que no dijo absolutamente nada, solamente me miró. Una expresión que fui incapaz de descifrar porque el sinfín de pensamientos que rondaban por su cabeza era como un torbellino. Esa misma mañana había visto a ese hombre disparar a un niño, sé por qué lo hizo, todos éramos capaces de ver el horror que estaba generando aquel ser humano fuera de control, pero todos veíamos también a un niño asustado. Nadie quería matar a un niño, nadie quería tomar la decisión difícil, yo no hubiese tenido valor, aunque la falta de valentía no era nada nuevo, pero eso no me hacía mejor persona en aquel momento.

—Tienes mala cara. —Dijo al cabo de casi diez minutos en silencio

en una celda de apenas tres metros cuadrados.

—Menudo cumplido, seguro que es por haber invadido mi espacio personal. —Repliqué. Que sintiese compasión por él en aquel instante no hacía que olvidase el resto.

—Necesitaba que alguien me echase en cara lo que he hecho hoy. —Susurró con la mirada perdida en un punto de la pared.

—Has matado a un niño de…

—De cinco años. —Terminó por mí a la vez que apretaba las manos.

—Yo no habría podido.

—Eso ya lo sé. —Respondió casi con un gran resoplido.

—Estaba fuera de control. No digo que esté bien, solo que no había otra forma de detenerlo.

—Eso también lo sé.

—Entonces, ¿a qué has venido? —Pregunté mirándole directamente a los ojos. Me encontré a un soldado perdido y creo que nunca lo había visto así.

—¿Por qué tienes mala cara? —Esquivó mi pregunta revisándome de pies a cabeza.

—Una por otra, yo he preguntado primero.

—Ya te lo he dicho. Sabía que solamente tú me dirías la verdad, sin anestesia. Asia, Joana, John, todos los demás la endulzarían. —Dejó escapar una risa sarcástica a la vez que negaba y volvía a mirarme. —Incluso tú lo has hecho. Te toca.

—Anoche liberaron la toxina mensual.

—Tú no tienes que estar en esas pruebas ya. —Me miró con confusión como si algo no le encajase.

—Pues supongo que el soldado encargado se le olvidó llevarme a otra celda ayer. —Fingí que no importaba.

—Te has hecho heridas. —Esquivé la mirada a sabiendas de que aquello era una afirmación. —¿Necesitas algo para curarlas?

—No quiero tu compasión William.

Casi me crujen los dientes conteniéndome. Ese soldado iba a volverme loca. Por qué aparecía de repente en mi celda siendo amable de nuevo cuando había dejado clara la línea que nos separaba en todas las ocasiones que había tenido para demostrarme que estábamos juntos en esto.

—Nada de mí, exactamente.

—¿Vas a hacerte el dolido conmigo? —Estaba a punto de saltar sobre él y despellejarlo.

—Me dolió Charlie.

Esa fue la segunda vez que no fui capaz de ver al William que trataba

de abrirse a mí.

—¡Es Charlotte joder!

Me puse en pie gritando y empujándolo, pero antes de darme cuenta William me estaba sujetando por los brazos contra la pared de espaldas a él.

—¿Prefieres esto? Así es como debería ser ¿no? Debería ser como el capitán y que me importe una mierda lo que te pase porque eres una mutada.

No gritaba y tampoco me hacía daño al sujetarme, pero podía sentir la tenacidad de sus palabras y también todas las dudas que había dentro de él en aquel momento.

—Pero no me da igual, aunque me haría la vida mucho más fácil porque representas todo lo que odio. Formas parte de la persona que destruyó todo y aun así me molesta que te enfades. Destrozas todo en lo que siempre he creído.

Me soltó con tanta delicadeza que parecía estar acariciándome con una pluma. Y al darme la vuelta me encontré con su pecho, levanté con cuidado la cabeza y ahí estaba mirándome como quién resuelve un acertijo, como quién casi tiene la respuesta y se le escapa. Y se le escapó porque inspiró hondo y se alejó apoyándose sobre la pared de enfrente y dejándose caer de nuevo.

—Elige un lado. Me vale el del capitán, pero elige uno.
—No puedo odiarte, eso ya lo sé.

# Capítulo 10

El día que Joana vino a buscarme para decirme que me unía a una misión casi no podía creérmelo. Una misión, yo, la persona posiblemente más inútil y cobarde del planeta. Así que, por mucho que Joana y Asia insistieron en que sería sencillo yo seguía sin tenerlo nada claro. Sin embargo, toda la indecisión desapareció cuando quedé absorta por la cantidad de tecnología que empleaban, aunque a mí solamente me dejaron un estúpido pinganillo diminuto para saber qué instrucciones debía seguir. John no tardó en unirse y empezar a bromear con Joana, los dos parecían encantados con el plan, como si ir de misión fuese algo realmente divertido para ellos. Solamente Asia parecía algo preocupada por mí.

Me explicó que era una misión de reconocimiento y que no iba a pasar nada raro por muy emocionados que estuvieran los otros dos. Tampoco me dio muchos más detalles a pesar de mi insistencia, solamente me dijo que mi objetivo era escuchar y pasar desapercibida, algo que me pareció relativamente sencillo.

A pesar del hierro que todos habían decidido quitarle al asunto yo sabía que aquello sería similar a mi futuro trabajo entre Los Salvadores. Una pequeña prueba para ver hasta donde era capaz de llegar y que salir de allí dependía del resultado de esa noche.

Mientras los demás terminaban de equiparse, conseguí encontrar cinco minutos para escaparme rápidamente a la enfermería a despedirme de Marco. No quería encontrarme con el doctor, pero tampoco podía irme sin verlo y hablar con él. Corrí por los pasillos zigzagueando para aprovechar al máximo el tiempo que tendría y llegué bastante fatigada hasta su cama.

—¿Te persigue alguien? —Bromeó Marco ante mi falta de forma física.

—No tienes gracia. —Le hice una mueca a su comentario y luego lo abracé.

—Estoy seguro de que puedo hacerte reír. —Acto seguido Marco me atrapó y comenzó a hacerme cosquillas.

—¡Para, para! Marco vas a hacerte daño…

Apenas podía coger aliento entre cada carcajada. Odiaba las cosquillas, a nadie le gustan en realidad, y en contradicción te ríes. Despeinada y con una sonrisa en el rostro volví la vista hacia mi amigo que tenía mucha mejor cara que la última vez que lo había visto.

—Van a darme el alta, hacerte cosquillas está entre la lista de cosas que mejorarán mi recuperación.

Se me escapó un gritito de alegría y se me abrió medio mundo al escuchar que ya estaba bien. Él me abrazo con fuerza y yo enterré mi cabeza en su cuello. Sabía que no estaba bien volver a eso tras nuestra última conversación, pero él pareció conforme y yo no pude evitarlo.

—No sabes cuánto te he necesitado todo este tiempo.
—Yo también te he echado de menos. —Respondió besándome en la sien.
—¿Qué haces tú aquí? —William apareció tras la cortina de repente con el doctor a su lado.
—Hola Charlotte.

La sonrisa petulante de aquel hombre asomaba como un cáncer, pero ver a William allí con él me pareció una nueva puñalada después de lo de la última vez. Lo miré con el ceño fruncido y él parecía dispuesto a ignorarme y centrarse únicamente en sus objetivos.

—Te he hecho una pregunta, mutada.
—Ha venido a visitarme, ¿vale?
—No hablaba contigo.

Me pregunté que había sido del William parcialmente amable de la otra noche porque desde luego no estaba allí. El soldado que había dicho más cosas de las que debería y ahora tal vez estuviese arrepentido y por eso marcaba de nuevo la distancia de esa forma.

—Venía a despedirme antes de la misión.
—¿Se la lleva de misión sargento? —Preguntó el doctor levantando la vista de sus papeles con curiosidad.
—¿Te vas? —Marco me cogió con más fuerza como si eso fuese a retenerme allí con él.
—Volveré. Siempre.

Le susurré al oído ignorando al resto de los presentes. Marco asintió mirándome como quien intenta grabarse a fuego algo en la retina y después me dio un beso intenso, rápido y fugaz. Un beso que yo acepté sin dudarlo porque tampoco quería irme sin él y porque

también quería grabarme su sabor por si acaso.

—Nos vamos Charlie, no vamos a perder el tiempo así.

Salí casi corriendo tras los pasos agigantados de William que no parecía especialmente contento con mi visita a la enfermería para despedirme de Marco.

—Tienes prohibido volver a pisar la enfermería. Si te estás muriendo me avisas y ya veremos cómo lo resolvemos.

—No veo el problema, si ahora eres amigo del doctor. ¿Otra vez compartiendo teorías sobre mí? —Me encargué de sonar tan sarcástica como me fue posible con ese comentario.

—Un día voy a cortarte la lengua para que de verdad veas que no me haces falta con ella.

Me guiñó un ojo y yo le saqué el corte de manga. Una costumbre que a él parecía resultarle muy graciosa.

Llegamos al garaje donde el resto ya se habían preparado. Asia conducía y William se montó en el asiento del copiloto. Nada más hacerlo extendió el brazo hacia la parte trasera donde John iba apretujado entre Joana y yo. La espía compartió una carpeta con él y se pasaron el resto del camino hablando de personas a las que yo no conocía, pero que al parecer se reunirían esa noche en el Queens. Por el rabillo del ojo miré en más de una ocasión al maletero que viajaba cargado de armas y cuchillos. No quise imaginarme que llevarían si iban a la guerra aquellos dos.

—Fiddler se va a reunir hoy con los directivos de la empresa textil Wooly.

—Wooly tiene problemas económicos. Los directivos llevan meses tratando de buscar una solución.

—¿Sabemos qué van a negociar?

—Sí, mano de obra barata. —Respondió Joana con total tranquilidad, pero se traducía en mutados.

—Eso es tráfico de personas. —Puntualizó Asia que tamborileaba los dedos sobre el volante.

—Son mutados. —Fue John el que aclaró la distinción y aunque no me giré hacia él quise alejarme todo lo posible.

—No son de su propiedad John. —Le respondió la conductora más furiosa todavía.

—No, son del gobierno. —Esta vez fue William. Quise bajarme del coche en ese mismo instante. ¿Cómo podía haber acabado ayudando a alguien así?

—Hoy vas a dormir en el sofá Will. —Como si aquello fuese tan

normal Joana bromeó ante el comentario.

—¿Queréis preguntarle a Charlotte qué opina de vuestras estúpidos comentarios?

Fue como si todos se hubiesen acordado de mí en ese instante. Joana me puso una mano en la pierna y me dedicó una sonrisa a modo disculpa. William se giró en su asiento y me miró apretando los labios sin descifrar nuevamente qué pensaba.

—No te ofendas, pero eres una mutada. —John fue el menos diplomático porque claro llamar a alguien gordo solamente es describirlo.

—Podéis iros a la mierda los tres. —Escupí de muy buena gana zanjando la conversación.

Cuando llegamos al pueblo Asia aparcó en un aparcamiento de las afueras. Era de noche y la verdad es que hacía bastante frío. Enterré la nariz en el cuello de la cazadora y me protegí del viento en un lateral del coche, mientras los soldados se aprovisionaban de armas. A mí en cambio, ya me habían dejado claro que yo no podría llevar. William dio instrucciones y todos se dispersaron. Asia entraría con John por la entrada principal, Joana estaría en los tejados lista para disparar y yo caminaría detrás de William a una distancia prudencial para que nadie creyese que íbamos juntos.

—Cuando llegues habrá dos colas. Tienes que ponerte en la opuesta a la mía, esta es tu entrada. —Me entregó una ficha rosa con un flamenco en el centro. —No te dejes asustar, solo tienes que camuflarte ¿de acuerdo?

—Creo que podré hacerlo sí. —Guardé con ímpetu la ficha y William sonrió.

—Me gusta más el dedito que irme a la mierda que lo sepas. —Parecía que le daba igual que estuviese enfadada.

Lo seguí discretamente entre las oscuras callejuelas. La verdad es que tuve miedo, hacía demasiado tiempo que no vagaba sola de noche y el ambiente de la zona no era nada bueno. Escuché comentarios de todo tipo que me hicieron sobrecogerme. Desde a dónde vas con tanta ropa hasta otro tipo de barbaridades que preferiría poder borrar de mi cabeza. Durante todo el camino William no se detuvo, como si llevase tapones en los oídos y yo tampoco. Intenté que nadie percibiese lo aterrada que estaba, pero una espía no pierde detalle.

—Charlotte tendrán un tiro en la cabeza antes de ponerte una mano encima tranquila. —La voz de Joana salió a través del pinganillo.

—Todo un alivio sí. —Murmuré en respuesta.

—No parece confiar mucho en ti Jo. —Era Asia la que reía esta vez.

En menos de un minuto ese canal comenzó a llenarse de comentarios por parte de los tres desaparecidos y no negaré que escuchar sus voces así, cercanas, hizo que consiguiera relajarme, fuese o no el efecto. En cambio, cuando llegamos a la puerta se hizo el silencio.

El Queens parecía un club de alterne. Tenía un enorme letrero de neón rosa fucsia donde las dos letras "e" eran un flamenco. Algo que dificultaba la lectura, pero a lo que terminabas acostumbrando la vista. En la puerta había dos colas tal y como William me dijo. Me quedó claro cuál era la mía en cuanto vi los tatuajes del resto. Mutados y mutadas se ubicaban a la izquierda con vestimentas muy poco apropiadas a la temperatura. Varios de ellos echaron un vistazo a mi chaqueta y disimularon una risa. Miré al otro lado de la cola y vi que William estaba un par de puestos por detrás y me observaba sin pestañear casi. La música se colaba hacia el exterior cada vez que se abría la puerta y un potente olor a perfume afrutado lo hacía también. En las colas la gente hablaba y lo más curioso era que los mutados trataban de entablar conversación con las personas normales.

—Nos vemos dentro. —Dijo un chico que solamente llevaba una camiseta blanca de rejilla. Le llegaba por el muslo y dejaba ver un bóxer apretado debajo.

Empecé a temerme qué podía ser aquello. Cuanto más me acercaba, más claro lo tenía y más quería salir corriendo de allí. Me giré nerviosa hacia atrás un par de veces hasta encontrarme con la dura mirada del sargento que parecía saber lo que estaba pensando y que finalmente me negó con la cabeza haciéndome saber que no podía irme.

—¿Primera visita cielo? —La mujer de detrás tendría casi cuarenta años.

—Eeeh sí.

—No te preocupes, se te pasará en un rato. Yo estaba igual en mi primer día y aquí sigo vivita y coleando. —Rio ante su propia broma y yo le devolví una sonrisa fingida antes de girarme de nuevo.

Cuando me di cuenta estaba frente al guardia de seguridad que esperaba que le diera algo con cara de malas pulgas. Me disculpé rápido balbuceando y le entregué la ficha rosa que me habían dado. La cogió con desdén y miró mi ropa, después habló por su pinganillo y una mujer mayor salió a los pocos minutos. Me tomó por el brazo y

me guio con ella hasta una puerta trasera.

Tenía el pelo ligeramente canoso y largo. Los labios gruesos y una tez morena que contrastaba con sus ojos orientales. Llevaba una larga bata de seda negra y unas sandalias con pelo en los pies. Se intuía una buena silueta dada su edad, lo que debía significar que de joven fue realmente atractiva. Pero lo que de verdad llamó mi atención fue el tatuaje gris de su mano. Era una mutada.

—No me mires así niña. Jugué bien las pocas cartas que tenía. —Su tono de voz era ronco, supuse que de fumar. —En fin, como veo que no tienes ni idea, te haré un resumen. Me llamo Queen, soy la dueña de este sitio y sí, soy una mutada.

—Yo soy Charlotte. —Estaba tan nerviosa que apenas me salían las palabras. ¿Cómo un mutado había acabado siendo el dueño de semejante local?

—Me da igual tu nombre. Ten ponte esto, no vas a conseguir nada de ningún cliente con esa ropa.

Me lanzó lo que parecía un camisón de ropa interior. Era de una tela casi tan fina como su bata, bastante corto y color rosa fucsia.

—Oh, yo… no puedo ponerme est…

—O te lo pones o no entras, tú eliges.

Se quedó mirándome como si la respuesta fuese mi acción. Recordé a William diciéndome que solo tenía que camuflarme y comprendí que lo había hecho para evitar que llegado el momento me echase atrás. También entendía por qué todos habían evitado darme detalles. Comencé a desvestirme para ponerme aquel trapo y Queen pareció conforme.

—Bien, la mitad de lo que ganes es mío, las propinas también. El precio es cosa tuya y hasta donde llegues, pero nadie paga por un abrazo querida. Cuando estés lista entra por esa puerta.

Me quedé allí sola mirando la tela que tenía que ponerme. Una tela que me dejaría totalmente expuesta. Por la puerta se filtraba el ritmo de la música. Demasiado sensual. Estaba claro lo que era aquel lugar, y lo que no comprendí era que alguno de ellos pensase que este era un buen lugar para mí. No quería imaginarme en qué podría acabar todo si me descontrolaba.

Hacía años había jurado que nadie volvería a tocarme sin mi consentimiento y era una promesa que pretendía cumplir. Aun así, me

armé de valor y me quité la ropa. La dejé sobre el banco que había y me puse aquel vestido que no dejaba apenas nada a la imaginación. El frío también se metió dentro de mí erizándome la piel, pero decidí que sería valiente por una vez en la vida y saldría ahí. William me había dicho que solo tenía que camuflarme y Queen que yo decidía a dónde llegar. No tenía que hacer nada que no quisiera, eso estaba bien y podía hacerlo.

—¿Charlie dónde estás? —Era William por el pinganillo y sonaba más que impaciente. Yo justo acababa de unirme al club.

—La tienes a tu izquierda sargento. —Era Joana que seguía vigilándonos de cerca.

—Un árbol de Navidad habría llamado menos la atención. —John propició el comentario seguido de un silbido.

—No pierdas el foco de la misión John. —Asia también se unió a la conversación en tomo bromista esta vez.

—Haberla dejado en casa.

—Está claro que los hombres no podéis hacer dos cosas a la vez. —Joana picó a su compañero con sorna.

—Si la mutada necesita un tour por el Queens puedo acercarme y dárselo.

—No necesito nada tuyo. —Bufé al pinganillo.

—No lo empeores Charlotte, me gustan peleonas.

—Ya basta. No me siento cómoda con esto. —Les reproché.

—Charlotte estás preciosa, no hay nada de malo en ese camisón. —Esa era Asia endulzando todo como siempre.

—Sí, deberías salir de la pared. Ahí no vas a enterarte de nada. —Esta vez era Joana con su lógica y racionalidad.

—Estamos de misión por si se os ha olvidado a todos. —William habló de nuevo para poner orden en aquel nuevo gallinero.

Siguiendo el consejo de Joana comencé a adentrarme en aquel club. Caminé despacio entre el tumulto analizando cada detalle. La barra estaba al fondo, justo de frente a la puerta principal. La pista de baile se interponía en medio y el guardarropas quedaba a la izquierda. En cambio, a la derecha había una enorme cortina roja que cruzaban un gran número de personas. Algunas iban acompañadas y otras solas. Al lado de las cortinas unas escaleras desaparecían al piso de arriba y un enorme cartel indicaba “Habitaciones privadas”. Casi en la penumbra pegada a la barra había una zona con mesas y asientos. Divisé en ella al chico con la camiseta de malla que había visto en la entrada. Besaba sin cesar el cuello de otro que solamente miraba sus cartas ignorándole. Tras un rato el hombre perdió una mano y lo empujó alejándolo de allí. En ese momento sentí pena por él, estaba claro que

se había estado esforzando en conseguir algo esa noche, a sabiendas de que la gran mayoría allí hacían aquello por dinero. El joven en cambio no parecía sentirse humillado ya por aquel desprecio y simplemente se quedó allí arrodillado al lado de su silla esperando una buena mano.

No debí despistarme y quedarme ensimismada por todo lo que me rodeaba. Antes de que pudiera darme cuenta un grupo de chicos de no más de treinta se había acercado a mí. Uno de ellos acarició mi brazo desnudo captando por fin toda mi atención. Me sobresalté como un cervatillo asustado y me reproché mentalmente darles aquel placer pues a todos pareció resultarles muy divertido.

—Te invito a una copa princesa, vamos. —Tanto él como sus amigos cerraban el círculo acercándome a la barra.

—Quítatelos de encima. —Joana habló con dureza ordenándome salir de ahí, como si fuera tan sencillo.

—¿Necesita ayuda?

Asia sonaba muy preocupada, pero yo en cambio quise demostrarles a todos que podía defenderme sola en aquel sitio. Si no estaba lista para esta misión jamás llegaría la que me daría la libertad.

—No quiero ofenderos, pero las prefiero con más curvas.

Apenas reconocí a la Charlotte que habló en ese momento. Valiente, sexy e inalcanzable. Con todo el glamour que tenía con aquel absurdo vestido me abrí paso entre ellos y me fui tan lejos como pude.

—Diría que la mutada tiene uñas. —John bromeó ante mi huida y yo sonreí orgullosa de haber causado ese impacto.

Sin embargo, el aroma a corrupción, excesos y perversión del club me estaba abrumando. Hacía un buen rato que nadie hablaba por el pinganillo, por lo que seguí con la misión que me habían asignado. Caminar entre la gente camuflada y escuchar. Supuse que ellos sí sabrían lo que estaban buscando, yo simplemente me movía tratando de evitar a cualquiera que me confundiese de verdad con alguno de los otros mutados que había allí. Vi como una mujer alta y esbelta comenzaba a caminar hacia mí con decisión, me miraba directamente a los ojos, bebió un sorbo de la copa que llevaba en la mano y luego se lamió los labios de una forma que me resultó repugnante. Comencé a retroceder disimuladamente, buscando un mínimo espacio en el que cambiar de dirección y salir de su campo visual. Hasta que al final tropecé con alguien a mi espalda. Una mano se deslizó con mucha

suavidad por mi muslo hasta llegar a mi cadera y luego me rodeó con fuerza evitando que pudiese darme la vuelta. Estaban tan muerta de miedo que me quedé inmóvil.

—Estás llamando mucho la atención, mutada.

La voz de William fue un susurro junto a mi oreja libre de pinganillo. Su aliento cálido me rozaba el cuello y me erizaba la piel. La mujer que se acercaba frunció el ceño y se fue a por otra chica.

—Gracias.
—No me las des tan rápido, nos vamos a la sala roja. —Me puse tan rígida que por un segundo me olvidé de respirar. —Nuestro sujeto acaba de entrar ahí muy bien acompañado.

William me cogió la mano y me guio hasta las cortinas. Nada más llegar a la entrada intenté soltarme con fuerza. Prefería no tener que ver, ni saber nada de lo que la gente estaba haciendo allí detrás. No sabía qué iba a encontrarme al cruzar aquella sedosa tela brillante. Él pareció notarlo y al contrario de tranquilizarme, apagó discretamente su pinganillo y el mío. Estábamos solos en aquel instante y entrar allí con él me daba aún más miedo. Esta vez sí, me solté de su agarre y di un paso atrás. Cobarde. Eso decía la mirada que me estaba dedicando en aquel mismo instante, después pareció encontrar diversión en todo aquello porque una pequeña sonrisa tiró de sus labios.

—¿No vas a sacarme el dedito ese que tanto te gusta enseñar cuando te pones rebelde?
—No puedo entrar ahí.

Lo dije casi como una súplica. No tenía la menor idea de si estaba preparada para ver aquel tipo de cosas sin descontrolarme.

—Claro que puedes, Charlie no me jodas, ¿qué crees que vas a ver? Solo es sexo.
—Es sexo forzado, William.

Creo que la bombilla de su cabeza debió encenderse en ese instante al escuchar mi respuesta porque cambió por completo su actitud y se acercó más a mí mirándome con la determinación que tanto le caracterizaba.

—¿Te acuerdas cuando te dije que el resto del mundo no tendría piedad? —Asentí brevemente a la vez que él se acercaba recortando la distancia. —Pues no me refería a este tipo de sitios, Charlie. El hombre que estamos siguiendo esta noche trafica con los mutados.

Vende sus órganos en el mercado negro y al resto, los que no sirven como donantes, los vende a laboratorios químicos. Necesitamos pruebas para poder organizar una operación. Necesito entrar ahí dentro y ver con quién se reúne, y sintiéndolo mucho la única que puede meterme ahí dentro sin delatarme eres tú.

—Tengo miedo de descontrolarme.

Admití en voz alta aquello esperando que me juzgase y asumiese que como el resto soy un monstruo sin control.

—No me cabe la menor duda de que vas a comportarte como es debido.

Creo que fue alivio lo que vi en su rostro, algo que yo no sentía en absoluto. Él en cambio me cogió nuevamente del brazo y abrió la cortina.

—Vamos.

Caminé pegada a su cuerpo sin mirar a ningún lado. No quería, o no podía, ver absolutamente nada de lo que estaba pasando en esos reservados. Y es que aunque cada uno tenía sus propias cortinas, estas permitían intuir absolutamente todo lo que pasaba dentro de ellas. Prácticamente eran transparentes. Me pregunté dónde estarían el resto mientras nosotros nos encontrábamos en aquel lugar, si se habrían ido ya del club o si estarían apuntando desde algún tejado. En resumen, si también estarían viendo aquel espectáculo de desnudez.

William abrió una de las cortinas vacías y se quitó la camiseta negra que llevaba. Me quedé pasmada y no por el hecho, sino porque tenía un cuerpo perfecto. Los músculos de su espalda estaban definidos y rígidos, luego se dio la vuelta y comprobé que también lo estaban los de su pecho. Tenía un tatuaje en el centro y yo me detuve a estudiar con detenimiento el dibujo. Dos equis consecutivas en vertical atravesadas por una flecha.

Al final, escuché a William carraspear y salí de mi ensimismamiento. Se sentó con toda la normalidad del mundo dejándose caer sobre el sillón. Yo en cambio no pude disimular la cara de asco que eso me producía. A saber lo que habría pasado encima de esa tela. Se le escapó una carcajada al verla y después se dio unas palmaditas en la pierna indicando me sentara allí.

—Ni de coña. Ni loca.

—Mutada, acabas de comerme con los ojos.

—Yo no te he comido con nada.
—¡Oh, Charlie te he visto mirarme!

Hizo un gesto despreocupado con la mano. Aquello debía resultarle la mar de gracioso, pero yo iba medio desnuda con aquel estúpido picardías que me habían dado en la entrada y no pensaba sentarme sobre él así.

—Te has quedado medio desnudo sin preguntar y me ha pillado por sorpresa.
—Ya, claro.

Estaba sacándole el dedo cuando me cogió con un brazo por la pierna y me sentó encima de él. Grité del susto y acto seguido se me escapó un grito de sorpresa mayor aún.

—Estás… estás…
—¿Pensabas que soy de hielo, Charlie?
—Pensaba que solo estábamos viendo sexo.
—No estoy así por lo que nos rodea. —Su ojos se desviaron a mi cuerpo sin disimularlo y yo empecé a arder ligeramente por dentro. —Eres tú y ese vestidito lo que me pone así.
—Soy una mutada, te doy asco.

Tenía que enfriar aquella situación como fuese, porque en el fondo yo tampoco estaba así por lo que nos rodeaba. Pareció surtir efecto, o eso creí.

—Tú no me das asco, pero tienes razón. Estamos al lado del reservado que nos atañe. —Se acercó a mi oído haciéndome erguirme hacia atrás para que su pecho no se pegase al mío. —Deberías poner todos tus sentidos en él.
—Oye, ¿puedes no robarme mi espacio?

Señalé bruscamente la poca distancia que separaba nuestros cuerpos, obviando que estaba sentada encima de su erección.

—Eres una pésima mentirosa, pero si no soy tu tipo de compañía puedes decirlo.

Los ojos le brillaban con malicia pura y diversión. Yo en cambio estaba totalmente atacada, mi cuerpo no reaccionaba como debería a aquella situación y mi cabeza me gritaba lo loco y erróneo que eso estaba siendo. Tenía todos y cada uno de los poros de mi piel en alerta. No entendía por qué aquel soldado tenía esa influencia sobre mí, pero me sentía igual que un imán atraído por un polo opuesto.

William apretó su dureza contra mí ligeramente y yo no pude evitar morderme el labio del gusto.

—¿Qué te pone tan nerviosa, Charlie?

—Tú, obviamente tú y todo esto rollo sexual raro. —La carcajada que se ganó mi comentario fue monumental.

—¿Sabes qué?

Sus dos manos se habían posado sobre la fina tela de mi cadera y podía notar el calor que salía de ellas. Cerca de él aparecían en mí sentimientos que hasta entonces nunca antes había conocido. Había magnetismo entre nuestros cuerpos, al igual que si supiesen los distintos que eran como para querer estar juntos.

Negué con la cabeza incapaz de articular palabra.

—Sé perfectamente que esto te está gustando tanto como a mí. Una noche es una noche, Charlie.

—¿Solo una noche?

Escuché mi propia voz al repetir la pregunta, planteándose cuánta verdad había en aquello y cuánto era espectáculo mientras espiaba. Volví la vista al reservada de al lado y William aprovechó a meter la mano bajo la tela del picardías. La llevó bajo mi ombligo y acarició sutilmente el inicio de la tela de mis bragas. En ese mismo momento asumí que todo eso iba a acabar mal. Muy mal.

—Ajá, y si no te gusta siempre puedes decirme que pare, pero la verdad es que lo dudo mucho.

Sin pedir permiso, pero haciéndolo a la vez, una de sus manos se deslizo a mi trasero y lo asió con fuerza. La otra fue directa a uno de mis pechos y su boca acabó en mi cuello. Me besó y lamió con cuidado y delicadeza, a la vez que sus manos seguían sin moverse de donde estaban. Esperaba mi confirmación, así que dejé caer mi cabeza hacia atrás y gemí de placer.

No quise pensar en nada, ni si aquello estaba bien o mal, o si podría traerme problemas, me daba igual. Estaba tan excitada que solamente quería disfrutar de aquel placer porque por primera vez en la vida esa decisión estaba siendo mía. William se deleitó con mi cuerpo, mientras yo hacía lo mismo con el suyo. Acaricié su pecho y recorrí despacio su tatuaje con un dedo ante su atenta mirada. Luego sin pensarlo más deslicé mi mano a su dureza y lo escuché gemir de placer bajo mis caricias. Él no tardó en apartar mis bragas a un lado y hacer lo mismo. Hundió sus dedos dentro mí y los movió haciéndome

estallar en olas de placer. Esa noche descubrí la satisfacción pura y me enamoré del sexo a su lado. William apartó con su boca la tela del picardías y succionó mi pecho. Estaba mareada de placer y a la vez no quería parar. En ningún momento pensé que alguien podría estar viéndonos. Me dejé llevar tanto por aquel instante que no me preocupé por como acabaría, ni que pasaría cuando acabase. Pero acabó.

William estaba recostado hacia atrás y respiraba agitado. Yo seguía encima de él, pero esta vez desplomada sobre su pecho. Volviendo a la calma. O al menos él porque yo no hallaba una forma para volver a la normalidad después de lo que había pasado allí. No tenía la menor idea de cómo iba a mirarle o a volver a atender en ninguna de sus sesiones. Mil pensamientos inundaban mi cabeza a toda velocidad, el corazón se me iba a salir del pecho y allí no había aire suficiente y tampoco lo habría en un millar de años. Agitada me levanté ignorando por completo a William, salí del reservado y aproveché para robar una sudadera que alguien había olvidado. Me la puse y me encaminé hacia la única salida que vi.

El aire fresco me golpeó la cara. Agradecí tanto el frío contra mi piel que todavía estaba ardiendo que ignoré completamente que seguía medio desnuda y la temperatura fuera debía ser de cinco grados. Cerré los ojos y ordené mis pensamientos como buenamente pude. En realidad, lo que hice fue recordar el momento de libertad que acababa de tener. Y comprendí que gran parte del agobio venía por saber que eso se había acabado, había tocado por un segundo la sensación de ser libre, de tener el control de mis decisiones y equivocarme, pero ya no lo tenía más.

—Vuelve dentro, vas a congelarte.

La voz de William aun sonaba ronca cuando habló. Brevemente recordé sus gemidos de placer y los míos y sonreí dándole la espalda.

—Perdón, necesitaba aire.

Me volví hacia él que me miraba de una forma un tanto extraña. Suspiró y salió cerrando la puerta también.

—Lo que ha pasado…
—Lo sé, una noche. Sé cómo funciona sargento White.

Me sorprendí a mí misma al escucharme. La dureza de mis palabras me hizo sentir orgullosa. William iba a replicar algo cuando la alarma

de la revisión para mutados comenzó a sonar. Iban a liberar la toxina en menos de sesenta segundos.

# Capítulo 11

Corrí veloz a la puerta y maldije cuando me di cuenta de que solamente se abría desde dentro, posiblemente para evitar que mucha gente entrase sin pagar. Grité de rabia y comencé a buscar dónde refugiarme. Más de una vez me había visto en situaciones así cuando todavía vivía con mi tío, así que no tardé en divisar un almacén al fondo que parecía tener todos los cristales en su sitio. Ignorando a William corrí hacia allí, tiré de la puerta que estaba cerrada y maldije enfadada. A mi lado William llegó y le dio una fuerte patada, no me molesté en darle las gracias. Entré en apenas unos segundos y cerramos justo antes de que liberaran el gas en el aire. Busqué nerviosa algo con lo que sellar la puerta y encontré una vieja lona que tapaba muebles antiguos. La cogí y la acolché frente a la rendija de la puerta para asegurarme de que estaba bien tapada.

Fue entonces cuando fuera comenzaron a escucharse gritos. No necesité acercarme a la ventana para saber que algún mutado se había quedado en el exterior. Aun así, temblando, avancé hasta allí decidida a evaluar si podía ayudarle y dejarle entrar, o si por el contrario intentaría asesinarme. No estaba preparada para lo que me encontré.

Había un chico de sudadera roja con la capucha puesta. Llevaba unos pantalones cortos bastante viejos, pero lo realmente horrible era que le estaban saliendo unas llagas enormes en toda la piel que tenía en contacto con el aire. Gritaba de puro dolor y sangraba, al mismo tiempo que se arrancaba parte de su propia piel en tiras. Un grito ahogado escapó de mis labios cuando lo vi correr contra la pared del edificio de en frente. Comenzó a golpearse con ella sin razón, iba a matarse así mismo de rabia. Sentí pánico, pero a la vez también compasión, necesitaba ayuda o iba a morir. Me lancé hacia la puerta dispuesta a salir y dejarlo entrar. Estaba alcanzando la manilla cuando William me sujetó con fuerza por la cintura y me alejó.

—Ya está muerto Charlie, no puedes ayudarlo.

—No lo está, está sufriendo. —Me enfrenté a él convencida de abrir esa puerta tanto como él lo estaba a evitarlo.

—No vas a salir.

—Se está muriendo.

—¡No tiene cura! ¿Cuántas veces más crees que va a soportar la

toxina? —Me miraba enfadado por no entender aquello. Por arriesgar su vida por la de un mutado supuse. —Ponte como quieras, no vas a salir y es una orden.

Me fui a la ventana y seguí mirando hasta que el chico cayó al suelo inmóvil con una enorme brecha en la cabeza. El charco de sangre se hacía cada vez más grande. No sé el tiempo que estuve observando la escena. ¿Eso les pasaba a los mutados tras exponerse demasiadas veces? Era entonces como un virus que se extendía lentamente cada vez más cruel hasta volverse letal. ¿Eso era lo que iba a pasarme a mí? Acababa de descubrir que tenía fecha de caducidad, un tiempo más que limitado y lo que más me enfurecía era no saber si eran una, dos o diez veces más. En ese mismo instante me pregunté para qué estaba haciendo todo aquello, para qué estaba alargando algo que iba a llegar. La gente que me quería sufriría más al verme irme. De hecho, cabía la posibilidad de que fuese estando con Marco en el exterior y entonces él se quedaría solo. No podía hacerle eso. Me replanteé el contrato, si lo incumplía acabarían conmigo de un solo disparo. Limpio e indoloro. Aquella idea no parecía tan mala.

—He encontrado esta manta. Ten.

Me había olvidado por completo de William que en ese momento me estaba ofreciendo la única manta disponible que quedaba en el almacén.

—No la quiero, pero gracias.

Me daba igual tener frío, me daba igual todo. Acababa de ver mi futuro y no estaba preparada para asumirlo.

—Joder, que cabezona eres.

William me puso la manta por los hombros malhumorado. Luego se dejó caer en el suelo y cerró los ojos resoplando.

—¿Voy a acabar así? —Hice la pregunta en voz alta. Mi voz flotó en el aire y solo escuché un nuevo suspiro.

—No lo sé. Es probable. Sé que no es lo que quieres oír, pero no soy científico para saber si puede evitarse.

Me levanté dejando caer la manta y golpeé furiosa unas viejas maderas. Se rompieron por la mitad y me di cuenta de que estaba dejando entrar dentro de mí a la rabia que dormía bajo mi piel. Ese monstruo latente quería destrozar todo lo que había allí, incluido a William, pero yo no. Sentía que el aire se me atascaba en la garganta

dejándome sin voz y las lágrimas querían desbordar de una vez por todas, pero cuando miré las maderas en el suelo estaba rotas y destrozadas. Después de eso, respiré hondo varias veces hasta que conseguí calmarme. Al girarme, me di cuenta de que todo ese rato William me había estado observando con curiosidad.

—Ya sé que no te gusto, pero si algún día me ves así. —Señalé la ventana. —Pégame un tiro, por favor.

—No dudes que lo haré.

Hubo un largo silencio en el que los dos nos miramos profundamente y luego dijo algo totalmente inesperado.

—Y sí que me gustas, pensé que lo había dejado claro ahí dentro. Nunca pensé que esto pudiera pasarme a mí.

—¿Qué esperabas que tuviese tres brazos o un ojo oculto? —Reí de forma irónica.

—Sé cómo sois físicamente, mutada. Me refiero a tu forma de ser, otras etiquetas negras son agresivas, tú no.

—Acabo de romper esas maderas William.

—Acabas de controlarte. Lo he visto. —Negó con la cabeza convenciéndose a sí mismo de algo. —Pareces débil y torpe, pero aun así no te rindes. Tampoco te enfadas apenas y cuando lo haces siempre perdonas. Y lo veo ¿sabes? Veo que luchas contra algo más que la rabia.

—Claro que me enfado, me paso el día sacándote el dedo mentalmente.

—Nunca te descontrolas, Charlie. ¿Por qué?

—No quiero.

—Y ya ¿es así de sencillo para todos?

—No lo sé. Para mí sí.

—Tiene que haber algo más.

—¿Por qué te importa tanto?

—Ya lo sabes.

—¿Cuándo podremos volver a la base? —Pregunté cambiando de tema.

—¿Tantas ganas tienes de volver? Romeo puede vivir sin ti unas horas más. —Su voz volvía a ser fanfarrona y despectiva.

—Es mucha mejor compañía. —Vi que le brillaban los ojos ante mi indirecta y disfruté con ello.

—¿Estáis juntos?

—Eso no es asunto tuyo. —Me negué en rotundo a explicar mi relación con Marco, pero aproveché a conseguir información. —¿Lo estáis tú y Asia?

—No es asunto tuyo. —William me guiñó un ojo y como una idiota

sonreí.

William encendió de nuevo su pinganillo e indicó al resto dónde estábamos, además de confirmarles que los dos estábamos bien. Asia volvería a por el coche y vendría a recogernos cuando la toxina se disolviese del aire. Después volvió a mi lado y se sentó junto a mí en el suelo. No pude evitar sentir cierta compasión y le ofrecí parte de la manta, pero la rechazó a pesar de estar en manga corta.

—Debí haberte dicho lo que era el Queens.
—No habría venido.
—Lo sé.
—¿Por eso no lo hiciste?
—Necesitaba información y no podía colarme sin ti.
—Al final no has escuchado nada.
—Eso ha sido todo culpa tuya. —Me miró sonriendo. Después se puso serio y añadió. —Habrá más ocasiones.
—No voy a volver más días aquí. —Fui sincera con él. No pensaba volver a poner un pie en un lugar así.
—Contaba con ello.
—Y no quiero volver a hablar de lo que ha pasado ahí dentro.

Fui tan tajante como pude. Aquello había sido un error que había disfrutado al máximo, pero los errores nunca terminaban bien y yo lo sabía mejor que nadie. Vi que William no parecía estar cien por cien de acuerdo, pero miró por la ventana y asintió. Después miró su reloj y resopló como si estar allí encerrado fuese un infierno.

—Tenemos mínimo una hora más aquí. —Me miró levantando una ceja divertido. —No voy a estar callado durante sesenta minutos.
—O sea que quieres hablar. —Lo vi sonreír sin disimulo alguno y algo dentro de mí se iluminó ante esa sonrisa.
—Que perspicaz.

Yo le saqué el dedo a modo broma y me gané por completo una carcajada. Me gustaba verlo así, tranquilo y relajado. Parecía otra persona.

—¿Por qué Bluewood no es tu hogar?
—¿Tenemos que hablar de eso?
—No puedes esquivar siempre las preguntas que no te gustan.
—Ponme a prueba y ya verás.
—Venga Charlie, solo esa. —Hizo un pequeño mohín, pero en el fondo veía la curiosidad tras sus ojos.
—Allí viví con mis padres y con mi tío. Mis padres murieron y de

mi tío no vamos a hablar. —Me encogí de hombros quitándole hierro al asunto. —Cuando pienso en hogar, busco la seguridad, sentirme en casa, sana y salva, pero sobre todo amor.

—Pero… la base tampoco lo es entonces.

—Un hogar no tiene por qué ser un lugar físico, William.

Sus ojos marrones me miraban diferentes. Daba la sensación de que había encontrado algo perdido en mí. Imaginé que estaba acostumbrado a otro tipo de conversaciones y personas.

—Si cuando me preguntas cuál es mi hogar te refieres a de dónde vengo, sí crecí en Bluewood.

—Me gusta más la primera respuesta.

—¿Cuál es el tuyo?

—Bluewood. —Respondió él tranquilamente.

—¿Vivías allí también? —Me sorprendí ante la curiosa coincidencia

—En las afueras. Mis padres tenían una pequeña casa con jardín cerca del polideportivo.

—Mi casa estaba al lado de la Iglesia. —Reí casi sin darme cuenta al recordarla. —Me encantaba bailar los domingos en el salón. La música de la misa se colaba y yo lo convertía en una fiesta.

—Con que bailarina eh… —Había brillo en sus ojos y unas pequeñas líneas tiraban de su sonrisa.

—Te sorprendería, ¿sabes?

—Tenemos tiempo, si quieres convencerme de que hay algo en lo que no eres torpe… la pista es tuya. —Señaló con la cabeza el resto del almacén casi vacío.

—¡Estás loco, no se puede bailar sin música! —Estallé en sonoras carcajadas ante la propuesta.

—Eso es que tienes miedo. —Hizo un gesto despreocupado con la mano quitando méritos.

—Solo si tú bailas después. —Levanté una ceja desafiándole como él solía hacer conmigo.

—¡Estás loca, no se puede bailar sin música! —Puso un tono de voz ridículo para imitarme.

—Cobarde.

—Ya ves, todo lo malo se pega. —Después volvió a mirarme con curiosidad. —¿Qué más hacías?

—Escribía. —Lo dije casi como un susurro, porque era una costumbre que ya no parecía formar parte de mí. —Todos los días en un diario. Mi tío nunca lo supo porque lo guardaba bajo una tablilla suelta. Si lo hubiese sabido también me habría quitado eso.

—¿Sobre qué lo hacías?

—Sobre mí.

Me descubrí abriéndome más de la cuenta a aquel soldado que seguía siendo el enemigo por mucho que yo lo olvidase.

—¿Qué hay de ti?

—Yo era un niño normal, jugaba a todas horas, corría y saltaba hasta quedarme sin pilas. Y al día siguiente vuelta a empezar. —Hizo una pausa como si recordar aquello le aportase paz. —Luego acabé en la base y cambié todo eso por el entrenamiento.

—No te creo, pero está bien.

Respiré con fuerza impregnándome del olor a polvo de aquel viejo almacén. No era un aroma dulce, ni tampoco especialmente agradable. No era algo para recordar, pero solo tenía que grabarse en mi cabeza como un detalle más de la primera noche en la que fui feliz. Después me volví valiente y dije en voz alta lo que de verdad pensaba.

—Me gusta este momento. Es real.

—Todo lo bueno tiene fin.

Se puso en pie y me tendió la mano para que yo también lo hiciese. La acepté sin saber que un contacto tan mínimo podía transmitir tanto. No estoy segura de si él se sintió igual, solamente sé que yo no quería separar nuestras manos. Un enorme vacío se instaló en mí y cuando el contacto se rompió seguí disfrutando de los restos de ello, como si recordarlo me permitiera revivirlo. William no hizo o dijo nada raro solamente se acercó a la puerta y la abrió.
Los faros del todoterreno negro en el que habíamos venido asomaron en la esquina.

Salí con cuidado exponiendo primero un brazo y después el resto del cuerpo, una vez hube comprobado que el aire estaba limpio. En cuanto puse el primer fuera solamente pude fijarme en el cuerpo que yacía sin vida en el suelo repleto de sangre y llagas. Me acerqué hasta él y me agaché con cuidado a su lado. No tenía tatuaje, lo que significaba que había conseguido vivir libre hasta el día de su muerte. Una muerte que solo podía desearle a mis peores enemigos. Bajé sus parpados con cuidado porque a pesar de no conocerle me parecía que merecía descansar en paz.

—Charlotte, nos vamos. —Era Asia que esperaba junto a la puerta del todoterreno. William ya había montado en él.

Obedecí y me subí en la parte trasera. Al hacerlo me percaté de que Joana y John ya no estaban allí. No pude evitar sentirme incómoda. ¿Le contaría algo William a Asia? Ellos estaban juntos en cierto sentido y yo me había metido en el medio. Asia siempre se había

portado bien conmigo, incluso antes de conocerme. La culpa se sentó junto a mí en aquel coche. Así que, me quede callada en silencio, mientras la pareja hablaba lo que tuvieran que hablar.

—¿Lo ha visto no? —Preguntó Asia como si nada.

—Sí. —William estaba seco con su compañera, más de la cuenta.

—No son formas de enterarse. —Hablaban de mí como si yo no estuviera ahí.

—No creo que haya una buena forma de enterarse, Asia.

—¿En serio? —En ese momento Asia sí que sonó enfadada. —Te dije que se lo contaras por si pasaba.

—Era una probabilidad remota. —Continuaban discutiendo ignorándome por completo.

—¿Por eso no querías que el doctor se enterase de lo que pasó el día del ataque en la base? —Abrí la boca por fin desde el asiento trasero.

—Entre otras cosas.

—¿Y pasa muy a menudo?

—Depende de la persona. —Asia me explicó lo poco que sabían sobre ese fenómeno.

—No puedes decírselo al resto. —La orden de William sonó alta y clara.

—No tenéis derecho a jugar a la ruleta con nuestra vida. En la base, la toxina…

—Es por seguridad. —William me cortó y yo me enfadé más si cabía.

—¿Seguridad? Querrás decir por vuestra seguridad.

Bufé incrédula de que hubiese tenido el valor de excusarse de forma tan cobarde. ¿Dónde estaba el soldado que acababa de pasar la noche conmigo? Estaba en el asiento delantero rompiendo todo lo que había construido porque esa era su especialidad.

—Eres despreciable, sargento White.

—Tal vez deberíais calmaros. No volvéis a la base. —Miró por el retrovisor buscando mi respuesta que preferí seguir callada e inmóvil. —Tenemos la información sobre las reuniones de Los Salvadores.

—¿Tenemos luz verde para infiltrarla? —William parecía sorprendido.

—Nada de ponerla en peligro, Will.

Desde el momento en que comprendí que la misión estaba empezando y que no iba a volver a la base, un nudo se instaló en mi garganta robándome las palabras.

Cuando llegamos al piso Asia se quedó rezagada conmigo para que me vistiese con otra ropa antes de salir a la calle. Habíamos aparcado relativamente cerca, pero todavía había que callejear un poco y esa zona de la ciudad estaba mucho más abarrotada. El nivel de actividad a esas horas de la noche captó mi atención. Los mercaderes seguían con sus puestos abiertos y muchas personas aprovechaban a comprar a esas altas horas. Apenas se distinguía lo que vendían pues solamente disponían de una bombilla, pero la gente no dejaba de acercarse y el intercambio era continuo.

Las calles estaban bastante sucias en aquella parte, cajas y más basura, charcos de barro y una gran cantidad de sin techo se acumulaban allí. El olor era fuerte, una mezcla condensada de humedad, suciedad y comida entre las paredes de ladrillo de los edificios. La mayoría de los altos bloques parecía que iban a caerse a pedazos, así que preferí no imaginar como estaría el piso que el gobierno nos había buscado.

No tarde mucho en averiguarlo. Seguí a Asia por un pequeño callejón hasta que vimos un portal de hierro. Sacó un juego de llaves de la mano y abrió la verja. Tras ella había una puerta de madera pintada de gris con un pomo oxidado. Las escaleras rechinaban a cada paso y la mayoría de las viviendas dentro del edificio tenían pinta de estar abandonadas. Solo una de ellas tenía una bolsa de basura en la entrada dando a entender que allí vivía alguien. Cuando llegamos al tercer piso empezamos a escuchar ruidos procedentes de la planta superior, subimos un par de escalones más y nos encontramos con que la puerta de la derecha tenía un enorme felpudo que más bien parecía una señal y rezaba “Área restringida. Solo personal autorizado”. A alguien debía parecerle un chiste muy original para un piso del gobierno. Nada más entrar me quedó claro que era idea de John. Llevaba una camiseta azul que ponía “Personal de mantenimiento” y montaba junto con Joana lo que parecía un sistema de vigilancia.

El piso no parecía demasiado grande. La puerta daba directamente a una pequeña cocina con barra de desayuno y un sofá dividía la estancia marcando el salón. Había una televisión en frente y a la derecha junto a la ventana que solo dejaba ver más ladrillos estaba el escritorio con el sistema de vigilancia que los dos soldados instalaban. Desde la cocina también se accedía a un pasillo que tenía solamente tres puertas. Supuse que una sería el baño y las otras dos habitaciones. William estaba sentado en un taburete y sobre la barra de la cocina tenía mil papeles extendidos ya.

Me acerqué hacia John y sin preguntarle comencé a ayudarle.

Seguramente se sorprendió de que conectase todo aquel dispositivo sin mirar ni una sola instrucción, pero por alguna extraña razón nunca me había hecho falta. En el instituto me quedaba a hacer horas extra con los becarios y había aprendido a hacer ese tipo de montajes. El soldado poco a poco comenzó a pasarme cables y a contar chistes realmente malos. Y a pesar de que no lo tenía en muy alta estima tras sus últimos comentarios, no podía negar que me estaba resultando gracioso. Así que poco a poco me relajé y disfruté de su compañía.

—Está bien. —Carraspeó para indicar que ponía más esfuerzo. —¿Qué le dice un espagueti a otro?

—Creo que vas a sorprenderme.

—¡Oye mi cuerpo pide salsa!

John bailoteó la conocida canción a la vez que hablaba y una pequeña sonrisa tiró de mis labios. Una sonrisa que no pasó desapercibida para él.

—Eso ha sido una risa, te ha hecho gracia, lo sé.

—No es verdad. —Traté de parecer que estaba seria, pero en el fondo me había hecho gracia y John se animó.

—¿Qué le dice una vela a otra? —John seguía insistiendo y al final me atreví a entrar en su juego.

—Me derrito por ti. —Respondí y ambos rompimos en carcajadas.

—¡Eh Will, he decidido que la acepto en el equipo! —Levantó mi brazo para señalarme y Asia aplaudió con energía.

—No te acostumbres John, no durará. —Joana arrojó un golpe de realidad sobre todos en ese momento.

—¡Necesitamos un técnico! ¡Ha montado todos estos cables sin mirar esto! —Cogió las instrucciones y las aireó con energía.

—¿Dónde aprendiste? —Asia se acercó con curiosidad a revisar la instalación.

—Ayudaba a los becarios de informática.

—Y aprecia mis chistes. —Puntualizó John.

—Eso solamente le resta puntos para quedarse.

William levantó por fin la vista de la mesa y nos miró tranquilo. Siempre me sorprendía su actitud y lo relajado que se encontraba en compañía de su equipo. Casi tanto como lo había visto conmigo horas antes y, sin embargo, nada más salir había vuelto a ser el mismo imbécil de siempre.

Casi eran las cuatro de la madrugada cuando todos los demás se fueron. Me sentí completamente fuera de lugar allí con William en un

piso que no conocía de nada. Él por el contrario o había estado antes allí, o bien tenía demasiado asimilada la situación. Creo que tardó un buen rato en darse cuenta de que estaba parada en una silla por qué no sabía muy bien qué hacer. Al final, me miró ignorando de nuevo todos los papeles que ya había ido ordenando en montones y comprendió que yo estaba esperando sus instrucciones. Unas instrucciones que me costaba digerir en aquel momento, pues a cada segundo que lo miraba solamente podía pensar en lo que había pasado horas antes y que me impedía concentrarme completamente en escucharle.

—Eh a ver… Vamos a vivir aquí, tú y yo, mientras dure la misión. —Se rascó la cabeza confuso. —Escoge una habitación, puedes cocinar si tienes hambre, ver la tele… Habrá ratos en los que entrenemos y otros que tendremos que estudiar protocolos antes de infiltrarte, pero por hoy puedes descansar. Asia te ha dejado una bolsa con ropa y hay sábanas y toallas limpias en cada habitación.

# Capítulo 12

Al día siguiente por la mañana me acerqué a la cocina cuando William comenzó a cocinar. Supuse que debía ayudarle, pero la verdad es que no tenía ni la menor idea de hacer un huevo frito. Nunca en mi vida había cocinado nada. En la base siempre nos daban la comida ya lista y en casa de mi tío era la vecina la que se ocupaba de traernos comida. Este pareció percatarse de mi incomodidad porque se giró ocultando una pequeña sonrisa que me habría encantado borrarle de la cara, pero que tampoco podía cuestionar.

—No sabes cocinar. —Dijo con orgullo igual que si él supiese fabricar petróleo.

—Nunca…

—Vale, que te parece si te encargas de poner lavadoras y limpiar y yo cocino. —Fue amabilidad lo que hubo en ese gesto. —Podemos dividirnos las tareas.

—Me gusta la idea. ¿Cocinas bien o solamente sabes hacer algo comestible? —Me animé enseguida olvidando que no sabía hacer algo tan básico por culpa de la vida que había llevado.

—La duda ofende, mutada.

Resultó que William también era tan buen cocinero como soldado. Así que repetí plato dos veces ante su mirada perpleja que me importó una mierda. Ese día por la tarde, para aportar mi granito de arena, me dediqué a limpiar todo el piso y dejarlo impoluto. Alguien podría lamer y comer en aquel suelo cuando acabé. También aproveché para hacer brevemente la colada. Al acabar me sentía plena. Era igual que haber tenido el día de una persona completamente normal y en realidad sabía que aquella no era mi vida, pero no pude evitar aferrarme a la idea de que eso era algo que podría llegar a conseguir.

Todo iba maravillosamente hasta que William irrumpió como un búfalo en mi habitación.

—¿Se puede saber qué le has hecho? —Sostenía una camiseta que parecía de la talla de una muñeca.

—¿Esa es tu ropa? ¿La mía también está así?

Salí corriendo hacia el baño y miré el resto de ropa que había en la

lavadora. Al llegar comprobé que todo estaba así. Me quedé allí pasmada mirando el desastre que había provocado y todos los estúpidos botones y programas de la lavadora. Por suerte había optado solamente por meter camisetas como primer experimento con aquel trasto.

—¿No se supone que sabías poner la lavadora?
—Las de la base tenían solo un programa ¿vale?
—¡Lo has lavado todo en agua caliente! —Dijo él extendiendo las manos.
—Oye estoy segura de que puedes comprarte camisetas nuevas.
—No me has dejado otra opción.

Por la tarde, Joana se acercó al piso a traernos una bolsa con camisetas nuevas para ambos. A ella mi accidente le resultaba realmente gracioso y se pasó un buen rato tratando de molestar a William que tenía una buena perreta con su ropa. Nunca habría apostado por ver así al soldado que normalmente me daba órdenes, pero ya sabía qué hacer si me enfadaba con él.

—Seguro que Charlotte te ha hecho un favor.

Decía ella mientras lamía un helado. Si no fuera porque sabía que podía derribar a un gigante con solo mover un dedo, podría confundirla con una niña pequeña. Allí con su helado y su diminuto aspecto aparentaba mucha menos de edad de la que tenía, o la que yo creía que tenía, porque tampoco le había preguntado nunca.

—Eso mismo le dije yo. —Apunté tranquilamente desde el sofá.
—Mi ropa estaba nueva, no tenía nada de malo.
—Pues a Charlotte no le gustaba.
—¡Pero no tiene que ponérsela ella! —Le respondió malhumorado a su compañera.
—Ha sido un error de principiante. Ya te he pedido disculpas. —Refunfuñé después de haberle escuchado todo el día quejarse.
—¿Algo más que vayas a destrozar porque no te gusta?
—Tú tampoco me gustas.
—Ayer no decías lo mismo.

A la vez que se dejaba caer a mi lado en el sofá, William susurró esas cinco palabras recordándome lo que habíamos hecho la noche anterior. Y a pesar de que sé que Joana no escuchó nada no pude evitar ponerme nerviosa, así que me removí discretamente y me alejé todo lo que pude. Joana que no dejaba escapar detalle nos miraba con

curiosidad, pero pareció dejarlo correr. Al final, la soldado se despidió de nosotros añadiendo que tenía gente a la que investigar igual que si eso fuera lo más normal del mundo y me dejó allí compartiendo sofá con el sargento.

—¿Podemos hablar de ello como personas adultas ya?

—No hay… —Me puse tan nerviosa que apenas podía articular palabra.

—Tuvimos un encuentro sexual Charlie, puedes decirlo en voz alta no va a matarte. —¿Estaba ofendido o era impresión mía?

—No tuvimos nada, no tenemos nada que aclarar y no vamos a volver a hablar de ello.

—¿Tan malo fue? —Estaba ofendido, sí.

—¿Qué? —Abrí la boca incrédula. —Tú eres un soldado y yo soy una mutada, sargento.

—Prefiero William.

—Y yo Charlotte.

—No es verdad. Te gusta Charlie. —Levantó una ceja con chulería y le lancé el cojín a la cara. —¿Te gustó entonces?

—Eso no importa.

—¿Por qué tu eres una mutada y yo un soldado? No veo la lógica en tu argumento, Charlie.

De repente se quitó la única camiseta que le quedaba y después se dejó caer con los brazos sobre la cabeza en el sofá. ¿Pensaba que iba a caer otra vez? ¿Me estaba poniendo a prueba acaso? Pero lo que más me impresionaba era lo relajado que parecía hablando de ello.

—¿Es el día de ir medio desnudos por esta casa? —Pregunté finalmente malhumorada.

—Yo no voy a quejarme si te quedas desnuda. ¿Dónde te has dejado el vestidito ese?

—¿Pero tú de que vas? Te pasas el día despreciándome por ser una mutada. —Lo vi reírse ante mi enfado y eso solamente me enfadó más.

—Resulta que físicamente solo somos un hombre y una mujer.

—Menudo hipócrita eres. —Bufé porque aquello me parecía el colmo.

—¿Perdón?

—Solo ves diferencias cuando te conviene.

—Veo diferencias para las cosas importantes.

Eso fue una bofetada silenciosa porque para mí aquel momento sí que había sido importante, aunque ahora me comiese la conciencia.

—¡Da igual! No va a volver a pasar.

Ignoré la vergüenza de verle así semidesnudo de nuevo y lo miré directamente a sus profundos ojos marrones para que supiese lo despreciable que me parecía su actitud. Sin embargo, había una actitud peor que aquella y había sido la mía. Me sentía como una traidora con Asia por haberle hecho aquello. No sabía que había entre ellos, pero había algo y yo no había sido una buena amiga, si es que podía considerarla amiga.

—Apenas puedo mirar a Asia a la cara. —Se me escapó en voz baja ese pensamiento.

—Eso es asunto mío. —William se puso serio como si le molestase que me preocupara eso.

—No lo es. Es la primera persona en esa base que me trata como si fuera normal.

—Pues no lo sois. No sois iguales. —Casi se le escapó sin pensarlo.

—Eres despreciable, sargento White.

Le repetí las palabras de la noche anterior de nuevo y tragué saliva dolida. ¿Había dejado que ese hombre me diese placer? Que gran error gritaba mi cabeza, pero no lo gritaba mi piel. Aun así, estaba enfadada con él. Cada vez que pensaba que había algo distinto, William lo estropeaba con su actitud asquerosa de soldado impasible. Quería que le doliese tanto como a mí, así que solté toda mi rabia.

—Me relajé, me dejé engañar por un mínimo atisbo de libertad, de decidir sobre algo de mi vida por mí misma. Solamente lo hice por eso y no sabes cuánto me arrepiento. Así que, no va a volver a pasar y tampoco vamos a hablar más de ello.

El espejismo de sueño que me generó el primer día aquel piso se rompió por completo tras aquello. No habíamos ido allí para vivir una vida normal, teníamos una misión que cumplir y William era quien la dirigía.

El sargento todavía tenía una gran cantidad de cosas que enseñarme antes de que pudiera infiltrarme con Los Salvadores. Así que los primeros días me los pasé aprendiéndome el mapa de la ciudad y las calles, algo bastante complicado teniendo en cuenta que seguía una distribución radio céntrica.

El entramiento consistía en cerrar los ojos y conseguir llegar de un punto a otro sin mirar el mapa, pero siempre acababa en la odiosa

plaza del centro. Era imposible que alguien memorizase todo aquello en su cabeza, pero en realidad William podía hacerlo y eso solamente me irritaba más aún.

Los protocolos de seguridad al menos resultaron más sencillos. Había algunas frases en clave que se supone que tenía que saber qué hacer con ellas si las recibía por el pinganillo, pero no me preocupaba mucho. Si tan importante era, que William hablase como una persona normal y nos ahorraríamos cualquier malentendido. A él no pareció hacerle mucha gracia mi actitud, aunque terminó dejándola correr porque el tiempo comenzaba a pisarnos los talones.

Finalmente, llegó la parte de reconocimiento que no resultó ser demasiado entretenida, pero por lo menos me permitía salir de esas cuatro paredes. En esa fase puse en práctica de nuevo el puñetero mapa y diría que pasamos por el mercado más veces de las que nadie querría, pero así conseguía llegar siempre al destino.

El último día antes de infiltrarme fue el peor de todos con diferencia. William apareció en mi habitación a las cinco de la mañana y encendió la luz como si nada. Después se fue directo a la cocina y las sartenes y platos empezaron a retumbar con tanto estruendo que podrían despertar a medio vecindario. Yo en cambio me tomé mi tiempo en vestirme.

Asia me había conseguido un arsenal de ropa y me encantaba abrir el armario y tener tantas opciones dónde elegir. A William por supuesto parecía horrorizarle y no se cansaba de repetirme que cuando me infiltrase tendría que repetir modelito con frecuencia pues debía parecer una mutada más. Pobre, sin recursos y con una mala vida. ¿Esa era la libertad que me esperaba cuando acabase la misión?

Al final decidí ir abrigada porque el invierno comenzaba a acercarse y las mañanas cada vez amanecían con una capa de helada mayor. Si al menos fuese nieve sería divertido, pero el hielo solamente era peligroso y frío.

—Mañana vendrá el capitán a supervisar el inicio. —William desayunaba cereales apoyado contra la encimera.

—¿Tengo que hacer algo en concreto por ello?

—Comportarte, mutada. —Siempre que hablaba del capitán se tensaba y podía entender el motivo.

—¿Por qué le tienes tanto miedo?

—Lo curioso es que tú no se lo tengas.

—Yo no he dicho eso. —Repliqué indignada. La única vez que había estado con él ese hombre me había cogido por el cuello.

—Pues obedece. —Otra orden más antes de darse la vuelta e irse sin decirme nada.

Cuando salimos a la calle tenía ganas de ponerle la zancadilla y tirarlo al suelo allí mismo. No entendía por qué podíamos caminar juntos sin preocuparnos, a mí en realidad me parecía un riesgo bastante alto si contábamos con que podíamos cruzarnos con algún Salvador, pero la filosofía de William era "no te salgas de lo común y nadie te verá".

Había observado que a medida que se acercaba el invierno aquella ciudad parecía más hostil. El humor de los mercaderes había empeorado y últimamente se veían demasiadas peleas. Los materiales comenzaban a escasear en algunas tiendas y todos parecían estar comprando para hacer acopio y aprovisionamiento. Los mutados en cambio eran los peor parados como siempre y tampoco me sorprendía. No tenían el suficiente dinero para pagar los nuevos precios y la delincuencia aumentaba en consecuencia.

La plaza y los comercios ya habían quedado atrás y estábamos cerca de la única estación de radio que todavía se mantenía en pie. La 94.5, también conocida con Ritmo Spark, había sido mi mayor aliada en esas semanas. Asia me había rescatado una pequeña radio del mercado y yo me había pasado las noches conectada a los casos y la música de la cadena. También la había empleado para fingir que no escuchaba a William en varios ocasiones hasta que el sargento tuvo lo que yo llamaría un ataque de etiqueta negra y la radio terminó hecha pedazos contra la pared. Todavía no lo había perdonado por aquello y lo cierto es que las cosas en lugar de mejorar solo empeoraban.

Girábamos para subir por la escalera de incendios a la parte alta de la emisora cuando escuché los gritos de una chica pidiendo ayuda. Miré a ver si el soldado también lo había oído y comprobé que sí, pero que no pensaba ir a ver qué pasaba. La chica gritó de nuevo y entonces los insultos y amenazas de una de las agresoras llegaron a donde estábamos.

—¡Repite que eres una miserable y puede que te perdone mutada!

Era un abuso en toda regla y vi perfectamente que William no iba a meterse, pero yo no podía irme sin hacer nada. Antes de que el incompetente soldado de mi lado usase sus habilidades para ser más inútil todavía me escapé corriendo. Lo escuché maldecir y lanzar unas

grandes maldiciones cuando salió corriendo detrás de mí y me alcanzó justo cuando estaba llegando a la calle de donde procedía el altercado.

—No vamos a interferir. Es una puta orden.

William me sujetó por la espalda ocultándome contra la pared y me tapó la boca para que no gritase en contra.

—Y no te atrevas a morderme, Charlie. —Añadió eso justo al ver que ya estaba abriendo la boca.

Lo vimos todo desde aquella esquina. El grupo de mujeres golpearon a la chica que estaba en el suelo sin opción de ponerse en pie hasta que empezó a resultarles aburrido. Después la cogieron y lanzaron contra los cubos de basura abandonándola allí. Mientras veía aquella injusticia mi rabia se elevó hasta la superficie. Quería salir y a mí me habría encantado dejarla, pero las consecuencias de no controlarme eran muy altas como para pagar ese precio. Apoyé una de las manos en la pared de ladrillo y la dejé escapar poco a poco escarchando la pintura y agujereando el ladrillo. William me liberó al darse cuenta y llevó su mano hacia el arma sin estar muy seguro de cómo iba a acabar aquello. Respiré hondo varias veces y me concentré como siempre. No era un monstruo. No podía convertirme en una asesina. No sería como mi padre.

Volví a la normalidad y entonces corrí hasta donde habían dejado tirada a la mutada. Tenía un tatuaje gris claro también. Al vernos pareció encogerse, pero entonces le tendí mi mano y vio el mío. Podía confiar en mí, las dos teníamos problemas similares, no éramos enemigos. Nos dio las gracias repetidas veces y yo quería gritarle que no lo hiciese porque la realidad es que habíamos mirado sin hacer nada. William se había quedado atrás apartado y en silencio y podía comprender por qué. Finalmente, me di cuenta de que la chica casi no tenía ropa de abrigo encima, así que me quité la cazadora y se la ofrecí.

—No, de verdad no hace… Vas a congelarte tú sino. —Ella empezó a rechazarla con confusión.
—Tengo abrigo de sobra, quédatela.

No esperé a que respondiese. Se la entregué en las manos y me fui de allí con la culpa latiendo dentro de mí por no haberle ofrecido la verdadera ayuda que necesitaba. Escuché un gracias a lo lejos, pero no me giré porque tenía las lágrimas a punto de salir y William caminaba

a mis espaldas. Volvimos en silencio hasta la escalera de incendio y solamente una vez estuve arriba me di la vuelta.

—Eres…

—Un mierda, despreciable, sí, ahórratelo. Ni siquiera sabes por qué le pegaban. —Dijo él pasando a mi lado y caminando hasta el lateral contrario.

—¿Y si hubiera hecho algo es justo que ellas decidan?

—La vida no es justa, mutada. —Gritó desde el otro lado. —Ven de una vez.

—¡Se acabó! ¡No pienso ir! —Exploté como una bomba de relojería que lleva días conteniéndose.

—Claro que vas a venir. —William volvió hasta donde estaba.

—No. Ya está, lo dejo. No voy a ayudar a alguien que solamente mueve un dedo por los que son como él. — Le empujé el pecho con mis brazos, pero apenas lo moví. —Habrías intervenido por cualquier persona normal, pero me sujetaste porque era una mutada la que estaba siendo atacada y te daba igual.

William sacó la pistola y la puso en mi frente levantando la ceja. Me recordó la vulnerable que era y que como ya me había dicho la primera vez que entrenamos, solo estaba viva porque él quería. Ese era el sargento White que conocía y el que no debía olvidar que era y sería siempre. Si había un William tras su coraza, este estaba demasiado enterrado como para ganarse nada de mí.

—Pudiste soltarte perfectamente, Charlie. Te controlaste porque no querías morir, así que no me digas que lo dejas porque sé que no tienes el valor suficiente para morir.

Las verdades son las palabras que más duelen y William tenía razón. Yo no era así y estaban cambiándome hacia alguien que no quería ser.

—Me retiro de la misión.

Me di la vuelta para irme, pero William retiró el seguro de su arma y me giró de nuevo con fuerza.

—Si haces eso estás muerta.

—¡Dispara! ¡Vamos solo soy una mutada! —Coloqué el arma en mi frente con presión. —¿Qué te lo impide?

Saltaban chispas en aquella azotea y nuestras miradas se fulminaban mutuamente. Por un segundo, de verdad pensé que iba a dispararme,

pero hay otras formas de ser más cruel.

—Asia. —Dijo guardando el arma. —Y si no colaboras conmigo el capitán te retendrá para los experimentos del doctor. Puede que yo no te guste, pero creo que ellos menos. Así que, cuando se te pase la rabieta, te veo enfrente.

—Te odio.

—Puedo vivir con eso.

Pensé que ni me habría escuchado pues lo susurré para mis adentros mientras pasaba a su lado y me costó un esfuerzo descomunal concentrarme en la información que me estaba dando. William vigilaría desde aquel tejado cuando Los Salvadores tuvieran reuniones. Me sorprendió que las hicieran en plena calle y a la luz del día, pero en la parte trasera del edificio de radio había un pequeño escenario abandonado y estaba lo bastante alejando del resto de la ciudad. La gente que vivía por allí temía encontrarse con el grupo y en parte eran los culpables de que el resto de los mutados con menos "suerte" sufriese el abuso de la gente de la zona. El sargento también me explicó que Los Salvadores despreciaban a los mutados inferiores, es decir a los que no habían desarrollado una fuerza sobrenatural.

Llegué a la conclusión de que el ser humano es uno de los animales más predecibles y comunes. A todos nos movía el mismo instinto de supervivencia y todos tendían a tratarse de la misma forma. Los Salvadores se quejaban porque el gobierno los mataba, pero ellos atacaban a humanos comunes y en consecuencia perjudicaban a los que eran parecidos a ellos. Además, también despreciaban a ese grupo. Por otro lado, los humanos normales solo querían a los que no estaban infectados. Y así, el círculo empezaba de nuevo. El mundo se había ido a la mierda por culpa de nuestras diferencias, y de mi padre, y aun así volvíamos a cometer nuestros mismos errores. ¿De verdad pensaban que las colonias eran el futuro? ¿Era una solución dejar morir al resto en la pobreza?

Estábamos de regreso a casa y pensaba que el día no podía ir a peor, pero me equivocaba. Me detuve solo medio segundo en uno de los puestos, apenas había tenido tiempo de mirar la radio que me encantaría poder comprarme para retomar mis noches de verbena con cascos, cuando un par de adolescentes aburridos se fijaron en mi tatuaje. Uno de ellos me empujó y el otro empezaba a acercarse así que decidí que era mejor huir. Salí corriendo y escuché a William gritarme sorprendido. ¿Pensaba el muy idiota que me estaba escapando? Los dos chicos en cambio salieron detrás de mí sin

pensarlo y eran bastante más rápidos que yo. No llegué a doblar la esquina para abandonar la plaza cuando uno de ellos me cogió por la capucha y tiró de mí asfixiándome por unos segundos. Tosí y esquivé un puñetazo con una rapidez que ni yo misma sabía de su existencia.

—¡Mira Joe esta sabe pelear! —Se frotaba las manos y su amigo Joe se apuntaba a la pelea sonriente, mientras me arrinconaban contra la pared bajo los arcos.

—¿Qué pasa chicos que soy una mutada?

—Eso pasa sí, ¿sabes lo que les pasa a los mutados?

El amigo de Joe era un arrogante presumido y yo no estaba segura de si iba a poder con él, pero sí de que por lo menos iba a intentarlo. Estaba cansada de tanto desprecio en ese día y no pensaba recibir una paliza solamente porque mi ADN no gustase.

—Vas a tener que enseñármelo.

Se lanzó a por mí y yo lo esquivé. Joe trató de cogerme por la espalda, pero aproveché para lanzarle un codazo hacia atrás que impactó directamente en su tráquea. Celebré brevemente cuando lo escuché recular tosiendo y volví a concentrarme cuando el otro volvió a por más. Al final, consiguió darme una patada en el estómago que no puedo negar que me dolió, pero recibió a cambio muchas más. Fue difícil controlarme y no usar toda mi fuerza, en realidad lo merecían, pero yo no era como ellos. Comprobé que William se había quedado rezagado mirando la pelea y le hice una seña indicándole que si pensaba seguir allí cruzado de brazos. Yo estaba ya sudando y agotada, mi forma física era una auténtica basura y no iba a ganar aquello sola, pero él parecía muy entretenido solo con mirar, así que no tuve más remedio que recurrir al truco fácil. Aproveché que ambos adolescentes estaban en el suelo recuperando el aliento y me fui directa a la pared, abracé a la rabia que bullía conmigo y estrellé la bota contra el cemento que se hundió hacia dentro un par de centímetros. Conseguí justamente lo que quería, William apareció allí sin dudarlo. Al verse en minoría los dos jóvenes optaron por abandonar la pelea y nosotros volvimos entre el gentío. En realidad, el sargento me llevaba prácticamente a paso ligero cogida del brazo.

—Me estás haciendo daño. —Me solté con brusquedad y vi que cerraba los ojos frustrado llevándose las manos a la cara.

No me respondió, simplemente continuó caminando a grandes zancadas y yo lo seguí dando pisotones casi hasta que llegamos al

apartamento. Estábamos a punto de entrar y discutir a gritos y tal vez acabar a golpes porque ninguno de los dos soportaba más al otro ya y podíamos percibir perfectamente el enfado del contrario, pero al girar la manilla nos encontramos con el último espectáculo de ese día.

# Capítulo 13

—¡Sorpresa! —Asia gritó emocionada a la vez que lanzaba confeti de colores sobre mi cabeza.

Levanté las manos para protegerme de aquellos papelitos y antes de darme cuenta la tenía abrazándome con fuerza. Creo que solamente ella era capaz de dejar a William sin palabras porque se había quedado allí como un bobo mirando para dentro. Seguí su mirada y me percaté de la enorme pancarta que alguien había pintado a mano y que rezaba un enorme "FELICIDADES".

—¿Es tu cumpleaños? —William por fin recuperó el habla y me miró relajando su enfado.

—¡Claro que es su cumpleaños, está en el expediente! —Respondió Asia sin perder la emoción.

—No me he memorizado el expediente, Asia. —El sargento se frotó la cara a la vez que me miraba con confusión.

—Esto es para ti, me lo hado tu chico.

Asia me entregó un sobre a la vez que me daba un codazo cómplice y se acercaba para ver el contenido. No llevaba nada escrito por fuera y yo no pensaba leerlo en su presencia, pero la soldado se negó a haber organizado una fiesta y no conocer el contenido de mi regalo a cambio. Consideré que se merecía aquel premio, así que abrí el sobre con manos temblorosas. Marco siempre conseguía llegar a mí de la forma más sencilla y eso me encantaba de él, por lo que estaba segura de que allí dentro solamente habría algo que calaría dentro de mi corazón. Sin embargo, abrir el contenido de aquella carta en presencia de dos soldados no era a lo que estaba acostumbrada. William se había alejado y no quitaba ojo desde un taburete en la cocina y Asia estaba a punto de quitarme el sobre y abrirlo ella. Al final, saqué la tarjeta y tuve ganas de abrazarme a su contenido en cuanto lo vi.

*"Solo un poco más y siempre será nuestro".* Debajo había un porro y las lágrimas se me juntaron con la sonrisa que no pude disimular porque lo echaba de menos y porque en ese instante necesitaba uno de sus abrazos más que nada en el mundo. En cambio, mi amigo me conocía demasiado bien como para saber que aquello se me estaba haciendo cuesta arriba y necesitaba un pequeño empujón, al igual que cuando

subes una montaña y te tienden un brazo.

Recordé el día que lo vi por primera vez con su alborotado pelo y los ojos color arena. Yo acababa de llegar a la base y solamente llevaba unos días allí, él en cambio parecía todo un experto en el lugar. Después supe que lo era, pues llevaba tras de sí cinco años ya en la base. Ese día Marco me había escondido sin preguntar en un baño con él y me había indicado que me callase. Aterrorizada y paralizada por el contacto yo había permanecido inmóvil. Seguidamente dos soldados habían entrado al baño tras nosotros y habían golpeado la puerta. Yo me había quedado más quieta si era posible aún sobre el WC, pero Marco había girado el pestillo y asomado la cabeza por la rendija de la puerta.

—Está ocupado, señor.

Su voz había sonado avergonzada por completo, como si lo hubieran pillado evacuando aguas mayores. Yo había ocultado una breve risa y el soldado había resoplado cerrando la puerta. Tras eso, los soldados nos dejaron solos y Marco sacó de su bolsillo un porro. Me dedicó la primera sonrisa y ese fue el primer y único porro de mi vida. Fue el único porque no sé cómo lo consiguió, pero nunca más hubo otro, así que no quería imaginarme qué habría hecho para obtener el que recibí de regalo.

—Está bien, no lo pillo, pero supongo que es muy bonito. —Dijo la soldado encogiéndose de hombros.

—¿Te ha regalado un porro? —William en cambio señalaba mi regalo con cara de póker.

—No es asunto tuyo. —Respondí malhumorada.

—¿Cuántos cumples? —Asia trató de retomar el buen humor.

—Dieciocho.

—¿No los tenías ya? —William casi gritó la pregunta y supe que su reacción era por lo que habíamos hecho en el Queens.

—Si los tuviera no los cumpliría hoy, lumbreras. —Levantó ambas cejas ante mi insulto a modo regañina.

Los minutos que compartimos los tres en el piso no aliviaron el enfado que sentía hacia William y al final el sargento White se excusó diciendo que necesitaba comprobar unas localizaciones para la misión. Asia le estuvo reprochando la mala imagen que eso generaba de él hasta que desapareció por la puerta, pero yo en cambio pensaba que no podía empeorar. En realidad, agradecí que se fuera y nos dejara celebrar aquel evento solas. Ella sin embargo se disculpó y me dijo

que a William le estaban costando lidiar con esta misión, además de que el capitán no le estaba poniendo las cosas fáciles. Al parecer le había solicitado un montón de documentación previa y detalles que normalmente no eran necesarios. Problemas de no mutado supongo.

El cumpleaños fue espectacular. La soldado había pensado en todo. Me había comprado una tarta de chocolate enorme y yo no recordaba cuándo había comido la última. Soplé las velas ante una Asia que entonaba el feliz cumpleaños sola sin importarle y después nos comimos dos trozos cada una. Tras eso vino una importante e imprescindible sesión de belleza y tomé notas de todos los trucos de aquella mujer me daba porque ella siempre iba con su piel y pelo perfectos a todos lados. Por último, Asia me dio un paquete blandito con bastante emoción y yo lo abrí con más todavía. Dentro había un vestido negro espectacular. Era corto y de tirante fino, muy sencillo, pero a la vez realmente sexy y atrevido. Lo que no tenía era ni idea de cuándo pensaba ella que yo iba a ponerme aquello.

—Es precioso. —Las dos mirábamos el vestido embobadas y riendo.

—Es para que salgas a celebrar tu libertad cuando la consigas. —Me dio un abrazo de nuevo y yo me aferré con fuerza a ella.

Cerca de la una de la madrugada se despidió de mí y me dijo que no me preocupara por el sargento, que estaría bien y dedicando horas de más al trabajo como solía hacer. Sentí ciertos remordimientos al mirarla después de lo que había hecho con William, pero él no había parecido preocupado por ella en ningún momento y yo no sabía qué tipo de relación tenían. Estuve a punto de preguntar, pero al final me acobardé y después me di cuenta de que había hecho bien pues hubiese resultado realmente extraño.

Asia se había ido hacía un par de horas ya y yo seguía sola en aquel piso. No me gustaba la sensación de estar en aquellas cuatro paredes sin nadie más. La soledad que me rodeaba se hacía patente en esos instantes y ese sentimiento me abrumaba pues no tenía forma de evitarlo y tampoco sabía controlarlo. Podía soportar el resto de mis defectos, o al menos intentarlo, porque no me cabía duda de que algún día me descontrolaría, pero no sabía estar sola. Incluso la compañía de los soldados me ayudaba a sentirme mejor. Cuando la gente estaba a mi alrededor yo la observaba y conseguía no pensar en cuántas cosas estaban mal conmigo. Tampoco pensaba en las que no tenían arreglo ya, o eran culpa mía, pero aquel rato hasta que William volvió pensé en todas ellas y estaba a décimas de segundo de volverme loca cuando la puerta hizo clic y el soldado entró por ella.

Frené en seco mi paseo de idas y venidas por el salón y él me miró extrañado. No parecía tener ganas de hablar después de lo sucedido en nuestra ruta por la ciudad, pero aun sabiendo lo tarde que era no se fue a la cama. William abrió la nevera y cortó un trocito de tarta, después rebuscó en el cajón, y me di cuenta de que estaba nervioso. Revolvió en él hasta que encontró un mechero y encendió una de las velas ya apagadas. Por último, vino hasta donde yo estaba y con la piel del William que había aflorado bajo el sargento en tan pocas ocasiones, me dedicó una mirada de disculpa y yo soplé.

—¿Qué has pedido?

William se dejó caer con la tarta en el sofá y después tiró de mi brazo para sentarme a su lado.

—Si te lo digo no se cumplirá. —Cogí un trozo de tarta con el dedo y él me imitó.

—Seguro que has pedido perderme de vista y ser libre.

—No he desperdiciado mi deseo, ¿sabes? —Lo desafié dando por hecho que aquello pasaría igual.

—Pero lo deseas.

—¿No lo harías tú también en mi lugar?

—Solo ser libre. —Respondió sin pensar. Después pareció caer en la cuenta de lo que había dicho y añadió. —Y tal vez perderte de vista a ratos.

—No podrías vivir sin mis dotes para lavar la ropa, es lógico. —Le robé otro trozo de tarta y sonreí en busca de su respuesta.

—Vamos a olvidarnos de mis camisetas o este cumpleaños terminará en un crimen.

Vi como las comisuras de sus labios se estiraban débilmente ocultando una sonrisa.

—Creía que me necesitabas viva, aunque no con lengua, sargento White. —Bromeé y al final la sonrisa se le escapó por completo.

—¿Estás nerviosa por lo de mañana?

—Es probable que esta noche no duerma. —Admití tímidamente.

—Irá bien. Cíñete a lo que hemos hablado y saldrá bien. —Parecía más una forma de convencerse a sí mismo que a mí.

—Me estoy jugando la vida, William.

Los dos nos quedamos en silencio ante aquella dosis de realidad. William vagó hasta algún recóndito pensamiento en su mente y clavó

la vista en la alfombra. Yo en cambio, lo miré buscando ayuda a la vez que sin ser consciente me apretaba la muñeca derecha hasta casi cortarme la circulación. Al final, el soldado posó su mano sobre la mía y abrió mi puño con cuidado, como si mi nerviosismo lo irritase.

—No va a pasarte nada, te lo prometo.

—Hoy me has puesto la pistola en la cabeza. —Comenté evidenciando los hechos.

—Iba de farol, pero eso ya lo sabes.

Casi me convenció ese pequeño gesto que tuvo conmigo para alentarme. Después, se llevó la mano al bolsillo de la sudadera y sacó un pequeño paquete.

—Feliz cumpleaños, Charlie.

Cuando me lo entregó creo que se me debió quedar cara de idiota porque, que el sargento White me estuviese entregando lo que parecía un regalo de cumpleaños, era de todo menos probable. Luego pensé que bien podía ser un arma para la misión. Sin embargo, cuando lo abrí me encontré con una pequeña radio y unos auriculares. En concreto, era la misma que había mirado en el mercado antes de acabar en aquel embolado de pelea.

—¿Es para mí? —Pregunté sorprendida y sin poder borrar la sonrisa que se había implantado en mi rostro.

—¿De qué te sorprendes? La mirabas todos los días desde que rompí la tuya con cara de cachorrillo. —William estaba realmente nervioso observándome.

—Puede que te perdone por aquello después de esto.

—Pero… si vuelves a usarla para ignorarme acabará en la pared con la anterior. —Lo vi levantar una ceja con malicia.

—A la orden, sargento.

Le saqué el dedo y el soldado me devolvió una de esas sonrisas que tanto le costaba regalar.

—No creo que yo pueda dormir hoy tampoco. Voy a ver una peli, ¿te apuntas?

Y así, con una película y un bol de palomitas de mantequilla terminé el cumpleaños más extraño de mi vida, pero uno de los mejores sin duda.

# Capítulo 14

Al día siguiente por la mañana, los dos arrastrábamos unas largas caras de sueño después de habernos pasado la noche viendo películas. Primero había elegido él una de risa y la verdad es que era malísima, pero a William sí que le hizo gracia. Allí ante aquel irrealista argumento el sargento se relajó y disfrutó. Después, yo elegí la segunda supuestamente como regalo de cumpleaños extra. Le hice ver Harry Potter porque además de ser un clásico, te permite volar, soñar y escapar. Algo que a los dos nos hacía bastante falta a pesar de que ninguno lo dijese realmente y se quedase suspendido en el aire en silencio.

Aproveché para darme una ducha rápida antes de que llegase el capitán y después escogí una ropa cómoda como William me había indicado para poder moverme con facilidad ante cualquier situación. También me había indicado que escogiese algo viejo porque se suponía que los mutados no teníamos demasiados recursos. Por último, y eso fue decisión mí, me recogí el pelo en una trenza por si tenía que pelearme o huir. Me miré por última vez en el espejo antes de salir al salón y me di cuenta de que no parecía en absoluto la Charlotte de hacía solo unos meses. Mi pelo había cambiado, mi expresión se había endurecido y el chándal color negro me hacía parecer mucho más delgada. Además, le había hecho algún roto para dar imagen de desaliñada. Pero no era solamente mi aspecto, algo no era igual dentro de mí. Había una pequeña parte de valentía deseando salir a la superficie, y era muy pequeña sí, pero estaba ahí, latente y con ganas de poder darse a conocer.

—Yo puedo. —Me lo dije a mí misma con decisión esperando que se hiciera realidad.

A las diez en punto el capitán, Asia y el doctor entraron por la puerta. William estaba en plan sargento y Asia era la tía dura de las otras veces. El doctor no había perdido tampoco su sonrisa de superioridad, esa que algún día esperaba poder borrarle de la cara. Por último, el capitán entró con un semblante serio y me miró con todo el desprecio que pudo nada más poner un pie en el apartamento.

—Buenos días, capitán.

—Sargento White.
—Hola Charlotte.

Asia se acercó y me dio un abrazo ignorando las miradas de desconcierto que todos, incluida yo, le dedicamos.

—Estupendo, ahora confraternizamos con ellos. —Bufó el doctor.
—La planificación, señor. Llevará pinganillo y cámara de esa forma grabaremos todas las conversaciones y en caso de tener que cambiar alguna parte del plan podremos darle órdenes a través del pinganillo.

William le entregó una carpeta al capitán que comenzó a echarle un vistazo rápido. Yo recordé lo que me había contado Asia la noche anterior sobre todo lo que le estaban exigiendo y me sorprendió verlo tan seguro de sí mismo. La fachada de un sargento que nunca falla, que nunca comete un error y que siempre hace lo que tiene que hacer. El sargento White se había aferrado a eso durante todo su vida y yo sabía que alguien como yo jamás cortaría esas raíces.

—¿Podrá controlarse?
—Sí. —William respondió tajante y sin dudar.
—Esperemos que no nos falle. Una pena que no la hubiese dejado practicar más en la jaula del doctor, así estaríamos seguros.
—Lo controla perfectamente. —Aseguró de nuevo él.

El capitán le devolvió la carpeta y después se fue a por la cafetera tranquilamente. No parecía tener prisa alguna por comenzar y a mí, con cada segundo que pasaba allí dentro con él bajo sus miradas de desprecio, me temblaban más las piernas. William continuó explicándole la estrategia y protocolos definidos al capitán, mientras que Asia no parecía nada conforme con la presencia del doctor y no lo perdía de vista. En silencio acabé escaqueándome al baño para refrescarme la cara y no tener un ataque de ansiedad allí delante de todos. Estaba abriendo la puerta para volver de vuelta cuando el capitán apareció en ella y me agarró por el cuello sin darme tiempo a reaccionar, aunque la verdad tampoco es que se me hubiese ocurrido enfrentarlo.

—No grites. —Lo susurró mientras apretaba con más fuerza sobre mi cuello cortándome el flujo de aire. —Hoy me han dicho que tú amigo no se encontraba bien. Creo que ha ingerido alguna sustancia tóxica.
—No te atrevas a… —Me quedé sin aire bajo su agarre antes de terminar la frase.

—Aquí las amenazas las hago yo.
—¿Qué quieres?
—El doctor va a pedirte unas muestras de sangre y tú vas a aceptar voluntariamente. Si lo haces, tu amigo estará bien, sino supongo que podrás llorarlo por las noches.

Su mano abandonó mi cuerpo y caí de rodillas en busca de oxígeno. Cuando levanté la vista el capitán se había esfumado. Me levanté con rapidez y me llevé una mano al cuello. Después entré de nuevo en el baño y percibí en el espejo como los dedos se intuían bajo mi pelo en una mancha rojiza. Me deshice la trenza y lo dejé suelto para ocultar las marcas y volví a la cocina más nerviosa de lo que estaba minutos antes.

Tenía que asegurarme de que Marco estaba bien, pero no podía decírselo directamente a Asia o William. Si el capitán me había atacado por sorpresa era porque no podía admitir un abuso sobre un mutado delante de Asia. Los contactos que la soldado tuviese para desempeñar su rol de mediadora eran lo suficientemente importantes como para que el hombre más temible que había conocido hasta ese momento actuase a sus espaldas. Y aunque sabía perfectamente que William se había dado cuenta de que pasaba algo desde que puse de nuevo un pie en esa cocina, no tenía ni la más remota idea de cómo enviarle señales invisibles para que me ayudase. El soldado por su parte no había dejado de mirarme discretamente cada ciertos segundos, pero puede que tal vez fuese para asegurarse de que no iba a cagarla demasiado. Había contemplado ya la posibilidad de ofrecerle directamente el brazo al doctor sin reparo alguno, a pesar de que estaba segura de que eso no iba a gustarle al capitán, cuando él se acercó a mí.

—Hola Charlotte, ¿nerviosa? —La forma en que fingía amabilidad era más repulsiva que su estado normal.
—No tiene por qué. —Asia apareció a mi lado igual que una mamá gallina y yo agradecí su gesto.
—Intentaré hacerlo lo mejor posible.
—Seguro que lo haces muy bien, te juegas seguir viva. Yo no la cagaría en tu lugar. Cambiando de tema, me gustaría continuar investigando un poco más tu mutación en particular, pero se me han terminado tus muestras de sangre. ¿Te importaría si te tomó un par de viales más?

El doctor ya había abierto su maletín y rebuscaba felizmente sus instrumentos a sabiendas de que yo no iba a negarme.

—¿Qué? —Escuché a William de fondo, pero yo ya estaba ofreciéndole el brazo de mala gana.

—Sí que le importa. —Asia no estaba dispuesta en cambio a ceder.

—En realidad, debería responder ella. —El capitán carraspeó tras decir eso y yo capté la indirecta.

—No me importa. Puede coger las muestras que necesite.

La impotencia y la humillación son dos de los peores sentimientos para el ser humano. Por eso, cuando los sufres solo puedes pensar en la venganza.

—¿Te han chantajeado no?

Asia se puso entre el doctor y yo ignorando la jeringuilla que avanzaba hacia mi brazo.

—¿Está acusándonos sin pruebas, soldado? —El capitán bramó la pregunta inflándose ante ello como si sintiese insultado.

—No me creo…

—No le está acusando de nada, señor. Si Charlie está de acuerdo, el doctor puede tomar las muestras.

William fue lo suficientemente listo como para cortar a su amiga, o novia, o lo que fuese, rápidamente.

—Bien, de paso Charlotte me gustaría pedirte que participes en la jaula de nuevo.

Estuve a punto de desmayarme, no sé si por la falta de sangre o por la encerrona que me estaban haciendo. Apoyé una mano sobre la mesa para sostenerme y retomar el control de mi cuerpo, pero sentía los sudores fríos en mi espalda solamente de recordar lo que se sentía allí dentro. Sin embargo, sabía que no me quedaba opción si quería proteger a Marco y lo haría con mi vida si era necesario.

—No. —Esta vez fue William el que se puso tajante al igual que antes había hecho Asia.

—Lo haré. No pasa nada.

—He dicho que no. La jaula le genera lesiones e interfiere con la misión.

Me sorprendió cómo se impuso al capitán por primera vez y más aún a sabiendas de los problemas que le estaba poniendo para la misión.

Aun así, el sargento consiguió lo que quería y el capitán todavía con el ceño fruncido asintió.

—Pero… —Quería protestar porque Marco podía estar en peligro.
—Es una orden, mutada.

William me miró gritándome que me callase de una puñetera vez y yo obedecí a regañadientes apretando los dientes. Estaba cansada de las órdenes, todo el puñetero mundo me las daba. ¿Dónde estaba mi opinión? En el maldito subsuelo como mínimo.

El doctor terminó de tomar las muestras y entonces tanto él como el capitán anunciaron que se iban. Percibí como el sargento White se quedaba con la misma cara de desconcierto que yo, pues la realidad es que les importaba una mierda la misión y solamente habían venido a buscar más sangre para seguir con la suya propia. En cambio, el capitán se excusó de una forma muy elegante aludiendo a que William tenía todo bajo control y que si yo intentaba huir o cualquier otra cosa extraña, no tardarían en encontrarme y meterme un tiro en la cabeza. Todos sabíamos que no habría disparo, por lo menos no hasta que el doctor acabase su experimento conmigo. En cuanto salieron por la puerta me fui directa a pedirle a Asia que volviese a la base para asegurarse de que Marco seguía bien.

—Necesito que vayas Asia, por favor.
—¿Te han chantajeado con Marco? —Preguntó ella ofendida.
—¿Ibas a acusar al capitán sin pruebas?
—¡No importa, me da igual todo eso, necesito saber que Marco está bien!
—No vuelvas a aceptar más pruebas en la jaula. Pase lo que pase. —William estaba enfado y no sabía si era por mí o por ellos.
—¡No lo entendéis! Marco es todo lo que tengo, si le pasara algo yo… —Me quedé callada un segundo porque mi cerebro era incapaz de asumir una vida sin mi amigo. —Yo no sabría vivir sin él. Haría cualquier cosa por mantenerlo a salvo.

William esquivó mi mirada y la soldado, conmovida tras escuchar mis últimas palabras, sacó su teléfono. Después me pareció que hablaba con Joana y le pedía que investigase si todo iba bien pues ninguno de los dos descartaba que el capitán me hubiese mentido. A mí en cambio me parecía que había ido muy en serio. Finalmente, tuvo que ser William el que retomase el rumbo de aquella mañana.

—Necesitamos empezar la misión. ¿Vas a poder centrarte?

—Sí.

Seguía como un flan y mi afirmación sonó de todo menos fiable. William se llevó las manos a la cara desesperado y después se puso a colocarme la cámara y el pinganillo. Asia continuaba haciendo llamadas, en esta ocasión desde la habitación donde sonaba bastante alterada y hablaba en confianza, o al menos eso me pareció por la lista de improperios que le estaba dedicando al capitán.

—¿Quién es Asia en realidad?

—Una tía dura, no la enfades. —William respondió con una evasiva.

—Sabes a qué me refiero. ¿Por qué tiene esos… contactos?

—Si Asia prefiere mantener en secreto su identidad, quién soy yo para desvelártela. —Asentí y él se dispuso a colocar el pinganillo.

—Ojalá ser como ella.

—¿Por qué?

—Porque no vive muerta de miedo. Es valiente.

Al apartar mi pelo para colocar el micrófono en mi oreja se detuvo unos segundos. Al principio no caí en qué estaba viendo él, y por eso pregunté.

—¿Qué?

—Tienes marcas. —Respondió tensando los labios a la vez que retomaba su tarea.

—Ah, ya. —Esquivé su mirada. —Si fuese una tía dura no las tendría.

—Hay otras formas de ser valiente, Charlie. No siempre es más valiente el que más fuerte pega.

—Dejar que me humillen como ha pasado hace un rato no es ser valiente, sargento White. —Me coloqué de nuevo el pelo con vergüenza y añadí. —Es ser una rata de cloaca muerta de miedo y aceptar que el gato te meta de nuevo en la alcantarilla antes de comerte.

—Proteger a los que quieres así a mí me parece muy valiente. —Me quitó la goma de la muñeca y comenzó a hacerme una trenza con cuidado. —Tu novio tiene suerte.

—Marco y yo solo somos amigos.

—Mmm ya. Déjame contarte una cosa de la vida normal, mutada. Solamente para que cuando seas libre no te tomen por una rarita. —Levantó una ceja con cierta picardía y a mí me gustó escucharle hablar de mi libertad. —La gente no se acuesta con sus amigos.

—Ah, muchas gracias. Entonces, solamente por confirmar que te he

entendido bien, Asia y tú sois novios. —Respondí yo con casi con la misma mala baba.

—Si eso fuese así y fueses como ella… —Arrastró las palabras cerca de mi oído. —Tendrías la gran suerte de pasar todas las noches en la cama conmigo.

—¿Vas incluido en el paquete?

Me giré y me quedé a solamente unos centímetros de su boca pues estaba apoyado sobre el sofá para peinarme. William me miró los labios y yo tuve tentaciones de robarle un beso, pero me contuve.

—Entonces prefiero ser la rata de la cloaca.

—¿Todo bien? ¿Estamos listos?

Asia apareció y nosotros nos separamos. Ella se fijó entonces en mi cuello y explotó de nuevo.

—Eso que tiene Charlotte son los dedos del capitán.

—Podrían ser los de cualquiera técnicamente.

—¡Maldito hijo de puta! Charlotte no puedes callarte esas cosas, no está bien, no tiene derecho, ni es justo…

—Asia, déjalo. —William cortó de nuevo a su novia. —Ella también sabe todo eso.

—Lo siento, sé que lo hiciste por Marco.

La morena se disculpó con ternura y entendí por qué el sargento estaba prendado de ella. Volví a sentirme como una mierda al mirarla y busqué a William que nos observaba a ambas. No supe adivinar qué estaba pensando, pero al final Asia recuperó mi atención.

—Ese hombrecillo te quiere de verdad. Daría la vida por ti. —Me guiñó un ojo y se fue a por café.

—Y yo por él. —Admití en voz baja recordando nuestra promesa.

Terminamos de ultimar detalles y comprobar que los equipos que llevaba instalados funcionaban. Tenía que salir bien, no podía cagarla en un día tan importante. Necesitaba que me aceptasen en Los Salvadores, pero en aquel momento lo que más necesitaba saber era si Marco estaba bien. Le pregunté una vez más a Asia antes de irme hacia la puerta y ella negó. Ya estaba cruzando el umbral cuando el sargento sostuvo mi barbilla con su mano obligándome a mirarle y me dio la última orden.

—No te olvides de que tú también tienes que vivir. Es una orden.

Puede que William tuviese prejuicios, o juicios en realidad, porque no había nada de pre en su opinión tras vivir tantos años con mutados, pero podía llegar a entender su odio. Conocía su historia y era similar a la mía, había parecidos en nuestras formas de ver el mundo. Los dos odiábamos lo mismo a excepción de que con diferentes puntos de vista. Por eso, cuando me envió esa pequeña dosis de fuerza al salir por la puerta, comprendí qué veía Asia en él. En realidad, comprendí qué había visto yo también para confiar en un soldado mi vida como estaba haciendo.

# Capítulo 15

Salí del piso temblando y escuchando a Asia parlotear indignada alrededor del micro. Llevaba diez minutos caminando y todavía no teníamos noticias de Joana y la salud de Marco me seguía rondando la mente impidiéndome centrarme en cualquier otra cosa. Cómo podía alguien tardar tanto en enterarse de algo. William por su parte me indicaba dónde girar en cada cruce, supongo que porque tenía claro que yo sino acabaría más perdida que una aguja en un pajar.

Cuando llegué a la reunión de Los Salvadores no esperaba encontrarme a tanta gente. ¿Eran todos etiquetas negras? Allí había gente de todas las edades y ninguno parecía muy bien vestido. Eso me recordó lo que me habían advertido de que los mutados no contaban con demasiados recursos. Yo sentí cierta tristeza, pero a ellos no parecía preocuparles. Se saludaban amistosamente unos a otros, igual que si se conocieran de toda la vida. ¿Vivirían juntos? ¿Habría un barrio de etiquetas negras o algo así? Era raro saber que aquellas personas que parecían tan normales a primera vista estaban a punto de planear cómo matar a otras.

El escenario abandonado que había visto el día anterior ahora contaba con un sistema de megafonía, pero lo que más me sorprendió eran los paneles absorbentes de sonido que había en los extremos de la calle. La última vez que los había visto en persona había sido en las instalaciones de la base y por eso me llamó la atención que tuviesen ese tipo de recursos. Encima de él había solamente dos mutados, uno de ellos iba realmente bien vestido y el otro se camuflaría entre el resto sin problema.

Seguí analizando la escena que tenía delante de mí y desde lo lejos distinguí que todas las etiquetas llevaban carteles con lo que parecía un número. Quise fijarme bien y por eso caminé un par de pasos más con cierto recelo y finalmente antes de que pudiera avanza un paso más dos de ellos me frenaron en seco.

Eran un hombre de unos cuarenta años que lucía un cartel con un cinco y una mujer de edad similar con un número once en su cartel. ¿Era aquello algún tipo de anonimato? Tenía pinta. William pensó lo mismo y lo transmitió por el pinganillo. Si eso era así, el cinco tendría

más autoridad que la mujer con el once.

Ella era fuerte y grande. Debía medir casi un metro ochenta y él que también era bastante fuerte solamente le sacaba una cabeza. Me fijé en sus ropas. Discretas, para no llamar la atención. Chaqueta de punto negra y unos vaqueros y él jersey azul marino y otros vaqueros. No me parecía que llevasen armas ocultas, pero tras el primer encuentro con un Salvador en la base no estaba segura de nada.

—No veo que tengas identificación. —Dijo cinco, mientras once se fijaba en mi tatuaje.

—Es una estúpida etiqueta gris. Aquí no hay sitio para los debiluchos.

Recibí un empujón de la mujer y retrocedí un par de pasos. Los dos me miraban con superioridad y parecían los reyes de aquel sitio. ¿Nadie pasaba por allí nunca cuando se reunían acaso? Decidí seguir el guión que había trazado con el sargento y contarles mi caso.

—No soy…

—No nos interesa, largo de aquí. —El cinco me cortó de nuevo con indiferencia.

—Soy una etiqueta negra. —Escupí con rapidez. Los dos me miraron y después estallaron en risas.

—Seguro que sí.

—Puedo demostrarlo.

La soberbia de aquellos dos estaba empezando a enfadarme y la rabia me afloraba poco a poco.

—¡Uno!

Llamaron al único mutado que vestía con ropas nuevas allí y por el número tuve claro quién era. Jack. El hermano de William y asesino de sus padres, el líder de Los Salvadores y la etiqueta negra más peligrosa según me informó el sargento a través del micrófono de mi oído. William me indicó que su hermano acarreaba cientos de asesinatos a sus espaldas y me pidió que fuera con cuidado. Así que decidí estudiarlo, mientras él hacía lo mismo conmigo. Se parecía a su hermano físicamente. Los dos compartían el mismo tono de piel bronceado y las duras facciones. En cambio, Jack tenía unos años más encima y alguna pequeña arruga comenzaba a envejecer su rostro. Sus ojos tampoco eran del mismo color que los de William, los de Jack eran de un bonito verde claro e imaginé que al igual que su hermano

lo era, él habría sido demasiado atractivo de joven. Ahora sin embargo, lucía algunas cicatrices también en el rostro que supuse eran fruto de una vida de huidas y malas compañías.

—¿Qué pasa? —Me miró con desprecio y escupió al suelo. —¿Una etiqueta gris? No me hagáis perder el tiempo con esta basura.

—Mutada, hazte valer de una vez. —William casi me ladró la orden como si le hubieran insultado a él.

—Soy una etiqueta negra y puedo controlarlo.

El líder y hermano de William volvió a mirarme, pero esta vez con cierta curiosidad. Desperté su interés con el nuevo as que me había estado guardando bajo la manga. El sargento me había pedido emplearlo solo si era necesario y a mí me lo pareció.

—Podría creerme lo de que eres una etiqueta negra, pero ¿que puedes controlarlo? Eso no es posible.

—Ponme a prueba. —Desafié al líder poniendo en ello todo el orgullo que podía.

—Traerme una dosis.

Los dos que me había interrogado desaparecieron corriendo y a nuestro alrededor comenzaba a formarse un corrillo. Jack hablaba como un dios, se sentía superior a todos los que estaban allí y yo podía percibirlo solo con mirarle. ¿Cómo no se daban cuenta el resto? La forma en que se movía y sus gestos delataban una seguridad en sí mismo que en realidad ya me gustaría tener a mí.

—Háblame de ese tatuaje. —Dijo mientras esperábamos.

—Me descubrieron y me llevaron a la base, yo les oculté mi identidad y ahora me han dado el visto bueno como sujeto fiable. —Me crucé de brazos con pereza y añadí. —Fin.

—¿Y por qué meterte en líos entonces?

—Quiero venganza.

Jack asintió con una sonrisa pícara en el rostro. Le gustó mi respuesta y pude sentirlo. Él también quería venganza, puede que yo no supiese cuál ni por qué, pero supe que la quería con las mismas ganas que necesitas salir a la superficie para coger aire y respirar cuando estás bajo el agua. Nuestra anatomía no nos permitía vivir sin oxígeno y Jack no sabía vivir sin venganza. ¿Era eso lo que movía al resto de los allí presentes? ¿No la quería yo también en parte? Sí, claro que la quería y ojalá algún día el capitán y el doctor pudiesen sentirla. Sin embargo, de alguna forma extraña cada vez que mi cabeza viajaba a

esos cenagales oscuros y llenos de barro donde solamente podía convertirme en la misma podredumbre que allí había, una voz alta y clara me gritaba desde dentro que yo no quería ser así, y entonces el monstruo se calmaba.

El once y el cinco volvieron apresurados cargando un maletín color gris que parecía mucho más valioso que lo que poseían la gran mayoría de las personas que se reunían allí. Jack no había dejado de mirarme en todo aquel rato. Callado, observando, había captado cada detalle de mí al igual que un depredador antes de lanzarse sobre su presa. Tenía dudas y se negaba a creerlo, podía leerlo en su rostro, pero también curiosidad. Igual que si el hecho de que yo existiese fuese una bofetada a mano abierta para él, porque a pesar de haberse convertido en lo que ahora era, no me cabía duda de que sentía remordimientos por su mayor asesinato. Si yo existía, la justificación que lo exhumaba de su propia culpa moría conmigo allí mismo y eso era lo único que quería comprobar de mí. Puede que luego idease algún otro plan o ventaja en tenerme como aliada, pero de alguna forma supe que en aquel instante él solamente quería saber si debería haberse podido controlar y no supo hacerlo. Y lo entendía, claro que lo entendía, yo llevaba quince años de mi vida haciéndome la misma pregunta. ¿Por qué yo sí y mi padre no? Yo podía hacerlo sin nadie que amase delante, ¿cómo no había podido él teniendo a las dos personas que más quería allí?

—No te pongas esa dosis. —William no dudó cuando dio la orden y yo aterricé de nuevo en la Tierra.

Jack sacó con cuidado la jeringuilla y me la ofreció. Reconocí automáticamente su contenido pues era el mismo que me había inyectado en la base para salvar a William de caer por una ventana. Aquel líquido era el que Aldo había empleado para volverse invencible en el ataque a la base, pero yo justo acababa de recibir la orden contraria. El sargento que guiaba aquella misión me había ordenado no ponerme aquello, y también estaba el detalle de que cuanto más sufría la toxina, más opciones tenía de acabar como aquel chico del almacén. En resumen, estaba en una encrucijada de la que no tenía muy claro cómo salir bien parada.

—No me hace falta. —Dije tratando de devolverle a Jack su toxina encapsulada.
—Me da igual si te hace falta o no.
—No voy a ponerme eso.
—Entonces será que no tienes tantas ganas de formar parte de

nuestro grupo. —Parecía como si Jack no quisiera conocer la verdad.

—¿La han tomado el resto?

—Todos y cada uno de nosotros. Debemos saber si somos aptos, no todos la aguantan.

—¿Aptos? ¿De verdad crees que se trata de eso?

Tuve ganas de reírme en su cara y estuve a milésimas de segundo de hacerlo, pero antes de ello su mano me cruzó la cara. Me llevé la mano al lugar donde todavía podía sentir la suya y volví a escuchar risas a mi alrededor.

—¿De verdad crees que importas tanto como para aguantar insolencias?

—No vuelvas a ponerme una mano encima.

Estaba más que enfadada porque podía soportar que los que tenían mi vida en sus manos me humillasen, pero no iba a dejar que aquel asesino lo hiciera también.

—O te pones la dosis, o te largas. Y si no te largas, te largo yo. —Jack respiraba agitado y pensé que debía estaba punto de perder el control.

—Vete Charlie. Volverá. Quiere saberlo, lo conozco.

Me conmovió saber que el sargento no estaba dispuesto a comprobar si mi cuerpo podía soportar otra dosis más de toxina, puede que lo hiciera porque no estaba allí conmigo para cumplir la promesa de matarme si eso pasaba, o tal vez porque entonces sí que tendría que abortar la misión, pero yo preferí pensar que lo hizo por mí. Igualmente yo no confiaba en que Jack quisiera conocer la verdad realmente dentro de unos días y sentí que no tenía elección.

Me pinché el contenido de la jeringuilla en el cuello y dejé de oír y sentir lo que había a mi alrededor. El dolor lo invadió todo, la piel me quemaba y quería arrancármela, pero en lugar de eso me fui directa a por lo primero que encontré y que podía destrozar. Gente. Llegué hasta alguien, ni siquiera recuerdo si era hombre o mujer, si era joven o un niño, solo sé que lo empujé con fuerza. Tenía que controlarme, pero ahí dentro en mi cabeza había demasiadas cosas. Había gritos, había súplicas, miedo, amenazas y todo venía envuelto en una ardiente sensación. La sangre que recorría mi organismo era como lava líquida y yo solo necesitaba que pasare, que se apagara, pero no encontraba el botón como otras veces. ¿Por qué no podía hacerlo? Las manos del sargento rodeaban mi cuello de nuevo y me decían que

llorase a Marco en las noches. Marco, ahí encontré un pequeño atisbo de claridad y me ovillé dispuesta a abrazarme y hacerme heridas con tal de no herir a nadie más. Así funcionaba, si había que dañar a alguien, que fuese a mí, al verdadero monstruo. Recé para que se fuera y me dejara porque yo no quería ser él y entonces entre todo ese bullicio mental escuché unas palabras que sí que me calmaron.

—Marco está bien, Charlie. Déjala irse.

William no gritó ni sonó como un sargento en esa ocasión. Lo hizo pausado como si supiese que de alguna forma eso era lo que yo necesitaba para volver. Escuchar que mi amigo estaba a salvo, sin ruido, sin gritos, solamente paz y calma. Y volví, la dejé ir como me pidió.

La rabia se fue y yo volví poco a poco hasta que fui capaz de levantarme y ver al resto de las etiquetas mirarme con curiosidad. A todas excepto a Jack que me miraba con el odio más puro que puede existir porque ese día supo que era un asesino y que no tenía excusa. La culpa se asentó con él para siempre, para dormir a su lado cada noche y yo sentí lástima en parte porque en cierto modo, como yo, él no había escogido ser así completamente.

—Darle un identificativo.

De esa forma, con esas últimas palabras de Jack antes de desaparecer, fue como me convertí en el ciento trece.

# Capítulo 16

Llevaba dos semanas acudiendo a las reuniones de Los Salvadores y ese mismo tiempo me había costado comenzar a pasar desapercibida. Jack me seguía teniendo en el punto de mira, pero el resto de las etiquetas ya no cuchicheaban a mis espaldas. Al principio, muchos de ellos quisieron hacerse mis amigos. Falsas amistades interesadas únicamente en que yo les contase cómo lo hacía. Me habían llegado a invitar a sus casas para comer con ellos y acogerme en su familia. Así, habíamos descubierto que las etiquetas negras vivían en grupos de tres o cuatro. Construían núcleos porque como era de esperar no les quedaba nada y se sentían solos. Yo podía entender eso, conocía la sensación de saber que no tienes a nadie, que no llorarán por ti el día que mueras y que si tienes que correr correrás solo. La conocía hasta que me encontré con Marco y tal vez por eso me aferré a él y a su paz con tanta fuerza, pero es que sin él yo no tenía nada. Por eso, cuando regresaba al piso y le entregaba a William la información me sentía sucia y rastrera. Estaba destrozando a familias. El sargento parecía darse cuenta de cómo me afectaba aquello y de vez en cuando me daba información sobre los crímenes que muchos de ellos habían cometido. Sin embargo, yo no sentía que eso me redimiese y cada día que pasaba lo llevaba peor. Y de ese modo, William y yo volvimos a ser la mutada y el sargento.

Odiaba sus órdenes y me odiaba a mí misma, ya no solo por ser un monstruo de forma involuntaria, ahora lo era voluntariamente y eso me podía. Vivía irritada y de mal humor, incluso Asia había dejado de pasarse tan a menudo por el piso. En más de una ocasión se había visto envuelto en algún trifulca entre su novio y yo, y la soldado no parecía querer colocarse en ningún lado. William también me había culpado por aquello y yo le había gritado unas más que obscenas palabras. Ese día crucé el límite. Asia no era solamente sexo para él y me lo dejó muy claro. Estuvo dos días sin dirigirme la palabra nada más que para lo justo y necesario, es decir darme órdenes en la misión.

Con el paso de los días, semanas y meses la Navidad comenzó a acercarse, y aunque a mí esas fechas habían dejado de gustarme en el momento en que me quedé sola, al resto de la ciudad no. Los puestos del mercado se vistieron de luces parpadeantes, muñecos de Santa

Claus colgando de los tejados y cintas de color rojo y verde. En el centro de la plaza un enorme pino había sido adornado y la gente dejaba allí debajo regalos. Ninguno llevaba nombre y tras aguantarme la duda demasiados días había optado por preguntarle a una anciana que tenía un puesto de castañas.

—¿Para quién son? No tienen nombre. —Señalé el árbol y la vieja sonrió mostrando una sonrisa falta de dientes ya.

—Para el que lo necesite. Todos los años aquellos que no tienen vienen y cogen uno, solamente uno y así hay para todos.

—¿Y nadie coge dos? O ¿nadie coge aunque no necesite? —Pregunté sorprendida.

—Claro que sí. —Echó una carcajada que acabo en tos seca y luego añadió. —Pero a esos los castigará la vida.

—Cree usted en el karma.

—Creo que los que hacen mal tienen bastante con vivir sabiendo quiénes son. No hay peor castigo niña que saber lo miserable que eres y cargar con eso toda la vida.

Me despedí de la anciana que me regaló un cucurucho de castañas y seguí caminando dejando atrás el árbol, los puestos, la plaza y aquella parte de la ciudad tan sana y tan viva. Me llevé también la sabiduría de aquella mujer, que sin conocerme me había enseñado hacia dónde iban a llevarme mis actos. Al final, decidí dejar de deambular y volver al piso. Sabía que el sargento no ponía pegas en que tardase más de la cuenta y cuando volvía siempre me lo encontraba rellenando papeles con las transcripciones de ese día. Si yo me tiraba un pedo, eso también se escribía.

Entré en el piso todavía rumiando las palabras de la anciana. Ni siquiera saludé, me senté y le di el detalle de los acontecimientos de ese día con Los Salvadores. William me miró con el semblante serio todo el rato, después cuando iba a irme pareció querer decir algo, pero lo que fuera se murió en su garganta. Cerró los labios y siguió escribiendo y yo me encerré en la habitación.

Sintonicé la 94.5, me puse los cascos, subí el volumen y bailé con ganas. Con la música bien alta tratando de alejar todo lo que tenía dentro mí y que quería salir a gritos. Conseguí alejarlo un poco o tal vez fue el cansancio el que consiguió evadirme. Esa noche evité cenar porque cada vez me costaba más sentarme allí y actuar, así que me duché y me fui a dormir esperando que al día siguiente la culpa se hubiese esfumado un poquito.

No fue así. Estaba atrapada dentro de un torbellino que estaba a punto de absorberme por completo. Por eso, cuando llegué al piso y vi a William en el sofá con un bol de palomitas de mantequilla me enfadé.

—Tenemos que seguir el protocolo. —Protesté.

—Como si te importase a ti el protocolo. —Casi lo dijo riéndose y eso me enfado más.

—Me haces cumplirlo todos los días.

—Y eso te enfada. —William seguía allí sentado mirándome con calma.

—¿Qué es esto? Un psicoanálisis, ¿no te has traído el polígrafo? —Sé que le dolió escucharme echarle en cara aquel interrogatorio.

—Ven. —Esperó unos segundos en busca de mi reacción. —Es una orden, Charlie.

Así que fui y me quedé allí de pie con el ceño fruncido y los brazos cruzados. Él en cambio parecía haberse tomado un bote entero de pastillas con la hormona de la paciencia porque, en lugar de indignarse como otros días, palmeó el hueco del sofá libre a su lado. Supuse que sería otra orden y me senté. William me puso el bol de palomitas sobre las piernas y le dio al play. La película era Harry Potter y El Cáliz de Fuego y cuando acabó mi humor se había relajado y el bol de palomitas estaba vacío.

—Deberíamos arreglar esto un poco. —Nos señaló con el dedo y yo exhalé un suspiro que llevaba conteniendo durante mucho tiempo.

—No puedes arreglarlo con una película y palomitas.

—Eso ya lo sé, pero antes me habrías gritado y ahora me escuchas. —Una de sus manos se posó sobre la mía y comenzó a acariciarme. —Cuéntame que te ahoga tanto.

—¿De verdad no lo sabes?

—Quiero que me lo cuentes, Charlie.

—Lo odio. Odio lo que estoy haciendo. —Un par de lágrimas corrieron por mis mejillas. —Ya sé que muchos son asesinos y que planean matar a gente, de verdad que lo sé, pero con lo que hago, delatándoles me convierto en lo mismo que ellos.

—¿Y es solo eso? —Me gustaba la facilidad que el sargento White tenía para leerme y darse cuenta de que aún había más.

—Y los entiendo. Sé cómo se sienten, por qué se agrupan y por qué quieren venganza. Incluso sé por qué tu hermano me mira con ese odio desmesurado.

—Dime una cosa entonces, si los entiendes es porque te has sentido así ¿verdad? —Yo asentí en silencio. —Y ahora dime, ¿has matado tú a alguien en alguna ocasión?

—No. —Solté nuestras manos ofendida y él sujetó mi rostro entonces. Había tanta ternura en todo lo que estaba haciendo que olvidé todo lo malo que había hecho.

—Entonces estás salvando vidas, Charlie, no robándolas. Tú podrías estar ahí también, gritando con ellos, te has sentido sola y enfadada también, pero decides no estar ahí. Si mañana yo decidiese asesinar a la gente de la plaza, incluidos a los mutados, y tú me detuvieses, estaría bien. No estás haciendo nada malo.

—¿Y por qué no me siento así?

—Porque no eres como ellos. —Se descubrió a sí mismo al pronunciar aquellas palabras. —Yo tampoco me siento bien cuando mato Charlie, pero sé que si lo he hecho es porque estaba protegiendo a inocentes.

—¿Por qué no eres siempre así? —Me lo pregunté casi a mí misma, pero William esbozó un sonrisa débil y triste al oírme.

—Me rompes todos los esquemas, Charlie. —Acabé envuelta en sus brazos y con William besándome el pelo.

Fue complicado volver a levantar las barreras que nos separaban. En realidad, se quedaron a medias, como una puerta entreabierta. A veces William me dejaba entrar y otras se la cerraba yo a él. Los dos teníamos miedo de lo que encontrábamos en el otro en momentos como aquel y ninguno estaba dispuesto a comprobar qué pasaría si nos abriésemos completamente. Demasiadas inseguridades, vergüenzas y complejos como para enseñarlos. Nada duele más que el rechazo.

La Navidad continuaba arraigándose cada día un poco más en la calles de la ciudad. Parecía que celebrar aquellas fechas volvía más felices y generosos a todos. No había comparación entre el humor de los mercaderes de la plaza en esa época o hacía un mes. Esa tarde un grupo de niños cantaba villancicos junto al árbol y la gente, padres, madres, hermanos, amigos, aplaudían emocionados. La señora de las castañas había cambiado el cucurucho por las nubes de algodón que como me dijo claramente le generaba más dinero con aquel público. Me ofreció sentarme junto a ella un rato y disfrutar allí dentro calentita del espectáculo. Y aunque acepté me pregunté qué pensaría realmente de mí si supiese la verdad. ¿Por qué no podía gritarla al mundo? William me pidió que no tardase mucho, pero no protestó cuando vio que me quedaba allí un rato más por gusto y que aplaudía y vitoreaba como los demás. Había dejado de sentirme incómoda con su presencia en mi oído y sabiendo que escuchaba y veía todo lo que yo. Me habría gustado decirle que bajase y se uniera, pero era peligroso y seguro que él prefería seguir enfrascado en los papeles de

la misión en busca de información.

Ya me había despedido de la anciana y estaba a punto de doblar la calle cuando los gritos de la gente me frenaron en seco. Al darme la vuelta vi que un grupo de Salvadores estaba prendiendo fuego al árbol y destrozando los puestos de los mercaderes. La gente corría con cubos de agua para apagar el incendio y los padres cogían y huían con sus hijos atemorizados. Volví corriendo sin pensarlo. Había demasiado humo para un solo árbol por lo que imaginé que además del fuego habrían soltado algún tipo de bote, pero cuando me acerqué vi que en el medio del pasillo de los tenderetes quemaban cubos de basura y plásticos. Apenas se veía gran cosa y los mercaderes jóvenes se enfrentaban sin éxito a los bandidos. La sangre y los insultos corrían por aquella plaza y sus calles, pero a mí solamente me preocupaba una cosa. Fui al puesto de las castañas y allí me encontré a la anciana, tosiendo y atemorizada. Jack estaba destrozando su puesto con una barra de hierro y la mujer había caído al suelo de su banqueta.

—¡Eh tú!

Lo empujé antes de que asestara otro golpe más y destrozase la máquina de algodón. Jack no esperaba encontrarse conmigo, pero tampoco pareció decepcionado.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —Jack se limpió el sudor de la frente.

—¡Fuera de aquí! No vas a hacerle nada. —Dije a la vez que me ponía delante del puesto.

—¿Pero tú de qué lado estás ciento trece? —El humo era cada vez más negro y costaba respirar.

—No os han hecho nada. Esto es abuso. —Tosí presa del humo a la vez que intentaba razonar con él.

—Pierdes el tiempo, no atiende a razones. —William sonaba decepcionado al decirlo. —La policía va en camino, sal de ahí. La anciana estará bien.

—Nos desprecian cada día haciéndonos pagar precios más altos. Esto solamente es un pequeño ajuste de cuentas. —Jack golpeaba su mano libre con la barra.

—Ella no ha hecho nada de eso.

—Me estás cansando. —Resopló hacia el suelo y luego casi poseído gritó. —¡Aparta!

—Tú a mí no me das órdenes. —Con un hermano White al mando era más que suficiente.

—O te apartas, o caes con todo.

—No te tengo miedo.

—Pues deberías. —El hermano de William se movió rápido y lanzó un golpe con la barra que esquivé por los pelos.

—¡Charlie lárgate ya de ahí, joder! —El otro White gritaba en mi oreja enfadado, pero yo no iba a dejar que Jack se saliese con la suya.

Busqué mi fuerza y me preparé para la siguiente acometida. El hermano del sargento golpeaba ciego de rabia, así que la segunda vez que vino paré con mis dos manos la barra y el golpe que iba a asestar encima del ya destrozado mostrador se detuvo en seco. Apenas me costó esfuerzo. Le quité la barra de las manos y la partí al medio como si fuera un palillo. A mi espalda escuché a la anciana dejar escapar un grito de sorpresa. Jack en cambio no parecía asustado, sino enfadado. Miró la barra y luego a mí, a sabiendas de que él no estaba en el mismo estado que yo, pero aun así volvió a por más. Yo no quería pelear así que lo aparté de un empujón que lo llevó directo al suelo. Vi como el mayor de los White se levantaba entre el humo con la respiración entrecortada y la rabia en la mirada. La ceniza del incendio había teñido su rostro casi de negro, pero incluso así pude distinguir la mirada que me decía que aquello no había terminado.

Al final, como William había dicho, las sirenas de la policía y bomberos comenzaron a acercarse y Jack desapareció corriendo junto con el resto. Pronto llegó también un equipo de paramédicos para atender a los que habían inhalado demasiado humo. Yo corrí a ayudar a la anciana que en ningún momento pareció sentir miedo de mí. Me tomó la mano y se levantó mirando como su medio de vida estaba destrozado. Abatida la mujer volvió a sentarse en el taburete y yo fui a buscar a alguien para que la mirase y se asegurase de que estaba bien. Uno de los médicos llegó hasta allí con una máscara de oxígeno y se la puso. Después nos dejó solas para seguir atendiendo al resto.

—Lo siento mucho.

—Tú nos ha hecho esto niña. —Me dedicó una sonrisa desdentada a través de la máscara y yo se la devolví.

—Oiga, necesito pedirle un favor. —La vieja levantó la mano haciéndome callar.

—Tu secreto está a salvo conmigo, pero ten cuidado con quién te juntas. Esa gente… —Chasqueó la lengua mientras negaba con la cabeza. —Esa gente es más peligrosa de lo que has visto hoy.

—¿Tú te encuentras bien? —El médico volvió y me revisó rápidamente con la linterna los reflejos.

—Ha inhalado humo, deberías darle una de estas también. —Dijo la anciana haciendo referencia a su mascarilla.

—No podemos darles medicinas a los que son… —El médico no sabía cómo decirlo sin sonar como un miserable.

—Esta chica me ha salvado, se merece el oxígeno más que cualquier policía. —La anciana protestó ofendida contra el médico que solamente cumplía órdenes.

—No se gastan medicinas en los mutados. —Concluí yo en voz alta, aunque ofendida. —No pasa nada, estoy bien.

Me despedí de la mujer y me fui de allí dolida. No por no haber recibido atención, sino por saber lo cruel que era el mundo con los que eran como yo. ¿Cuántos morirían por no recibir antibióticos para una gripe? En la base si nos medicaban, por qué aquí fuera no. Dinero. En eso se resumía todo. El dinero solamente se invertía en las colonias, mientras en las ciudades y pueblos les racionaban los recursos. Y por supuesto en el fondo de la pirámide estábamos nosotros. Tampoco debería sorprenderme tanto ¿no? Al fin y al cabo, si no me controlase yo ni siquiera respiraría.

Estaba de vuelta al piso y preparándome para el sermón del sargento cuando vi a Jack y a su grupo entrar en un bajo abandonado. Me escondí rápidamente contra la pared y después me asomé con cuidado. ¿Podía entrar ahí? ¿Qué escondían allí y por qué no nos habían hablado de la existencia de aquel lugar en las charlas? Supe que no iba a quedarme con las ganas. Esperaría lo que hiciese falta y entraría en cuanto se fuesen.

—Vuelve a casa, Charlie. —William me lo pidió en voz baja y tierna.

Me gustó que lo llamara casa, yo también empezaba a sentirme así en aquellas cuatro paredes. Compartiendo cenas, risas, enfados y películas con él, pero aquel piso no era mi casa y tendría que acabar dejándolo, así que cuanto antes resolviese el problema mejor. Me quité el micro de la oreja y lo apagué. No quise imaginarme cuántas maldiciones estaría soltando por la boca el sargento White en aquel momento, pero asumiría las consecuencias luego. En casa.

# Capítulo 17

Llevaba casi una hora esperando oculta detrás de aquella columna y disimulando cada vez que alguien se acercaba. Empezaba a tener la nariz y las manos congeladas, pero no iba a rendirme, pasaría la noche allí si era necesario. Por fin la luz del rellano se encendió y yo abrí los ojos como platos atenta para no perder detalle. Estaba tan concentrada que no escuché los pasos que se acercaron por mi espalda hasta que los tuve encima.

—Es la segunda vez que desobedeces mis órdenes hoy.

Pegué un salto a la vez que me giraba y grité justo cuando la puerta se abría. Los Salvadores miraron en nuestra dirección y William me ocultó rápidamente, pero Jack ya estaba enviando a dos de ellos a investigar. Corrí siguiendo a William hasta el final del callejón buscando dónde escondernos, aunque yo no tenía muy claro que allí hubiese un escondite. Al final, señaló uno de los tejados y colocó sus manos la una sobre la otra para impulsarme. Después se alejó, corrió y empleó la pared para coger impulso él también dejándome boquiabierta. Cuando se acomodó tumbado y a mi lado, le vi guiñarme un ojo fanfarroneando, pero no tuve tiempo a replicar. Ambos agachamos nuestras cabezas a ras de teja y Los Salvadores entraron en el callejón, pero no vieron a nadie. Una de las chicas insistía en que había sido un gato y la otra en que ella había visto a alguien. Al final escuchamos a Jack llamarlas por sus números a lo lejos y se fueron de allí. Respiré permitiendo al aire que había estado conteniendo salir de mis labios y William me miró con el ceño fruncido. Después se abrió la chaqueta, sacó una de mis sudaderas de dentro y me la lanzó malhumorado. Sonreí y esquivé su mirada de reproche, mientras me la ponía rápidamente pues estaba muerta de frío.

—No podía irme. —Fue la primera vez que yo busqué su contacto. Casi ser consciente le cogí el rostro y lo obligué a mirarme para que lo entendiera. El rocé de mi piel lo cogió por sorpresa también a él.

—¿Y qué excusa tienes para lo de ahora?

—Que estoy segura de que ahí dentro hay respuestas. —Me mordí el labio contenta de haber dado al fin con algo útil.

—Me dan igual las respuestas. —William no parecía feliz, tenía la

preocupación grabada en su mirada color avellana.

—Eso no es verdad, yo sé que no.

—No conoces a Jack. —Se alejó de mí y me dio la espalda. —No se conforma y no perdona. Lo que has hecho hoy tendrá consecuencias.

—Era lo que había que hacer.

—Las otras etiquetas no se controlan como tú, son impacientes y agresivas y me da la sensación de que lo olvidas cuando los desafías. Jack podría haber perdido el control hoy.

—¿Y si lo perdía con la anciana?

—No puede pasarte nada malo. —Escogió con cuidado las palabras.

—¿Tan importante es la misión como para dejar a su suerte a una anciana? —Aquello me ofendía más por mí que por la anciana, pero lo oculté.

—Es porque no quiero que te pase nada.

—¿Me estás cogiendo cariño sargento White? —Me gustó lo que escuché y decidí bromear para quitarle hierro al asunto porque imaginaba cuánto le estaría costando abrirse así.

—Los dos sabemos que eso sería un problema ¿no? —Me quedé muda y con la respiración agitada.

—Hay una barrera enorme sí. —Recuperé el habla y me acerqué a él, pero William seguía de espaldas.

—No sé hacerlo bien y tampoco fácil. —Se giró y su mano apartó los mechones sucios de ceniza de mi rostro.

—No lo hagas entonces.

—Me muero de ganas de hacerlo, Charlie.

Sus labios se acercaron a los míos y los rozaron despacio. Yo estaba temblando ante aquel leve y efímero contacto. Él exploró mi rostro y yo lo miré con miedo porque sabía que no iba a terminar bien antes incluso de empezar y joder cómo asustaba, y tal vez fue por eso por lo que al final no me besó. O porque estaba con Asia, o porque yo era una mutada. No pregunté por si acaso la respuesta no me gustaba.

—Vamos al almacén. —Ni siquiera se molestó en ver si lo seguía. Comenzó a caminar y no miró atrás.

Entramos al bajo y mi corazón todavía latía desbocado. William iba delante y llevaba la linterna, mientras yo lo seguía vigilando mi retaguardia cada dos segundos muerta de miedo. Por eso no sabía si los latidos desmesurados eran de miedo o por el sargento que caminaba unos pasos por delante. Tampoco tuve mucho más tiempo para pararme a averiguarlo porque como me ya había supuesto el bajo escondía algo.

A pesar de aparentar estar abandonado, estaba amueblado por dentro, o mejor dicho, tenía lo necesario. Había una nevera y una mesa con seis sillas en el centro, al fondo una puerta que debía ser el baño y un insoportable olor a porro. Pero lo realmente interesante eran las paredes de aquel sitio. Estaban completamente cubiertas de papeles y mapas. Había hilos que unían unos puntos con otros y que llevaban a otras secciones. Parecían las pizarras que emplea la policía en las películas. Allí, en cada pared había un puñetero plan entero. William sacó un teléfono móvil y ayudándose del flash disparó cuatro fotos, una a cada pared. Luego grabó vídeos de cada una acercando en detalle todo lo que allí había.

—Te dije que había respuestas. —Susurré con recochineo.

—Y yo que me daban igual. —Bufó él enfadado todavía por mi desobediencia.

—¿Has visto esto? Aquí lo tienes todo, no puede darte igual. —Señalé las paredes emocionada y él negó sin respuesta.

Miramos con calma cada una de ellas y el sargento tomó ciertas anotaciones. Supongo que eran conclusiones sobre lo que veía, yo me había acercado a una de las ventanas por si acaso alguien volvía y bendito momento en que lo hice. Las dos chicas del callejón volvían caminando por la calle y no me parecía que fuese una coincidencia.

—Apaga eso, vienen Salvadores.

Le quité linterna de las manos y la apagué. Después lo cogí del brazo y lo llevé al cuarto de baño a carretas y nos metí a ambos en la bañera tras la cortina. Escuchamos la puerta abrirse y a las dos etiquetas negras debatir una con la otra. No parecían ponerse de acuerdo, pero lo que sí estaba claro era por qué habían vuelto.

—Aquí no hay nadie.

—El sensor ha detectado movimiento.

—Uno está obsesionado, fijo que ha sido una rata. Esto está hecho una mierda.

—La puerta estaba abierta.

—Me habré olvidado cerrarla antes. Estáis todos paranoicos.

—No podemos arriesgarnos, Carla. —Me sorprendió ver que conocían sus nombres de pila.

—Estupendo, ya me has delatado si hay alguien. —Carla parecía tomarse todo a broma y eso irritaba bastante a su compañera.

—Esto es importante.

—Ya sé que lo es, pero aquí no hay nadie.

—Revisa el baño, vamos.

Los pasos de Carla se acercaron y William me tumbó sobre su pecho mientras él se apoyaba con cuidado en el suelo de aquella estrecha bañera para que nuestra sombra no se viese a través de la cortina. Escuchamos los pasos de la etiqueta negra entrar y acercarse más a la bañera. William movió su mano entre nuestras piernas en silencio y sacó una pistola. Estaba listo para disparar. Me aferré con miedo a él y entonces escuchamos a la compañera de Carla.

—¿Hay alguien o no?
—Vacío. Te digo que no hay nadie.
—Nos llevaremos los planos por si acaso.
—Estáis paranoicos. —Repitió Carla a la vez que se alejaba.

Ninguno de los dos se movió, ni respiró apenas hasta que escuchamos cerrarse la puerta. De hecho, yo seguí aferrada al sargento hasta que carraspeó ligeramente.

—No es por ti, es por la postura. —A mi debió quedárseme cara de idiota porque hasta ese instante no me había dado cuenta de lo sexual que era estar así sobre él.
—Lo siento, lo siento. —Quise levantarme demasiado rápido por los nervios y tropecé acabando aún más enredada sobre él.
—Tienes una mente muy sucia, Charlie. —El sargento me miró divertido y se arqueó ligeramente contra mi cuerpo. —Cualquiera diría que acabas de cumplir la mayoría.
—¿Demasiado mayor para ti ya? —Me levanté y salí de la bañera muerta de vergüenza, pero con ganas de seguirle el juego.
—No lo sabía, la noche del Queens. No estuvo bien, lo siento. —Lo que dije le hizo sentir avergonzado y eso me despertó gratitud.
—Estuvo muy bien sargento. —Le guiñé un ojo y vi como esquivaba mi mirada. Él estaba tratando de ser el soldado perfecto.
—No fue correcto.
—¿Te arrepientes?
—No. —Apenas tardó un segundo en responderme.
—¿Por qué te disculpas entonces?
—Por si tú no estabas…
—Yo volvería a decir que sí. —No me refería solamente al Queens y sé que William lo entendió.
—Vámonos, podrían volver. —William fue hasta la habitación principal donde las dos etiquetas habían arrancado los mapas relevantes y yo lo seguí con ganas de picarle un poco más.
—¿A casa? —Le recordé cómo había llamado al piso y esa vez lo vi

regalarme una sonrisa completa y asentir.

William imprimió las fotos de las paredes y también sacó ampliaciones. Acto seguido cada uno cogió un montón y nos pusimos a analizar su contenido. Mi cuerpo me estaba pidiendo una ducha a gritos puesto que aún tenía la ceniza del incendio por encima, pero la verdad es que lo que estaba viendo me intrigaba mucho más. Teníamos el suelo invadido de papeles con anotaciones y de verdad habíamos encontrado respuestas. Los planos de la base estaban en una de las paredes y William se quedó con ellos, mientras yo observaba las demás. Las paredes restantes eran los planos de tres colonias. A diferencia de las calles de la ciudad, estas seguían una distribución ortogonal. Era como ver una especie de damero o tablero de ajedrez. Pero no fue eso lo que captó por completo mi atención, fueron las fotos que tenían de las colonias por dentro. Verlas fue como mirar dentro de una bola de cristal el futuro.

La gente vestía elegantes ropas y de calidad. los coches eran lujosos y eléctricos. Había multitud de pantallas y tecnología. Casi tanta como zonas ajardinadas. Allí no había pasada una guerra por encima. ¿Quién les había conseguido esas fotos? ¿Conocían Los Salvadores cómo colarse en una colonia? Me quedé un buen rato embobada mirando las fotos. Sin embargo, los documentos que había en la pared fueron los que llamaron mi atención. Comencé a pasar hojas, una tras otra sin dar crédito a lo que veía hasta que al final, me excusé y me fui a la ducha.

Estuve más de la cuenta bajo el agua procesándolo por eso cuando William me llamó para cenar todavía no me había secado el pelo siquiera. Me vestí rápido y fui directa a la cocina porque estaba muerta de hambre. Olía a pizza y en cuanto entré lo confirmé. Dos humeantes pizzas de pollo y barbacoa acababan de salir de horno. El suelo del salón seguía lleno de papeles, pero ahora también lo estaba la mesa de la cocina. Asumí que cenaríamos en el sofá, así que me acerqué a coger los platos para colaborar en algo, ya que mis dotes de cocina seguían siendo nulas. Al darme la vuelta vi que William me estaba mirando de arriba a abajo. Estaba perdido en algo y me habría encantado saber qué era, pero cuando le pregunté en qué pensaba tan concentrado rompió el contacto y me dio largas diciéndome que en nada.

—Nadie piensa nunca en nada, sargento White. —Le dediqué mi mejor sonrisa y guiñé un ojo, pero a él le dio igual. Me sonrió y se fue con la comida al sofá.

No tardé en seguirlo y acomodarme a su lado, después cogí el mando y elegí película. Al acabar William retomó sus papeles y yo volví a coger las fotografías. Las miré un buen rato más en silencio, pero al final no podía aguantarme y necesitaba preguntar.

—¿Has estado en alguna? —El sargento levantó la vista por fin de sus papeles con desconcierto y yo le mostré con efusividad las fotos.

—Tienen fotos de colonias. —Comentó con sorpresa.

—Te lo dije antes, pero tú dónde tienes la cabeza hoy. —Protesté por el caso omiso.

—La tengo en el ataque a la base, Charlie. —Señaló sus papeles con fuerza y luego suavizó su expresión. —Nunca he estado.

—Pues es dónde vas a terminar viviendo deberías ir tomando nota, nadie va de chándal.

—Yo no voy a vivir allí nunca.

—Claro que sí. Tú y todos los no mutados.

—¿Por qué piensas eso? No están creciendo tan deprisa.

—Acabará siendo así, mira estos informes. —Le pasé un papel del suelo y él lo cogió con preocupación. —Son análisis de población, crecimiento y desarrollo de colonias. En diez años estaréis todos allí. Por eso tu hermano y su grupo quieren atacarlas.

—Diez años…

—En diez años aquí ya no quedará gente normal, o los que queden serán voluntarios. —Sentí cierta pena al terminar de explicarle el futuro. —Soltarán bombas de toxina que terminarán con todos nosotros.

—¿Cómo tienen esta información Los Salvadores?

—¿Tú lo sabías?

—¿Qué? —Pareció caer por fin en la cuenta de lo que significaba aquello para mí. —No, claro que no. Joder, te lo habría dicho.

—Me voy a ir lejos cuando sea libre. Tiene que haber algún sitio para resistir.

—No pueden hacer esto, Charlie. ¿Sabes cuántas personas no lo aceptarían? —Hablaba enfadado a la vez que miraba papeles.

—Esos son los voluntarios, William. —Le pasé otro papel en el que se estimaba el número de no mutados que caería con nosotros.

—Yo no voy a aceptar esto. —Posó finalmente los papeles enfadado.

—Pensaba que no te gustábamos.

—Y no me gustáis, mutada. —Su afirmación fue casi como un cuchillo en la espalda. —Pero sé que hay mutados que no han hecho nada. Tú sin ir más lejos. Eres la etiqueta negra más rara que he conocido y me gustes o no, no te mereces acabar así.

—Puedes estar tranquilo. No pienso acabar así. —Tenía la decisión tomada. —Encontraré dónde sobrevivir, solamente es hacerlo una vez más.

Mis últimas palabras fueron más para mí que para él. El sargento asintió como si no creyese que aquello fuera a ser posible y luego estudió en detalle los papeles de las colonias. Y yo acabé cayendo rendida en algún momento que no recuerdo sobre el sofá.

Desperté cuando la luz del sol comenzó a colarse por la ventana. Estaba sola en el sofá y rodeada de más papeles. En la mesa solamente había una taza de café vacía. Miré hacia la cocina y no vi al soldado, lo llamé y tampoco respondió. Me levanté y fui hasta su habitación que tenía la puerta abierta y también estaba vacía. Así que, o se había marchado o solamente podía estar entrenando equilibrios en el tejado. Cogí la chaqueta y las botas y me lo puse sobre el pijama. Cuando llegué a la trampilla del último piso del edificio vi que estaba entreabierta y entraba un frío brutal. En cuanto asomé la nariz me golpeó el aire gélido y comprobé que durante la noche había caído una pequeña capa de nieve. William estaba allí sentado y mirando al horizonte.

—¿Te pagan por congelarte el culo en la nieve? —Pregunté tiritando a su lado.

—Estoy intentando relajarme, mutada. —Me obligó a sentarme a su lado para que dejase de taparle las vistas.

—Vuelvo a ser la mutada.

—Nunca has dejado de serlo. —Lo vi levantar una ceja esperando mi réplica, pero opté por ignorarle. —¿No vas a quejarte?

—¿Por qué hayas vuelto al modo sargento? No mereces la pena tanto y me hago una idea del motivo.

—Es como tiene que ser. —Dijo él y yo asentí. La tregua había terminado. —He estado pensando.

—¿Y vas a contarme en qué o solamente me informas? —Pregunté malhumorada.

—¿Acabas de despertarte no?

—Sí.

—Ya se te nota. —Lo vi reírse de mí y le saqué el dedo del medio. —Estaba pensando en ti.

—Pues déjame decirte que una mutada no debería ocupar tus pensamientos.

—Estoy de acuerdo. —Intentó poner su mano sobre la mía, pero yo la retiré. —Joder.

—¿Qué? —Le grité enfadada.

—Que no quiero que te enfades.

—Eso no puedes controlarlo. —Le dije con satisfacción.

—¡Intento hacerlo bien, Charlie! —Se levantó exasperado y yo fui detrás.

—¡Pues no te olvides de ser el sargento cada dos por tres! ¿Quieres hacerlo bien? ¡Pues vale, hazlo, pero si lo haces que sea siempre así! —Le apuntalé con el dedo a la vez que le decía lo que pensaba de sus idas y venidas.

Estaba dándome la vuelta para irme cuando resbalé en una de las tejas cubiertas de nieve. Grité al ver que me iba directa al suelo, pero con los mismos reflejos que un superhéroe el brazo de William rodeó mi cintura llevándome contra su cuerpo. Me quedé allí quieta de espaldas a él y sintiendo la presión que su mano hacía alrededor de mi cuerpo para no soltarme. Nuestra respiración era profunda e iba en sintonía. El sargento no se movía tampoco, ni aflojaba su agarre supongo que por miedo a que me cayese todavía. Al final, aligeró poco a poco su abrazo y me guio aún con él a la espalda de vuelta a la trampilla.

—Procura no matarte, aun tienes una misión en la que participar. —Dijo él cuando estábamos en lugar seguro.

# Capítulo 18

Estaba muerta de sueño. Eran las cinco de la mañana y el estúpido sargento me había despertado para practicar equilibrios en el tejado. Lo miré una vez más con odio desde el taburete y hundí la cabeza en los brazos sobre la barra de la cocina. A los diez minutos posó delante de mí el plato del desayuno y he de decir que al menos olía bien. Cuando levanté la cabeza para comerme el desayuno y revivir temporalmente al menos, William agitó el bote de sirope de chocolate y dibujó una sonrisa en mi tortita. Después roció la suyas hasta que fue sirope con tortitas y se puso a comer de pie como siempre apoyado contra la encimera.

—Está bien, ¿por qué sonríe mi tortita?

—Es para ver si endulzamos tu humor mañanero. —Me guiñó un ojo con sorna y siguió devorando su plato.

—Las cinco de la mañana no es por la mañana William, son altas horas de la noche. Son para dormir. —Casi le bufé a la par que destrozaba la carita al cortar la tortita y le daba un bocado.

—Come un poco más, en quince minutos se te habrá pasado. —Apuntó y yo estuve de tirarle el plato a la cabeza, pero me habría quedado sin desayuno.

—Pienso tirarte del tejado abajo.

—Luego tendrás que explicarlo. —Dijo entre carcajadas. Supuse que no me creía capaz de hacerlo.

—Diría que fue un accidente.

—Nadie te creería.

—Asia sí. —Le saqué el dedo del medio y me gané una suave risa como respuesta.

—Sí, esa soldado te tiene en muy alta estima, hablaré con ella. Pero ves, ya te va mejorando el humor. —Acabó su desayuno y se fue hacia el baño.

Una hora más tarde estábamos en el tejado bajo una manta helada que me hacía castañear los dientes. William me explicaba cada ejercicio y luego yo lo repetía trescientas mil veces hasta que al menos conseguía no caerme una de ella. A él parecía resultarle todo tan sencillo siempre. En todo el tiempo que lo conocía nunca lo había visto fracasar en algo. No sabría decir qué se le daba mal, tal vez ser amable, pero sí que lo era con quien quería.

Caminé con cuidado, primero un pie y luego otro. Casi hasta aguantaba la respiración de lo concentrada que tenía que estar para no caerme del tejado abajo. William me daba instrucciones, busca un punto fijo, olvida los pies, no mires a ellos y tampoco mires abajo. ¿Cómo si fuera tan fácil verdad? Pero lo peor era cuando había que atrapar objetos al aire o saltar de un tejado a otro sin caerse. De hecho me caí unas cuantas veces y todas ellas agradecí la mano que me lanzó en seguida el sargento White para no matarme de una forma tan absurda.

Cuando por fin comenzó a amanecer y la gente a caminar por las calles, descendimos por la ventana del desván del edificio y volvimos al piso. Me fui directa y sin preguntarle si quería ir él antes a la ducha. Hundí mis pies bajo el agua caliente y juro que grité de dolor al sentir como poco a poco volvían a recobrar el sentido. Estuve un buen rato allí dentro y cuando salí, escuché que Asia había llegado y estaba teniendo conversación una conversación, puede que privada, con William.

—A mi familia le gustaría verte.

—No puedo. La mutada tendría que volver a la base y no está segura. —A mí me pareció la peor excusa del mundo, pero Asia pareció entenderlo.

—Tienes razón. ¿Por qué no viene ella también? A mí no me importa.

—¿Te has vuelto loca? En tu casa hay niños Asia. —Recibí esa respuesta como una tortazo a mano abierta.

—Se controla perfectamente. ¿Por qué dices eso? —Asia bajo la voz y añadió algo que no llegué a entender.

A partir de ahí la conversación se volvió cuchicheos y yo decidí que mi baño comenzaba a resultar sospechoso y demasiado largo. Crucé a la habitación y vi que se habían acomodado en el sofá. Mentiría si dijese que no sentí celos y envidia. Por complicado que fuese todo con William, una parte de mí se removía a su lado y me gritaba todo lo contrario que la lógica. Era la lógica la que dibujaba una barrera entre esos sentimientos y la realidad, recordándome dónde estaba el límite.

Preferí no incomodarlos y me quedé en la habitación hasta que caí profundamente dormida. Al igual que tantas otras veces soñé con mis padres, volví a esas cuatro paredes que me habían enseñado lo que era ser feliz. Y al final, como siempre acabé en el último recuerdo que me llevé de allí y que hacía pedazos todo lo anterior. Desperté con la

respiración agitada y me incorporé con brusquedad al ver una sombra en la puerta. William estaba allí apoyado mirándome.

—¿Quieres matarme de un susto o qué? —Traté de disimular mi pesadilla y tampoco me apetecía ser agradable con él.

—Vamos a comer, ¿vienes?

—No, luego me caliento yo algo. —Evité el contacto visual con él porque aquel hombre era capaz de leerme mejor que yo misma.

—¿Estás bien? —Levantó una ceja que claramente decía que no se estaba tragando aquello.

—Sí, claro. —Suspiró y se fue dejándolo correr.

Una vez Asia se fue decidí que podía salir de mi nido. Era horrible convivir con una persona a la que quieres evitar cuando estás celosa o enfadada. Especialmente cuando esa persona parece estar buscándote para hablar contigo como si fueras su mejor amiga.

—¿Ya se te ha pasado? —Preguntó William desde el sofá con tranquilidad.

—No sé de qué hablas.

—Me escuchaste hablar con Asia. —Casi me atraganto con la comida.

—Sí ¿y qué?

—Y no te gustó lo que dije de ti. —Sonó a estar echándole más paciencia de la que tenía para aquella conversación.

—¿A ti te habría gustado? —Lo miré por fin enfadada y me dedicó una sonrisa. Ese idiota no sabía pedir disculpas.

—Son fechas complicadas y la familia de Asia es perfecta, Charlie. —A la vez que hablaba detecté como lo irritaba aquello. —Hasta a mí me molesta estar allí. Y no porque no me alegre por ella, lo hago, pero me recuerda lo que perdí. Y a ti te pasaría igual.

—Ah, disculpa, ¿me estabas haciendo un favor?

—No lo saques de contexto. No sabes cómo reaccionarías ante algo así. —Añadió él algo ofendido.

—No le haría daño a un niño.

—Yo tampoco quería ir, ¿vale? —Al fin se rindió agotando su coraza. —Voy a poner una peli, ¿te apuntas?

Puso el bol de palomitas entre los dos en el sofá y yo cogí un puñado malhumorada todavía, pero así se hacían las paces en ese piso. Una peli y un bol de palomitas con mantequilla.

William fregaba los platos tranquilamente, mientras yo repasaba uno

de los manuales que había en el piso. No era demasiado divertido, hablaba de electricidad, pero era de los pocos libros que había, así que tuve que conformarme.

Llevábamos unas buenas semanas, sin altercados, cumpliendo con la rutina y con una convivencia agradable. No podía quejarme, cada vez me sentía un poco más cerca de la libertad y me gustaba. Además, la vida del piso se asemejaba cada vez más a lo que yo anhelaba y eso solo me daba fuerzas para seguir luchando por ella.

—Tengo que ir a Bluewood. — Se giró para mirarme y escrutar bien mi rostro.

—Estarás fuera unos días entonces. — Comenté sin saber muy bien por qué me contaba sus salidas si nunca lo hacía. — ¿Vendrá alguien o vuelvo a la base?

—Hay… —Comenzó a ponerse nervioso a la vez que hablaba y se frotaba las manos contra el pantalón. — Hay una misa, por mis padres.

—Entiendo. ¿Es alguna fecha importante? —Lo miré con dulzura porque podía imaginar lo difícil que debía ser aquello. El tiempo no curaba nada.

—Sí. ¿Quieres acompañarme? —Lo soltó como si llevase meses aguantándolo bajo la lengua.

—Claro. — No tuve dudas a pesar de que sabía que no habría nada fácil allí para mí, pero cuando vi la fragilidad que mostró con mi respuesta me quedó aún más claro que hacerlo era lo correcto.

Preparar la bolsa de viaje fue una de las cosas más extrañas que hice en mucho tiempo. De hecho, fue la primera vez que preparé una bolsa para ir de viaje. Y sí, aquel también iba a ser mi primer viaje, escapada, o como pudiese llamarse porque en el fondo estaba yendo con un soldado y no debía olvidarlo. Sin embargo, a pesar de saber que no debía emocionarme demasiado, lo estaba. Desde que William me había dicho que hiciese mi maleta para irnos un par de días, yo había entrado en un estado de fascinación con aquel plan.

En primer lugar, había escogido el conjunto de ropa para el viaje como tres veces. Después me había reprochado aquella actitud y también me había obligado a recordarme que no me podían engañar esos espejismos. En consecuencia, había metido un par de chándales para compensar que pensaba estrenar la minifalda vaquera que Asia había guardado en aquel armario. También las botas de ante verde caqui y el jersey blanco de canalé que siempre temía ensuciar.

En segundo lugar, había ordenado todo al milímetro en aquella bolsa negra con la que más bien parecía que iba a atracar un banco.

Y por último, en tercer lugar, había cotilleado la bolsa de William, mientras él se duchaba. Al principio lo hice para averiguar qué iba a ponerse él y tomar ejemplo, pero después la curiosidad me pudo y registré todo con cuidado. Me sorprendió ver que viajaba con tres pistolas dentro de una sola bolsa y supuse que no las había encontrado todas. Finalmente, cuando lo escuché cerrar el grifo tuve que salir de la escena del crimen.

En cambio, la misma excitación que me suponía pensar en el viaje, me la generaba hacerlo en Bluewood, salvo porque en ese caso era para dejarme un amargo sabor de boca. Yo no quería volver allí. Había dicho que sí por compasión y porque entendía lo difícil que podía ser para William. También lo había hecho porque me imaginaba cuánto esfuerzo le habría supuesto preguntármelo y lo importante que debía resultarle que yo le acompañase. Esas dos cosas me gustaban y me asustaban al mismo tiempo. Pero sobre todo me preocupaba reencontrarme con todo mi pasado. Tenía miedo de revivir todo lo bueno y lo malo que había vivido en aquel pueblo. Especialmente lo malo. Allí había crecido el mayor pozo de oscuridad que conocía y que guardaba tan lejos como podía de mis pensamientos. Esos recuerdos que siempre quedaban tras un muro, una puerta, encerrados en un cajón o en el fondo de un agua tan profunda que jamás permitía alcanzar el fondo. Ahí los había dejado hacía años para poder seguir adelante y no quería encontrármelos de nuevo en mi camino. Algo inevitable si pisaba aquellas calles de nuevo.

El viaje hasta Bluewood en coche duraba diez horas. Diez horas en el mismo coche que el sargento White. Y no solamente tenía que sobrevivir al trayecto, también debía soportar volver a poner un pie en aquel pueblo que odiaba. Aquello iba a ser una tortura y lo sabía.

Me monté en el todoterreno acompañada de un manojo de nervios. No sabía ni cómo sentarme, ni qué decir, casi hasta parecía dudar de si respiraba demasiado fuerte. Tenía una sensación abrumadora y asfixiante que me ahogaba y no me paralizaba. Por eso, cuando William se subió completamente tranquilo y empezó a hablarme igual que si viajase con su colega, me relajé. Me relajé tanto que olvidé por completo a dónde íbamos, para qué y con quién iba. Allí no estaba el soldado, allí estaba un chico divertido, para mi sorpresa, hablador y sonriente. Me encantaba verlo sonreír. Era algo que me gustaba mucho más de lo que debería. Y entonces, me di cuenta de una cosa

que me asustó más. William, el sargento White, se estaba convirtiendo en un refugio para mí, y no estaba segura de si quería llamarlo hogar.

Durante el viaje debatimos enérgicamente de las últimas películas que habíamos visto en aquel sofá que se había convertido en el territorio neutral del piso. También me habló de cómo conoció a su unidad. El orgullo con el que hablaba de sus compañeros solamente me demostró una vez más porque ellos lo respetaban tanto como líder.

—John y yo congeniamos nada más vernos en el campo de entrenamiento. Luego resultó que yo era el de la litera de arriba. —Una enorme sonrisa tiraba de sus labios al relatarlo.

—¿Y Asia y Joana?

—Asia apareció una noche en el bar y se apostó una barra libre conmigo a que daría en el blanco y yo no. —Negaba con la cabeza recordando ese momento único.

—¿Perdiste sargento?

—Hizo trampas. —Rompí en una carcajada al escucharle y él me miró con sorpresa.

—Me queda Joana.

—Esa siempre ha sido una desconfiada.

—Estoy segura de que os investigó a todos. —Predije con gran acierto.

—Efectivamente. Creó un informe de todos los soldados de nuestro grupo y luego vino a hacerse nuestra amiga. Yo encontré sus notas y supe que quería a esa paranoica a mi lado.

—¿Cómo se entera de las cosas?

—Según ella, ve y escucha. Yo creo que tiene poderes.

—¿Una nueva era de mutados? —William levantó la ceja al escucharme bromear de ello.

—Deberíamos ponerla bajo sospecha, sí.

—Espero que no te atribuyas el mérito del experimento.

—Diré que me inspiró una musa. —Volví a romper a reír y él me dio un pequeño empujoncito.

—¿Soy una musa?

—¿Te estás riendo de mí? —Preguntó fingiendo estar ofendido.

Yo seguía riéndome sin parar y al final se lo contagié. La risa de William era fuerte y relajaba todos los músculos de su rostro. Rejuvenecía en aquellos momentos y la rudeza que mostraba se alejaba por completo de él. Cuando reía se veía la realidad de quién era. Un chico de no más de veinticinco años al que el gobierno también le había robado su infancia y juventud. Puede que él no fuese consciente, y tal vez que le gustase ser sargento, pero no le gustaban

muchas de las decisiones que tomaba y tampoco eran propias de su edad. El virus de mi padre nos había obligado a todos a renunciar a demasiadas cosas y a vivir otras tantas que jamás pensábamos. Al final, mis reflexiones despertaron mi curiosidad y pregunté de nuevo.

—¿Cuántos años tienes?
—¿También quieres saber si has hecho algo ilegal?

El calor subió hasta mis mejillas inmediatamente y él guiñó un ojo.

—Sé que no.
—Tengo veinticuatro. Tal vez demasiado mayor para ti.
—Sí, claramente. —Le seguí el juego y vi como la malicia se instalaba en su rostro.
—Ya veremos.
—¿Cómo acabaste siendo tú el líder de la unidad?

Retomé la conversación anterior para cambiar de tema con rapidez.

—Esa historia no te va a gustar. —Dijo mirándome con cierta culpa.
—Quiero saberlo.
—El capitán venía a evaluarnos de vez en cuando. Tenía charlas individuales con todos nosotros y nos preguntaban sobre cómo veíamos el mundo.
—Y lo veías igual supongo.
—Yo tenía dieciocho años y solamente hacía dos que mi hermano había intentado matarme cuando yo solo quería entenderlo y perdonarlo. —Vi que le costaba continuar, pero lo hizo. —Dije todo lo que el capitán quería escuchar y que a ti tan poco te gusta.
—Que nos odias y deberíamos estar muertos.
—Eso fue lo que dije sí. —William asintió y sus ojos marrones me miraba con tristeza y perdidos. —El capitán vio al sargento perfecto y me dejó escoger unidad. Yo apenas me creía lo bien que me estaba yendo todo.
—¿Pero y Asia?
—Vino conmigo. Ninguno sabía lo que nos iban a pedir. —Volvió a pausarse unos segundos. —Todos veíamos un ascenso y algo que celebrar.
—¿Qué os pidieron?
—Nadie quiere ensuciarse las manos y hacer el trabajo difícil Charlie. —Había culpa y remordimientos en su tono de voz.
—Lo hiciste.
—Todos menos Asia. Se fue de la base y estuvo dos años fuera.
—¿Estabais juntos? —Asintió y pregunté lo último que quería

saber. —¿Y ahora seguís haciéndolo?

—No, salvo que sea necesario. Nunca es sencillo apretar el gatillo y siempre hay historias detrás, como la mía o la tuya. —Apretaba el volante con fuerza. —El día que te descubrí te odié más que a nada en el mundo, apenas quería mirarte. Luego me di cuenta de que odiaba lo que representabas.

—¿Y ahora?

—Ahora quiero seas libre.

La conversación terminó desviándose y fluyendo de nuevo a un ambiente de dos personas que no tienen una barrera entre sus mundos. Y seguimos así gran parte del camino. Luego nos quedamos en silencio escuchando la música y disfrutando. Cambié de emisora y descubrí que Ritmo Spark tenía competencia a medida que nos alejábamos de la ciudad. Las probé todas y volví junto a Spark, fiel a su música. Aproveché a bajar la ventanilla y dejar que el sol bañase mi piel hasta que caí dormida.

Olía a destilería y había risas en el piso de abajo. Eché el pestillo de mi puerta porque quería alejarme al máximo de allí. Veintitrés escalones no eran suficiente espacio, así que abrí la ventana y el aire fresco entró en la habitación. Comenzó como una suave brisa hasta que al final empezó a golpear con fuerza. Mis pertenencias salían volando y caían al suelo con fuerza, rompiéndose en mil pedazos y quedando totalmente destrozadas. Cuando me giré para recogerlas me encontré con su brazo golpeándome con fuerza en la mejilla. Me gritaba por haber cerrado la puerta y no haber bajado a saludarles. Estaba borracho y no escuchaba. Ignoraba mi llanto, mi falta de aire, me estaba ahogando y no encontraba mi voz para gritar. Quería gritar con fuerza ¿por qué no podía si sus manos ya no estaban sobre mi cuello? No iba a dejarle tocarme otra vez, nunca más, salvo porque no podía dejarlo salir para defenderme. En cambio, estaba ahí, pidiendo a gritos que le diese la oportunidad de protegerme. Ese monstruo se manifestó como algo húmedo y frío sobre el suelo bajo mi cuerpo y cuando miré todo era de color rojo. También mis manos.

Abrí los ojos y me despegué del asiento sobresaltada. Iba a quitarme el cinturón cuando la mano de William se posó sobre la mía para impedirlo. Lo miré confusa y luego me di cuenta de que habíamos parado a echar gasolina solamente. Él parecía preocupado, pero al final solamente me señaló la gasolinera con la cabeza y yo asentí. El sargento se bajó y habló con el dependiente, luego me preguntó si quería algo de la tienda y yo negué todavía con el corazón acelerado. Cuando lo vi desaparecer en el interior di varias bocanadas de aire

para alejar los nervios que amenazaban con descontrolarme. Al volver me lanzó una bolsa de gominolas y el venía mordiendo unos regalices. Todavía con la angustia en el pecho le agradecí el detalle y me puse a picotear aquella masa de azúcar que últimamente volvía a formar parte de mi vida a menudo. En cambio, tras un buen rato sintiendo la mirada del sargento cada poco sobre mí, lo encaré y le pregunté.

—¿Qué pasa? —Él volvió la vista a la carretera y yo rebufé.

—¿Estás bien?

—Dímelo tú que no paras de mirarme como si tuviese un moco pegado. —Mi comentario se ganó una divertida sonrisa.

—No tienes ningún moco.

—Pues sí estoy bien, tengo gominolas, viento en la cara, buena música…

—Y una excelente compañía. —Remató él.

—¿Y qué miras entonces?

—Quería asegurarme de que estabas bien. —Esquivó mi mirada y añadió. —Antes estabas teniendo una pesadilla.

—No.

—¿El resto del mundo te cree cuando mientes?

—Me creen porque era verdad. —Insistí en mantener mi versión, pero a él le daba igual.

—Las tienes a menudo. Lo he visto más veces.

—¿Me espías mientras duermo? —No desistí de mi intento por evitar el tema y el tampoco en él suyo.

—¿Con qué sueñas?

—No sueño con nada William.

—¿Es con la base? ¿Con los soldados? —Hizo una pausa evaluando mi respuesta corporal y se respondió a sí mismo. —No es eso.

—¿Por qué crees que voy a contártelo a ti?

—Porque conmigo eres tú misma. —Lo dijo como orgulloso de ese hecho y con una ligera sonrisa.

—Lo dices convencido.

—Te leo sin problemas, Charlie. —Luego respiró hondo. —Sé cuándo estás triste o enfadada, también veo cuando mis acciones te decepcionan y las cosas que te hacen feliz. Veo cuando te ahogas y cuando sientes miedo, como ahora, y no quiero que sientas eso conmigo.

—No tengo miedo de ti. —Exhaló un largo suspiro de alivio al escucharme.

—Está bien saberlo.

—¿Qué me hace feliz? —Él sonrió y yo añadí. —Según tu criterio claro.

—La estúpida radio esa y Ritmo Spark a todo volumen, bajar al

mercado a comprar el pan y charlar con los mercaderes de la plaza. Ayudar a reponer a la señora del puesto de castañas. —Comenzó a enumerar todo lo que efectivamente me encantaba. —Las insufribles charlas que tienes con Asia, ver películas conmigo en el sofá y tus amigos los mutados. Eso último te encanta.

—Tienes buen ojo, sargento White.

—William. —Corrigió con rapidez. —El día que ayudaste a Theo…

—No quiero hablar de él. —Dije con rapidez.

—Ese día te vi por completo.

—También me gusta que seas así. —Se me escapó sin pensarlo, pero tampoco me arrepentí. Los dos estábamos siendo sinceros.

—Ya lo sé.

Circulamos una hora más hasta que se hizo de noche y entonces paramos en lo que parecía un complejo de carretera. Tenía de todo y era como una miniciudad en medio de la nada. Supermercado, un par de restaurantes, un pub, tres hoteles que tenían aspecto de picaderos y una farmacia con cajero. William se bajó despreocupado y sacó nuestras bolsas, yo por el contrario estaba desconfiada. Nos acercamos a uno de los hoteles y cada vez sentía más rechazo, allí solo entraban parejas de aspecto extraño y daba la sensación de ser un burdel oculto. Con los pelos de punta y la piel de gallina frené mi paso en seco y le indiqué que no íbamos a pasar la noche allí. William refunfuñó diciendo que los otros estaban más viejos y tenían peores habitaciones, también me dijo que él había hecho noche allí más veces, pero yo lo tenía claro. No iba a dormir allí. Así que conseguí salirme con la mía e ir a uno de los otros.

Efectivamente era bastante más viejo y pequeño, pero el dueño y recepcionista parecía un humilde trabajador que había dedicado toda su vida a trabajar aquel sitio. Estaba celebrando mi gran victoria por dentro, cuando le dijo al sargento que solo le quedaba una habitación con cama de matrimonio. El sargento no pudo ocultar la satisfacción que le produjo aquello y alegremente aceptó sin problemas. De camino al ascensor su sonrisa de “te lo dije” seguía rebosando triunfo. A mí por el contrario me daban ganas de pillarle una mano con el destartalado ascensor.

Entramos en la habitación que tenía aspecto de hace cuarenta años por lo menos y William colocó su bolsa en el armario. Luego se quitó la camiseta de espaldas a mí y yo me quedé embobada de nuevo. Apenas había vuelto a verle así desde la noche del Queens y la verdad es que recordé por qué había perdido los papeles aquel día. Ignorando por completo mi rubor cogió una toalla y se fue al baño que tenía una

diminuta bañera con una llamativa cortina de flores, un lavabo con pie y unos azulejos de bisel dorado.

Aquella habitación era rocambolesca la mirases por donde la mirases. Las paredes de papel pintado a rayas en tonos marrones, la moqueta verde botella del suelo, la cama de madera y las cortinas color salmón. Lo único que pude pensar es que no era un picadero, pero yo a cambio iba a dormir en la misma cama que el sargento White y solo de pensarlo me temblaban las piernas.

William salió de la ducha con la toalla alrededor de la cadera y yo supe que solamente quería provocarme. De reojo volví a mirar con detalle su tatuaje y al final decidí que necesitaba una ducha de agua casi fría. Me llevé todo lo que necesitaba al baño y lo dejé allí componiéndose para la cena. Cuando salí, después de treinta minutos en los que solamente me dediqué a repetirme que aquello estaba bien, me lo encontré recostado en la cama con una camiseta limpia que le marcaba todos los abdominales y un pantalón vaquero negro que se ajustaba demasiado bien. Él no se cortó en absoluto en revisarme de arriba a abajo y tampoco en dejar claro que le gustaba lo que veía. Y después de eso tuve claro que iba a ser una noche muy larga.

A la hora de escoger restaurante también decidí que esa noche iba a elegir yo y aunque al principio protestó, me di cuenta de que mis negativas solamente despertaban la curiosidad del soldado.

—Tampoco vas a cenar donde yo diga ¿a qué no?

—Ibas a llevarme a un burdel. —Recalqué.

—En el que tendrías una cama para ti sola, ahora vas a dormir conmigo en la misma y… —Le tapé la boca y él levanto una ceja divertido.

—Vamos a cenar en el sitio de la pasta.

William levantó sus manos en señal de rendición y yo me encaminé delante de él allí. En este caso, no me equivoqué, o al menos no con la comida. Compartimos una pizza como entrante y luego cada uno escogió su propio plato de pasta. William se pidió una salsa picante y yo escogí carbonara. Todo estaba delicioso y durante la cena ninguno habló demasiado. Yo estaba realmente concentrada analizando a las personas de mi alrededor. Su aspecto era de una vida mucho mejor que las de la ciudad, tenían más dinero y podía verse en sus ropas, en aquel restaurante y en que vivían como hace años, como si nada hubiera pasado. Allí dentro no había mutados y yo había intentado ocultar mi tatuaje casi todo el rato. William debió reconocer el interés

que ese nuevo sitio despertaba en mí tras tantos años bajo el techo de la base y se mantuvo en silencio respondiendo solamente a las cosas que yo preguntaba o comentaba. Cuando el camarero vino a traer la cuenta, que por supuesto corría a cargo del ejército, reparó en el rectángulo gris de mi mano y se fue con el dinero y cara de malas pulgas. Al volver con el cambio nos indicó, en un tono muy cortés, si podíamos abandonar la mesa con discreción, pues no querían que mi presencia pudiera generar malestar entre el resto de los clientes. Ese hecho fue la dosis de realidad que yo necesitaba para entender por qué todos los mutados se aglutinaban en la ciudad, también para recordar las colonias y el plan del gobierno y por último para arruinarme el resto de la noche. En cambio, William no parecía dispuesto a dejar que aquello premiase sobre el resto del día. Así que, una vez fuera, se plantó delante de mí y me propuso irnos de fiesta.

—¿Estás loco? Acaban de echarnos de ahí. —Dije con cierta vergüenza aunque sabía que yo no tenía culpa.

—Porque te has empeñado en cenar donde todos los estirados pijos esos. —Reí al escucharle.

—¿Tú y yo de fiesta?

—Estamos lejos, solos y nada nos impide ser libres esta noche, a los dos. —William acarició mi rostro con un brillo especial en los ojos.

—¿Qué propones?

—Vamos al club, olvídate de todo y pásatelo bien conmigo. Vive.

—¿Solo una noche? —Repetí la pregunta del Queens y él sonrió.

—Si es lo que quieres.

Extendió la mano y yo no dudé en aceptarla ni medio segundo.

# Capítulo 19

Entramos al pub sin que nadie reparase en el soldado y la mutada que iban a irse de fiesta juntos. En efecto, allí éramos solamente dos personas más y aquella sensación fue la mejor del mundo. Enseguida me olvidé de lo mal que me había hecho sentir el camarero del restaurante italiano y de que aquello no estaba bien.

El pub era bastante pobre por dentro, pero aun así estaba lleno de gente. Una chica y un chico de menos de treinta años atendían la barra con alegría y gran velocidad. La gente llegaba pedía y se alejaba de allí nuevo a saltar y bailar en el resto del espacio. No había una pista de baile como tal, o una zona de sofás, tampoco billares o dardos. Allí solamente bebías o bailabas y yo tampoco podría poner mucha queja porque, a pesar de que no había DJ pinchando música, me gustaba mucho la que estaba sonando.

El sargento cogió mi mano y yo dejé que me guiase entre toda aquella gente hasta la barra. Mientras nos acercábamos bajé la vista a nuestras manos entrelazadas y fui consciente de lo bien que me sentía así. ¿Por qué estaba tan sumamente cómoda a su lado? Ni siquiera yo lo entendía, pero de lo que no tenía dudas es de que nuestros cuerpos y nuestras almas se atraían la una a la otra. William y yo conectábamos. Incluso sabiendo lo surrealista que era, extraño y sobre todo imposible, los dos nos buscábamos el uno al otro siempre. Y cuando estábamos así, como ese momento, relajados y olvidándonos de todas nuestras diferencias, no había nada mejor en todo el puñetero mundo. Era magia y yo quería recordar y grabarme a fuego en la piel y en la memoria todo lo que esos momentos me hacían sentir. Pequeños tesoros que brillarían siempre conmigo.

William le pidió dos de algo al camarero y luego cogió dos pajitas de un vaso que estaba sobre la barra. El contenido del vaso era de color rojo intenso y por eso solamente di un pequeño sorbo con cierta desconfianza de si me iba a gustar o no. Él esperaba con expectación mi reacción y la realidad es que me sorprendió gratamente. Tenía un sabor dulce y afrutado, como beberse una gominola, tal vez demasiado suave.

—¿No lleva alcohol? —Pregunté confusa.

—¿Pensando en emborracharte, Charlie?
—Pensé que íbamos de fiesta.
—Si te emborracho no vas a recordar la mejor noche de tu vida. —Respondió cerca de mi oído y con mucha calma.
—¿Estás seguro de que va a ser la mejor?
—Voy a hacer que lo sea.

Probé su vaso ignorando la cara de ofensa que me dedicó por mi desconfianza y comprobé que para él también se había pedido el mismo refresco. Imaginé que el sargento tampoco querría olvidar la mejor noche de su vida.

—Aquí hay música. —Miré al sargento que me acompañaba y solamente vi a un chico demasiado guapo. —Baila.

También me gustó esa orden. Así que me moví hacia la pista de baile de aquel extraño bar de carretera y me dejé llevar por la melodía deslizando mi cuerpo al ritmo de esta. Mis músculos empezaron a relajarse, la tensión se alejaba de mi cuerpo con cada movimiento. Y a la vez sentía a William observándome sin cuidado desde la barra.

No negaré que me propuse seducirlo e hice todo lo posible para ello. Y apenas pasaron unos minutos hasta que se unió a mí. Allí éramos completos desconocidos para todo el mundo y podíamos sentirnos libres. Su cuerpo no tardó en adaptarse al mío y a la música. Me sentía viva ante su roce dejándome llevar por ese contacto. Tenía la piel de gallina y me paralicé cuando me giré para mirarlo. Como si pudiera leerme la mente pareció percibirlo, rodeándome las caderas y pegándome más a él, llevándome a su ritmo y a su placer. Sus labios se acercaron a mi cuello, el aliento rozaba mi piel y mi sentido del tacto se volvía más agudo a cada segundo. Quería sentir por fin el roce de sus labios sobre mí así que ladeé mi cabeza para darle acceso y no tardó en saborearme despacio. Fue juguetón como siempre. Su lengua recorrió mi cuello disimuladamente hasta mi oreja depositando un pequeño mordisco en el lóbulo.

—¿Quieres jugar esta noche otra vez? —Su mano se deslizó con cuidado entre mis piernas.
—Uhm.

Apenas podía articular palabra casi. Sus dedos se movían bajo mi falda con total discreción. Finalmente, me empujó hasta un rincón oscuro donde nadie podía vernos.

—Eso no sonaba muy seguro. Vas a tener que ser más contundente, Charlie.

—Quiero que sigas. —Besé su cuello buscando calmarme.

—¿Hasta dónde sigo? —Parecía estar disfrutando con aquel juego o tortura, y yo me excitaba cada vez más.

—Hasta el orgasmo.

—¿Solo tú? ¡Qué egoísta! —Sus dedos se hundieron en mí llevándome otra vez al placer máximo. Cuando acabó mordió de nuevo mi oreja y añadió. — Vete pensando cuando compensarme.

Volvimos a la pista y seguimos bailando hasta bien de madrugada. Mi cuerpo estaba desenfrenado y se dejaba llevar por la música, al igual que el del William conmigo. Los dos nos movíamos con armonía, adaptándonos al hueco del otro y sonriendo. Sonrisas. Eso era lo que no había desaparecido todavía ni de su rostro ni del mío. Podía ver el brillo en sus ojos también cargados de deseo y de ganas de que aquello durase para siempre. Canté y reí bajo su abrazo hasta que apenas quedaba casi gente allí y luego salimos todavía eufóricos hacia el hotel.

Fue en el ascensor cuando mi cabeza aterrizó de nuevo sobre la tierra. Recordé el placer que me había dado y también como habíamos frotado con deseo nuestros cuerpos y entonces comencé a ponerme tensa y enrojecer. Empecé a dar por hecho que nuestra noche había terminado al salir del pub, salvo porque cuando William me prometió la mejor noche de mi vida, estaba dispuesto a gastar cada minuto de ella.

—No sé en qué está pensando esa cabecita tuya, pero todavía es de noche. —Había luz y brillo en su mirada avellanada y yo quise seguir.

—¿Y cómo vas a mejorarla?

—Vamos a gemir de placer hasta que salga el sol.

El rubor tiñó por completo mis mejillas al mismo tiempo que me mordía el labio con ganas. Él me guiñó el ojo y ni siquiera tuve tiempo de reaccionar. William me levantó del suelo en cuanto abrí la puerta de la habitación y me llevó en volandas hasta la cama. Después se tumbó sobre mí y juntó su boca con la mía con desesperación.

Los dos sabíamos a refresco de fresa y azúcar. Demasiado dulces para tanta pasión. Correspondí su beso con las mismas ganas que él y le mordí el labio inferior ganándome un pequeño quejido, aunque en realidad sabía cuánto le gustaba aquello. Me giré obligándole a

cambiar de postura y me coloqué encima. Después le quité la camiseta y mis manos viajaron directamente a su pecho donde recorrí su tatuaje y dejé una estela de besos alrededor. Cuando levanté la vista, William me observaba fascinado así que aproveché para quitarle el resto de resto y acariciar el resto de su cuerpo.

—Tienes demasiada ropa y yo muy poca. —Murmuró tirando de mi jersey hacia arriba.

—¿Quieres verme con menos? —Me encantaba lo natural que me resultaba hablar con él.

—Quiero verte desnuda.

Acarició mis pechos y luego se encargó de conseguir lo que quería. Ambos nos encontrábamos piel con piel, sudados de pasión y con ganas de no terminar nunca. William usó sus manos, boca y todo su cuerpo para darme placer y yo lo dejé. Luego en cambio tomé el control y me senté a horcajadas sobre él moviendo mi cadera en círculos hasta que finalmente los dos gemimos juntos.

Me recosté sobre su pecho desnudo y me relajé escuchando el latido de su corazón. Al principio acelerado y luego poco a poco cada vez más lento. Su respiración era honda e iba acompañada del movimiento que sus manos dibujaban sobre mi espalda. El roce era delicado y suave, igual que el de una pluma y me hacía pequeñas cosquillas, pero podría haberme dormido allí para siempre. Ese momento fue paz, calma y seguridad. Y eso era todo lo que yo siempre había buscado. El único problema era que terminaría en cuanto me durmiese y que cuando volviese a abrir los ojos volvería a ser la mutada y William el sargento. Quise llorar solamente al pensar en ello, pero fue todavía peor darme cuenta de que Asia tenía aquello cada noche. Sentí celos, envidia y frustración al darme cuenta, a la vez que vergüenza y culpa porque Asia era mi amiga y yo no me estaba comportando bien.

—Para. —Dijo de repente William.

—¿Qué?

—Disfruta la noche. Es nuestra y hoy no hay etiquetas. —Miró al techo con un suspiro. —Mañana traza la línea que quieras.

—¿Por qué crees que nos gustamos?

—No es nada raro.

—Pero los dos sabemos que esto no va a durar, ¿por qué no lo paramos antes?

—Yo no quiero. —Esa respuesta me gustó, pero él quería asegurarse de resolver mi duda, así que preguntó. —¿Te sirve esa respuesta?

—¿Vas a darme otra si te digo que no? —Lo miré con una pequeña sonrisa.
—¿Por qué no lo paras tú? —William me miraba con la ceja levantada retándome.
—Porque no quiero tampoco.
—Entonces no hay ningún problema.
—Dime una cosa solamente, ¿le estás siendo infiel a Asia? —Resolver esa duda si me parecía crucial para terminar la noche.
—No, puedes estar tranquila por eso. —Fíate tú pensé yo en realidad, pero no lo dije.
—¿Qué significa? —Recorrí su tatuaje con el dedo de nuevo y luego lo miré. Volví a ver esa fascinación en su rostro y supe que era importante.
—¿Por qué te gusta tanto?
—Porque no te grabarías cualquier cosa en la piel y eso me intriga. —Bajé la mirada de nuevo al tatuaje.
—Si te lo digo entonces va a dejar de gustarte.
—Vas a tener que arriesgarte. —Sonrió al escucharme.
—Es la runa inguz y representa nuevos comienzos, abandonar etapas y recordar la fuerza que hay en nosotros mismos para ello. —Comprendí cuán importante era y me sentí identificada con aquello. —Tenemos un mundo roto y hay que reconstruirlo.
—Están las colonias. —Respondí con tristeza.
—Eso no es una solución, no para mí. —Escucharle decir aquello solo me demostró que de verdad había aquello que veía a veces en él. No me equivocaba con William.
—¿Y la flecha?
—Protección.
—No me sorprendes soldado. —Respondí finalmente orgullosa.
—¿Te sigue gustando?
—Mucho más.

Aprovechamos el resto de la noche disfrutando de la compañía de nuestros verdaderos yo. Exprimí a William, al que siempre creía haber visto entre la sombra del sargento, y no dejé de conocerlo hasta el más mínimo detalle porque la realidad es que me gustaba más que nada en todo el universo. Ignoré por completo que aquello tenía la fecha de caducidad más corta de la historia, que cuando recordase aquello sentiría nostalgia y también que nunca nada más estaría a la altura. ¿Cómo iba a encajar la Charlotte del futuro aquello? Tampoco lo pensé, simplemente hice lo que él me había pedido, disfruté y al día siguiente la línea estaría clara.

En aquella habitación apareció Charlotte, la de verdad también, la que

quería ser feliz y tener un futuro. Apenas podía reconocerme a mí misma. Me sentía libre, despreocupada y sin miedo. Soñadora y atrevida por igual. Mi timidez se había quedado tras la puerta de la habitación y todos mis temores se habían esfumado. Bailé sin música y obligué a William a bailar conmigo, mientras aquella habitación horrible y anticuada se llenaba de esperanza y positividad. Relaté todos mis sueños, mientras miraba las estrellas tirada sobre un sucio suelo de moqueta, pero no importaba. William escuchó cada palabra y me habló de los suyos y si no fuera porque no teníamos futuro habría sido maravilloso construirlos juntos.

Los dos anhelábamos construir una familia, fuerte y llena de amor, porque sabíamos que eso existía. Ambos queríamos luchar por recuperar el mundo que nos había sido arrebatado, sin tener que huir de él. Como su runa, crearíamos un nuevo comienzo donde proteger a todo el mundo. Encontraríamos paz y descanso porque pelear ya había demostrado que no bastaba, pero a los sueños les faltaban alas y sobre todo fuerza. Nadie sueña cosas pequeñas.

Al final, volví a la cama agotada y descansé sobre la almohada mi cabeza. William me siguió y me tapó con cuidado. Los dos vimos con claridad que en cuanto cerrásemos los ojos habría acabado, pero ya lo sabíamos cuando empezó. Solamente pasó el brazo alrededor de mi cabeza y continuó acariciándome.

Hay momentos con magia y ese fue uno de ellos. Me tatué cada caricia en la piel. Momentos fáciles de saborear y acompañados de la melodía que fue escucharle reír. Ojalá cerrar los ojos y revivirlo como el que ve su escena favorita de la película una y otra vez. Solo por si acaso, me quedé con el olor del amor que nos rodeaba en aquel momento. Solo por si no lo volvía a ver.

—¿Ha sido la mejor? —Preguntó cuando vio que me estaba quedando dormida.
—Voy a recordarla siempre.
—Y yo. —Respondió feliz.

# Capítulo 20

A la mañana siguiente William había cambiado. Tampoco me hizo falta preguntar el motivo, tenía claro que se debía a la misa. Lo vi salir con una camisa blanca y un pantalón de vestir gris. Era la primera vez que veía a alguien tan arreglado en años, estaba acostumbrada al chándal y los uniformes. Por lo que, no me extrañó sorprenderme a mí misma observándole en más de una ocasión.

Yo en cambio había optado por una sudadera con capucha y unos joggers. Solamente hacía cuatro y medio años que me había ido de allí y no quería arriesgarme a levantar sospechas y rumores entre la gente del pueblo.
El viaje en coche fue en silencio. Yo me encontraba cada vez más nerviosa, no sabía cómo iba a reaccionar en absoluto al volver allí. Nada más ver el cartel de la entrada del pueblo sentí náuseas y después más y más a medida que nos íbamos acercando.

Todos y cada uno de aquellos lugares eran recuerdos dolorosos para mí. Especialmente cuando dejamos atrás la casa de mi tío. Evité mirar por la ventanilla volviendo la vista al frente con brusquedad. No podía estropear aquel día, pero tampoco podía enfrentarme a mis pesadillas en aquel instante. Si William notó algo extraño no lo dijo.

Por precaución aparcamos lejos del centro del pueblo y cada uno fue por su lado. No tardé en subirme la capucha para evitar rostros conocidos.

Cuando llegué a delante de la Iglesia William ya estaba allí saludando a varias personas. Amigos de la familia y vecinos imaginé. Apenas pude reconocer el entorno porque mis ojos viajaron inconscientemente a la casa de al lado. El césped que rodeaba la casa estaba cortado y cuidado. Imaginé que serían nuestros antiguos vecinos los que lo mantenían así. Nadie quiere vivir al lado de una casa abandonada. En cambio, el exterior se veía envejecido, el blanco estaba sucio y las puertas y ventanas se habían deteriorado con el tiempo.

Fue duro ver aquello y saber que allí hubo un tiempo donde fui feliz y encontré amor, pero ese tiempo había muerto el mismo día que mi padre mató a mi madre. Ahora cuando miraba aquella casa solo

escuchaba gritos.

Las campanas de la Iglesia comenzaron a sonar captando de nuevo mi atención. El pueblo no había mejorado durante ese tiempo. El virus había dejado estragos en todos los lugares y Bluewood no era una excepción. La gente parecía haber mejorado económicamente, pero la escasez seguía aparente en la falta de ajardinado de las zonas verdes o las carreteras sin acondicionar repletas de baches.

Me uní discretamente a la multitud y después me situé en uno de los bancos del fondo. Utilicé el pelo para tapar mi rostro y me mantuve así durante toda la misa.
William se colocó al principio. Había unos cuantos centros con flores y el sacerdote dedicó unas palabras muy sentidas para la familia. Imaginé que también habría conocido a sus padres. El sargento White mantuvo la compostura durante toda la ceremonia, parecía de hierro, pero yo podía imaginar por lo que estaba pasando y lo desesperado que debía sentirse.

Al acabar salí antes que el resto. Aunque quise parecer de hielo fui incapaz. Quería acercarme a mi antigua casa y fue lo que hice. Nada más presentarme frente a la puerta los fantasmas del pasado se arremolinaron conmigo y estuve tentada a dar la vuelta. Sin embargo, después de haber visto a William honrar a sus padres, me pareció que debía ser valiente y al menos honrar a mi madre, y si no era honrarla, tan siquiera recordar brevemente lo feliz que allí fui.

Acerqué la mano al farolillo que había al lado de la puerta y como años atrás allí seguía la llave de repuesto tras él. El farolillo era en realidad una tapadera, se descolgaba y dejaba a la vista una pequeña puertecita que contenía la llave en su interior.

El olor a cerrado y a polvo me recibió como una ola nada más abrir. Una vez dentro me fui acostumbrando a ese extraño olor que no era el habitual allí. Mi casa siempre olía a galletas recién horneadas. A mi madre le encantaba la repostería, pero ahora solamente podía verse la vieja bandeja de horno sobre la encimera.

Todo estaba tal cual aquel día. Como si simplemente hubiésemos salido por la puerta de casa un día para no volver. Más o menos lo que pasó. Mis juguetes seguían en el suelo del salón esparcidos y el arcón donde debía ordenarlos vacío. Allí estaba la tortuga Lola, que ahora parecía color marrón por el paso del tiempo y otros tantos amigos de esta.

Ignoré las fotos del recibidor porque no podía mirarlas sin sentir dolor. La niña que sonreía en ellas abrazada a sus padres ya no estaba conmigo.

Por último, me acerqué a la escalera y tomé aire con fuerza. Uno a uno subí todos los peldaños hasta mi habitación. Y entrar allí fue el reto final. Absolutamente todo lo que alguna vez me había hecho feliz estaba en aquella casa, y la gran mayoría en aquella habitación. Del cabecero de la cama colgaba todavía la abeja con cascabel que me había regalado mi padre. Era uno de los recuerdos más nítidos que tenía y por alguna razón me acerqué y la cogí.

Volví sobre mis pasos finalmente a sabiendas de que llevaba demasiado rato allí y que William estaría esperándome. Para mi sorpresa lo encontré en el medio del recibidor esperando y observando todo, especialmente las fotos. Nada más verme me hizo un escáner, supongo que buscando alguna anomalía que le gritase esta mutada está a punto de estallar como una bomba de relojería. Aun así no dijo nada y caminó hacia la cocina y el pasillo que daba al baño y al sótano. Yo ni siquiera había mirado en esa dirección porque sabía lo que había, pero estaba claro que él sí lo haría. Mientras William caminaba por la cocina, vi como un rostro demasiado conocido se acercaba a la puerta. Apenas tuve tiempo para avisarle.

—Escóndete. —Susurré justo cuando la puerta se abrió.

Me pilló desprevenida. No sabía si el sargento estaba a la vista o no, pero tampoco iba a girarme para averiguarlo, eso solamente me delataría en caso de que William hubiese desaparecido a tiempo.

—¿Qué haces tú aquí?
—Hola a ti también.

Se movió en círculos mirando hacia el techo y después se alineó conmigo dejando el pasillo a mis espaldas.

—Esto es propiedad privada.
—Lo sé, sí. Nada más y nada menos que de Charlotte Deckers.

El hermano de William y líder de Los Salvadores intimidaba por su volatilidad, pero en aquel momento estaba más nerviosa por saber que haría el sargento.

—La hija del doctor Cameron Deckers.

—¿Qué sabes tú de mi padre?

—Sé que se cargó el mundo. ¿Te parece poco?

—Me parece suficiente.

—Y ahora su hija es la última incorporación de mi grupo. Me gusta hacer los deberes y más en casos tan particulares como el tuyo. —Hizo una pausa dramática y avanzó un par de pasos en mi dirección.

—¿Y bien? Algo reseñable. —Quise sonar todo lo dura que pude, o que sabía, pero no me pareció bastante.

—El otro día me encontré con un muchacho, tenía los ojos azules y era bastante pequeño. Nada destacable en él, salvo sus ganas de vivir. Íbamos a matarlo porque se había colado en nuestras instalaciones, pero entonces dijo algo que captó mi atención. —Carraspeó para proseguir con la historia. — Dijo que tenía información muy útil del gobierno y me habló de ti, Charlotte.

—Supongo que conociste a Theo. —Casi escupí el nombre al saber que ese pequeño inútil había vuelto a causarme problemas.

—Ah sí, el pequeño Theo. Realmente interesante lo que hacemos por sobrevivir. Me habló de tu amigo Marco también, me dijo que harías cualquier cosa por él. ¿Estaba en lo cierto?

Levantó una ceja en un gesto similar al que William solía hacer, pero que en él era totalmente desagradable.

—Y que haría cualquier cosa a cualquiera que se atreviese a ponerle un dedo encima.

Esta vez sé que si soné amenazadora. No tenía dudas de la diferencia entre una frase y otra. La realidad es que en ese momento sí que lo estaba amenazando.

—También lo comentó sí. Me gusta ver que tienes fuerza Charlotte. Defiendes lo que quieres, como yo.

—No creo que tengamos mucho en común la verdad. —Fui tan despectiva como si hablase con una rata.

—Theo me contó también que colaborabas con soldados. —Arqueó una ceja de nueva en busca de mi respuesta corporal, pero me mantuve como una estatua sin apenas soltar aire. —Y que sabían lo que eras. Algo que no cuadra con tu historia.

—Comprenderás que de haberte dicho eso no me habrías aceptado.

Ignoré su acusación como una mera colilla. Aunque dios sabía que en el fondo estaba muerta de miedo por si mi tapadera se iba a la mierda y tenía que salir de allí corriendo.

—Tienes razón, pero entenderás también tú que no sé si eres de fiar. ¿Por qué te uniste a nosotros si ya eres libre Charlotte?

—El doctor y los soldados me utilizaron, me trataron como una rata de laboratorio. Me metieron en una jaula y experimentaron conmigo. Algunos de ellos miraron sin pudor. Y peor aún usaron a Marco para chantajearme. —Saqué bilis de dentro de mí recordando esos momentos.

—Y ya sé lo que haces a cualquiera que toca a tu amigo ¿no es así?

—Venganza es lo mínimo que podría desearles porque no hay una muerte lo suficientemente lenta y dolorosa para que paguen por ello. —Sentía la rabia en la punta de la lengua dispuesta a soltar su veneno.

—Así que la chica que puede controlarlo no es tan dócil como parece.

Se reía bajito y daba la impresión de que todo le parecía sencillo. Yo me encogí de hombros y él me esquivó para seguir caminando hacia el pasillo del sótano. Supe que no podía seguir de espaldas. Darme la vuelta fue doloroso, pero tenía que ser fuerte, allí ya no quedaba seguridad más que la que yo misma pudiese darme.

—No puedes pasar ahí.

—No paso nada bueno en este lugar. ¿Fuiste tú? ¿Son eso las pisadas de una diminuta Charlotte?

Señaló la mancha de sangre que se había vuelto casi negra en el suelo y mis pisadas al lado de ella. Apenas podía respirar al mirar aquello, pero desmayarme no iba a salvarme la vida.

—Los niños son los peores, impulsos incontrolables.

—¿Hablas por experiencia propia? —Desafié sus acusaciones aprovechando lo que William me había contado.

—Detesto a los traidores y me gusta dar segundas oportunidades, Charlotte.

Esta vez me di cuenta de que así es como parecía sentirse él por su hermano. Después lanzó una bola de papel al suelo justo sobre la mancha.

—¿Qué es eso?

—Tu segunda oportunidad. Demuéstrame que estás de mi lado.

El hermano de William se fue y yo me quedé allí pasmada. Miraba la sangre con el miedo a que de ella todavía pudiera salir alguna fuerza

que fuese a llevarme de vuelta a aquel día. Tras un minuto William salió de baño quedando entre aquel desastre y yo. No estaba segura de por qué me miraba como lo hacía, puede que estuviese emitiendo su propio juicio de aquella escena. Si lo hizo, no dijo nada. Simplemente se acercó allí por mí, cogió el papel y me lo entregó sin dejar de estudiarme.

El papel contenía una foto de Theo, libre, sonriente y con buen aspecto. A su lado venía dirección, una dirección donde encontrarlo. Dejé caer la abeja cascabel que había estado sosteniendo todo ese rato y salí a fuera sin decir nada. William me siguió dándome espacio, o asegurándose quizás de que era seguro, y al salir cerró con llave esa casa para siempre de nuevo.

Fue tras medio viaje de vuelta en silencio cuando me atreví a preguntar, a pesar de que sabía que todas las emociones vividas por parte de ambos eran razón más que suficiente para el vacío que reinaba en el coche.

—No has dicho nada todavía. —Tal vez no fue una pregunta, pero venía a significar lo mismo.

—No sé si quiero preguntar.

—Ya veo.

No lo dijo en voz alta, pero estaba presuponiendo todo sin hacerlo y esa desconfianza me dolió demasiado después de lo que había pasado la noche anterior. Incluso sabiendo que esa noche no iba a suponer nada más que una noche entre nosotros, para mí había demostrado que nos entendíamos y confiábamos. Por eso, las dudas que ahora había por su parte solamente me destrozaron. Si Jack con una simple y absurda acusación podía romper toda la magia de horas antes, entonces no era magia.

—Tampoco sabría si me estás diciendo la verdad. —Me miró directamente a los ojos buscando contacto visual. —En tu casa, no he sido capaz de distinguir cuando mentías y cuando no.

—No sé por qué crees que he mentido, pero todo lo que he dicho ha sido verdad.

# Capítulo 21

Llovía con fuerza y yo corría bajo los alerones de los viejos edificios para refugiarme del agua. No había sido una reunión muy productiva, apenas habían hablado de nada útil, pero ese no era mi problema. Yo había proporcionado toda la información que se me pidió y William ya había apagado el pinganillo. Lo sabía porque su respiración ya no salía por el microscópico altavoz que llevaba en la oreja.

En mi breve huida para evitar llegar como un gato mojado al apartamento, alguien con el mismo objetivo tropezó conmigo. Me giré solo unas décimas de segundo para disculparme y entonces sentí que me cogía con fuerza del brazo para obligarme a girarme por completo.

—¿Lotti?

Hacía años que no escuchaba esa voz. Una voz que se colaba más de una noche en mi cabeza en forma de pesadilla. La voz de alguien a quien había decidido odiar por mal que estuviese odiar a nadie. Cuando levanté la vista, lo vi allí con unas cuantas arrugas más dejando claro que el tiempo no le había tratado bien. Tenía el pelo mucho más canoso que la última vez y el ceño seguía igual de fruncido que siempre. También había engordado bastante y por su vestimenta haraposa supuse que seguía con problemas económicos a causa de su adicción a la bebida.

Medio aturdida conseguí recuperar un pequeño trocito de cordura, el suficiente para recordar que era un peligro quedarme allí mucho más. Me sacudí con fuerza para zafarme del agarre e irme, pero entonces me atrapó el otro brazo.

—¿No vas a darle un abrazo a tu tío? Aunque deberías estar muerta, ¿qué les has dado?

Aunque no lo necesitaba, esa pregunta fue el impulso final para saber que debía huir. Me sacudí rápidamente de encima sacando mis brazos de la cazadora y corrí con todas mis fuerzas, mientras escuchaba los delirios de mi tío a mis espaldas. Por suerte no me siguió, pero a cada zancada el corazón me martilleaba con más fuerza y él puso iba más rápido. Los cuatro años que habían pasado no eran suficientes para

borrar la ira que sentía por lo que me había hecho. Me enfadaba a cada instante un poco más y no podía perder el control allí sola en plena calle.

Entré en el edificio casi desbocada, quería gritar, romper todo lo que estaba frente a mí y no había espacio bastante en el que pudiese albergar el aluvión de sentimientos que tenía encima.

—¿Qué narices ha pasado?

William trató de contenerme en el salón, pero esquivé su agarre y cerré con más fuerza de la debida la puerta de la habitación. No me hizo falta levantar la vista para saber que la había roto. Hundí la cabeza entre las rodillas y me abracé con fuerza a ellas como siempre. Esa vez la mutación no dolía como cuando liberaban la toxina, esa vez era yo que solamente estaba furiosa y descontrolada. En mi cerebro los recuerdos aparecían sin cesar, sin que pudiese pararlos o detenerlos. No podía pensar en otra cosa, volvía ahí, a esas paredes, a ese olor a borracho, a ese nombre. Lotti. Un apelativo repugnante que solo él usaba conmigo. Poco a poco comencé a sentir el dolor que yo misma me infligía, recuperando brevemente parte de mí.

—¡Charlie para!

William entró sin pensarlo y se lanzó para obligarme a soltar mis rodillas, pero en ese momento mi voluntad era mucho mayor que la suya.

—Por favor para, te estás haciendo daño. —Poco a poco su ímpetu se desinfló como un globo hasta que acabó abandonando la habitación.

Horas más tarde volvió a la habitación. Ni siquiera miró hacia la puerta desencajada. Se quedó allí en la entrada mirándome a mí, que tenía las manos llenas de sangre y el aspecto de alguien enfermo. Me había quedado agotada físicamente, casi sin energía y vacía de sentimientos también. Cuando por fin le devolví la mirada se acercó hasta mí y me levantó en brazos. No dije nada cuando me llevó así hasta el baño, pero podía ver que no estaba tranquilo. Abrió el armario y sacó el botiquín. Después rasgó sin esfuerzo la tela del pantalón a la altura de las rodillas y se puso a limpiar las heridas. Ninguno de los dos articuló media palabra en ese rato. Al final, cuando acabó esa tarea se centró en mí. Recogió con cuidado algunos de los mechones de pelo que me caían sobre él y me habló.

—¿Qué te ha pasado?
—Me descontrolé.

Traté de levantarme y salir de allí, traté de huir, pero antes de que me diese cuenta me había abrazado con fuerza contra su pecho y me acariciaba con la misma ternura que la noche del hotel.

—Sé que no pierdes el control con facilidad, Charlie.
—No necesito que me cuides, de verdad. Esto no está bien.
—Esto es de las pocas cosas que están bien entre nosotros.
—¿Estás seguro? —Reí de forma amarga y con un sabor agridulce en la boca añadí. —No hemos hablado apenas desde Bluewood.
—Esa es una de las cosas que no están bien. —Exhaló un largo suspiro dejándome claro que la desconfianza seguía ahí. —¿Qué ha pasado hoy?
—No necesito que me ayudes. —Me desprendí del agarre porque su apoyo pasajero dolería más cuando se fuese. —No ha pasado nada, soy así y deberías ir entendiéndolo.
—No te creo. —Me hizo levantar la mirada hasta encontrarme con sus ojos. —Y que me mientas solo me confirma que ha sido algo más grave.
—No soy tu problema. —Respondí antes de irme.

Dejar correr el incidente fue sencillo. Me alejé del sargento y limité nuestra relación a asuntos única y estrictamente profesionales. Él en cambio no parecía demasiado cómodo, especialmente porque no llegábamos a ningún acuerdo y esa noche ya era la cuarta vez que William y yo discutíamos sobre qué hacer con la dirección de su hermano y Theo.

William sostenía que podía ser una trampa y que de no serlo tampoco habíamos venido a eso. Yo en cambio tenía una sed de venganza que no había conocido antes. Estaba furiosa, Theo no solo me había vendido para salir, también lo había hecho fuera. Si se hubiese ido un poco más de la lengua la misión podría haber fracasado y yo estar muerta en ese momento. Otra opción es que William tuviese razón y su hermano supiese más de lo que nos dejó ver.

Finalmente, el sargento decretó que no iría allí y que no nos arriesgaríamos. Por supuesto, cuando alguien no se juega su propia vida en las decisiones que toma es sencillo hacerlo. William podía tener los planes que quisiera, pero yo no iba a jugarme el pellejo así.

Salí al frío de la calle dándole la bienvenida a una noche oscura y densa. La niebla se arremolinaba ligeramente disminuyendo la visión.

Como si el tiempo predijese los actos humanos, era una noche en la que nada bueno se presagiaba. Apreté mi mano dentro del bolsillo y profundicé el agarre sobre la pistola. Llevaba puesto el seguro y únicamente una bala.

Caminé segura. Tenía claro el objetivo, solamente me tropecé con un borracho a medio camino. Lo ignoré y seguí con el pensamiento fijo. No podían cancelar la misión y Theo merecía lo que iba a pasarle. Era un traidor.

Me sorprendió ver que la dirección llevaba a la parte trasera de la taberna de Neil. Había seguido las nombres de las calles sin parar a comprobar el destino. Por eso cuando estuve allí pensé si tal vez aquella taberna era una tapadera, o si Luc estaba acogiendo a Theo sin saber cuán ruin era.

Me dio igual. Esperé paciente, si aquel era el destino allí debía aparecería Theo en algún momento. No miré atrás tampoco, no quería saber si William me había seguido o no. Era probable que no o ya estaría de vuelta al piso flanqueada por tres tiradores mínimo.

—Sujeta fuerte o vamos a tirarlo a medio camino.

Luc y Theo cargaban un contenedor lleno de botellas de cristal. Ambos parecían cómodos el uno con el otro. Estaba completamente segura de que aquel cobarde no le había contado la verdad, sino que simplemente se había acomodado a su lado para aprovecharse.

Bullí por dentro viendo aquella escena. Me recordó lo que una vez tuvimos en la base, algo que nunca aprecié por completo, pero que siempre supe cuán importante sería no tenerlo. Verlos así me generó envidia, aquello era lo que yo quería. Una vida tranquila, en la que no me importaba trabajar para conseguir ganarme el sueldo, pero en la que poder tomar mis propias decisiones sin depender de nadie.

No pude soportarlo más y me lancé derechita a por Tbeo.

—¡Traidor de mierda! —Lo cogí por sorpresa y lo golpeé en el estómago lanzándolo contra los cubos.
—¿Charlotte?
—¡Eres una cucaracha Theo! ¿No tuviste suficiente con venderme en la base?

Antes de que pudiese forcejear lo tenía sujeto contra la pared. Sin

pensarlo dos veces saqué la pistola y apunté a su cabeza.

—¡Eh! ¿Pero te has vuelto loca? —Gritó Luc.
—¡Les has ido contando por ahí a todos que estoy con los militares!

Cada vez que lo recordaba sentía un enfado mayor. Mis manos temblaban sosteniendo el arma.

—Yo no he dicho nada Charlotte, lo juro. —Theo también temblaba, pero en su caso de pies a cabeza y no perdía de vista la punta de la pistola.
—¿Ah no? Explícame entonces por qué saben Los Salvadores lo de los experimentos del doctor.
—Charlotte cálmate. Seguro que si lo hablamos…
—Este traidor me vendió Luc. ¿Te ha contado cómo consiguió ser libre?
—Sí.
—¿Qué?
—Se lo conté nada más llegar. Oye Charlotte sé que fui un cobarde. Nada de todo aquello estuvo bien. —Theo se recostó contra la pared y parecía aligerarse a cada palabra. —Me dejé llevar, pero sé que me equivoqué con lo que hice. No puedo justificarlo, ni arreglarlo, solamente sé que no volvería a hacerlo.
—¿Y quién les ha hablado de mí? Te han descrito a ti, Theo.
—Alice, supongo. Ella sí quería eliminarte y salía con ganas de venganza. —Parecía sincero, pero quién no estando a punto de pistola.
—¿Y por qué debería creerte?
—Porque fuiste tú la que en mi primer día me dio la mano y me dijo que nosotros no éramos enemigos. —Algo se rompió dentro de mí al escuchar eso. Theo pareció verlo también. —No permitas que una guerra que no es tuya te convierta en asesina.

Como si acabase de dar a un interruptor, el pequeño Theo encontró la ruta a la paz dentro de mí. Sé que él también se dio cuenta. Me abrazó y me pidió perdón sin importarle el arma y yo sentí como esa rabia se alejaba y volvía a sentirme yo misma. Rompí a llorar allí, al comprender lo cerca que había estado de perderme, porque jamás habría sabido perdonarme aquello, ni tampoco vivir con la culpa. Los sentimientos pueden abrumarnos y confundirnos hasta límites que desconocemos. En cambio, asumir las imperfecciones de las personas que nos rodean, nos vuelven flexibles y tolerantes. Tal vez allí residía el problema de toda la situación, en que nadie asumía nuestro defecto. Por el contrario, nos ponían una pegatina que gritaba a los cuatro vientos que no lo éramos.

—Deberías guardar la pistola, eres demasiado torpe para jugar con esas cosas ¿sabes?

Rompí a reír entre mis propias lágrimas. Aquel pequeño demonio se habría equivocado y me dolía su error, pero también sabía hacerse querer.

Entramos en la taberna y nos fuimos a la barra. Luc se colocó detrás de ella y continuó atendiendo a los demás. Sin tener muy claro cómo, Theo consiguió que me fuese relajando y olvidara que había estado a punto de meterle una bala en la cabeza. ¿Cómo había llegado a ese punto? Toda aquella misión me estaba cambiando y me desviaba hacia lugares que no deseaba conocer. La Charlotte que quería ser era amable, capaz de ponerse en la piel de otros y sabía perdonar. Y aunque todavía sentía las pulsaciones a mil por hora, vislumbré en ese sencillo momento una parte de mi futuro. Del que anhelaba tener y por el que debía luchar, pero debía hacerlo sin perderme a mí misma por el camino.

—Alice se separó de mí. Supongo que no se ha juntado con muy buena gente. —Comentaba Theo.

—¿Y tú viniste directo aquí? O ¿cómo diste con Luc?

Theo me narró su historia tras la base. Había pasado las primeras semanas en la calle y había robado para comer. Algo por lo que tampoco parecía sentirse relativamente mal consigo mismo. Después se acercó al Queens y sentí que el estómago se me removía de imaginar que habría hecho allí. Sin embargo, parece que tuvo suerte porque escuchó a Neil contando que desde que había contratado a Luc podía aprovechar para visitar otros lugares. Así fue como acabaron juntos hasta hoy.

—En realidad lo llamó espárrago del pelo rojo. —Bromeó Theo.

—Supiste que solo podía ser Luc. —Reí al ver la cara de mi otro amigo.

—Vais a crearme complejo con mi pelo.

—¿Cómo está Marco? —Luc me miró curioso por saber sobre el estado de salud de nuestro amigo. De mi familia.

—El día que me fui le habían dado el alta.

Evité dar más detalles pues recordaba perfectamente que Theo me había culpado y posiblemente hubiese sido la única verdad.

—Lo dije para que saltaras. —Como si me leyera la mente Theo abordó el tema en cuanto nos quedamos solos.

—Tenías razón. —Admití afligida.

—No es verdad. Tú habrías aguantado lo mismo por él. Todos lo sabemos.

Luc apareció al rato con unos chupitos. Quise rechazarlos porque era la segunda vez que probaba el alcohol, pero no tuve opción y me lo bebí de golpe. Así había visto hacerlo siempre a los demás. El alcohol me quemó la garganta y tuve que apretar los ojos con fuerza. Ellos aplaudieron y yo dejé escapar un breve grito que apenas se escuchó por la música de la taberna. Los tres nos sentíamos felices y eufóricos juntos y fuera de la base, pero todos sabíamos que nos faltaba Marco y que estábamos incompleto.

—Díselo. —Dijo finalmente Luc después de varias miradas de complicidad entre Theo y él.

—¿Decirme el qué?

—Tiene una pistola. —Theo señaló mi bolsillo. —Y se va a enfadar, díselo tú.

—Si no abrís la boca si que voy a enfadarme. —Dije mientras guardaba mi cazadora tras la barra y con ella la pistola.

—Vayamos a la parte de atrás.

Seguimos a Luc en silencio que abrió la puerta del almacén para que pudiésemos hablar sin el atroz ruido del bar. Una vez dentro los dos seguían mirándose con nerviosismo y yo estaba a punto de darles un tortazo a cada uno por generarme aquella preocupación posiblemente innecesaria.

—No sabemos qué pensar ¿vale? —Fue Luc el que tomó la iniciativa. —Pero si que han estado aquí unos tíos que…

—Que igual son los mismos a los que te delató Alice. —Concluyó Theo desesperado por la lentitud de Luc.

—Ahora sí quieres contárselo tú. —Protestó el pelirrojo molesto.

—Ya no tiene la pistola.

—Centraros. —Dije muy preocupada. —¿Qué tíos?

—¿Qué haces para los militares?

—No puedo daros los detalles de eso y tampoco es seguro que lo sepáis. —Hice una pausa al ver sus caras de emoción. —Me gano la libertad, con eso os sirve.

—Entonces tenemos que hacerlo.

—¿Hacer qué? —Soné brusca, pero esos dos iban a acabar en problemas.

—Nos pidieron ayuda para sacar al resto de la base. Dijeron que nosotros conocíamos aquello y que solo necesitaban información. —A Theo le temblaba la voz. —Después nos ayudarían a irnos lejos y ser libres de verdad.

—No os creáis ni media palabra.

—¿Y Marco?

—Yo también quiero verlo fuera, pero esa gente no es de fiar. Son asesinos y solo quieren asaltar la base para acabar con el ejército.

—Puede que también quieran ayudar a los mutados de allí. —Argumentó Luc.

—Estoy yendo a las reuniones Luc, no hay ningún plan de rescate para el resto.

—¿Puede que no os lo hayan contado aun?

A los dos les costaba asumir la realidad y yo me sentía como una mierda por destrozar sus buenas intenciones, pero tenía que alejarles esa idea de la cabeza cuanto antes.

—Cuando vieron mi tatuaje casi me echan a patadas. No les importan el resto de mutados y no sé por qué os han dicho eso, pero es una trampa.

—¿Y confías en los soldados?

—Sí, quiero hacerlo. —Como mi respuesta no les convenció añadí. —Investigaré esto, pero si no os cuento nada nuevo, no aceptéis ningún plan.

—Eres bipolar. —Respondió Theo relajando el ambiente.

—¿Puedo saber el motivo enano?

—Hace unas horas querías matarme y ahora me estás protegiendo. —Terminó con un sonrisa que le llegaba a los ojos.

—No me hagas cambiar de idea.

Neil se asomó y llamó a Luc para que volviese al trabajo y Theo y yo volvimos a la barra donde nos tomamos otras tres rondas. Recuperé mi chaqueta y también la pistola porque no quería que acabase perdida si yo terminaba borracha, y al final me dejé arrastrar por Theo a bailar. La realidad era que aunque cuatro chupitos no es una elevada dosis de alcohol, no me sentía en mis plenas facultades ya.

—Deberías estar en la puta cama, Charlie. —Casi me caigo al escuchar a William hablarme a la espalda.

—¡Mierda! —Me di la vuelta y vi que los demás compañeros de unidad estaban en la barra pidiendo.

—¿Quieres explicarte? —Preguntó el sargento enfadado.

—No si puedo evitarlo. —Reí nerviosa y juro que alcohol no me

estaba ayudando nada en ese momento.

—Puedes devolverme la pistola. —Metió la mano en mi chaqueta y la sacó escondiéndola en su espalda. —Y también puedes decirme qué te has tomado.

—Tranquilo míster, solo se ha tomado cuatro chupitos. —Theo le dio unas palmadas a William mientras se alejaba para dejarnos a solas y yo reí.

—No has bebido nunca supongo. —Se frotó la cara con las manos desesperado. —Está bien, quiero despejar un rato con los demás. Quédate con el traidor ese y no bebas nada más. Cuando se te pase volvemos a casa.

Se me pasó bastante rápido porque la noche se convirtió en ver a Asia disfrutando de un William desconocido. Cada vez era más consciente del efecto que eso generaba en mí. Y también de lo imposible que era que alguna vez él llegase a confiar completamente en mí. Nunca sería capaz de ignorar mi defecto y asumirlo solamente me ahorraría dolor. Tampoco habría forma de que hubiese nada oficial entre nosotros si él seguía siendo parte del ejército y tenía claro que no iba a abandonarlo. A William le gustaba proteger a las personas, lo que su hermano había hecho lo había marcado y evitar que más personas sufriesen lo mismo que él era su prioridad. Recordé la flecha de su tatuaje y el significado de protección, como los antiguos guerreros que protegían a su pueblo. Hacerlo solamente me generó una punzada más de dolor, pero yo no quería cambiar a William para tenerlo a mi lado tampoco.

Al final, para rematar, John y Joana acabaron tomándose chupitos con Theo al que solamente le faltaba quitarse la ropa y bailar desnudo de alegría. Así que me vi obligada a ser la única persona cuerda de aquel bar.

Aburrida me acerqué a Neil que ordenaba facturas en una esquina. Por fin le ponía cara al hombre al que solo le importaba el dinero. Era mayor bajito y gordo. Tenía un bigote rubio que ya comenzaba a tener canas y una nariz diminuta. Tal vez ese rasgo era el único que le diferenciaba de un duende. Al principio no me dio mucha conversación, pero después de insistir un buen rato acabé consiguiendo que me hiciera caso y a medida que hablaba con él me parecía más irrisorio su argumento.

A Neil le gustaban los mutados tanto como a cualquier otra persona y a mí me gustó él. Me gustó tanto que acabé contándole mis sueños cuando fuese libre y él los escuchó paciente añadiendo frases

motivadoras. También admitió estar cogiéndole cariño a Luc y me confesó que a pesar de no habérselo dicho el apartamento que le habían rentado era de su mujer. Prometí guardarle el secreto.

—Nos vamos. —William se acercó hasta nosotros con curiosidad.

—Ha sido un placer conocerle. —Le tendí la mano contenta.

—El placer ha sido mío Charlotte. —Me devolvió el apretón sonriendo. —Hacía tiempo que no disfrutaba tanto de una buena charla.

—O monólogo. —Bromeé y Neil rio abiertamente.

—Yo ya no tengo grandes sueños a mi edad. —Miró al soldado y luego añadió. —No te olvides que a los sueños solamente hay que darles impulso, las alas ya las tienen.

—Cuide de esos dos.

—Están en buenas manos. Vuelve a vernos pronto.

De camino a casa me encontré con un William mucho más tranquilo. Estaba relajado y supuse que se debía al buen rato con sus compañeros. Como él había dicho necesitaba despejar y parecía que le había servido. No parecía enfadado por mi huida del apartamento, ni por haberle robado el arma o por haberme encontrado bebiendo.

—Pensé que estarías como un loco.

—¿Creías de verdad que ibas a escaparte sin mi vigilancia?

—Sí. —Él alzó las cejas en señal de ofensa. —Creí que lo había conseguido la verdad.

—Debes estar pensando en otro soldado. —Se acercó a mi chaqueta y desdobló la solapa sacando un micro dispositivo.

—¿Cuándo coño me has puesto eso?

—Hoy. Cuando te chocaste conmigo al salir y pensaste que era un borracho. —Me guiñó un ojo satisfecho de su gran jugada. —Te he tenido localizada y en escucha.

—¿Me habrías dejado matarlo?

—Ahí no pensaba meterme la verdad. —Se encogió de hombros con indiferencia. —Pero no lo has hecho.

—No fue Theo.

—¿Cómo están tan segura?

—Lo estoy.

—Aun así esa rata te vendió en la base.

—Supongo que todos tenemos derecho a equivocarnos una vez en la vida.

—Depende cuál sea el error, ¿no crees? —Automáticamente pensé en su hermano y en mi padre. —¿Me perdonarías a mí?

—¿A ti? —Cuando lo miré vi que era una pregunta real y sincera.

—Por dejarte en la jaula. —Esquivó mi mirada en ese momento avergonzado.

—No estás entre las personas a las que les deseo venganza, William. —Recordé la conversación con su hermano que el escuchó y asumí que venía en relación a ello.

—Eso no es un perdón tampoco. —Parecía decepcionado con mi respuesta.

—Es que no lo entiendo.

—¿Crees que fue fácil verte así? No puedo tomar las decisiones pensando en mí.

—¿Así como? ¿Fuera de control? —No me gustó como lo planteó. —Eso que viste es parte de lo que soy. Los que se preocupan por mí no tienen miedo de esa parte.

—No es miedo Charlie. —Negó con la cabeza queriendo hacerme entender que había algo que yo no entendía.

—¿Qué es entonces?

—Sufres siendo así y yo sí lo veo. Tal vez otros no se dan cuenta de cuánto lo odias. Y también te haces daños y no me gusta. —Se paró en seco y se acercó hasta donde estaba.

—Pero no puedo cambiarlo. —Apenas fue un susurro porque lo cierto es que tenía que aceptarme tal y como era.

—No puedo ignorar todo lo bueno que hay en ti, pero tampoco lo malo. —Acarició con cuidado un mechón de pelo y acarició mi mejilla.

—Yo no pedí ser un monstruo. —Se me escapó una lágrima al pronunciar aquello en voz alta.

—Sé el miedo que sientes de ti misma, pero no voy a dejar que eso pase. Te prometo que todo esto no acabará con lo que eres.

Me rodeó contra su pecho rompiendo por completo todos mis esquemas. Invadiendo el lado de mi burbuja donde podía mantener la distancia entre lo que comenzaba a sentir por él y lo que debía. No me importó. Había sido una noche extraña, llena de sentimientos y aquel abrazo me reconfortó. Nos quedamos así unos minutos, después me besó en la sien y se fue directo al portal sin decir nada más.

# Capítulo 22

Hacía un largo rato que no recibía órdenes por el pinganillo. Estaba incluso empezando a preocuparme cuando se acercó a mí el hermano de William. Uno. Como un acto reflejo todos mis sentidos se pusieron en alerta. Traté de disimular mi nerviosismo y continué cogiendo cajas, ignorando su interior, aunque por el ruido podía hacerme una idea de que no llevaban golosinas dentro. Pesaban más de la cuenta y había conseguido ver entre las rendijas que el contenido era negro. Casi con toda certeza podría asegurar que eran armas.

El número uno, el líder de la banda y el hermano de William se apoyó contra la siguiente caja que me tocaba coger. Actuar era algo que siempre se me daba fatal, pero en ocasiones como esa parece que el cuerpo reacciona solo y toma su propio control. Señalé con gracia la caja que estaba a sus espaldas.

—¿Vas a ayudarme?
—En absoluto, toda tuya ciento trece.
—Podrías dar ejemplo, como en tus discursos. —Jack no me caía bien y yo a él tampoco.
—Yo pongo la cabeza y los medios, tú eres la mano de obra.

Se apartó dejándome claro que era yo la que iba a cargar la caja mientras él se acomodaba a caminar a mi lado. Él era el rey y nosotros los súbditos, lo había pillado.

—He visto al pequeño Theo, ¿llegaste a visitarlo?
—Sí. Ayer.
—Sigue vivo. —Puntualizó él derivando la conversación sin problemas al foco que le interesaba.
—Lo he perdonado.
—¿A un traidor?

Levantó la ceja expectante y yo detestaba ver ese gesto tan familiar y a la vez tan extraño en ese caso. De la misma forma que en William me gustaba, en su hermano me resultaba peliagudo.

—He decidido darle una segunda oportunidad. ¿Se trataba de eso no?

—Eres lista Charlotte, aunque no me caes bien. —Miró a su alrededor para comprobar que el resto no escuchaban. —Sin embargo, me gusta rodearme de gente como tú. Gente que confía en que se puede cambiar. Tengo una tarea para ti el día del asalto a la base.

—No te creas ni media palabra. —Llevaba tanto tiempo en silencio con mi propio cerebro que di un respingo al escuchar de nuevo al soldado.

—¿De qué se trata?

—Tiempo al tiempo. —Me mostró una sonrisa afilada que pretendía ser unificadora. —Ven a verme por el Queens dentro de tres días.

—¿El Queens? —Me hice la tonta esperando sortear volver allí.

—Te encantará ese sitio.

Llegué al piso corriendo y con el corazón a mil por hora. Nada más entrar frené en seco. Allí estaba toda la unidad de William al completo. Debatiendo acaloradamente sobre la mesa de la cocina. En cuanto me vieron todos se quedaron callados observándome. Estuve por preguntarles si acaso tenía mocos en la cara, pero puede que no hubiese sido muy adulto. Así que me aproximé y pregunté qué estaba pasando.

—El hermano de William lleva semanas reuniéndose en el Queens con Fiddler y Wooly.

—Hoy me ha dicho de vernos allí. —Comenté por si no habían estado pendientes.

—Lo hemos escuchado, sí.

Asia miraba preocupada las fotografías de los dos hombres y la mujer reunidos en una de las mesas del lugar de alterne.

—No han sido cuidadosos. Les ha dado igual que los viésemos. —Comentó Joana. —Tienen un plan y no les preocupa su desarrollo.

—Están seguros de poder llevarlo a cabo. —Afirmó William concordando con su compañera.

—Eso parece.

—¿Qué puede darles tu hermano a esos dos?

John apenas había abierto la boca hasta ese momento, pero su preguntó hizo que la bombilla de mi cabeza se encendiese.

—Creo que yo sé que puede ser. —Como cuatro leones miran a una gacela, los ojos de todos ellos se posaron en mí.

—¿Qué sabes? —William me miraba mosqueado y con razón.

—El otro día Luc y Theo me dijeron que estaban en contacto con

alguien que les ayudaría a sacar a los nuestros de la base. —Más de una cara se fue terciando a mediada que hablaba. —Después, iban a darles una vía para huir. Creo que tu hermano pretende sacar de la base a los mutados a cambio de las armas. Fiddler tiene los medios, tu hermano va a dar un golpe en la base y puede conseguir muchos mutados para darle y Wooly conseguiría la mano de obra barata.

—Tiene toda la lógica del mundo. —Razonó Asia. William en cambio seguía mirándome con enfado.

—No pueden entrar en la base y hacer todo eso sin ayuda interna. —Aseguró John.

—Tienen un topo.

—Y sé quién es. —En esta ocasión fue Joana la que ató cabos con suma rapidez.

—¿Tú también andas con secretitos? —Era William el que preguntaba a su compañera con dureza.

—El doctor ha estado haciendo demasiadas salidas personales la última semana. Y en la base todo su equipo está haciendo horas extra. Tu hermano le ha ofrecido lo que más quiere a cambio de darles vía libre.

—A Charlotte. —Asia acabó la frase por Joana.

—Por eso necesitan su ayuda. Es un trampa.

Me puse a temblar de pies a cabeza. Me había sentido tan protegida desde que vivía allí que me había olvidado de los peligros de la base.

—¡Nos la ha jugado! —William por fin reaccionó y lanzó por el aire los papeles de la mesa.

—¿Crees que el doctor les ha dicho que está con nosotros? —Planteó Asia señalándome con la cabeza. Tenía el ceño fruncido y parecía realmente preocupada.

—Yo no lo haría si fuese él. Así todavía tiene ventaja si los de fuera se la juegan.

Joana me había dicho que la información era poder y en ese instante comprendí hasta qué punto valoraba ella la información y también el resto.

—Podemos intervenir el encuentro ¿no? Si voy y os consigo una pista. —Me estaba cortando la circulación en la mano a mí misma de apretar por los nervios. —¿Podríais arrestar a Fiddler?

—Podríamos. —Asia tenía una pequeña sonrisa de orgullo a la vez que me miraba.

—No.

—¿Qué? —John miró a William tan sorprendido como los demás. Había dado la negativa sin pensarlo.

—¿De verdad vas a rechazar la mejor ocasión que puedes tener?

Casi me fui a por él indignada. Si no hacíamos aquello Marco podía acabar como un esclavo trabajando para la empresa textil.

—No voy a perder la mejor baza que he tenido hasta ahora. Y esa eres tú. —William me gritó a la vez que me señalaba con el dedo recordándome el verdadero objetivo.

—Podemos protegerla.

—¿Y si fallamos qué? El doctor no se la va a llevar a la base. —Argumentó él contra Joana.

—Voy a ir con tu permiso o sin él. Marco está en la base. —Me enfrenté al sargento y este me devolvió la mirada echando chispas por los ojos.

—Aunque tenga que atarte a una puta silla durante tres días. He dicho que no.

—Will, Charlotte tiene razón. —Asia se acercó a él y le acarició el brazo. —Estás dejando que acabar con Los Salvadores te nuble el juicio.

—No me nubla nada. No vamos a ir directos a una trampa y mucho menos voy a llevarla de cebo.

William miró al techo desesperado y me di cuenta de lo agotado que se veía. Luchaba contra todos y también contra sí mismo. Para él esta misión era más importante que cualquier otra y su hermano nos la estaba jugando a la primera de cambio. Entendía perfectamente que William quisiera tomar las riendas y también que no estuviese seguro de qué hacer, pero necesitaba asegurarme de que me lo llevaba conmigo al lado de los valientes porque yo tenía que estar en él.

Los demás se fueron y nosotros nos fuimos a dormir. Apenas pegué ojo esa noche. Sentía un nudo en el estómago y estaba preocupada. Por un lado necesitaba advertir a Theo y a Luc, y por el otro necesitaba a Marco a salvo. En cambio, estaba allí en aquel piso jugando a algo que no era. Ni era una espía, ni aquello era una vida. Me había dado cuenta en más de una ocasión la facilidad con la que me olvidaba de ello, pero si algo debía aprender de William era a no tomar decisiones pensando en mí.

A la mañana siguiente entrené equilibrios por mi propia cuenta y cuando volví a entrar en el piso tenía unas humeantes tostadas recién hechas con un pulgar hacia arriba dibujado. Esa era una de las cosas que me hacían perder la vista del objetivo principal. No obstante, no pude evitar alegrarme por el reconocimiento que me había ganado. En

realidad, no me había levantado para congelarme en el tejado por gusto. La verdad es que quería demostrarle al sargento que podía ir de cebo. Había decidido que iba a hablar con él y la hora de la siesta me pareció un buen momento para atacar.

William estaba tirado en el sofá a la larga y bastante somnoliento. Así que me acerqué y me senté en el reposabrazos junto a sus pies. Este me miró con curiosidad y yo no podía evitar mirarlo a él. Agradecí el pequeño destello de cordura que apareció en mi cabeza para recordarme por qué estaba allí sentada.

—¿Podemos hablar?

—¿Podemos no hacerlo? —Negué con delicadeza y el suspiró. —No lo entiendes.

—Sí que lo hago, William. Eres tú el que no me entiendes. —Lo vi que iba a replicar, pero levanté la mano para pedirle que me dejase seguir. —Haría cualquier cosa por Marco. Es la única familia que me queda. Y no es solo por él. No puedo cargar sobre mi conciencia el destino de todos ellos.

—No tienes que cargar con ello, caerá sobre la mía.

—William, estaré bien, estaréis conmigo.

—¿Qué pasa si algo sale mal y te perdemos?

—Solo se perderá a una etiqueta negra. —Lo vi resoplar indignado. —No me necesitas para acabar con Los Salvadores.

—No eres solamente una etiqueta negra, Charlie.

—Entonces ayúdame a buscar un buen plan, uno que salga bien. —Le tendí una mano y él levantó una ceja desafiándome.

—¿Dónde está la mutada cobarde que recluté?

—Has creado la máquina que querías. —Sonreí al recordar sus palabras.

—No hables así.

—Sigo siendo una mutada que puede destrozar familias. Hazme el favor de no olvidarlo. —No quería que William me viese como lo que no era. No quería que se engañara.

—Sé lo que eres, mutada. —Aceptó la mano y se incorporó yéndose directo a la mesa de la cocina.

William y yo trabajamos sobre los pros y los contras de acudir al encuentro. También sobre las posibilidades que había de que nuestra tapadera ya hubiese caído y eso era lo que más le preocupaba. No pude quitarle la razón en ese punto. Sabía perfectamente que si Jack conocía mi trabajo para los militares, entonces yo no iba a salir de allí bien parada, pero aquello no parecía posible o no me hubiese mandado a por Theo por ejemplo.

—¿Crees que lo sabe? —Pregunté a la persona que mejor conocía al villano.

—Es más listo de lo que imaginas. —Su vista estaba fija en la pared. —Nunca fue un niño normal, siempre iba más avanzado y sabía más cosas que el resto, siempre se adelantaba a todo.

—Nosotros somos más y estamos juntos.

—Sigue siendo más inteligente.

—El Queens es un sitio público. —Razoné buscando una excusa para que se relajase.

—Eso a él no le importa. —Luego sus ojos marrones me escrutaron con intensidad. —Pero vas a ir diga lo que diga yo.

—Salvo que hagas lo de la silla. —Bromeé y por fin conseguí que sonriese un poco. —Necesito ir a hablar con Luc y Theo.

—¿Crees que van a ayudarlos?

—No tengo ninguna duda.

Convencí al sargento para acudir sola esa noche y aunque realmente nunca sabré si me siguió entre las sombras como otras veces, lo que sí sé es que no hizo acto de presencia.

Al entrar en la taberna me encontré con Neil nuevamente realizando facturas y le sonreí de lejos. Luego me acerqué a la barra donde se encontraba Luc y le pedí que llamase a Theo. Volvieron tras quince minutos en los que yo me quedé sin uñas en esa barra. Cuando aparecieron por la puerta tiré de ellos hasta el almacén como el que se pasea por su casa y cerré la puerta con más fuerza de la que quería, pero la realidad es que estaba cada vez más nerviosa y solamente podía pensar en que al menos ellos se pusieran a salvo. Mis amigos me miraban y se miraban entre ellos sin tener ni idea de qué iba todo aquello, así que preferí no demorarme y lo escupí todo de golpe.

—Es una trampa. Van a liberar a los mutados para venderlos como esclavos a una empresa textil. —Cogí aire y seguí. —No podéis ayudarlos. Lo primero porque es ilegal y lo segundo porque no quieren vuestra ayuda, os quieren para lo mismo que al resto. Mano de obra barata.

—¿Estás de coña? —Theo tenía la boca abierta de par en par.

—No lo está. —Luc se rascaba la cabeza. —Tenemos que impedirlo entonces.

—¿Nosotros? —Me hizo gracia la cara de pánico de mi amigo. Era tan cobarde como yo.

—¿Lo saben los militares?

—Sí, lo saben. No van a dejar que eso pase, podéis estar tranquilos.

—Fíate tú de esos. —Respondió Luc con desconfianza.
—Luc no hagas nada.
—No vamos a hacer nada. —Afirmó Theo.
—¿Has venido sola?
—Sinceramente, no lo sé. —Admití poniendo los ojos en blanco. —Pero tenemos un plan e irá bien.

Me fui de allí sabiendas de que el plan podía salir mal, pero ellos creyeron que todo estaba bajo control y eso era lo más importante. Di varios rodeos antes de volver al piso y cuando entré me encontré a William en el sofá con una película bastante empezada. Al verme entrar la pausó y me preguntó si todo estaba bajo control, le respondí con monosílabos y al final opté por ser sincera y decirle que no me apetecía hablar. No le gustó verme agobiada, es más ese pequeño detalle sembró de nuevo la duda en él. Sin embargo, me ofreció la mano para que le acompañará en el sofá y nos pasamos gran parte de la noche en silencio viendo una película tras otra. De vez en cuando nuestras miradas se encontraban, pero ninguno comentó nada más esa noche.

William convocó al resto de nuevo a la mañana siguiente y ese día por la tarde cuando nos juntamos en el piso todos en la unidad se sorprendieron cuando William les contó que finalmente sí iríamos al Queens. Asia y John le brindaron al sargento su apoyo incondicional y le garantizaron que saldría bien. Su optimismo podía llegar a ser contagioso pues ambos parecían convencidos de sí mismos y del resto. En cambio, la espía se mantuvo en silencio y observándome más de lo que a mí me gustaría. Al final optó por pronunciarse y a diferencia del resto no fueron palabras de ánimo.

—Espero que estés seguro de lo que haces. —William tenía el semblante serio todavía y aquello solo lo tensó más.
—¿Y si no lo estoy? —Preguntó al final mirando a su compañera.
—Estate seguro al menos de lo que estás arriesgando.

El sargento asintió y se dio la vuelta dándonos la espalda. Era una situación a la que ya me había acostumbrado. William se apartaba cuando necesitaba meditar. En esos momentos, se giraba y se dedicaba a rumiar una y otra vez los conflictos internos que rondaban su cabeza en soledad. Y a mí aquello me desesperaba. Necesitaba saber qué le preocupaba tanto y por qué. Sin embargo, los demás comenzaron a trazar la estrategia y tuve que prestar atención.

Al igual que en la otra ocasión, John y Joana se emocionaron con el

tema armas, pero Asia estuvo mucho más seria que de costumbre y reprendía constantemente a sus compañeros. Su actitud controladora y perfeccionista me recordó a la de William y me di cuenta de que eso era algo más que los dos tenían en común. También aprecié que ella había tomado las riendas porque sabía que la cabeza de su compañero estaba en otras cosas.

Finalmente, se decidió una estrategia similar. Asia y John entrarían conmigo y Joana se quedaría en la distancia. La única diferencia era que William tendría que esperar en la parte trasera, junto al almacén donde nos refugiamos, para evitar que Jack lo reconociese. Todos llevaríamos pinganillo para poder oír y escuchar todo lo que pasaba en cada momento. Adicionalmente, yo llevaría una microcámara, la misma que usábamos para las reuniones de Los Salvadores. Era imprescindible que grabase no solamente la conversación, sino también las caras de los allí presentes para poder detenerlos y juzgarlos. A mí no me parecía demasiado complicado, solamente era un día más, pero poner de nuevo un pie en el Queens alteraba mis pulsaciones y un miedo atroz a descontrolarme con lo que iba a encontrarme allí me envolvía.

—¿Estás segura? —William por fin se dio la vuelta y me miró directamente al formular la preguntar.

—Sí, claro.

—Intervendremos si estás en peligro. —Asia me lo dijo a mí, pero yo supe que tranquilizaba al sargento.

—A prepararse. Nos quedan tres horas. —Concluyó decidido William.

Para mi segunda visita en el Queens decidí elegir un atuendo con el que me sintiese cómoda, o al menos más que la otra vez. No me apasionaba vestirme de nuevo enseñando más piel de la que querría, pero sabía perfectamente cuál sería mi cola aquella noche. Me fui al armario y me quedé delante de la puerta indecisa sin saber qué escoger. Llevaba así unos quince minutos cuando Asia llamó y asomó la cabeza sonriente. Yo le devolví el gesto sintiendo aún la culpa cada vez que la miraba, pero en el fondo tenía dudas de si ella realmente sabría o no la verdad. Era extraño que William le ocultase algo tan importante, o al menos lo era para mí, tal vez para él no lo fuese, pero ellos parecían siempre bien juntos. Se querían de eso no tenía dudas.

—Tengo una sugerencia, ¿puedo? —Asentí y Asia se coló en la habitación directa al armario.

—Posiblemente sepas mejor que yo lo que hay ahí dentro.

—No negaré que me di un buen maratón con la excusa de generarte un armario para la misión.

—¿Dónde compráis estas ropas? En la ciudad solo hay tiendas de segunda mano.

—Viene de las colonias.

—¿Tú has estado allí?

Sentía curiosidad pues era la primera persona que conocía que había estado en una.

—Son increíbles no voy a negarlo. —Se alejó del armario y se sentó junto a mí en la cama. —William nos ha contado lo que descubristeis.

—Acabará yendo contigo seguro. —Recordé como el sargento se había negado a aceptarlo.

—No lo hará. Ninguno de nosotros.

La miré confusa porque sentía que no tenían claro qué implicaba quedarse.

—Aquí solamente os espera muerte.

—William no va a irse y no vamos a dejarlo solo.

—¿Por qué estás tan segura? Puede que ahora se niegue, pero cuando llegue el momento… —Se me atascaron las palabras al pensar en ese día. —Nadie quiere morir.

—Deberías ponerte el que te regalé por tu cumpleaños.

Asia cambió de tema y me sorprendió pues era la primera vez que reaccionaba así.

—Pensaba que era para celebrar…

—Olvídate de eso. —La soldado me cortó a la vez que lo sacaba del armario. —Te regalaré otro para eso. Es perfecto

—No me gusta el Queens. —Protesté mientras me cambiaba.

—Me preocuparía si te gustase, aunque no te juzgaría. —Se quedó mirándome con el vestido y añadió. —La gente se libera allí. Te falta maquillaje.

Cuando me miré en el espejo apenas podía reconocerme. El vestido se encajaba perfectamente a mi cuerpo y aunque mi silueta no tenía grandes curvas, se dibujaba perfectamente en él. Me gustaba verme en él, pero no me gustaba lo que iba a generar esa noche. Me habría puesto ese vestido para una cita, pero no para ser el centro de miradas de babosos. El maquillaje tampoco me gustaba, enmascaraba mi rostro bajo unas sombras moradas adornadas con purpurina cual fantasía, y a

pesar de que como Asia dijo resaltaban mis ojos verdes, la que miraba por ellos no parecía yo.

Sin embargo, no tuve más remedio que salir al salón para ponerme el pinganillo y la cámara. Cuando lo hice John se dedicó a alardear de mutada y Joana alabó todos sus cumplidos. Era extraño escucharlos así y en el fondo me irritaba ganarme esos comentarios agradables por algo meramente estético y no por mi lealtad por ejemplo. William en cambio los ignoró y me llevó hasta la cocina para darme los dispositivos.

La cámara iba a ir en un pequeño colgante con un brillo en el medio. El brillo era la cámara y aquella cadena plateada era realmente minúscula.

—No te gusta el maquillaje. —William levantó una ceja divertido.
—No mucho. — Admití en voz baja.
—No se lo contaremos a Asia.
—Jamás. —Reí a sabiendas del esfuerzo que le había llevado.
—Estás mejor sin él. Te ayudo a colocarlo, gírate. —Le di la espalda para que abrochase la cadena y me arrepentí al instante. —El vestido en cambio te queda muy bien. Tal vez tengamos que repetir.

William estaba susurrándome en el oído aquello y todas mis conexiones nerviosas colapsaron. Me sujeté a la barra de la cocina para tranquilizarme a la vez que él terminaba de enganchar la maldita cadena. Desde el salón nadie nos observaba y yo lo agradecí porque no tenía dudas de que estaba roja como un tomate, pero más lo estuve cuando una de sus manos se situó entre mis piernas. No llegó a subir más arriba del límite del vestido, pero fue suficiente para derribar todas mis defensas por completo y dejarme temblando.

—No sabes las ganas que…

Carraspeé a la vez que retiraba su mano y me giraba para enfrentarlo recuperando el control.

—¿Que tienes de follarme? — William pareció sorprendido y a la vez encantado con mi respuesta. — Eso es lo que te gusta hacer conmigo ¿no?
—Es una de las cosas que me gusta hacer contigo, pero sabes que no es la única.
—Asia está en el salón.
—Eso no es asunto tuyo, ya lo sabes.

—No va a pasar más. No está bien.

Me alejé de él que apretaba los labios conteniéndose para no ordenarme que volviese allí. William odiaba quedarse con la palabra en la boca y yo estaba cansada de que siempre tuviese él la última o el control.

El trayecto en viaje hasta el almacén de la parte trasera que había cerca del Queens fue como viajar con un grupo de tres cotorras. Joana, Asia y John monopolizaron el viaje con un acalorado debate sobre si las manzanas eran un fruta o si por el contrario eran demasiado secas para considerarlas la golosina de los niños. Yo opté por apoyar la cabeza sobre la ventanilla y no aportar mi opinión de que cualquier fruta estaba sobrevalorada. Sanísimas para una dieta sana y equilibrada, puede, pero en mi opinión eran asquerosas con todos esos hilos, pelillos y jugos. William tampoco habló y se pasó todo el camino mirando por su ventanilla del asiento delantero. Me habría gustado saber que le preocupaba tanto, pero cuando actuaba así siempre era un enigma y supongo que nadie piensa en única cosa.

Nos bajamos y los tres soldados comenzaron a cargarse de armas. Yo simplemente me encogí ante el frío que hacía de noche y lamenté tener que dejar la sudadera dentro del coche. ¿Por qué no podía entrar con un sudadera enorme y larga? El Queens era un burdel en el que se explotaba a los mutados y el mero hecho de que la sociedad que tanto despreciaba a los mutados pasara luego allí las noches en nuestra compañía, eso era despreciable.

Al final nos encaminamos hacia la puerta principal. Había llegado el momento y no podíamos retrasarlo más. Quise ser valiente y no temblar como una gelatina, pero eso no iba conmigo. Bastante hacía con estar allí a sabiendas del peligro que corría y también sabía por qué lo hacía. Marco.

—Charlie, espera.

Los demás continuaron caminando hacia la cola y yo me paré. William se acercó y apagó nuestros micros.

—No es solo eso, lo de antes.
—¿El qué? —Pregunté vengativa al ver su vacile a decirlo.
—¿Vas a hacerme decirlo todo no?
—Creo que es lo justo.
—Me lo merezco supongo. —Me miraba fascinado y yo no sabía

por qué. —No solo me gusta tener sexo contigo, nunca ha sido solo eso.

—Está bien. —Debí haber dicho algo más, pero mi cerebro no admitía más tensión aquella noche.

—No es el mejor momento, ya lo sé.

—Estoy algo nerviosa.

—Recuerda que ha sido idea tuya. —Bromeó el sargento relajando la situación.

—Mucha menos presión, sí. —Maticé la ironía y él me sonrió. —¿Estarás bien aquí fuera? ¿Es seguro?

—Sé cuidarme muy bien, mutada. No podemos decir lo mismo de ti. —Le saqué el dedo, mientras me alejaba.

Y lo último que vi antes de doblar la esquina y ponerme a la cola fue al soldado con el semblante serio y preocupado. Me dedicó un leve asentimiento de cabeza y se giró para ir a su posición. No podía imaginarme cuánto debía costarle a alguien de acción como él quedarse allí fuera oculto, pero me imaginaba que no le estaba resultando nada sencillo. Y luego estaba yo, que me encontraba en el bando contrario, acostumbrada a no interferir me costaba dar el salto y pasar a la acción.

# Capítulo 23

Asia y John confirmaron que estaban dentro y yo cada vez estaba más cerca de acabar aquella eterna cola. Miraba cada poco a mi espalda porque aún tenía dudas de cómo entraría Jack. ¿Se vestiría para el mismo fin que el resto? Dudaba mucho que fuese a encontrarlo allí y es probable que ya estuviese dentro, pero extrañamente nadie había confirmado contacto aún.

Al final llegó mi turno y me sorprendió ver a Queen allí en la puerta. Al verme esbozó una sonrisa que me indicó que no era mera casualidad y yo esquivé su mirada. La mujer le indicó al guardia que ella se encargaba y por segunda vez la seguí hasta el mismo vestuario de la primera vez. En el pinganillo Joana relataba al resto lo que estaba pasando a la vez y confirmaba que mantenía contacto visual. Casi prefería no saber en qué sombras se movía para mantenerlo y permanecer oculta.

—No esperaba volver a verte.

—¿Se acuerda de mí? —Me sorprendió que recordase mi rostro.

—Tienes un rostro bonito, suelo recordarlos. —Sus suaves y delicadas manos acariciaron mi barbilla. —También sé todo lo que pasa en mi pub.

—Supongo que es importante para el negocio. —Dije sin tener la menor idea de qué esperaba que dijese.

—¿Sabes cómo conseguí todo esto?

—Jugó bien sus cartas. —Repetí su respuesta de la primera vez y ella asintió.

—Pensé primero en mí. En este mundo los que son como tú y como yo parten en desventaja. No podemos permitirnos el lujo de disfrutar de ciertos placeres de la vida. —Levantó mi rostro hacia arriba. —Me recuerdas mucho a mí, niña.

—¿A qué renunció? —La duda se instalaba en mi corazón con fuerza.

—¿No puedes adivinarlo?

—Amor, familia…

—Es menos importante de lo que crees. ¿Sentirte a salvo? ¿Dejar de huir y de esconderte? Eso no tiene precio, eso es la verdadera libertad.

—¿Y el miedo? —Pregunté inconscientemente.

—También. El poder te alivia de todo eso, pero ¿el amor y la

familia? Eso solamente te vuelve débil.

—Vaya estupidez. —Musitó John en mi oído recordándome la misión.

—¿Por qué estoy aquí?

—Tengo unos invitados que te esperan. Sígueme.

Serpenteamos entre las sombras en silencio, mientras los soldados de mi cabeza debatían intensamente sobre lo que había dicho Queen. Al final, William les ordenó a todos callarse de una puta vez y yo agradecí el silencio que reinó a partir de ese momento.

El Queens tenía pasadizos ocultos tras las paredes a los cuales accedimos desde una de las taquillas que había en aquella especia de vestuario. La mujer me llevó por ellos como si los recorriese cada día y puede que fuese así, a mí en cambio me parecieron un laberinto infumable. Oscuros y estrechos, con las paredes sucias y un horrible olor a humo. Hasta que atisbamos un ensanchamiento y una enorme puerta de madera se presentó ante nosotros. En mi cabeza ya había perdido completamente el sentido de la orientación y no sabría decir si seguía en el local o habíamos cambiado de ubicación, pero Joana indicó que estábamos cerca de la salida al almacén y eso me relajó. Seguían allí conmigo.

Queen me abrió la puerta y con sus labios dibujó la palabra poder una última vez sin llegar a pronunciarla en voz alta. Yo me adentré en la sala y me encontré una mesa redonda de mármol blanco y vetas doradas rodeada de sofás aterciopelados en un tono granate y un arsenal de delincuentes disfrutando de sus vicios.

Había pastillas y sustancias en polvo. También había bebidas alcohólicas y una nube de humo sobre sus cabezas. Armas, muchas armas y muchas personas con aspecto de romperte una pierna solo con mirarte. Y por último, compañía, femenina y masculina, bailando, acariciando, lamiendo, era como ver un espectáculo porno.

—La vida de los vicios. —Comentó Asia.

Yo seguía allí parada frente a la puerta reconociendo rostros. Jack se encontraba de espaldas a mí con un joven mutado a su lado que le acariciaba el pelo. Al verme sonrió y me indicó con un elegante gesto de mano bastante impropio de él que me acercase. Cuando llegué hasta su lado pude reconocer con más claridad al resto. Fiddler estaba frente a mí y a su derecha dos directivos de Wooly, cubiertos a la espalda por seis guardaespaldas y la compañía de dos bellísimas

mujeres que parecían gemelas. Por último, un poco más a la derecha reconocí al doctor que me escupió su sonrisa más repelente como solía hacer y que desde luego no encajaba entre aquellas personas, pero a él no parecía importarle.

Fue sencillo reconocerlos tras haber visto varios fotografías horas antes. Fiddler lucía casi idéntico. Joven, apuesto, con cara de ángel, casi de película y un look totalmente desgarbado. Llevaba un conjunto de camisa y pantalón en lino y color hueso que posiblemente habría costado una fortuna. Varios anillos de oro adornaban sus manos y su pelo rubio estaba engominado con determinación hacia atrás.

Los directivos eran un hombre y una mujer. Ella llevaba un elegante vestido verde botella con escote de corazón y un enorme collar de piedras adornando su pecho. Tenía unos bonitos ojos azules y una oscura melena negra que endurecía sus rasgos al igual que su marcada mandíbula. Por el contrario, el hombre era mucho más común. Algo gordito y calvo había optado por dejarse la cabeza como una bola de billar para disimular las zonas menos pobladas. Mantenía un pequeño y fino bigote sobre los labios y lucía un traje oscuro.

El hombre de Wooly esnifó una raya de algo en mis narices y le ofreció otra a la mujer que la aceptó sin reparo. Ninguno se había dignado a mirarme aún, estaban a lo suyo en aquel ambiente obsceno y parecía preocuparles poco lo que fuese a tratarse allí. Tal vez por eso tuviesen problemas financieros. Sin embargo, Fiddler si me estudiaba con absoluta curiosidad, igual que alguien que encuentra una gema de millones, porque al final eso iba a darle ¿no? Con el trueque que habían organizado él ganaría millones y los demás no podían importarle menos.

Al final, Jack me pidió que lo acompañase a su lado y allí me senté. Cuando lo hice su boca se acercó a mi oreja y murmuró tal asquerosidad sobre mi aspecto que me dieron ganas de estamparle la cabeza contra la mesa de mármol. Y no fui la única.

—Tengo ganas de vomitar. —Susurró Joana.

—Señores, señora. —Jack inclinó la cabeza ante la mujer de la directiva. —Os presento a Charlotte.

—Así que esta es. —A Fiddler le sobraban la palabrería.

—La mutada que puede controlarlo. — La mujer me sonrió con cierto desdén. —Eres toda una leyenda.

—Está bien. —El directivo en cambio me despreció por completo. —¿Cómo lo hacemos?

—Despacio Santos. No tenemos ninguna prisa, hay bebida, estimulantes, buena compañía. —Fiddler rellenó un vaso y espolvoreó en él una sustancia. Después me lo ofreció.

—Brindemos por la valiente Charlotte. —Dijo la mujer de la directiva.

—No bebas de ese copa. —Asia y William hablaron al unísono. Chocamos los vasos y yo me llevé el líquido a los labios, pero no ingerí ni un mililitro.

—Yo en realidad tengo poco tiempo. Debemos atender más negocios esta noche. —Insistió el directivo. —¿Doctor?

—Sí, claro, el plan. —Torpemente sacó un par de planos de su bolsillo y se los entregó a Jack.

—¿Cuántos soldados?

—A esas horas no más de treinta.

—¿Tendrás armas suficientes? —Fiddler miró a Jack y el mutado asintió.

—Entonces solo nos queda mi recompensa. —Comentó el doctor tamborileando los dedos.

—¿Qué recompensa? —Me hice la loca para incriminar aún más al doctor si podía.

—Tú. —Respondió Fiddler.

—Tráelo. —Jack dio la orden a uno de los guardaespaldas que supuse sería uno de Los Salvadores vestido de traje y luego me susurró. —No montes ningún espectáculo o lo mato.

Mi cuerpo se tensó inmediatamente porque no sabía de quién hablaba, pero solamente podía pensar en William. En cambio, cuando los mutados volvieron fue peor de lo que pensaba. Marco estaba allí amordazado y esposado. Al verme abrió los ojos con miedo y yo me levanté casi sin pensarlo. Jack se puso en mi camino y todas las armas se cargaron. Volví la vista hacia el hermano de William y supe que algún día también lo mataría a él por aquello. Habíamos vuelto a caer en una trampa y yo ya estaba cansada de que aquel hombre siempre fuese por delante.

Permití que la fuerza que reinaba en el fondo de mí tomase el control y también a la ira porque nunca viajaban una sin la otra. Después me lancé a por Jack y lo cogí por el pecho llevándolo contra la pared con un buen golpe. Todas las pistolas se levantaron apuntándome y las órdenes que recibí eran claras. Estate quieta. Pero no, no iba a permitir que mi amigo fuese la moneda de cambio de nuevo. Aquello era idea del doctor, de eso no me cabía duda, pero Jack estaba advertido previamente.

—Te avisé de lo que pasaba. —Apreté con más fuerza y el mutado forcejeó inútilmente hasta que sentí una pistola en mi cabeza.

—Deberías calmarte si no quieres que los dos acabéis con un agujero en la cabeza. —Respondió él enfadado.

—Llévatelo de aquí y hablaremos.

—Tengo una oferta mejor, Charlotte. —Aflojé mi agarre y él aprovechó para liberarse. —No debería ser tan generoso después de cómo me has tratado.

—¿Generoso? ¿Crees que no sé de qué va esto?

—Seguro que sí, no tienes un pelo de tonta. —Se acercó a Marco que me miraba angustiado. —Te ofrezco la libertad, la de los dos. Vete con el doctor, déjale que haga sus pruebas y cuando acabe podréis iros lejos. Fiddler os dará nuevas identidades, borraremos vuestros tatuajes y podréis empezar de cero con una cuantiosa cantidad de dinero. ¿No soy generoso?

Mi silencio fue respuesta suficiente para él y para todos allí. A través del pinganillo nadie dijo nada tampoco. Los estaba traicionando y ni siquiera estaba segura de si podía fiarme de aquellas personas, pero estaba haciendo lo que Queen me había dicho, pensar a mí, a excepción de que podía llevarme la familia conmigo en esa decisión. Sentía un nudo en el estómago por los demás, especialmente por William que jamás iba a perdonarme aquella traición, puede que Asia o los demás, pero estaba segura de que él no. No podía entenderlo porque no se sentía amenazado cada segundo de su vida y aunque lo hiciese, él lucharía antes que huir. Yo en cambio, llevaba toda mi vida huyendo y dependiendo de las decisiones del resto y con aquella que era solamente mía podía cambiarlo todo. ¿Cómo iba a rechazarlo?

Me acerqué a Marco y me di cuenta de que no estaba cien por cien consciente. Parecía drogado o sedado, sus movimientos eran lentos y aunque percibía lo que estaba pasando no correspondía con sus acciones. Acaricié su rostro y retiré la mordaza prometiéndole que no le pasaría nada malo. Él cerro los ojos un segundo en respuesta y yo uní nuestras frentes. Estaba todavía procesando la calidez que sentía de nuevo a su lado cuando alguien abrió la puerta por la que había entrado Marco, me cogió por la espalda y me puso de nuevo una pistola en la frente.

—Quietos o la mato.

Todos, absolutamente todos, mis músculos se quedaron petrificados cuando William apretó la pistola contra mi piel.

—Hermanito. —Jack avanzó hacia nosotros despreocupado.

—Jack.

—Quizás deberías explicarte mutado. —La directiva miró enfadada a Jack.

—Señores y señoras les presento a mi hermano. Primera vez que lo veo en casi ocho años. La última vez intentó matarme, supongo que entenderéis que no lo he invitado yo.

—No va a matarla. —El doctor estaba en pie y desafiaba a William con contar la verdad.

—¿Sabe doctor las represalias que le traerá esto? Colaborar para atacar la base, la mano que le da de comer. —El soldado en cambio optó por devolverle la amenaza.

—Soldado, está rodeado de pistolas. —Fiddler seguía sentando tranquilamente.

—Suéltame, por favor. —Le rogué por él y no por mí pues efectivamente tenía las de perder.

—Tengo lo único que os dará lo que queréis a todos. Si caigo yo, cae ella. —Mi respiración subía y bajaba agitada. Marco seguía adormilado y sujeto por los guardaespaldas.

—Antes que ir a la cárcel. —El directivo se encogió y añadió. —Caed los dos.

—¡Que nadie dispare! —Jack en cambio no quería perder la ocasión. —Déjala, vete de aquí y nadie saldrá herido. Es un buen trato Will.

—Hazle caso, por favor. —Las lágrimas me caían por las mejillas empapando su mano.

—¿Crees que me creo algo de lo que dices Jack?

—Te estoy dando una segunda oportunidad. —Esa frase solamente quería despistarlo, pero el sargento no cayó.

—Hace mucho tiempo que dejó de importarme lo que te pasase. Mi unidad está de camino, estáis rodeados. Os recomiendo bajar las armas ya.

—Por mi puedes matarla entonces. —Fiddler se levantó con las manos en alto.

—Es un farol. —Dijo Jack con una gran sonrisa.

—¡Claro que lo es! No va a matarla es…

—Va a cantar. —Joana rugió en el pinganillo.

El doctor no terminó la frase. El disparo fue un golpe seco y un segundo después el hombre que me había torturado estaba en el suelo con un agujero en la cabeza. ¿Terminaría yo igual? Había sido William el que había disparado y yo sabía lo enfadado que debía estar, pero el resto solo conocían lo que veían, así que aprovecharon ese momento de confusión para abrir fuego. El sargento me empujó

llevándome al suelo con él y esquivando las balas. Después comenzó a disparar y las balas dejaron de viajar en nuestra dirección, mientras los demás se resguardaban. Yo me percaté de que habían soltado a Marco y quise correr hasta él, pero William me cogió el brazo un segundo antes sin dejar de disparar y me hizo tomar una decisión que partió el corazón.

—No lo hagas.

Fue lo único que dijo a la vez que yo me escapaba. Escuché como William se quedaba sin balas y maldecía en voz alta. Los guardaespaldas abrieron de nuevo fuego hacia él y una parte de mí decidió que por lo menos debía protegerle de alguna forma para compensar aquello. Encontré un extintor en la pared, rompí el cristal y después lo accioné en dirección a los que disparaban. Conseguí el tiempo necesario para que pudiera esconderse y luego me fui a por Marco. Ya estaba cargando con él como podía cuando Jack apareció y para mi sorpresa se echó el otro brazo de Marco al hombro. Salimos por la puerta corriendo y no paramos hasta que abandonamos el Queens.

Antes de irme tuve tiempo de volver un segundo la vista atrás justo para ver a William mirarme con una profunda decepción a la vez que desaparecía por la otra puerta. Yo respiré tranquila sabiendo que él también había salido de allí. Podía vivir con que me odiase, pero no con verlo muerto.

Ese pensamiento trajo a mi cabeza la conversación del día que discutimos en la azotea de Ritmo Spark. Él me había dicho exactamente lo mismo y en ese instante comprendí que tal vez había malinterpretado sus palabras. Sin embargo, ahora ya no tenía otra opción más que la que había elegido y tenía que seguir adelante si quería poner a Marco a salvo.

Una vez fuera Jack no nos abandonó y yo solo conocía un sitio de confianza en el que pedir ayuda. Terminamos frente a la puerta trasera de la Taberna de Neil.

—Quédate aquí con él.

Preferí no pensarlo mucho y entré corriendo a pedir ayuda a Luc. Theo no tardó en unirse a nosotros y los dos tenían cara de desconcierto cuando salieron y me vieron allí con el hombre que les había ofrecido sacar a todos los mutados de la base.

—No preguntes. — Le pasé a Theo el brazo de Marco que seguía esposado. —¿Por qué esta así?

—El doctor le ha dado un tranquilizante. Debería durarle unas cuatro horas más. —Jack respondió con indiferencia.

—Quedaos con él.

—No le pasará nada. —Luc me dio una palmada entendiendo que yo me iba.

—¿Qué pasa contigo? —Theo en cambio no quería asumirlo.

—Estará bien Theo, vamos. —Nuevamente Luc respondió por mí.

—No.

—Theo, volveré. —Abracé a mi amigo y él no parecía convencido.

—No. Charlotte para, quédate aquí. —Señaló a Jack. —No es de fiar.

—Aquí vendrán a buscarme.

—No sé qué ha pasado, pero deberías dejar que te encuentren. —Theo hablaba en clave, pero yo lo entendí perfectamente.

—Ya es tarde.

Finalmente, los dos entraron y yo miré a Jack que recuperaba el aliento tranquilamente. ¿Qué estaba haciendo allí con él? Y ¿a dónde iba a ir? El pinganillo había dejado de funcionar, supuse que habrían apagado la señal o se habrían cambiado de frecuencia para que no los escuchase. En ese momento recordé la cámara y me di cuenta de que los soldados seguían conociendo mi posición.

—Necesito pensar.

Aproveché esa excusa para girarme e ignorar a Jack. Aunque la realidad es que si que necesitaba unos segundos para organizar mis ideas. Con cada decisión el pensamiento de que me estaba equivocando y que parase se volvía más fuerte. Era como tener a alguien gritándote que frenes y no poder alcanzar el freno para hacerlo. Era una presa del pánico y el miedo y eso me llevó a tomar otra mala decisión aquella noche. Me llevé la mano al cuello y discretamente rompí el enganche de la cadena. La dejé caer al suelo de forma disimulada y luego volví la vista a Jack. En ese instante, William se puso en contacto conmigo desesperado.

—Charlie, soy yo. Nadie más nos escucha. —Mi pecho se elevó al escucharle hablarme con esa calma. —Jack es peligroso, recoge la cadena del suelo, por favor. Sabes que sin ella no puedo encontrarte. Ya sé que tienes miedo y que estarás pensando que soy el enemigo,

pero no es así. Tienes que saber que conmigo no estás en peligro. Nunca.

—Tenía el arma en la cabeza. —Respondí sin darme cuenta de que Jack estaba ahí.

—Oye no entres en pánico ahora. —Jack me contestó pensando que estaba sufriendo algún tipo de trauma.

—Ibas a irte con el doctor y yo no iba a dejar que eso pasase, pero…

No llegué a escuchar el final de esas palabras. Jack perdió la paciencia y se quitó la careta que llevaba sosteniendo desde que me ayudó esa noche. Acortó la distancia que lo separaba de mí, metió la mano el bolsillo de su chaqueta y tapó mi nariz y boca con un pañuelo empapado en cloroformo. Recuerdo haber intentado gritar y luego me desvanecí sabiendo que había caído completamente en su trampa.

Abrí los ojos con un dolor de brazos insoportable y al hacerlo me encontré con una mancha negra ante mis ojos. No veía absolutamente nada y solamente sabía que estaba colgando de algún sitio. Mis brazos estaban rodeados por algún tipo de correa y soportaban el peso de mi cuerpo. Me agité nerviosa y percibí que alguien más se movía a mi alrededor.

—¿Marco? —Pregunté angustiada.

—No sé a quién buscas, pero aquí la única nueva eres tú. —Era una mujer la que hablaba y parecía joven por su tono de voz.

—¿Dónde estamos? ¿Por qué no veo nada? ¿Quién eres tú?

—Frena, frena. —Escuché que reía y me asusté. —No sé dónde estamos, no ves nada porque tienes una venda en los ojos y me llamo Nadia. Si quieres quitarte la venda frótate la cara contra el brazo con fuerza.

—¿Tú ves lo que está pasando? —Dije a la vez que ponía en práctica el consejo.

—Con pelos y señales. Seguro que cuando veas lo mismo que yo vas a querer ponértela de nuevo.

Ignoré su advertencia y continué frotando la venda contra el brazo hasta que efectivamente la venda se fue deslizando y terminó cayendo hasta mi cuello. Cuando mis ojos se acostumbraron a la luz y vi lo que ocurría también quise volver a ponerme la venda y seguir ciega.

Estaba colgada a unos diez metros del suelo. Las correas de mi mano se enganchaban a una gorda viga de metal en el techo y a mi lado

había una hilera de mutados, supuse, en la misma situación. Algunos parecían inconscientes, otros habían logrado quitarse la venda también y alguno más se peleaba con ella todavía. Abajo en el suelo había varias jaulas de control, multitud de pantallas, una veintena de científicos y una docena de personal con metralletas. No lucían uniforme militar, pero debían ser del equipo del fallecido doctor. Dentro de las cajas los mutados luchaban contra la toxina y gritaban o se golpeaban así mismos.

Nadia, una joven de pelo rojo y apenas quince años, me miraba expectante demostrando lo demasiado acostumbrada que estaba a aquella situación. También llevaba un extraño conjunto de deporte que consistía en unas mallas por media rodilla y un top deportivo. Yo por suerte todavía conservaba el vestido. Su piel tenía moretones y una cicatriz en la mejilla izquierda marcaba su rostro. Comprobé que le habían tatuado una etiqueta negra en su mano, la primera que veía con tatuaje teniendo en cuenta que siempre nos asesinaban, así que me quedó claro que aquello solamente podía ser el experimento del doctor y el capitán. En cambio, imaginarme allí al capitán no me parecía lo más lógico, aunque nos odiaba ese hombre se debía al ejército como para convertirse en un traidor.

Cuando una fría corriente de aire se coló desde el techo volví la vista y vi lo que me pareció la mejor idea del mundo. Una claraboya de cristal opaco, pero que me indicó que si el aire allí arriba era tan frío solamente podía venir de ella y del exterior. Miré las corres y pensé en soltarme, pero no había opciones de sobrevivir a la caída.

—Morirías. Ves las manchas marrones, más de uno lo intentó ya. —Nadia también adivinó mis intenciones y confirmó mi teoría.

—Tengo que largarme de aquí. —Gruñí para mí misma.

—Tú y todos, pero no se puede. Cuando nos bajan, los guardias nos rodean y luego nos meten en la jaula. Lo siguiente siempre es despertar aquí. Ahora están todas ocupadas, tardaran unas horas en venir a buscarnos.

—Estupendo, tengo tiempo. —Nadia seguía hablando sin control, pero yo ideé otro plan.

Me impulsé hacia arriba torpemente, pero conseguí mi objetivo, aferrarme a la correa de cuero que me anclaba al techo. Nadia me miró sorprendida y yo me mantuve quieta hasta que los guardias, que habían escuchado algo de ruido, volvieron la vista al suelo. Después cuando su atención se centró de nuevo en lo que pasaba allí abajo y no en las alturas, trepé con un enorme sobre esfuerzo por la correa

hasta que alcancé la viga y pude colgarme de ella. Mis brazos estaban agotados tras ello, pero aquel no era el momento de rendirse. Subí hasta la viga y en ese momento rompí la atadura. Si me caía de ahí abajo estaba muerta, no podía fallar y recé para que las lecciones de equilibrio con William hubiesen sido satisfactorias.

Pensar en él, en William, me revolvió y consiguió descentrarme. Me había pedido que no lo hiciese varias veces y yo no lo había escuchado. Ahora en consecuencia estaba secuestrada y con bastantes papeletas de convertirme en papilla. Luego recordé que me había apuntado con la pistola y también sus últimas palabras antes de perder el conocimiento. ¿Había sido una actuación lo de la pistola? ¿Por qué no me había avisado nadie por el pinganillo entonces? Yo había sentido verdadero pánico en aquella habitación, y no solo por mi vida, también por la de él y la de Marco. Recordé el sonido de los disparos y tuve que agarrarme con más fuerza tras el primer traspié.

Nadia me observaba fascinada y cuando vio la claraboya entendió cuál era mi plan. Caminé en silencio por la estrecha viga rezando para que nadie levantase la vista arriba, además de por no caerme. Los dedos de mis pies se aferraban a la fría superficie de metal casi tratando de convertirse en garras y cuando por fin alcancé la ventana Nadie gritó.

—¡Se está escapando!
—Hija de la... —Terminé la maldición para mis adentros.

Todas las cabezas se giraron primero mirando a Nadia que continuaba gritando y luego siguieron la dirección de su mirada y su cuerpo hasta dar conmigo. No tuve tiempo a mucho más. Tiré de la manilla y abrí la ventana rezando por estar en lo cierto.

# Capítulo 24

Una enorme corriente de aire fresco y libre me golpeó en cuanto me escabullí con rapidez por el agujero a tiempo de escuchar gritos y órdenes. Estaba en un tejado bastante alto y en la oscuridad de la noche no fui capaz de distinguir en qué parte de la ciudad me encontraba, pero los edificios sí me eran familiares y seguían allí. Sin pensarlo más tiempo salí corriendo, recordando que casi cualquier dirección acabaría llevándome a la plaza del mercado. Corrí y corrí saltando de un tejado a otro, consiguiendo disminuir la altura. A mi espalda escuchaba voces cada vez más cerca, me estaban dando caza y si no agilizaba el ritmo no tardaría en encontrarme.

Ritmo. Eso era.

Frené en seco y busqué la torre de antenas de la azotea de Ritmo Spark. Su cartel rojo neón tenía que dejar un leve fulgor colorado que me permitiese ver incluso de noche la torre. Perdí puede que dos minutos y la presión crecía a medida que las voces se acercaban, pero al final lo encontré.

Conseguí ubicarme y solo entonces comencé a huir con sentido. Tenía claro a dónde ir y por qué. Me iba a casa y solo esperaba que al llegar el sargento siguiese allí, que no hubiese abandonado la misión y tampoco a mí. Y sobre todo que me perdonase porque de verdad había comprendido que nunca debí dudar de él, que había caído en la trampa de todos. Queen solo pensaba en ella, no me había mentido, lo había dicho y yo había picado el anzuelo. Jack tenía todo orquestado, cada posible situación, cada respuesta, William me lo había advertido. Su hermano tenía una inteligencia muy superior a la media. Y por último, aquel lugar del que estaba huyendo. Aquella sala era horrible y era real. El tráfico de mutados no solamente era de órganos.

Podía entender por qué Nadia me había delatado. Esa chica solamente buscaba ganarse el favor de los que estaban allí con el fin de mejorar su actualmente nula calidad de vida.

Me llevé la mano a mi oído esperando encontrar el pinganillo para pedir ayuda y rezar porque alguien siguiese escuchando, pero no estaba ahí. ¿Me lo había quitado Jack? ¿Se me había caído? O ¿había

sido la gente de aquel laboratorio? No importó cuando un disparo golpeó la chimenea de mi derecha. Grité, resbalé, volví a levantarme y no paré de correr.

La noche era de las más frías, mis pies habían perdido parte de la sensibilidad y mi cuerpo sudaba en frío congelándose cada vez más. Ya comenzaba también a faltarme el aire por la fatiga de la carrera cuando por fin reconocí el tejado del piso. Corrí a la trampilla del ático y tiré con fuerza rompiendo el pestillo interior. Me colé y bajé las escaleras de dos en dos y luego de tres en tres hasta que me encontré frente a la puerta. Pisándome los talones escuchaba a los guardias que me perseguían bajarlos a un ritmo mayor todavía. Suspiré solo un segundo antes de girar el pomo y confiar. No había dejado de hacerlo desde que eché a correr y en ese instante tenía que confiar en que demasiadas cosas fuesen como esperaba, pero lo hacía. Lo hacía porque William estuviese allí, luego también porque hubiese dejado la llave sin pasar como cuando yo estaba con Los Salvadores de misión, y por último porque de verdad las palabras que me dijo hubiesen sido ciertas.

Crucé el umbral. La puerta estaba abierta y al hacerlo me encontré al sargento con el arma en alto y a todos los demás con la boca abierta. Asia estaba sentada en el sofá y Joana y John en la barra de la cocina. William en cambio estaba de pie en el medio de la estancia con el arma apuntándome. Al verme, no dudó en bajarla y la posó sobre la encimera. Luego, sin pensarlo tampoco, cruzó de dos zancadas la estancia. Agotada di un paso hacia delante para cerrar la puerta y caí fruto de la hipotermia que debía estar a punto de sufrir y también por la pérdida total de energía que mi cuerpo sentía.

No llegué a tocar el suelo. Los brazos de William me cogieron con fuerza sosteniéndome de rodillas contra su pecho.

Los guardias llegaron al rellano y todos nos tensamos en silencio. Miré hacia la puerta a sabiendas de que continuaba abierta con solo girar el pomo y los demás también se dieron cuenta. Asia apareció a nuestro lado con la pistola en alto y también Joana y John. Al final los pasos continuaron viajando hasta el primer piso y abandonaron el edificio para buscarme entre las calles. Cuando Joana confirmó desde la ventana que se habían ido, el sargento White volvió la vista hacia mí y me abrazó con más fuerza que nunca a la vez que dejaba escapar un gran suspiro. Yo rompí a llorar, pues sentía una mezcla de arrepentimiento, miedo, culpa, vergüenza y desasosiego.

—Ya está, ya está. —William me acariciaba tratando de calmarme.

—Charlotte vamos, cálmate. —Asia también se había arrodillado a nuestro lado.

—Marco está bien. Lo salvaste y Asia ha conseguido que lo dejen libre. —William me contó aquello a sabiendas de lo importante que era para mí. —Lo conseguiste.

—¿Qué?

—Conseguiste salvarlo y tú también estás bien. —Él seguía apretándome.

—¿Dónde estuviste? —La insaciable curiosidad de Joana se impuso allí devolviéndonos a la realidad.

—Vamos Jo, dale unos minutos. —John en cambió reprendió a su compañera.

Al final, William ignoró a todos y lo que pudieran pensar y me alzó en brazos para sacarme de allí. Solamente cuando estuvimos dentro de mi habitación me sentí cien por cien segura y dejé de llorar. Él pareció darse cuenta y me sonrió.

—Estás en casa, descansa.

—Lo siento.

—Ya lo sé.

—Quédate, por favor. —Lo pedí ignorando todo lo que teníamos pendiente por hablar.

—Déjame que despida a los demás y vuelvo.

Volvió y se tumbó a mi lado. Sin preguntarme, acomodó mi cabeza sobre su pecho y me rodeó. Aquella no era la relación que dos enemigos debían mantener y los dos lo sabíamos, pero no importaba. Podía sentir su profunda respiración subiendo y bajando. También el latido de su corazón, lento y apaciguado. Tranquilo. Y poco a poco, ese sonido se transformó en una nana que me durmió.

A la mañana siguiente ya no estaba a mi lado, pero sí me observaba desde el suelo de mi habitación. Esquivé el cruce de nuestras miradas porque sentía demasiada vergüenza y no me merecía el recibimiento, ni tampoco la confianza que había depositado en mí. Aun así, William necesitaba hablar y aclarar nuestra situación, aclarar mi traición y yo no podía negarme después de que me hubiese recibido como si nada.

—¿De verdad pensabas que iba dispararte?

Se levantó y se sentó en la cama frente a mí sin dejar de mirarme. A mí aquello me resultaba demasiado incómodo porque yo no sabía

hasta qué punto estaría enfadado conmigo o qué decisión iba a tomar, pero tampoco quería suplicarle. Estaba cansada de que mi vida dependiese de otros y solamente había visto una vía rápida para ser libre. Me había equivocado de eso no tenía dudas, había rechazado la mano buena y la había cambiado por la mala, por lo que no tenía más remedio que asumir las consecuencias.

—Te traicioné.

—Ya. —Resopló riéndose para sí mismo. Posó la pistola encima de la cama entre ambos. —Cógela tú si así te sientes más segura.

No me sorprendió que el sargento leyese cada sentimiento dentro de mí. Lo hacía siempre y eso era algo que nos unía en cierto modo, pero no sabía hasta qué punto en ese momento. Al menos, ese gesto me dio a entender que había una vía disponible para el diálogo.

—No vas a preguntarme por qué.

—¿Por qué me has traicionado? —Me miraba estupefacto como si aquello fuese absurdo. —Supe que lo harías en cuanto escuché la oferta.

—Tenían a Marco. —Me expliqué igualmente porque sentía que se lo debía. —Haría eso por cualquiera de los que quiero.

—Eso te vuelve manipulable.

—También lo haría por ti.

—Pues no deberías. Yo jamás te lo pediría.

—¿Y ahora qué?

—Ahora debería reportarlo y entregarte.

Me asusté tanto que me lancé a por el arma, pero ya no estaba en mi lado cuando yo llegué. William la sostenía con decepción.

—¿Por qué has venido hasta aquí si no confías? Eres inteligente, sabes bien que no voy a hacerlo.

—Vine a casa. No tenía otro sitio al que ir. —William cerró los ojos al escucharme y se frotó la sien.

—Entonces confía en mí, Charlie. Tenemos un trato y voy a cumplirlo, pero nada de mentiras y traiciones, se acabaron.

—Es fácil pedirlo cuando estás en el barco que no se hunde.

—Estoy intentando hacerlo bien y ser justo, pero no puedo renunciar a salvar vidas. Así que, te lo voy a pedir una vez más. Confía en mí y no me hagas tomar la decisión difícil. —Vi cuanto se esforzaba y cuanto le costaba aquello.

—Gracias por…

—No. Ni te atrevas. —Su mano fue directa mi barbilla y me hizo

levantar la cabeza para que lo mirase. —Te volvería a coger mil veces más aunque ni yo lo entienda.

Lo más extraño de volver después de haber intentado traicionar al equipo de soldados no fue hablar del tema. En realidad, nadie habló de ello más allá de esa conversación que tuve con el sargento. Ni Asia, ni John, ni Joana preguntaron por qué lo hice. Sí que les relaté dónde había estado y qué se hacía en aquella espacio de laboratorio, tarea que Joana se autoasignó para investigar, pero no preguntaron nada más y eso era raro.

Tuve claro cuando me quedé a solas con Asia que si alguien iba a contarme qué narices estaba pasando solamente sería ella. El resto habían salido para ir a declarar en la base y ella se había quedado haciéndome compañía, o vigilándome, según quisiera verse. Por eso, me fui directa al sofá para sentarme a su lado y aclarar todo lo que fuera posible. Necesitaba saber en qué líos se había metido el sargento por disparar al doctor porque lo que tenía claro es que eso no debía haberle traído nada bueno, pero ¿problemas? Unos cuantos.

—¿Qué ha pasado con William?
—¿A qué te refieres? —Preguntó Asia confusa.
—Mató al doctor. Ha tenido que tener represalias.
—Shhh. No vuelvas a decir eso en voz alta. — Miró a la puerta y me miró más seria que nunca.
—No entiendo nada.
—Han abierto un expediente. Si alguien te pregunta fue John el que entró allí y disparó. Nunca llevaste cámara y huiste con Marco por orden nuestra, pero te alcanzaron.
—¿A John no le pasará nada?
—John ha dicho que fue un fuego cruzado, pero a William nadie le compraría todo eso y menos el capitán. Está enfadado y quiere venganza.
—Todo esto es culpa mía. —Admití apenada.
—Pues sí. No voy a mentirte Charlotte, tomaste la peor decisión de todas.
—¿Y por qué nadie me grita entonces? —No entendía por qué todos los habían dejado correr así.
—¿Sinceramente?
—Sí.
—William nos ha pedido que te entendamos y que si no podemos tampoco digamos nada en contra. —Abrí la boca sin saber que responder. —No ha sido una orden, pero si él considera que eso es lo mejor, lo apoyaremos.

—Debería tomar ejemplo de vosotros. He sido una estúpida.
—Tampoco es que te odiemos. Ya me entiendes, Joana no se fía, John dice que no eres de los nuestros y a mí me duele porque efectivamente no lo entiendo.
—Tenía miedo, vivo con miedo Asia. Ahora al menos sé que Marco está a salvo. Fui egoísta porque John tiene razón y elegí ponerme a salvo. —La miré y estaba negando con su cabeza.
—John es un bruto. Tú, mutada o no, te has ganado un hueco en este equipo y hasta ese bruto lo sabe. —Levantó las manos ofendida y añadió. —Incluso a Will le gustas.
—William odia a los mutados que son como yo.
—Pero no a ti y no te haces una idea del empeño que ha puesto en hacerlo. Will quiso odiarte desde el primer día.
—Me contó lo que hizo su hermano.
—Lo sé. Me lo dijo. —Dijo ella y yo me pregunté que más le habría dicho.
—Y se empeña en verme como lo que no soy.
—Ve lo mismo que vemos todos. No eres como los demás. —Luego esbozó una sonrisa triste. —Estaba desesperado sabiendo que Jack y los demás te tenían retenida.
—Siempre habla de Jack asustado.
—Jack y William trataron de arreglar sus diferencias hace tiempo. Estaba dispuesto a perdonarle.
—No parece que saliera bien.
—Jack intentó terminar lo que empezó cuando eran niños. —¿Qué necesidad había para querer matar a su hermano Charlotte?
—William dice que es demasiado inteligente.
—Puede. —Suspiró angustiada. —Jack es un psicópata y Will lo sabe.
—No se merece un hermano así. —Protesté.
—¿Lo quieres? —Tardé varios segundos en reaccionar.
—A pesar de que he intentado odiarlo también. —Admití.
—Hay cosas en la vida que no se pueden evitar y escapan a nuestro control. —Me abrazó con ternura y yo le devolví el gesto agradecida.

Conocer la verdad me ayudó para afrontar el resto de los acontecimientos. Conseguí convencer a William para que me dejase volver a las reuniones de Los Salvadores, aunque tuve que aprovecharme de la frialdad de Joana para ello. La espía secundo mis argumentos, y si se dio cuenta de que la estaba usando para ello, no lo demostró. En mi cabeza eso era lo menos probable, aquella mujer siempre se enteraba de todo y por cómo me estudiaba su rostro de ojos redondos, tenía claro que no se estaba tragando nada. Las demás opciones eran sencillas, o bien me quería fuera de juego y por eso apoyaba que visitase al grupo de mutados asesinos, o por el contrario

creía que la misión era lo más importante. Ninguna de las dos me sorprendía, sabía perfectamente tras hablar con Asia que ninguno de ellos sentía simpatía hacia mí. Lo único que pude obtener en positivo fue que conseguí volver y esa era parte de mi redención.

# Capítulo 25

—¡Eh! ¡Eh tú para! —William me cogió del brazo obligándome a girarme. —Tú no eres así.

—Así es como siempre me dices que somos los mutados. —Repliqué soltándome con fuerza.

—Tú no. —Él volvió a sostenerme esta vez por los dos hombros. —Te están arrastrando.

—No me conoces.

—Claro que sí. —Protestó ofendido.

—Pues no puedes decirme cómo tengo que ser.

Me alejé y me encerré en mi habitación porque sabía que no iba a seguirme. Dentro hundí la cabeza en la almohada y grité porque en el fondo William tenía razón. Yo no era así. ¿Qué demonios me estaba pasando?

Mi mente viajó de nuevo a esa tarde. Había llegado al punto de encuentro de Los Salvadores y nada más verme dos de ellos se había ido directos a avisar a Uno. Los cuchicheos a mi alrededor habían vuelto y tampoco me sorprendía. Había alcanzado a oír pequeñas frases completas en las que decían que yo le había tendido una emboscada a Uno, pero solamente yo sabía que eso era mentira. El resto creían lo que les habían contado y tampoco me sorprendía. Si acudían a ese lugar es porque confiaban en la persona que los lideraba. Si sabían o no lo que Jack había hecho, eso ya no lo tenía claro.

Uno de los lacayos del hermano de William se abrió pasó y con un gesto de cabeza me indicó que lo siguiera. Yo estaba bastante tranquila porque sabía que desde la azotea de Ritmo Spark me vigilaba el sargento con un fusil de siete con sesenta y dos milímetros y un alcance de ochocientos metros más que preparado para disparar. Sin embargo, cuando vi que nos internábamos en uno de los garajes cercanos empecé a ponerme nerviosa.

Aquellas puertas siempre permanecían cerradas y era la primera noticia que tenía de que perteneciesen a Los Salvadores. ¿Quién era el dueño de tantas propiedades? Me encantaría saberlo porque dudaba que estuviera allí presente.

Dentro me encontré con un viejo gimnasio con un enorme cuadrilátero de boxeo en el medio. Las cuerdas ya estaban gastadas y el suelo presentaba manchas resecas, pero ninguna de las máquinas de pesas tenía polvo. Usaban aquel gimnasio a menudo y suponía que era para mantenerse en forma.

Divisé a Jack al fondo sonriente entre la multitud. Poco a poco me vi arrastrada por la gente hasta que no tuve más remedio que entrar en el ring. A mí todo aquello no me gustaba ni un pelo, yo no pensaba pelearme con nadie, pero la gente se mostraba ansiosa y se arremolinaba alrededor de los cuatro lados.

—No esperaba verte de vuelta. —Jack se acercó y se frotó el mentón. —Tengo que reconocer que tienes valor.

—Dirás que no esperabas verme más. —Ese mutado me la había intentado jugar.

—¿Vienes en busca de perdón?

—¿Yo? —Lo miré perpleja y el sonreía ante su propia mentira. —Debes estar soñando.

—Aquí nos gusta confiar en que todos podemos cambiar. —Escuché vítores ante esa frase.

—No esperaba menos de ti.

—Y tenemos una vía para ganarse de nuevo el puesto. —Su dedo índice apuntó al suelo del ring que ya pisaba.

—No voy a pelearme con nadie. —Dije, pero él ya estaba negando.

—Vas a pelear como todos para ganarte tu segunda oportunidad y vas a pelear conmigo, Charlotte.

Automáticamente su segundo y tercero me sujetaron por los brazos y me empujaron hacia el medio. Choqué con Jack y este no esperó a que yo aceptase el combate. Estrelló su codo en mi estómago con gran agresividad. No estaba descontrolado, eso era evidente, pero estaba enfadado y podía acabar así en cualquier momento. Quise alejarme, pero me cogió por el pelo y me lanzó al suelo. Acto seguido se puso sobre mí y comenzó a lanzar golpes a mi cara, mi pecho y mis costados. Yo tenía las piernas inmóviles bajo su agarre, así que traté de cubrirme el rostro dejando todo lo demás libre. Jack aprovechó eso para dar con más fuerza todavía en los zonas que habían quedado al descubierto. William me ordenaba que luchase y me defendiese, pero yo no quería. Y de verdad que no quería al principio. Sin embargo, cuando Jack me cogió de nuevo para llevarme a una esquina y repetir la maniobra lo golpeé la pierna y traté de escaparme. En ese momento, él fue más rápido que yo y tiró de mi pierna atrapándome

de nuevo y entonces, antes de recibir una nueva tanda de puñetazos, lo dejé salir.

El monstruo que vivía conmigo tomó el control y devolvió el golpe. Jack salió despedido y se golpeó contra la lona hundiendo el cuadrilátero. Al levantarse, él también había dado la bienvenida a su monstruo. Me dejé llevar por la ira y en cada puñetazo yo devolvía otro, en cada patada yo daba una más fuerte a cambio. La única diferencia es que él estaba ciego por la ira y yo no. Escuchaba perfectamente a William gritando que parase por el pinganillo. Había dejado de pedirme que pelease y me mandaba parar, pero no quería. Jack se merecía cada golpe, se merecía la humillación que estaba recibiendo. No debería haberme obligado a pelear. De hecho solamente lo había hecho para demostrar su poder y por eso yo le estaba mostrando el mío.

Cuando acabé con él apenas podía levantarse y yo tenía unos cuantos golpes, pero ahora el resto de mutados no se atreverían a acercase a mí y Jack habría aprendido la lección. Lo había advertido, le había dicho lo que sucedía cuando alguien amenazaba a Marco y él se había atrevido a usarlo igualmente y a venderme a mí al doctor. Yo solamente le había dado su merecido. Me estaban arrastrando, puede. Y también estaba dejando que aquella guerra me convirtiese en lo que odiaba, pero yo defendía a los que quería por encima de todo y si para eso tenía que ser el monstruo que odiaba, tenía muy claro que iba a serlo.

Todas las emociones que había oprimido durante aquello meses vinieron de golpe. Reviví uno por uno todos los momentos que me habían llevado hasta ahí. Los entrenamientos en la base, las torturas del doctor, el miedo, cada momento con Marco, la noche del Queens, mi tío y como siempre mis padres. No me soportaba, me odiaba a mí misma y solo quería castigarme porque los monstruos no merecían nada más. En cambio, los monstruos suelen destrozarlo todo y eso hice.

La ira se mezcló con todo lo demás y mi monstruo apareció dentro de mí desbocado, como nunca me había pasado. Supe que tenía que controlarlo, pero no podía, en aquel instante todo dolía demasiado y nada lo suficiente. Por eso, me levanté hasta el armario de mi habitación y saqué uno de los cuchillos que solía llevar ocultos en la chaqueta. Era pequeño, pero estaba lo bastante afilado como para cortar solo con rozar su hoja. Temblando lo acerqué a mi brazo y dibujé una primera línea. Me dolió y sangró y una parte de mí

recuperó una décima de control y pensó que eso era lo que se merecía alguien como yo. Deslicé el cuchillo de nuevo unos centímetros más arriba del primer corte e hice un segundo. Al igual que el primero, me dolió y también sangró. Y así uno tras otro me convencí de que si sufría a cambio, tenía más derecho a vivir y el control fue volviendo a mí. No esperaba que se abriese la puerta, pero cuando William entró y me encontró, lo vio todo.

—¿Charlie qué estás…?

Se quedó callado mirando como yo sostenía todavía el cuchillo y mis brazos tenían pequeños cortes que sangraban. No me entendía y sus ojos marrones desorbitados reflejaban sus pensamientos. Creía que me había vuelto loca y al mismo tiempo parecía preocupado y a la vez incapaz de actuar en aquella situación. Al final, se acercó y me quitó con cuidado el cuchillo sin perder de vista los cortes.

—Soy como ellos.

Confesé en voz alta lo que tanto odio me generaba y después continué expulsando todo.

—Me doy asco. Todo en mí está sucio y estropeado. La gente que está a mi lado acaba herida. No hay nada bien conmigo.

Empecé a llorar desesperada y quise recuperar el cuchillo, pero William lo apartó todavía más con el desconcierto en la mirada.

—Esto no es asunto tuyo, vete.
—Yo…
—Te he dicho que esto no te incumbe.

Me levanté y caminé hasta la puerta. Después la sostuve haciéndole ver que esperaba que se fuese. En cambio, el sargento White seguía mirándome con esa expresión compasiva que solamente me hacía sentir más miserable todavía.

—¡Vete!

Parece que gritarle funcionó. Se acercó a la puerta y se paró frente a mí unos segundos. No dejaba de mirarme desde los brazos a los ojos. Como si quisiera arreglarme diciendo algo, pero al final salió de la habitación en silencio y yo cerré la puerta de nuevo.

Al cabo de un rato escuché la puerta principal abrirse y un par de voces hablando en susurros. Así que me acerqué a la puerta y miré por la rendija para descubrir que era Marco el que estaba allí.

—Yo no puedo ayudarla… —William hablaba de mí con él.
—Marco.

Me presenté en el salón zanjando su conversación porque el sargento no tenía derecho a meter a Marco en más mierdas. Yo había decidido que mi amigo se quedaba fuera de mi vida hasta que fuese segura. No le había contado dónde estaba para ser solamente yo la que pudiese ir a verlo al piso de Luc. Y lo había hecho porque sabía perfectamente que en cuanto me viese mal querría ayudarme y saldría mal parado. Así que no, William no tenía derecho a involucrarle.

Marco se quedó mirando mis brazos y luego a mí al igual que había hecho el soldado. Sin palabras, con compasión. Después se acercó hasta mí y me tomó de la mano hasta llevarme al sofá. William se fue a su habitación para dejarnos solos, aunque tampoco tenía dudas de que estaría con la oreja puesta detrás de la puerta.

—No me mires así. Tú no. —Le supliqué que por favor él no me juzgase.
—Luc y Theo van a organizar una fiesta esta noche en la taberna de Neil. Para darme la bienvenida. —Hizo como si no pasara nada y supe que estaba en familia.
—Gracias.
—¿Vas a venir?
—¿Habrá comida y globos? —Pregunté emocionada.
—No prometo nada, ya sabes lo ratas que son esos dos. —Bromeó él sacándome una carcajada.
—Sí que lo son. ¿Te obligan a pagar por dormir en el sofá?
—Soy la chacha. Me paso el día limpiando.

Marco dramatizó llevándose una mano a la cabeza y fingiendo que se quitaba el sudor de la frente. Y seguimos así durante un buen rato. Sin hablar de nada serio, esquivando hablar del problema. En confianza, en familia y riendo con sus estupideces. Al final me recosté sobre su pecho y comencé a dibujar figuras para jugar a nuestro juego.

—Ufff. —Resopló y no dijo nada más.
—¿Qué pasa ya? —Pregunté ofendida.
—Has perdido mucha práctica, no creo ni que pueda decir nada.
—Sabes de sobra qué es. —Lo golpeé en el pecho y él emitió un

fingido quejido.

—Haré un esfuerzo. ¿Puedes repetirlo, por favor? —Su mano me acariciaba la espalda mientras yo repetía el dibujo.

—¿Y bien?

—Creo que ahora lo he pillado sí. —Se puso serio y añadió. —Es un gusano.

—¿Un gusano?

—Sí, de la familia Deckers. Entre tú y yo, se llama Charlotte y no cae muy bien en las demás familias gusano.

—A lo mejor es verdad. —Respondí captando lo que estaba haciendo.

—No lo es. Sabes que no era un gusano. —Dijo él mirándome con sus preciosos ojos color arena.

—¿Y por qué lo parece? —Hablaba de mí totalmente e intentaba explicarle por qué había hecho aquello, aunque él ya parecía saberlo.

—Porque has escuchado demasiadas veces a las personas equivocadas. A las que no conocen nada de ti y te juzgan igualmente. Porque olvidas que tú nunca has hecho nada malo y eso es lo más importante.

—Hoy lo he hecho Marco. Lo controlaba y lo he dejado salir. —Lo admití avergonzada de que comenzase a verme de otra forma.

—¿Por qué?

—Por ti.

—¿Y no crees que yo hubiera hecho lo mismo? —Asentí porque sabía que él también haría cualquier cosa. —¿Y debería castigarme Charlotte?

—No.

—Todas las personas que han pasado por tu vida y te han hecho sentir así, solamente merecen tu indiferencia. Brillas tanto que no pueden verte entre tanta luz.

—Tú me ves.

—Yo siempre te voy a ver, incluso en la oscuridad te vería. Eso ya lo sabes, pero no dejes que otros te apaguen.

—Te he escrito “siempre”.

—Lo sé. No era un gusano, era una promesa.

# Capítulo 26

La cena había sido silenciosa. William y yo no habíamos hablado apenas a pesar de mis intentos, por lo que al final decidí darme por vencida e irme a la habitación al acabar. Horas más tarde, apareció en mi habitación con la ropa de calle todavía puesta. Me lanzó una sudadera y entendí que nos íbamos de excursión. Hacía bastante que no salíamos de espionaje nocturno y no creía que hubiese mucho que investigar después de haber dejado a Jack para pasar unos cuantos días en la cama, pero tampoco hice preguntas.

Acabamos en frente de la taberna de Neil y yo lo miré con cara de sorpresa. William solamente se encogió de hombros y entró. Se fue directo a la barra ignorándome, pero nada más poner un pie dentro vi al trío de mutados que más quería en el planeta. Allí estaban, juntos como una familia celebrando la bienvenida de Marco en el día libre de Luc. Nada más verme Marco se lanzó a por mí, me alzó como a un saco de patatas a pesar de mis protestas y me llevó hasta allí con ellos. Inmediatamente Theo preparó una ronda de cuatro chupitos.

Pasé la noche sin preocupaciones. Bailé con aquel trío y tuve que frenar a Theo porque estaba dispuesto a emborracharme. Luc y él estaban distintos. Siempre había tenido una química especial, pero empezaba a pensar que había algo más que eso. En más de una ocasión vi cómo se ponían nerviosos al estar cerca el uno del otro y eso podía ser propio de Luc, pero jamás habría vergüenza en Theo.

Decidí llevarme al pequeño charlatán conmigo a tomar el aire dejando a Marco y Luc hablar del futuro. Siempre tan disciplinados ambos. Tal vez por eso ellos eran etiquetas grises y Theo y yo no. Quizás influía nuestra forma de ser en el virus. ¿Era eso posible? ¿Hasta qué punto había diseñado mi padre aquel virus? Imaginé que de ser así alguien más se habría dado cuenta antes que yo.

Una vez fuera Theo dio un par de saltitos nervioso y yo supe que sí que pasaba algo. Lo dejé sufrir un rato haciéndole preguntas triviales sobre qué tal les iba con Marco o si ya había encontrado trabajo. Al final, mi amigo estaba a punto de arrancarse la lengua o soltarlo todo y optó por la segunda.

—Me gusta Luc.

—¡Sabía que pasaba algo! —Alcé mi brazo victoriosa y él se echó a reír.

—¿Cómo lo hago? ¿Cómo haces tú con Marco?

—Yo no hago nada con Marco.

—Habéis tenido sexo. Me lo ha contado, no te enfades fue al principio y el pobre tenía dudas. —¿Enfadarme? Iba a matar a mi amigo porque estaba segura de que Theo le habría sonsacado todo con pelos y señales.

—Marco y yo lo teníamos claro los dos.

—¿Crees que a Luc…?

—Nunca lo he visto interesado por nadie.

—Ya, ni yo.

—Pero tampoco te había visto a ti con tantas dudas nunca. —Aligeré el peso con una pequeña broma.

—No quiero estropearlo, me da miedo.

—Tal vez deberías pedirle consejo a alguien más decidido. —No podía decirle que se lanzase porque yo tampoco sabía si Luc lo rechazaría.

—Debería dejarlo correr. Luc se ha portado genial con todos y hay más peces en el mar.

Asentí y evité animarle a nada más porque lo entendía perfectamente. Si Theo se lanzaba y Luc lo rechazaba, el segundo era demasiado tímido como para continuar como si nada. Theo valoraba su amistad por encima de todo y no estaba dispuesto a perderlo, prefería tenerlo a medias que tenerlo completo y yo lo comprendía mejor que nadie. Quería a Marco y él a mí también, pero si construíamos algo serio y se terminaba, era demasiado probable que nunca fuese todo igual de nuevo y yo no iba a sacrificar a mi familia.

Volvimos dentro y me acerqué a la barra cuando vi que Neil me llamaba con la mano. Me encontré a William abrazado a una botella de whisky y en un estado totalmente etílico. Abrí la boca sin saber qué hacer. El sargento era el que daba las órdenes y yo solamente las cumplía. ¿Tenía que llevármelo a casa? Así no íbamos a llegar ni a mitad de camino.

—Niña, este soldado tiene problemas. —Neil balanceaba la cabeza negativamente.

—No es un soldado. —Mentí porque aunque Neil pareciese de fiar estaba segura de que era mejor no desvelar la tapadera.

—Él mismo me lo ha dicho. —Vi como el viejo se encogía de hombros.

—Saaargento. —Corrigió con la lengua trabada el puñetero White.

—Ya, y está como una cuba. —Theo me echó un cable rápidamente señalándolo con la cabeza.

—¿Está borracho? —Marco y Luc se unieron a nosotros.

—Deberíais llevarlo a casa.

Neil sugirió lo más lógico y evidente para una persona normal, pero no llegaríamos al piso sin que toda la calle nos mirase y a saber quién rondaba por ellas. Demasiado riesgo. Si algún Salvador reconocía al hermano de Jack o lo recordaba de haberlo visto en el Queens con la pistola, mi tapadera se iría al garete por completo. Recordé una última vez la filosofía de William, “no te salgas de lo común y nadie te verá”. Su estado se salía completamente de lo común, no podíamos irnos de allí.

—Podemos subirlo a mi casa. —Cedió Luc finalmente.

—¡Eh chaval! Subir un soldado al piso lleva recargo.

—¿Estás de coña? —Theo miró a Neil con cara de pocos amigos, pero como dice el refrán sabe más el diablo por viejo que por diablo.

—Que no es un soldado. —Protesté yo.

—Lo que tu digas. —El viejo me ignoró y extendió la mano.

—Cien. —Marco le pagó a Neil que sonrió contando los billetes antes de desaparecer tras la cortina del almacén.

—¿Por qué le has pagado? —Protestó Theo.

—Pienso cobrárselo. —Marco señaló al borracho y se encogió de hombros.

Al final pasé el brazo de William sobre mis hombros y lo ayudé a incorporarse. Se bamboleó a los lados y pesaba como un cabrón, pero poco a poco conseguí que caminase por su propio pie. Subir las escaleras en cambio fue otro telar.

El piso de Luc quedaba encima de la taberna y las escaleras eran viejas, oscuras y estrechas. Debían tener sesenta años por lo menos y la bombilla se había fundido a medias hacía tiempo y nadie parecía dispuesto a cambiarla. Una vez dentro aquello parecía un piso comuna. Había papeles por encima de todas las mesas, el sofá tenía más espuma a la vista que tela y la mesa del centro solo albergaba cervezas. Me quedó claro en qué estaban invirtiendo sus ahorros aquellos tres. Y he de decir que lo habría esperado de Theo, pero jamás de Luc o Marco. Al final del espacio había dos puertas, la del baño y la de la habitación.

—¿Cómo hacemos? —Pregunté todavía sosteniendo a William.

—Podéis quedaros el sofá, le haremos un hueco a Marco esta noche.
—¿Va a dormir con él? —Theo me miró con los ojos como platos.
—Creo que no voy a dormir esta noche Theo. —Cuidar de aquel borracho no iba a ser tarea fácil.
—Vamos, te ayudo a llevarlo a la bañera.
—Yo contigo no me ducho. —William le chistó borracho perdido y creo que fue la primera vez que vi a Marco con ganas de matar a alguien.

Meter a William en la bañera y echarle el agua fría por encima fue un pequeño regalo del karma. Gritó nada más recibir el chorro y trató de protegerse como un crío con la cortina. Tras un rato peleando con él le dije a Marco que podía encargarme yo y como si llevara horas sufriendo una lenta tortura desapareció sin protestar. Amigos, siempre dispuestos a ayudarte.

Me quedé allí sola con William empapado y meditando si debía quitarle la camiseta o dejarlo morir de una pulmonía. Opté por la primera opción y lo saqué de allí, luego cogí una toalla y empecé a quitarle la camiseta.

—Eres una pervertida.

¿Cómo había acabado así? Lo miré con cara de pocos amigos y él que empezaba a estar más lucido y hablador optó por sonreírme y levantar la ceja que de seguir así tarde o temprano acabaría rapándole. En cuanto pasé al pantalón comenzó el segundo asalto del soldado borracho.

—¿Hoy también vamos a jugar? —Le tapé la boca acto seguido.
—Shh. El resto están durmiendo.
—No quieres que se enteren chica mala. —Tenía los ojos igual que un chino y cara de idiota en aquel momento.
—Pues no, no quiero. ¿Vas a guardarme el secreto?

Si algo había aprendido de mi tío es que los borrachos son como los niños en la mayoría de las ocasiones. Uno, siempre dicen lo que piensan y dos, siempre quieren jugar. Así que, pedirle que me guardase el secreto era todo un reto para el soldado borracho que asintió feliz y se llevó el dedo a la boca fingiendo que la cerraba con una llave y que la tiraba a algún lugar perdido. Perfecto, para mí estaría mucho más guapo callado. Ninguno de mis amigos sabía lo que había pasado entre nosotros y no me apetecía en absoluto explicarlo aquella noche.

Después de quitarle la ropa y secarlo fui a la cocina en busca de café, pero en aquel piso no había nada para ingerir que no fuese cancerígeno. Por lo que, cansada de buscar con William detrás de mí como una lapa y tapado solamente con una toalla y unos calzoncillos que le había robado a uno de mis tres amigos del tendal, decidí que era hora de echarse a dormir. Lo llevé hasta el sofá y antes de que terminase de taparle con la manta, William me atrapó y me metió bajo la tela con él. Protesté, pero a él parecía gustarle aquello porque negó con la cabeza aun borracho.

—Duerme conmigo.

—¿Por qué has bebido tanto? —Quería saber que le había hecho acabar así.

—Asia me ha dejado. —Dijo a la vez que me apretaba contra su pecho ignorando lo desnuda que estaba su piel.

—Vaya, lo siento. —¿Lo sentía? En el fondo no mucho.

—Deberías, me ha dejado por tu culpa. —William me dio un par de toquecitos en la frente con el dedo y yo le quité la mano de un tortazo.

—¿Sabe…?

—Sí. Yo se lo cuento todo, Charlie, pero no ha sido por eso. —No iba a volver a poder mirar nunca a aquella mujer a la cara. Había sabido desde siempre que era una traidora.

—¿Qué entonces?

—Dice que estoy enamorado de ti. —Chistó dejando escapar el aire y restándole importancia. —Bajé el arma, bajé el puto arma. ¿Tú me habrías dejado por eso?

—¿Por bajar el arma? —Tenía el aire medio atascado en los pulmones y no sabía qué me ponía más nerviosa, que Asia supiese la verdad, que creyese que William estaba enamorado de mí o que William estuviese constantemente acercándome a su cuerpo desnudo y tapándome junto a él.

—Mi unidad solo tiene cinco normas y la primera es que no se baja el arma hasta que se está en casa, pero tú entraste y yo bajé el arma. —Acarició su cabeza contra mi pelo.

—Seguro que lo arregláis.

No había casi acabado de decir la frase cuando escuché que su respiración se volvía lenta y profunda. Estaba dormido. Suspiré aliviada por qué al menos cesaría aquella tortura, pero la realidad es que me pasé media noche en vela reviviendo la conversación. William estaba borracho porque Asia lo había dejado. Y esta lo había hecho porque creía que el soldado estaba enamorado de mí por bajar el arma cuando entré en el piso. Desde mi punto de vista cualquiera habría

bajado el arma, literalmente me desplomé en el suelo. Era un argumento absurdo para dejar a alguien. ¿Cómo se lo había comprado William? Tras eso, pasé al siguiente punto, pues tendría que disculparme con Asia por haberme acostado con William, mientras ellos dos tenían algo y yo me comportaba como la amiga traidora. Y por último, el sofá tenía el espacio justo para que no pudiese moverme medio centímetro sin acabar en el suelo, que estaba bastante asqueroso, o más pegada a él todavía.

Desperté a la mañana siguiente cuando escuché los cuchicheos de mis amigos. Me había dado la vuelta en mitad de la noche y había entrelazado mis piernas con las de William. Él me había abrazado y mi cabeza estaba envuelta bajo su brazos y contra su pecho. Al separarme ligeramente vi su tatuaje del que nunca hablaba y que yo adoraba por algún motivo irracional. Fui a alejarme un poco más, pero entonces el soldado que creía dormido me apretó con más fuerza y con cierta malicia en la voz susurró en mi oído demasiado bajito como para que nadie más le escuchase, pero lo suficiente para cortarme el aliento.

—Déjalo que dure cinco minutos más.

Duró solo un par de minutos porque el timbre sonó y la mujer de Neil, una gordita señora de pelo corto y canoso apareció con el desayuno en nuestra puerta. No preguntó si podía pasar, sino que como una madre en casa de sus hijos entró por la puerta y comenzó a preparar café que había traído también consigo. El barullo fue subiendo de tono, mientras Dorothy, así se llamaba, regañaba a mis amigos y les obligaba a poner el piso en orden. Y antes de que William y yo nos separásemos y pusiésemos en pie apareció sobre nuestras cabezas con los brazos en jarras y un delantal de cuadros rojo. Acto seguido levantó la manta con inercia y justo después vociferó malhumorada al ver desnudo al soldado. Comenzó a decir que nada bueno salía del gobierno y que ahora encima todos eran unos borrachos y en parte fue divertido ver como William no tenía ni media palabra que decir y se iba con rapidez al baño a por su ropa. Yo lo seguí pues creía que tendríamos que aclarar ciertos puntos antes de presentarnos antes el resto.

Cuando entré me lo encontré frotándose la cara con las manos desesperado igual que cuando alguien pierde el control de la situación, porque la realidad era que eso le había pasado a él. Me miró durante unos segundos con ternura y luego se fue negando y directo a la cocina donde estaba el resto sin que hablásemos. Al llegar allí, Dorothy bufó por la presencia de William que solamente debía estar

deseando que se lo tragara la tierra. El trío de mutados en cambio desayunaba como trogloditas y charlaba alegremente con aquella mujer, lo que me hizo pensar que solía visitarles con bastante frecuencia.

—Dori, están deliciosos. —Theo le pegó un buen bocado al bollo recién horneado y que olía a gloria.

—Mejor que los del viernes pasado, sí. —Luc revolvió el cabello de Theo y yo sonreí.

—Ya os he dicho que no me llaméis así. —Les dedicó una auténtica mirada de madre y después me acercó un taza con café. —Tú debes ser Charlotte, me han hablado mucho de ti.

—Encantada y gracias por el desayuno. —Cogí dos bollos y le ofrecí uno al sargento por compasión.

—Pensaba que los soldados podían pagarse la comida. —Bufó ella. William dejó el bollo en la mesa y se terminó el café de golpe.

—Le debes cien pavos a Marco por cierto. —Añadió Theo mirando hacia William como si tras esa noche fuesen íntimos.

—Sí, me debes cien.

—¿Esta fue tu única idea anoche? ¿No se te ocurrió llamar a Joana? —William susurró en mi oreja ante la atenta mirada del resto. Luego plantó el billete en la mesa delante de Marco y se fue hasta la puerta.

—¿Vas a llevártela ya? —Marco se encaró al sargento al darse cuenta de que yo me iba con él. —Está disfrutando.

—No es vuestra mascota ¿sabéis? —Agradecí el detalle de Luc.

—Sigue sus órdenes.

—Me ha salido rebelde en realidad. —William me miró y guiñó un ojo y entonces Marco estalló.

—¡La estás poniendo en peligro y arrastrando a la mierda y lo sabes! ¡Eres un cobarde White! —Me puse en medio en cuanto vi que el soldado estaba dispuesto a encararlo.

—¿Pero qué os pasa? Tú no eres así, Marco. —Acaricié a mi amigo en la mejilla para que se tranquilizase porque nunca lo había visto de aquel modo.

—Estupendo, yo sí. —William dejó escapar el aire con desprecio.

—Tú tampoco.

—¿Te ha lavado el cerebro? ¿Te has olvidado de todo lo que te ha hecho? —Marco me miró desconcertado.

—Han dormido juntos, tío.

Theo alzó las manos señalando lo evidente, pero estaba claro que solamente él se había dado cuenta de que entre William y yo pasaba algo más. En ese momento, Luc abrió los ojos como platos y Marco negó y su rostro reflejó la más puro decepción.

Me acerqué hasta él y lo obligué a mirarme a los ojos, quería explicárselo, que al menos me entendiese, pero mi amigo del alma no estaba dispuesto a escucharme. Ese día sentí que algo se rompía entre nosotros y yo no podía soportar eso. Sentía las lágrimas agolpándose en mis ojos y quería recordarle a gritos nuestra promesa.

—Vete. —Nos abrió la puerta y en ese momento una parte de mi corazón se rompió.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —Lo empujé enfadada porque estaba rompiendo todo lo que habíamos construido. —Si salgo por esa puerta estará rota para siempre. Y ese, sí será eterno Marco.

—Colega, no la líes. —Luc cerró la puerta y Marco tenía lágrimas en los ojos.

—¡Es el enemigo Charlotte! —Me gritó. La primera vez que lo hacía. —¿De verdad no había nadie más?

—¡Pasó! —Señalé a William que evitaba mirarnos. —No puedo borrarlo y tampoco quiero.

—Le importas una mierda.

—Eso no es verdad. —William por fin abrió la boca y al menos sentí que alguien no me fallaba allí esa mañana.

—¿Ah no? ¿La ves como una igual? ¿Qué pasaría si no lo controlase? Díselo, vamos. —Marco lo miraba con desprecio. —No tienes ni puta idea de lo especial que es y no es porque lo controla. Te has fijado en ella porque brilla, tiene luz propia dentro y no voy a dejar que se la apagues. No la conoces de verdad. Y tú, Charlotte quieres saber cómo te ve, te lo diré yo, sigues siendo una mutada.

—Ya sé todo eso. —Me costó tragar saliva después de admitirlo y deseé que William lo hubiese negado, pero no lo hizo.

—¿Y por qué te arriesgas así? —Entendí en ese momento que mi amigo no tenía un ataque de celos. Marco respetaba nuestro acuerdo y como tantas otras veces solamente quería protegerme. —Estás poniendo en juego todo nuestro futuro.

—Necesito vivir, Marco. —No soportaba más la idea de ser un pájaro en su jaula. William me daba aquella libertad y esas alas.

—Aguanta un poco más y vive conmigo, entonces.

—Sé que no vas a entenderlo. —Lo abracé y el me devolvió el abrazo hundiéndose en mi cuello. También sabía que William tampoco entendería aquello.

—No va a acabar bien y la única perjudicada vas a ser tú, ya lo verás. —Después volvió a mirar hacia William y añadió. —Y tú serás el único culpable, tenlo claro.

Abandoné la casa de Luc con el peor sabor de boca de mi vida.

William me miró varias veces tal vez preguntándose si debía decir algo o no, pero lo cierto es que lo mejor es que no dijese ni media palabra. La línea que nos separaba se había vuelto a dibujar, acentuada esta vez por las palabras de Marco. Esa barrera tan frágil nunca llegaba a difuminarse por completo y yo sabía que lo que estaba pasando con el soldado no sería eterno. William y yo acabaríamos con rumbos separados, olvidaríamos nuestra historia y volveríamos a ser enemigos en caso de reencontrarnos. Aun así, mientras, necesitaba vivirlo y disfrutarlo. Los momentos a su lado, incluso los malos, me demostraban que había una vida por delante que vivir y yo necesitaba aferrarme con fuerza a aquella idea porque, aunque no lo sabía en aquel entonces, antes de conocerlo estaba muerta y ahora me daba cuenta. William me había devuelto mis ganas de luchar y no importaba si eran contra él. Había llenado mi vida de acción, misterio, incertidumbre y magia; y todo ello acabaría sí, porque mi sueño no era vivir siempre huyendo o peleando, mi sueño era una vida tranquila, en la que construir un hogar y una familia, pero antes de esa vida quería otra para recordar.

# Capítulo 27

Empezaba a sentir el peso de la culpa sobre mis hombros. Cuanto más acudía a las reuniones de Los Salvadores, peor me sentía por saber que aquellas personas iban a morir o acabar como ratas de laboratorio. Era yo la que iba a delatarlos y darles ese destino. ¿Podía ser tan egoísta? ¿Era justo? No lo era. Que yo decidiera el destino de cientos de personas que al igual que me había pasado a mí habían sido víctimas de una causa mayor, era lo menos justo que había. Y peor aún era saber que mi padre era el responsable de ello. ¿Era casualidad que yo fuese ligeramente distinta? William creía que no. Estaba seguro de que mi padre había hecho algo particular conmigo, y lo cierto es que yo comenzaba a pensar como él.

Los Salvadores luchaban para no morir. Yo quería lo mismo. Hasta cierto punto no debería sentirme mal por ello. Solamente estaba aprovechando las cartas que me habían tocado, y por suerte para mí, tenía mejor mano que ellos.

Regresaba tan inmersa en aquello, que no me di cuenta de que la calle estaba completamente vacía. No me gustaba volver tan tarde, pero me tranquilizaba saber que al otro lado del pinganillo William escuchaba y veía lo mismo que yo. Posiblemente ya estuviese haciendo papeles e ignorando si yo tardaba un poco más o menos en volver. A veces por el día me gustaba callejear entre los mercados y tardaba un poco más de la cuenta en regresar. Esa noche en cambio me sentiría mucho más tranquila cuando cruzase el umbral de casa.

Había empezado a considerar aquel piso mi casa. Otro error de principiante porque aquel lugar desaparecería de mi vida en cuento acabase. Sin embargo, había encontrado paz y seguridad tras aquellas paredes, había encontrado momentos difíciles y también momentos de felicidad pura. Me gustaba aferrarme a ellos porque llevaba tanto tiempo sin saber lo que se sentía que parecía haberlo olvidado. William y yo teníamos una dinámica extraña, pero que estaba bien. Solamente había un problema entre nosotros e incluso a veces esa barrera caía y desaparecía. Era ahí cuando era feliz y aunque fuese breve, volver a rozar ese estado me hacía aferrarme a aquella vida más que a ninguna otra.

Es cuando te relajas cuando cometes errores. Me disponía a doblar la

esquina justo en el instante en que alguien salía de ella y me apuntaba directamente a la cabeza con una pistola. Dejé escapar un grito ahogado y enseguida reconocí el rostro marcado que tenía delante de mí. El hermano de mi padre me sonreía triunfante a la par que daba un trago a una botella de color ámbar. Levanté las manos nerviosa y busqué con la mirada algún sitio para correr y esconderme. No era casualidad que me hubiese asaltado en aquel amplio corredor. Volvió a sonreír al darse cuenta de que me sentía perdida y lo odié un poco más.

—¿Quién es? —William me habló en el oído y sentí alivio por unas décimas de segundo.

—Hola Lotti. —Mi tío movió la cabeza en señal de saludo. —Hoy no vas a escaparte. Camina o disparo.

—No hagas esto, por favor. —Le supliqué antes de empezar a moverme y que aquello acabase muy mal.

—Te he dicho que camines.

Caminé como me ordenó hasta la entrada de una entreplanta. El arma se me clavaba en la nuca con fuerza y podía oler el horrible aroma del alcohol a mi espalda. Estaba borracho como siempre, pero parecía que dentro de su ebriedad era uno de esos días malos. Mi tío me indicó que abriese la puerta y entré en la que supuse era su casa.

La estancia era diminuta. Había una pequeña cocina de gas y un sofá mugriento y roto en el centro. Al final de aquellas húmedas paredes una puerta que dejaba ver un mueble de lavabo. Todo el piso estaba sucio y lleno de objetos por el suelo. Ver aquello solamente me trajo a la memoria recuerdos de cuando vivía en su casa de Bluewood. Aquel desastre era propio y únicamente suyo, pero yo no quería estar en él. Me giré asustada por el recuerdo de lo que aquel hombre había hecho conmigo, pero al encontrarme cara a cara con él y el arma, lo vi negar con la cabeza. Y de una patada me empujó al interior de la estancia. Caí al suelo tras tropezar con el escalón que daba paso a la estancia y después me alejé gateando cuanto pude de él.

—Tienes autorización para salir de ahí usando cualquier medio. —William me hablaba serio como un sargento. —Defiéndete, es una orden.

—No puedo. —Susurré sabiendo que aquellas palabras llegarían al sargento.

—Eres igual que él. —Mi tío me miraba desde arriba con desprecio. —Una cucaracha asquerosa.

—Déjame irme, por favor.

—¿Irte? Te irás cuando pagues por haberme marcado. —Señaló su

cicatriz de la cara. La que yo le había hecho para defenderme. —Llevas dentro al monstruo de tu padre. Lo estropeó todo ¿sabes? Me dijo que iba a salvar el mundo y lo destruyó, y encima te dejó a ti en él. Igualita que él. Egoísta, siempre te creías mejor que yo, siempre me mirabas con desprecio.

—No merecías otra cosa. —Me tembló la voz al decirlo, pero seguían fallándome las fuerzas para hacerle frente.

—¡Te crie! Apareciste con tres años y te cuidé hasta que casi me matas. —Me agarró por el pelo y acto seguido golpeó mi cabeza con el suelo. Grité de dolor y en respuesta recibí una patada en el pecho.

—¿Es tu tío? —William hablaba sorprendido y fatigado. —Estoy de camino, gana tiempo.

—Quítate la camiseta, o te vuelo la cabeza

Mi tío dio otro trago a la botella y al ver que no reaccionaba disparó al techo. Las lágrimas comenzaron a derramarse por mi rostro. Sabía muy bien qué quería de mí y cómo pretendía cobrarse la deuda por su cicatriz. Asustada de la misma forma que cuando tenía trece años obedecí, a pesar de que el miedo me paralizaba. Me quedé en sujetador y él se lamió los labios al verme expuesta y desnuda delante suya de nuevo. Aquello me dio tanto asco que me llevé las manos al pecho para taparme y automáticamente él negó para indicarme que las retirase. Me miró el tiempo que quiso y después sin pensarlo dos veces finalizó la botella de un trago y la reventó a mis pies. Algunos cristales saltaron cortándome ligeramente la piel expuesta y cuando se acercó para cogerme de nuevo por el pelo retrocedí. William me había dicho que estaba en camino y que aguantase. Por muy paralizada que estuviese aquello podía hacerlo.

Mi tío se dirigió a mí sin temor y en ese momento reaccioné ligeramente. Antes de que me tocase le di una patada en el pie, aunque no logré tirarlo. Lo enfurecí más si cabía y me golpeó con la culata de la pistola en la cabeza. Me arrastró hasta el sofá sin cuidado sobre los cristales sin importarle si yo gritaba. Ya iba a lanzarse sobre mí cuando la puerta del apartamento se abrió de par en par y William entró por ella. El disparo retumbó sobre toda la pequeña estancia y mi tío gritó de dolor sosteniéndose el brazo donde la bala había impactado.

William me miró ovillada en el sofá solo un segundo y después volvió a disparar. Esta vez dio en la cabeza. Cuando vi a mi tío caer al suelo inerte, a pesar de que estaba asustada, suspiré aliviada. No sentí ni un atisbo de pena o culpa por él. Solamente supe que una parte de mí podría vivir tranquila de ahí en adelante.

El soldado recogió mi camiseta del suelo y me la acercó con cuidado. Yo me la puse inmediatamente ignorando que iba a ensuciarse de sangre por las heridas y después me encogí para abrazarme y llorar.

—No va a volver a tocarte. —Fue todo lo que dijo antes de envolverme en sus brazos.

Una vez en el piso William no parecía saber qué hacer o decir. Me había cansado de llorar y al final había optado por caminar hasta el piso sin decirle ni media palabra. No me preocupé de que pasaría con el cadáver, me daba exactamente igual. Y aunque sentía alivio, había una parte de mí que se odiaba por haberse bloqueado, que se avergonzaba de haber permitido aquello otra vez. Sabía defenderme y no había movido ni medio dedo por miedo. Había vuelto a ser la Charlotte de hacía cuatro años y no estaba orgullosa de ello. ¿De qué servía todo el esfuerzo que estaba haciendo si luego me rendía como hoy?

Tampoco podía olvidar con facilidad las palabras de mi tío. Tenía razón cuando dijo que llevaba dentro al monstruo de mi padre, pero sobre todo le daba vueltas a la otra parte. Quería salvar el mundo y lo destruyó.

—Llamaré a Asia para que te ayude a curarte. —William me miraba con cautela y yo supe que no podía quedarme callada eternamente.
—¡No! —Grité y él me miró sorprendido. —No quiero que nadie lo sepa. Puedo curarme yo, solo necesito ayuda con la espalda.

Si estaba de acuerdo o no, no lo dijo. Se quedó en el salón en silencio y yo me fui al baño. Cuando me quité la camiseta tenía varios cortes y moretones por el cuerpo. Abrí el botiquín y desinfecté con cuidado las de la parte delantera. Ignoré el escozor del agua oxigenada y fui una a una. En el fondo me escocía mucho más la herida interna que se había abierto dentro de mí. Al final, abrí la puerta y salí acercándome hasta el sofá. William fue hasta allí, y aunque sé que lo evitó, su mirada viajó hacia los golpes que se veían en mi piel.

Con sumo cuidado comenzó a desinfectar los cortes de mi espalda. Traté de no moverme para que no se sintiese mal consigo mismo. Lo hizo despacio y diría que se controló todo lo pudo, pero no podía hacerlo más.

—Tú no tienes que avergonzarte de nada. —Se paró esperando una respuesta por mi parte que no llegó. —Charlie, no has hecho nada malo.
—Por mi culpa has matado a alguien.

—Lo habría hecho mucho antes si hubiera sabido que estaba aquí. —Hablaba con rabia dentro todavía. —¿Por qué no me lo contaste?

—Porque soy una etiqueta negra y tú un soldado.

—No puedes hablar en serio. —Seguíamos de espaldas, pero percibí como se frustraba.

—No somos nada, William.

—Eso no es verdad.

—Lo que hemos vivimos aquí no es real.

Supe que esas palabras le partieron el corazón y lo volvieron un poquito más oscuro, pero no podía ser débil más tiempo.

—No te habría juzgado si lo hubieses atacado. —Cogió una de sus sudaderas limpias y la pasó por mi cabeza sin preguntar.

—La última vez acabé en la base.

— "He caído en un pozo, un agujero negro del que no sé salir, ni tampoco si saldré. Solamente sé que no quiero morir aquí y tampoco vivir así. Estoy segura de que existe una vida plena, cálida y brillante. Será sencilla y la querré compartir. No dudo de que algo tan valioso estará lejos y que no me será fácil llegar, pero si respiro lo suficientemente fuerte puedo…"

—"Puedo coger aire para bucear entre las sombras un poco más".

Terminé mis propias palabras y me giré para encontrarme a William con mi diario en las manos. Lo cerró con cuidado y me lo entregó con delicadeza.

—¿Lo has leído?

—Solamente esa página, lo juro. Lo habría leído entero, pero supuse que no te gustaría.

—No me mirarías igual. —Admití en voz baja.

—No lo sabes.

— "Si el destino no fuera más arriesgado lo habría enviado al infierno y bailaría sobre tumba". —Leí otra de las páginas para demostrarle que no había belleza en ese diario.

—Por eso aguantaste ¿no?

—En una casa de acogida me habrían descubierto. —Era evidente que no había un lugar seguro.

—Y te habrían matado sin preguntar. —Terminó él.

—¿Fuiste a buscarlo? —Él asintió con una timidez extraordinaria. —¿Por qué?

—Porque sé que eres valiente y fuerte debajo de esa capa de miedo insostenible. Supuse que tarde o temprano tendría que recordártelo. —En ese momento volvía a ser el William decidido y seguro.

# Capítulo 28

La gente comenzó a aplaudir y vitorear tras escuchar las palabras de Uno. La emoción del ambiente era palpable, debía unirme a ellos, tenía que fingir que era una más. Sin embargo, no era capaz, ¿cómo podían festejar un plan terrorista?

—¿No aplaudes, número... ciento trece?

Un chico rubio de ojos verdes me estaba mirando. No era muy alto, pero aun así me sacaba una cabeza, algo que tampoco era demasiado difícil. Lo vi fijarse en mi identificador para poder llamarme por mi número. Pestañeé un par de veces hasta que el peso de sus palabras me sacó de mis pensamientos.

—Estaba distraída. — Sonreí débilmente tratando de aparentar timidez.
—Tal vez estabas pensando en qué bando posicionarte.

Abrí los ojos sin poder evitarlo, su afirmación me pilló totalmente por sorpresa. Al otro lado de mi pinganillo la respiración del soldado se volvió más intensa.

—¿En cuál estás tú? —Traté de aparentar calma y seguridad, esperando que eso sirviese.
—Yo voy a acabar con todo aquel que se interponga en mi camino.

Era una amenaza, su voz afilada no dejaba lugar a dudas. Yo estaba incluida en ese cualquiera.

—Espero que tengas suerte. —Me estaba dando la vuelta cuando su mano se posó con fuerza sobre mi hombro.
—¿Cómo te contagiaste?
—No me gusta hablar de ese tema.
—¿Heriste a alguien a quien querías?
—¡No!

Respondí alarmada, aunque lo cierto es que no sé por qué me alarmé. Mi padre había matado a mi madre, era un hecho.

—Tienes suerte, no todos podemos decir lo mismo. — Sentí como se afligía ante sus propias palabras.

—Lo siento mucho. — Mis palabras eran sinceras y creo que él también lo percibió.

—No me creo tu historia ¿sabes?

—No sé a qué te refieres. — Me puse a la defensiva, como si me sintiese ofendida.

—¿Por qué no aplaudes?

—No sé... no sé si esto está bien. —Mis palabras fueron la más sincera verdad, cada día dudaba más de todo.

—La gente que va a morir no dudaría en apretar el gatillo ante cualquiera de nosotros. —Hizo una breve pausa evaluando mi expresión y yo traté de mantenerla neutra. — Los que estamos aquí somos víctimas de una pandemia, secuelas. Monstruos sí, pero nadie ha decidido matar de forma consciente, al menos no hasta ahora. Los soldados de la base prefieren matarnos porque es una solución mucho más sencilla que ayudarnos.

—Pero allí no solamente hay soldados, hay personas con familia, hijos. —No pude evitar replicar ante ello, aquello no estaba bien.

—Aquí también ciento trece. —Me miró tan despectivamente que me encogí levemente. —Estás con ellos, es la única forma por la que debes estar viva.

No me gustaban sus acusaciones y me estaba poniendo nerviosa. Alguien a nuestro alrededor podía escucharnos y yo rezaba porque su forma de increparme pasase desapercibida.

—Ya os he dicho como salí de allí. Lo controlo, me confundieron con un gris y cuando llegué a la edad me dieron la libertad que corresponde.

—No dudo que lo hagas, pero es imposible hacerlo durante todo el tiempo. ¿Como conseguiste salir? ¿Dinero? —Mi buen humor empezaba a esfumarse, aquel tipo se estaba pasando y no iba a conseguir sacarme de mis casillas.

—Esta conversación se ha acabado. — Me di la vuelta, pero él se giró para seguir frente a mí.

—Está bien, disculpa. Me he pasado, es solo que... esta es nuestra oportunidad, la única que hemos tenido en años. —Volvía a tener un tono amable. —Si te hubiesen descubierto, o si lo hubiesen hecho y no lo controlases, tendrías una bala en la cabeza, no lo olvides.

—Soy muy consciente de que tendría una bala en la cabeza si supiesen que soy una etiqueta negra. —Decir esas palabras me dolió, pero era la única verdad. —Pero en esa base hay gente que inocente, que no apoya la causa y que solamente está allí porque necesita el

dinero. Si mueren en el atentado, ¿que nos diferencia de ellos?

—Llevo muchos años escondido ciento trece.

Hizo una pausa y sus ojos se encontraron cara a cara con los míos, vi su rostro endurecerse.

—Maté a mi hermana, si para ser libre tienen que morir inocentes... no voy a sentirme más monstruo de lo que ya lo hago.

Abrí la boca para replicar, pero se fue y me quedé allí callada y pensativa viendo como la gente comenzaba a irse.

Fui de las últimas en salir. No compartía las palabras del treinta y tres, pero había mucha verdad en muchas de ellas. Si no lo controlase estaría muerta, a mi mente volvieron imágenes que jamás deberían haber ocurrido. Los dedos de Will acariciando mis mejillas, abrazos, risas y los besos y la pasión con la que me sujetó más de una noche. Aquello no cambiaba nada y aquel desconocido llevaba razón. Si yo fuese un peligro o cambiase de bando, él dispararía. Sorbí por la nariz para evitar echarme a llorar porque no quería llegar al apartamento con los ojos rojos.

El silencio al otro lado del pinganillo me indicaba que a él también lo había calado la conversación, tal vez le recordó que estaba siendo demasiado amable con alguien a quien en el fondo odiaba. Un largo suspiro se coló en mi oído, pero nada más.

Continué caminando entre callejones, como si mi cuerpo no quisiera llegar a ese apartamento, me perdí y tuve que rodear. Maldije entre dientes y tardé diez minutos de más, cuando el frío de la calle comenzaba a calarme los huesos y la lluvia empapaba mi ropa llegué al portal. Mi mano se posó en el pomo de la puerta y dudé, la quité miré al cielo e inspiré con todas mis fuerzas, al final lo dejé ir y entré.

William estaba en la silla como siempre. Se giró nada más escuchar la puerta y se pasó las manos por el pelo con desesperación a la vez que se quitaba los cascos y el micrófono. Le dije que iba a cambiarme y me fui directa a la habitación sin apenas mirarlo. No me sentía con fuerzas para digerir ninguna conversación más ese día. Me tomé mi tiempo en cambiarme, a pesar de que sabía que él estaría esperando para hacer la revisión, y tal vez para contarme porque consideraban terroristas a los Salvadores.

Estaba buscando un suéter cuando escuché como William entraba en

la habitación, su mirada recorrió mi piel desnuda y una vez más me obligué a recordarme lo que él opinaba de la gente como yo. De los mutados, porque yo era uno más y tal vez mi cuerpo lo excitase, pero eso no cambiaba nada.

—¿Estás bien? —Asentí y terminé de vestirme. Me dirigía a la puerta cuando su brazo me bloqueó la salida. —Podemos hacer luego la revisión.

—No, el protocolo dice que debe hacerse al llegar. Podría olvidar algún detalle, solo necesitaba cambiarme. Fuera llueve y tenía frío.

Necesité todo el valor del mundo para decir eso, pero lo hice a la vez que esquivaba su brazo y me sentaba en la silla que había al lado de la suya en el escritorio.

—Está bien, esta es la transcripción.

Me paso los papeles y puso la grabadora a grabar. Podía notar que estaba enfadado, supuse que no le gusto el número treinta y tres.

—Análisis del sujeto y situación.

—Renegado, sentimientos de ira y culpabilidad. —Centré mi vista en los papeles y seguí con la descripción de sentimientos. Luego pasé a los hechos. —Comentó que llevaba años escondido, tal vez tenga un refugio. También miró a cámara todas las veces que me acusó de estar con los soldados. Creo que sabe que está en el colgante.

—¿Crees que está en peligro tu posición?

Las palabras del soldado fueron un puñetazo en el estómago porque aquello solo era protocolo.

—No. Tal vez podríamos moverla, hacerle pensar que me está convenciendo...

Era una traidora. Tal vez. No lo sabía. Aun así la sensación de culpa se había instalado en mi pecho, y no se fue.

La noche no tardó en llegar, y a pesar de la silenciosa cena, me senté en el sofá al terminar. Una rutina que había empezado semanas atrás y que se había repetido desde entonces cada noche. William puso una película en el televisor, los personajes hablaban, las imágenes cambiaban y a pesar de estar con la vista fija no podría contar de qué trataba.

—No tiene razón, ¿lo sabes verdad?

Miré hacia el sonido de las palabras. Will me estaba observando con tristeza en sus ojos marrones desde el otro extremo y con su semblante serio. No respondí, volví la vista a la película.

—Estás pensando en lo que dijo ese mutado, lo sé.
—Yo soy como él.
—Tú lo controlas, ellos no.
—Si no controlase la mutación no estaríamos teniendo esta conversación, ¿verdad? —Esta vez fue él quien se quedó en silencio. —Yo no pude elegir, tú sí.
—Tú también eliges.
—¿Por qué tratas de engañarte y de engañarme? Soy igual que ellos, soy lo que tanto odias, si ahora estamos aquí sentados solamente es porque te soy útil.
—No trato de negar lo que eres, solo digo que hay matices, y también son útiles. —No respondí, porque esa respuesta solo confirmaba mis palabras y las de treinta y tres. —¿Cómo te contagiaste?
—No voy a hablar de eso, y menos contigo.
—¿Mataste a alguien?

Esa pregunta me dolió más que nada, no debería dejar que fuese así, pero lo hizo, y demasiado. Lo miré tan furiosa que solo lograba pensar en lo mucho quería abalanzarme y golpearlo. Jack había sembrado esa duda en él el día que fuimos a Bluewood y para mi gran decepción, William confiaba más en las palabras de su hermano que en lo que había conocido de mí hasta ese momento.

—Ya escuchaste la respuesta. ¿Crees que mentía?
—No entiendo porque no hablas de ello, entonces.
—¿Quieres asegurarte de que soy ese monstruo idealizado? —Una risa amarga se escapó de mis labios ante esas palabras.
—Solo quiero entenderlo, si hiciste algo...
—¿Cómo vas a entender nada si no confías en mí?
—Trato de hacerlo Charlie, no sabes el esfuerzo que hago. —Parecía desesperado también.
—¿Habría alguna diferencia, sargento White?

Tenía ganas de desafiarle porque durante todos esos meses juntos William y yo habíamos llegado a entendernos, a retirar esa capa de rencor que nos teníamos y conocer a la persona, o eso pensaba.

—Charlie... no hagas eso.

—¿Por qué? Tratas de ocultar la realidad todo el tiempo, te engañas a ti mismo diciéndote y diciéndome que no soy ningún monstruo. —Una risa histérica escapó entre mis gritos. —Soy como ellos William, estoy mutada a un nivel en el que me mutilo a mí misma para no hacérselo a otro. Ahora mismo me está matando, la siento enredarse en todos mis pensamientos, es rabia pura... Y los dos sabemos que si no lo controlase me habrías pegado un tiro en la cabeza, sin pestañear. Uno menos, un mutado menos.

Tragué saliva porque lo último que iba a decir me rompía el corazón en millones de trozos, pero era la verdad.

—Al igual que lo harías ahora si decidiera no seguir ayudando. Porque ese es el trato, ¿no?

Silencio. No hubo respuesta. O en verdad sí.

Tenía un aspecto horrible, había pasado la noche en vela, pensando y pensando. ¿Podía alguien darle vueltas a algo tantas veces? Eso no cambiaría la realidad, había algo dentro de mí que se había roto el día anterior. No había arreglo posible, ni perdón, y el hecho de que me estuviese planteando que tal vez William buscaría mi perdón, o la forma de arreglarlo, me recordaba lo equivocada que seguía.

Hay momentos en que las personas prefieren refugiarse en una burbuja, alejar los problemas y no mirar en esa dirección porque, simplemente, es más sencillo. Yo me había creado una burbuja cojonuda de grande y ayer treinta y tres la había reventado. En el fondo debería estarle agradecida, quién sabe sino el tiempo que habría seguido así. William había respondido con su silencio y yo no podía culparle pues los términos habían sido claros desde el primer momento. Esa mañana me recordé a mí misma por qué hacía lo que hacía, para quién trabajaba y me prometí no volver a olvidarlo cuando salí por la puerta del apartamento.

No había apenas gente en el círculo, pero allí estaba él, con su pelo rubio semioculto bajo una capucha. Los que lo acompañaban eran altos rangos dentro del grupo de los Salvadores. Traté de integrarme, tal y como mi papel requería, no acobardarme, ese era un buen momento para hablar de puntos clave.

—No te acerques aún, espera que haya más gente.

La orden que llegó por el pinganillo iba totalmente en contra de mi plan, y por eso la ignoré.

—¡Charlie qué cojones estás haciendo, acabo de decirte que...!

—¡Vaya, vaya... impostora has vuelto! —Moví una mano desganada ante su comentario tratando de restarle importancia. —Debes estar jugándote mucho.

Esa fue la última frase que recuerdo. Desperté dando bocanadas de aire, pero ¿por qué necesitaba aire de esa forma tan desesperada? No tardé en averiguarlo.

Mi cabeza se sumergió en contra de mi voluntad en un cubo de agua helada. Forcejeé tratando de salir, pero unas manos terriblemente fuertes me lo impedían. La voz de William ordenándome aguantar me llegaba distorsionada a través del pinganillo que no había dejado de funcionar. Por supuesto que no, William había previsto situaciones como esta y el estúpido aparato era resistente al agua.

Volví a salir a la superficie solo unos segundos. Me ardían los pulmones de una manera que no podía describir con palabras. Cuando mi cabeza se sumergió de nuevo grité bajo el agua con fuerza mientras me inundaba por dentro. Y finalmente, poco a poco dejé de resistirme, mientras mi cuerpo se convulsionaba involuntariamente ante la falta de oxígeno y la vista se perdía en el fondo de aquel cubo oxidado. El metal se había desgastado lentamente dejando expuesto solamente aquella agrietada capa marrón y el fondo estaba tan desgastado como yo. Una vez salí a la superficie cogí aire a trompicones preparándome para otra inmersión que no llegó.

Poco a poco mis ojos se fueron acostumbrando a la débil luz del lugar. Divisé dos figuras que discutían de forma acalorada en la oscuridad, mientras una tercera tiraba de mí hasta que terminé maniatada a una estúpida silla. Me revolví con todas mis ganas, humanas, y supe que solo había una forma de soltarse. Esa no era opción, todavía.

—Hola, ciento trece. —Reconocí la voz de mis espaldas al instante, era treinta y tres. —Lamento las formas, he de decir que esta parte del plan no ha sido idea mía.

—Ya veo lo rápido que has corrido con tu estúpida teoría.

—¿Mi estúpida teoría? Si fuese estúpida no te habrías desecho del colgante que llevabas ayer. —Me quedé muda y traté de no hacer ningún gesto con mi cuerpo. —¿Cuál era el nuevo plan hacerme creer que te lo quitaste y cambiaste de bando? Lo dudo, estás con ellos y

estos dos tienen mil ideas de tortura que me ayudarán a demostrárselo.

—Charlie... —La voz del pinganillo fue un susurro. —Intenta averiguar qué lugar es ese, crearé una distracción que les obligará a irse de ahí, ¿de acuerdo? No va a pasarte...

—¿Tu plan maestro es torturarme? ¿Crees que hay alguien escuchando esta conversación? O mejor todavía, ¿crees que porque me tortures alguno de ellos va a venir hasta aquí?

Reí de forma histérica tratando de hacerle creer que aquello me parecía estupidez. Treinta y tres me había tendido una trampa con el colgante, pero yo no le mentí al decir que lo controlaba.

—No necesito que nadie venga a por mí. Voy a salir de aquí yo solita y tú vas a ser el único perjudicado.

—¿Estás amenazando a un superior?

Esta vez el que habló fue una de las sombras, supuse que su rango sería mayor aún y por sus palabras consideraba mi comportamiento intolerante.

—Charlie no los enfades, ¿por qué haces todo esto? Si es por lo de ayer... Claro que voy a ir a sacarte de ahí, solo necesito tiempo.

William me estaba irritando, ¡qué narices me importaba que viniese! Esto era por lo de ayer, por supuesto que sí, era por las mentiras que poco a poco había construido entre nosotros. Yo no lo necesitaba y tampoco quería su ayuda.

—En absoluto, pero supongo que cuando os demuestre que su teoría no es más que pura especulación tendréis que justificar esto ante Uno. —Les guiñé un ojo a la vez que unas gotas resbalaban de mis pestañas. —Me leí el manual para principiantes.

—Mmm... resulta que tenemos una listilla. —El alto cargo volvió a hablar ignorando mi argumento.

—Creo que necesita que la estimulemos para hablar.

La última sombra salió de la pared, recorrió el espacio que me separaba de ellos y antes de que pudiese casi pestañear me golpeó en la cara. Sentí el impacto de su mano cálida contra mi piel helada, luego un dolor ardiente. El siguiente golpe fue en el estómago y el aire se volvió a escapar de mi cuerpo.

—Déjame explicarte una cosa, ha sido Uno el que nos ha dado esta

orden.

Escuché una gran y larga lista de improperios en el pinganillo y sentí que el miedo por fin calaba en mis huesos. Me habían descubierto y estaba muy jodida si Jack pensaba que trabajaba para el ejército. Solamente tenía una cosa a mi favor, si estaba allí es porque ellos no sabían toda la verdad y solamente era una suposición.

—¿Para quién trabajas? Responde.

—No trabajo para nadie, vuestro informante está paranoico. —Tosí hasta que mi cuerpo comenzó a respirar de nuevo sin dificultad.

—Respuesta incorrecta. —Otro golpe impactó contra mi cuerpo.

No sé el número de veces que se repitió ese proceso. Después de un rato se dieron por vencidos y salieron por una puerta enorme y pesada. Yo me quedé allí, dolorida sin saber exactamente qué me dolía más y muerta de frío. Los dientes me empezaron a castañetear, pero al menos esos segundos de silencio me dieron paz. Alejé la ira de mí, cerré los ojos y me relajé. Busqué en el fondo de mi memoria los pocos buenos recuerdos que albergaba.

Rápidamente me transporté al viaje al zoo para el que mi madre me había preparado la mochila de jirafa con unos prismáticos, una pequeña cámara de fotos y una botella de agua. La voz de la mujer más importante de mi vida se coló sin oposición alguna tarareando nuestra canción favorita, "*when we all give the power, we all give the best*", y la alegre y viva melodía envolvió todos mis sentidos guiándome una vez más a ese estado de felicidad pura que por suerte había conocido.

Inmediatamente me di cuenta de lo cerca que había estado de perder el control durante la paliza. Y no, eso no iba a pasarme a mí. Si cruzaba esa línea jamás volvería a mirarme con los mismos ojos, ni yo ni la persona que seguía hablándome en el oído, pero especialmente yo.

—Aguanta. Charlie, tú solo aguanta, por favor.

—Ni se te ocurra arruinar mi tapadera, sin trato estoy muerta. Saldré de aquí sola.

Susurré esas palabras cubriendo mi cara con el pelo por si había cámaras en el almacén. La única respuesta fue un grito de frustración y algo golpeándose.

—A la mierda el trato, Jack lo sabe. —Protestó William.

No sé el tiempo que pasó, pero después de un buen rato volvieron. Continuaban discutiendo y los gritos me llegaron con intensidad desde la lejanía. Después poco a poco se fueron apagando y cuando abrieron la puerta treinta y tres ya no estaba. No hacía falta ser adivino para saber que no habían llegado a un acuerdo sobre cómo continuar y lo había echado de allí. Me alegré ligeramente al saber que algunos monstruos todavía tenían ciertos principios.

—Bueno, vamos a seguir... —Uno de ellos se acercó y sostuvo mi cara con las manos acariciando mi mejilla hinchada.

—No me toques.

—Vaya, vaya... Ahora sí que creo que hemos dado con la fibra sensible. —Sus manos comenzaron a bajar por mi cuello y lo supe, supe que no iba a permitirlo nunca más.

Un segundo después empecé a gritar y retorcerme. William decía algo desde el pinganillo, pero yo solo podía escucharme a mí misma gritando. Un montón de recuerdos salieron por la puerta que los retenía, las manos de mi tío en sitios que no debería, yo llorando y repitiendo que aquello no me gustaba. Risas y luego una mano tapándome la boca. Aquello no iba a volver a pasar, si tenía que perder el control por segunda vez en mi vida lo haría, pero no iban a ponerme una mano encima.

Alguien me sostuvo por detrás con fuerza y me tapó la boca. Me quedé quieta, completamente vacía de nada más al instante, solamente ira y rabia. Tiré con fuerza y las cuerdas se rompieron como si fuesen de papel y acto seguido golpeé con el pie al que tenía delante sujetándome las piernas. Salió despedido y se estrelló contra la pared, pero ya no se volvió a levantar. Me giré hacia el otro que sostenía una navaja en las manos, como si eso le fuese a salvar la vida.

Fui directa a por él, tan rabiosa como un depredador en plena caza y mi presa fue un bocado fácil. Lo llevé hacia el suelo conmigo sin ningún problema y comencé a golpear su cabeza contra él repetidas veces. No dudé y tampoco paré, solo me detuve cuando una punzada de dolor me llegó al estómago. Poco a poco conseguí tener parte de control sobre mí misma de nuevo, me aferré a ese dolor para encontrar el camino del control, alejé la rabia, y volví a escuchar a William en el pinganillo. Solo entonces bajé la vista al sentir algo cálido en mis manos, me había apuñalado con la navaja y esa calidez era mi sangre. Había estado tan rabiosa que ni siquiera fui consciente

de cuando sucedió, supuse que probablemente ocurrió cuando lo tiré al suelo.

—Charlie... vuelve por favor, sé que luego no te lo vas a perdonar.

William repetía esa frase con pesadez y sufrimiento como si la hubiese repetidos cientos de veces en ese último rato.

—Es el monstruo que soy.

—No es cierto, se lo merecían. Ahora por favor, céntrate en decirme donde estás.

—No lo sé...yo…voy a buscar la salida, solo necesito tiempo. —Me levanté a duras penas y presioné la herida reprimiendo un grito de dolor.

—Tenemos tiempo, tú solo sal de ahí.

No quise decirle que no había tiempo de sobra porque eso no ayudaría en nada. Solamente corrí, lo hice como nunca a pesar de que tropecé con todo lo que me encontraba a mi alrededor. Más de una vez sentí que necesitaba pararme a coger fuerzas, pero no me detuve y cuando llegué al exterior dejé que el aire me golpease en la cara, que la luz del sol cegase mis pupilas, agradecida de verla de nuevo una vez más. Solo entonces me dejé caer porque ya no podía más.

—La fábrica de conservas, estoy al lado.

# Capítulo 29

Esperé despierta todo el rato que me fue posible. Aguanté respirando aquel aire fresco y limpio hasta que vi al soldado doblar la esquina corriendo. Creo que gritó mi nombre y que yo grité cuando el presionó la herida con fuerza. Sin embargo, mi mente ya no era plenamente consciente de lo que pasaba. William me rodeó con una manta suave y delicada, o eso me parecía a mí. La textura era similar a la de una nube y yo quería permanecer ahí envuelta para siempre. En cambio, mi cuerpo temblaba y los escalofríos eran cada vez más fuertes. Percibía las pequeñas sacudidas que mi cuerpo daba y no entendía por qué no podíamos quedarnos quietos. Entre las idas y venidas podía ver a William correr y a los objetos de mi alrededor moverse demasiado rápido. Molesta murmuré que quería irme a casa y que no me gustaba estar allí fuera. Yo solamente quería seguir en aquella manta hasta que al final me dejé ir y me olvidé de todo.

Fue el murmullo de la gente lo que me trajo de vuelta de nuevo. Me había quedado inconsciente y ahora ya no sabía dónde estaba ni con quién, pero a mi alrededor había un arrullo que me adormecía y solamente el ruido de las sirenas y pitidos me mantenía despierta.

—No puedo atenderla, sargento, lo siento.

Por fin escuché algo que consiguió avivar mi mente y activarme. A través de mis pegajosas pestañas vi como alguien que llevaba una bata de médico señalaba el tatuaje de mi mano. Alrededor de él todo era de color blanco y azul. Lentamente comprendí que estábamos en un hospital de los de la ciudad. Lo que veía era la cortina de mi sala de boxes y el colchón que mullía mi cuerpo agotado era la camilla. Estaba demasiado mareada como para seguir inspeccionando lo que me rodeaba, así que volví la vista a las dos personas que tenía frente a mí. ¿Me había llevado William hasta allí? ¿Por qué? El sargento sabía de sobra que en la ciudad no atendían a los mutados.

—¡Se está muriendo! —William gritó desesperado y a mí me mató más verle así que cualquier otra herida.
—No sabemos cómo le afectarán los medica…

El doctor se interrumpió así mismo al verse con un arma frente al

rostro. William le apuntaba con su pistola.

—Puede dispararme si quiere, pero no voy a poner al riesgo al resto de los pacientes que hay aquí. No rebasaré la ley.
—William no.

Se me escapó tan débil como un suspiro, pero fue suficiente para llamar su atención y hacerle volver en sí. Sin dudar se acercó a mí corriendo, mientras el doctor cerraba la cortina de nuestro módulo.

Hasta ese día creía y habría jurado que el sargento White jamás lloraba, por eso me partió tanto el alma verlo derramar las lágrimas. Estaba destrozado, tenía sangre en la cara y en las manos, por lo que yo debía estar bastante mal. Me acariciaba con ternura, pero podía percibir como temblaba al mismo tiempo muerto de miedo.

—No hables ¿vale? Vas a ponerte bien, te lo prometo. —Casi quise sacarle el dedo por mentirme tan descabelladamente. Me moría y yo lo sabía.
—William, me estoy muriendo y lo sabes.
—No puedo perderte, Charlie. No puedes dejarme. No. No hay ni una sola célula de mi cuerpo que sepa cómo sobrevivir sin ti.

No le costó decir nada de todo eso y a mí me encantó porque oírlas reparó un poquito mi corazón. Eran unas buenas palabras para escuchar antes de morir.

—Claro que sabes. —Busqué su mirada con esfuerzo para calmarlo. —Has sabido hacerlo hasta ahora.
—Lo siento. Siento haberte fallado tantas veces y también no haberte dicho nada de todo esto antes. —Las lágrimas caían por sus mejillas sin cesar.
—Eh… te perdono, tú a mí tampoco me gustabas al principio. —Bromeé con ello tratando de aliviar su culpa. No quería que mi muerte le quedase grabada así.
—Me gusta todo de ti.
—Seguro que prefieres que sea normal.

Esbocé una débil sonrisa al recordarle la diferencia genética que nos diferenciaba.

—No te cambiaría absolutamente nada, mutada.

Sentí sus labios en los míos besándome despacio. Como una

despedida. Y fue maravilloso escucharle aceptarme antes de cerrar los ojos y descansar.

# Capítulo 30

Desperté mareada y con el estómago revuelto, aunque estaba empezando a ser la sensación habitual de mis despertares. De todas formas, solamente el hecho de despertar me pareció surrealista porque habría jurado que me moría y dudaba que el cielo fuese aquello. Sentía náuseas y había un pitido molesto, pero lo que de verdad me sacó del sueño fueron las voces. Dos personas discutían de forma acalorada en algún lugar cercano. Quería escuchar qué decían, de qué hablaban y por qué tanta efusividad, pero sentía los párpados pesados y se negaban a obedecer a mi cerebro y a abrirse. Así que, me concentré en escuchar únicamente.

—¿Ha apuntado con su arma a un médico en un hospital público? —Reconocí de inmediato la voz autoritaria del capitán.

—Se estaba muriendo. —William en cambio sonaba todo lo calmado que podía en aquella situación.

—No veo la urgencia, sargento White.

—Si se moría, adiós misión señor. ¿Tiene alguna otra etiqueta negra que se controle y esté entrenada? —Parecía cada vez más seguro de sí mismo a medida que hablaba.

—¿Quién la curó?

—Prometí no delatarles mi capitán. —Esta vez hablaba moderado y sumiso. Apenas lo reconocí. —Era un grupo de personas normales con buen corazón.

—Sargento White, permítame recordarle que usted está en el ejército para cumplir la ley. Esas personas, al medicar y tratar a mutados la incumplen, así que si no quiere que cancele esta misión ya está cantando.

—Operan en los túneles del metro, señor.

Tras eso se escuchó como el capitán daba órdenes por walkie y después un fuerte portazo. William acababa de delatar a quiénes me habían salvado. No podía creerlo. Antes de que pudiese procesar bien todo alguien entró en la habitación y me cogió una de las manos. Nerviosa abrí los ojos porque instintivamente supe que era él y quería reprocharle lo que acababa de hacer.

—¿Cómo has podido traicionarlos así?

—¡Eh! ¿Estás bien? No te muevas, no puedes hacer esfuerzos. —Me

fijé que tenía ojeras y parecía aliviado a pesar del nerviosismo. —Déjame que avise a los demás. Asia está deseando verte.

—Para. —Me costó un buen esfuerzo frenarle. —William, acabas de delatar a quién quiera que me haya salvado. Le debo la vida a esa persona.

—Me gusta tan poco como a ti.

—¿Por qué lo has hecho?

—El capitán me amenazó con cancelar esto. Cancelar la misión es el equivalente a que fracase, Charlie. —Hizo una breve pausa para coger a la vez que me acariciaba la mejilla.

—¿Tan importante es para ti coger a Los Salvadores?

—No hagas eso. —Vi como el dolor cruzaba su rostro y me sentí una pésima persona.

—¿El qué?

—No hagas como si no te acordases de nada de lo que te dije. Si la misión fracasa, tú acabas con un tiro en la cabeza, o peor aún como la rata de laboratorio del capitán, y no voy a permitirlo.

—No debiste decirlo. —Se me estaba partiendo el corazón que últimamente no dejaba de desintegrarse, mientras intentaba romper el suyo.

—Te estabas muriendo. ¿Tienes idea de lo que sentí? De lo único que me arrepiento es de no habértelo dicho antes.

—William entre tú y yo hay una línea. Puede que a veces se vuelva difusa y la olvidemos, pero siempre va a estar ahí. No debiste decir aquello.

—No voy a darme por vencido contigo. —Volvió a acariciar mi mejilla con cuidado.

—Por suerte basta con que lo haga uno de los dos.

—Me da igual lo que digas. Voy a luchar por nosotros, Charlie. —Su voz fue más firme que nunca y desde que lo conocía tampoco lo había visto tan decidido ante algo.

En los días que vinieron tras esa conversación y durante toda mi recuperación, el sargento se tomó muy en serio sus palabras. Estaba claro que él sí había abandonado por completo nuestras diferencias. Parecía que nunca había existido alguna en realidad. Había momentos en los que incluso tenía la sensación de que me veía como a una persona normal, pero yo no lo era. Se volvió protector y cariñoso, aunque seguía respetando mi espacio. Me daba la impresión de que esperaba que yo volviese a él de una forma natural, pero al mismo tiempo quería dejar clara su nueva postura.

En más de una ocasión me pregunté cómo se sentiría Asia al ver aquello. William no ocultaba lo que pasaba entre nosotros al resto y

yo deseaba que la tierra me tragase. Sabía que le debía una conversación a la soldado. Ella se había comportado demasiado bien conmigo como para que yo no diese la cara. Comprendí que algo en mí había cambiado durante todo ese tiempo. Estaba empezando a tomar demasiadas decisiones valientes y esperaba que la de hablar con ella me saliese mejor que la última.

Asia vino por la tarde con un montón de medicamentos que William le había encargado. Los escuché hablar en la cocina y me sorprendió que entre los dos parecía continuar habiendo la misma química y confianza, y aunque no me molestaba, no entendía cómo era posible. A pesar de que William no me lo había confirmado, ella lo había dejado alegando que él estaba enamorado de mí. ¿No le dolía acaso? ¿Tenía a alguien ya en su vida de nuevo?

Cuando la soldado entró en mi habitación para verme supe que no podía dejarlo correr más. Aproveché el momento y le pedí que cerrase la puerta. No pareció sorprenderle y supongo que no era de extrañar que después de todo ella también pensase que debíamos mantener algún tipo de conversación incómoda.

—Te debo una disculpa, así que lo siento. —Miré a Asia exponiendo toda la culpa que había ido acumulando.
—¿Por acostarte con William? —Se estaba casi riendo de mí.
—Deberías estar enfadada. —Puntualicé.
—Puede que tuvieras que habérmelo comentado, sí. —Se hizo ligeramente la ofendida, pero vi que no le importaba nada.
—No es la conversación que tenía en mente ¿sabes?
—Te has disculpado. —Se encogió de hombros y supe que hacerse la misteriosa era parte de su venganza.
—¿Ya lo sabías?
—William me lo contaba todo. Nuestra relación no era tan amorosa como crees. —Juré que mataría al sargento por haberme dejado sentir culpable tanto tiempo.
—¿Amigos con derecho?
—Tú tenías algo parecido.
—Da igual. Yo no lo sabía, no estuvo bien. —Le tomé la mano como ella solía hacer conmigo. —Lo siento muchísimo, fui una persona horrible y una amiga peor.
—Me gusta que me llames amiga y si te quedas más tranquila siempre lo animé a lanzarse con lo vuestro.
—No podemos.
—¿Qué problema hay si te arriesgas una vez más? —Preguntó ella, pero Asia no era la persona indicada para sentar las bases de una

realidad.
—Tiene fin.
—Solo el que vosotros queráis darle. —Luego se puso en pie y antes de irse añadió. —¿Vas a huir sin intentarlo?
—Estás jugando sucio.
—No seas cobarde, Charlie. —Me reí al escucharla llamarme igual que William y luego me dejó para que descansara.

Ese mismo día por la noche decidí que Asia tenía razón. También escuché el consejo de Neil y le di impulso a uno de mis sueños. Dejé de huir porque no quería ser una cobarde toda mi vida. Y luché por lo que quería, o a quién quería a mi lado.

Estábamos como tantas otras noches en sofá y yo había abierto completamente la puerta a las buenas intenciones de William. Él se reía sin preocupación, relajado y escucharle así a mí me parecía una melodía. Llevaba años sin sentirme como en aquel momento, estaba feliz, me sentía segura a su lado, pero sobre todo me daba cuenta de algo más importante. Lo cierto es que en ese instante comprendí que lo quería.

Tardé tiempo en descubrirlo y ojalá hubiese sido más fácil y sencillo verlo todo tan claro, pero no podía echar el tiempo atrás. En aquellos meses al lado de William había descubierto que no necesitaba contarle las cosas para que me comprendiese, él simplemente las sabía. Le bastaba con mirarme para comprender si necesitaba cariño o mi propio espacio y yo me sentía cómoda a su lado. Por extraño que parezca después de todo lo que había pasado, con él me sentía segura, encontraba paz y me olvidaba de fingir. No necesitaba demostrar que no era un monstruo porque él ya sabía que lo era y había aprendido a aceptarlo. William veía cuánto sufría siendo quién era, lo entendía y no trataba de ocultarlo. Él había aceptado mis demonios y lidiaba con ellos junto a mí. Cuando me descontrolaba sabía ser paciente y esperar, otras veces sabía hacerlo irse, y luego siempre encontraba el modo de que los olvidase. A su lado, mis pesadillas se habían ido porque bajo el abrigo de sus brazos había encontrado mi hogar.

Y antes de que pudiera procesar más aquel sentimiento, sentí su mano deslizarse por mi mejilla obligándome a mirarle directamente una vez más. Había un brillo especial en sus ojos avellana, había hoyuelos en su sonrisa y ante todo no había tensión en su rostro. Poco a poco con delicadeza se fue acercando a mí hasta que nuestros labios estaban a escasos centímetros. Distancia que no tardó ni dos segundos en reducir por completo. Primero fue un pequeño roce con cuidado, un roce que

fue profundizando ante mi respuesta, hasta que por fin me besó con fuerza. Había tanto sentimiento en aquel beso, era tan diferente a cualquier otro que me hubiese dado que casi me asustó recibirlo. Con infinita paciencia William me llevó sobre él, retiró su camiseta y después la mía.

—Eres lo que siempre busqué Charlie. —Fue casi un susurro cerca de mi oído.

Después comenzó a besarme el cuello y yo me arqueé para dejarle más espacio a esa zona.

—Te gusta aquí, ¿verdad? —Su aliento me hizo cosquillas y no pude evitar reírme.

Poco a poco los dos acabamos desnudos completamente. Fue lento. Ni él ni yo teníamos prisa porque aquello terminase. Saboreó cada centímetro de mi piel y yo jugué sobre la suya, recorrí su tatuaje, ese que tanto me gustaba y captaba mi atención y del que ya conocía su significado. Me dejé llevar en olas de placer, me permití sentir como jamás lo había hecho hasta que gemí de placer y grité su nombre como jamás imaginé.

—No quiero que acabe. —Acariciaba su nuca cuando pronuncié esas palabras. En el fondo sabía que acabaría.
—Durará todo lo que tú quieras. —Respondió él con tranquilidad.
—William, sabes…
—No lo hagas. Todavía no. —Me acarició el pelo con ternura mientras besaba mi sien. —Déjalo que dure al menos cinco minutos más.

La felicidad suele ser efímera y nunca es eterna. Nada bueno dura para siempre, ni siquiera en los cuentos. Tampoco es nada sencillo perder las cosas que más queremos y sin duda son las despedidas las que peor nos hacen sentir. Unas veces tenemos tiempo para unas palabras bonitas, otras son silenciosas y lo último que has dicho es lo más irrelevante del mundo. Esa noche yo lo dejé durar hasta por la mañana y por eso no tuve tan mal sabor de boca cuando se rompió.

Dormíamos el uno sobre el otro todavía en el sofá cuando llamaron a la puerta. Ambos nos miramos confusos y William se acercó hasta ella y al volver la vista de la mirilla me hizo gestos para que me fuese de allí corriendo. Con gran agilidad y curiosidad recogí mi ropa a toda prisa y me fui a la habitación. ¿Quién venía tan temprano y sin avisar?

Lo escuché decir que enseguida iba y me imaginé que estaría poniéndose la ropa de la noche anterior. Al final abrió la puerta carraspeando para que yo también me enterase.

A través de la rendija de la puerta de mi habitación vi al capitán entrando con su habitual estilo de mastodonte. Venía solo y no parecía que viniese a nada en particular. Tampoco parecía tener ganas de perder el tiempo. Miró el aspecto desaliñado de William y luego preguntó por mí.

Me presenté allí muerta de miedo. Cada vez temía más a ese hombre y empezaba a entender al sargento. Sus visitas nunca traían nada bueno y me di cuenta de que William estaba igual de tenso que yo. Nada bueno podía salir de una visita sorpresa de su superior.

El capitán nos pidió finalmente que nos sentásemos y escogimos el taburete de la barra de la cocina más alejado el uno del otro. El líder de William se acercó a mi lado colocándose a mi espalda y sin decir absolutamente nada más me sujetó con fuerza con un brazo y con el otro me tapó la nariz y la boca.

—Capitán, ¿qué está haciendo?
—Le estoy recordando sargento a quién se debe.
—Pare, por favor.
—No es tan especial, si no respira se ahoga como todos. ¿Lo ve?
—Por favor, señor, acaba…
—¿Me está suplicando por una mutada? Supongo que será por la misión ¿no?
—¡Está entendido! ¿vale? —William se llevó las manos a la cabeza con desesperación.
—¿Lo habrá entendido también ella?
—¡Sí, lo ha pillado! —William dio un paso hacia el capitán que ladeó la cabeza como interrogante. —Lo hemos entendido todos, pero señor la va a ahogar.

El capitán retiró la mano y yo respiré de nuevo. Cogí aire a borbotones apoyando las palmas de las manos sobre la fría encima de la barra de la cocina y me llevé una de las manos al costado dolorida puesto que todavía tenía la herida bastante reciente. Quise cargarme al puto capitán. Quería matarlo por muchas cosas, pero especialmente por lo que acababa de hacerle a William. Lo había vuelto vulnerable, le había expuesto lo sencillo que era hundirlo. En resumen, lo había humillado, de la misma forma que habían hecho conmigo y con Marco. Puedes torturar a alguien, pegarle e incluso asfixiarle, y todo

ello solo dependerá de la propia resistencia de esa persona. En cambio, usar a quiénes quieren para ello, es ruin y sucio, aunque de todo se aprende.

No se intercambió ni una palabra más en la habitación, pero la tensión podía palparse en el aire. Si el capitán estaba furioso, el sargento White lo estaba mucho más y ninguno de los dos se imagina cuánto lo estaba yo. Al final, el hombre al que pensaba matar tarde o temprano cogió de nuevo la puerta e igual que había venido se fue. Aquello claramente fue una amenaza, una advertencia de lo que pasaría si se nos iba de las manos, pero yo estaba con el chip de ser valiente. En cambio, identifiqué como William se vino abajo abatido por la culpabilidad y ya no tenía la misma mirada con la que me había prometido que lucharía.

—No has sido tú. —Dije muy seria cuando nos quedamos solos.

—Te han intentado ahogar.

—El capitán solo te está demostrando que…

—Que me tiene cogido por los huevos. Que haría cualquier cosa con tal de que nadie te toque un solo pelo. Incluso alejarme de ti.

—No. —Casi lo dije asustada.

—Saben que me importas y no van a tolerarlo.

—No me dan miedo William.

—A mí sí. —Cerró los ojos y respiró. —No sabes el miedo, la impotencia, la culpa y la rabia que he sentido hace unos minutos.

—Sí que lo sé.

—No voy a dejar que te pase nada por mi culpa.

—¡Es que no es tu culpa! —Grité exasperada. —Estoy cansada de tenerle miedo al capitán. De hecho, te juro que algún día voy a matarlo.

—Estas hecha una valiente, Charlie. —Murmuró a la vez que se acercaba a mí. —Pero si te quiero solamente te pongo en peligro.

—¿Vas a dejarme de quererme entonces?

—No sabría cómo.

—Entonces da igual si estás lejos o cerca, y yo te prefiero cerca.

# Capítulo 31

No importa lo mucho que queramos a veces una cosa, si esta depende de la decisión de otra persona. Yo me había decidido a luchar por mi relación con el sargento White, por tener un futuro a su lado, pero él había decidido justamente lo contrario. Alejarme de su vida para siempre y que nuestros caminos no volviesen a cruzarse nunca más. ¿Quién tenía más ímpetu de los dos? Yo tuve tanto o más que él, pero también quise tener fe y la fe no suele funcionar. Rezar por las cosas no las resuelve, si queremos algo tenemos que lanzarnos de cabeza a conseguirlo. Sin miedo, sin dudas y sobre todo con enorme decisión. Esa fue una de las mayores lecciones que aprendí del sargento White y su entrenamiento. Pero también me quedó claro cuando volví de pasear por los puestos del mercado y me encontré la mayor encerrona de toda mi vida.

—¿Qué es esto? —Pregunté perpleja cuando llegué y los encontré a todos reunidos.

—Lo que habíamos acordado.

William se acercó y me entregó un papel. Estaba firmado por una persona con un elevado título militar a la que yo no conocía de nada en absoluto, pero lo que si entendía era lo que significaba ese papel. Lo leí y releí y por más que lo leía no podía creerme que una de las personas más valientes que conocía, y la más importante, estuviese haciendo aquello.

—¿Me estás echando? —Lo miré confusa tras leerlo rápidamente una última vez.

—Te estoy dando la libertad que querías.

—La misión no ha terminado. —Protesté.

—Has conseguido la información para la que te reclutamos. No es necesario que participes en el ataque. —Estaba siendo duro y a mí no me gustaba aquel William.

—Lo pillo.

—Es lo más seguro ahora mismo Charlotte. —Comentó Asia tratando de apaciguarme.

—Y te echaremos de menos. —Dijo de repente John sorprendiéndome.

—Está bien chicos. Cuidaros mucho. —Musité antes de escaparme a

mi habitación.

Cuando entré las lágrimas que había aguantado se derramaron finalmente. Sollocé en silencio con la puerta cerrada porque me negaba a mostrarme débil delante de él. Sabía que nunca iba a perdonarle lo que estaba haciendo, pero tampoco importaba porque no íbamos a vernos nunca más. Solo de imaginarlo sentí un enorme vacío dentro de mí, igual que si me hubiesen arrancado una pequeña pieza esencial para querer vivir. Las dudas me invadieron y me gritaban que, si yo fuera normal, entonces el sargento lucharía contra todo lo que se interpusiese entre nosotros, pero yo era una mutada y él no estaba dispuesto a pelear contra el mundo entero. El mundo es algo demasiado grande como para enfrentarse a él y arreglarlo. Él y yo sabíamos eso perfectamente. Lo sabíamos desde que descubrimos que la misión era llevar a toda la sociedad no mutada a las colonias y al resto abandonarnos hasta la muerte. Puede que eso también hubiese pesado en su decisión. ¿Qué pasaría dentro de diez años? Mejor romper con todo ahora que todavía tenía tiempo

Me permití hundirme unos minutos más y luego me prometí que saldría adelante como siempre. Comencé a preparar una bolsa con mis pertenencias. Guardé las prendas de abrigo y también las botas de piel, pero no iba a llevarme todo aquello. Esperaba que lo repartiesen entre las personas de la calle y sino tampoco lo quería. Cuando llegó el turno de meter en la bolsa la radio que me había regalado William por el cumpleaños mi corazón se vio dividido. Una parte de mí quería llevársela porque eso iba a ser lo único que me quedase, pero la otra estaba demasiado enfadada y al final decidí que si quería seguir adelante tenía que dejarla allí.

Estaba a punto de largarme de aquel piso para siempre y abandonar, una vez más, un lugar que había llegado a considerar mi casa, cuando él entró en mi habitación.

—¿Has olvidado algo más de nuestro acuerdo? —Dije con sarcasmo.

—Charlie, por favor, no te vayas así.

—Me estás echando de tu vida. —Le bufé. —Y lo haces porque eres un cobarde.

—Te pongo a salvo y me da igual que me llames cobarde por eso.

—¿A salvo? Estás escogiendo la vía fácil. —Sabía que estaba a punto de llorar, pero aguanté. —¿Qué pasa con todo lo que dijiste?

—Para mí tampoco es sencillo.

—No te creo, pero qué más da. —Quise salir, pero William me

bloqueó. —Déjame irme.

—Así no. —Su mano acarició mi mejilla.

—¿Dónde está el problema? No vas a volver a verme.

—No lo digas. —Cerró los ojos al escuchar la realidad y yo me enfadé más.

—¿Qué no lo diga? —Le golpeé el pecho con fuerza. —Estás estropeándolo todo, tengo derecho a decirte lo que quiera.

—Solo quiero una buena despedida.

—Puedes metértela por donde te quepa. —Lo aparté con fuerza.

—¿Vas a dejarla aquí? —Me giré y vi que sujetaba la radio.

—No la quiero.

—Te encanta.

—Ya no.

—Eso es mentira.

—¿No me crees? —Fui a por el estúpido aparato y se lo quité. Luego lo estrellé en el suelo. —Ahí lo tienes.

—Acabas de quedarte sin radio, ¿lo sabes no? —William levantó una ceja divertido y en ese mismo instante quise matarlo. —Voy a echar de menos este carácter.

—Te odio.

—No es verdad. Tú me quieres, como yo a ti. —Sin darme tiempo a nada más me abrazó con ternura y me rompí.

—No puedes hacernos esto.

—Te quiero a salvo, Charlie. Libre, feliz y fuera de toda esta mierda. —Sollocé y él beso mi frente. —Vete con Marco, Luc y Theo y vete lejos.

Salí a la calle y no miré atrás. Caminé en dirección a la taberna de Neil incapaz de evitar verme caminando con el sargento en cada rincón. En aquella ciudad no quedaba un solo sitio que no hubiésemos recorrido juntos. Cada esquina me traía algo de él. No importaba si era bueno o malo, solamente sabía que allí dónde mirase mi mente me recordaba que se había acabado.

Darme cuenta de eso dolió. Especialmente porque cuando me dejé llevar con él las primeras veces, yo tenía claro que se iba a terminar y eso no me asustaba. La verdad es que me daba igual porque aquella no era la vida que mi corazón anhelaba. Al principio yo tenía un plan de futuro con Marco y nada más se interponía entre él y yo. En cambio, después de las últimas semanas, todo eso no tenía ningún sentido si William no formaba parte de ella. El día que salí del piso, de casa, dejé atrás el único hogar al que sabía que quería llamar así. Perdí a la persona que más quería en el mundo y yo quería con locura porque no sabía querer en pequeñas dosis.

¿Aprendemos a querer menos y conformarnos con el tiempo? Si no era así, iba a pasar toda la vida esperando sentir algo que jamás volvería a conocer. Y joder, la vida así asustaba. Sonaba a vacío y a búsqueda constante. Sonaba a estar perdido en un desierto sin agua persiguiendo espejismos. Sonaba a sueños rotos y no entendía como una persona que me quería tanto podía lanzarme a la arena así.

Llegué hasta la taberna de Neil y busqué a Luc. Cuando me miró y se fijó en mi bolsa, su sonrisa se iluminó. Luego se dio cuenta de que yo no sonreía y entonces comprendió que pasaba algo más. Algo que él no entendía y se fue en busca de los demás.

Me abracé a Theo y no porque lo quisiera más, sino porque no dudó en arroparme nada más verme. ¿Cómo alguien tan superficial podía ver tan profundo? Nunca lo sabría, pero ese pequeño demonio entendía los sentimientos de los demás antes de que el resto lo supiésemos. Él me había dicho que volviese el día que aparecí con Marco en la puerta. Incluso sin fiarse de los soldados, Theo supo de inmediato que con Jack no estaba a salvo. Y en aquel instante supo que yo no quería celebrar nada, sino que estaba rota de dolor.

Marco se acercó a nosotros y cogió mi bolsa. No habíamos vuelto a hablar desde la última vez cuando discutimos, pero nada más mirarle a los ojos entendí que, como ellos, estábamos en calma. Sus labios formaron una tierna y cariñosa sonrisa que me indicó que seguíamos como siempre y que no importaba nada de todo lo demás.

Después de que Neil nos mandase a montar el numerito lejos de su taberna los seguí al piso de Luc y me amoldé en aquel sofá. Nada más hacerlo recordé lo bonito que había sido dormir con el sargento esa noche. Puede que no dormir porque estaba borracho, pero si despertar. Si miraba a la puerta del baño también podía verlo allí diciendo tonterías y a mí mandándole cerrar la boca. Aquel piso solamente me traía más recuerdos y afrontarlos era como repetir viaje en una montaña rusa en la que sabes que no quieres montar más.

Me costó un buen rato hablar de ello y más aún explicarles todo y demostrarles que lo que habíamos vivido era real. Era difícil que ellos comprendiesen lo que William y yo habíamos sentido, pues desde su punto de vista él seguía siendo el soldado. No sé si conseguí que lo entendieran, pero la familia nunca te abandona y ellos no lo hicieron. Se agruparon a mi alrededor y me dieron el mejor calor de todos. El de un abrazo de hermanos.

—Saldremos adelante. —Me dijo Marco sentándose a mi lado.

—No tenías razón.

—Nadie la tiene siempre. —A mi amigo le dolía verme así. —Si te aleja para protegerte, le daré la razón siempre.

—¿Tú me dejarías sola?

—Es que no estás sola. —Theo me miró tratando de hacerme ver algo que yo no veía. —Y él lo sabe.

—Solamente le dais la razón porque me queréis y no pensáis que merezca la pena.

—A ver estás siendo un poco dramática. —Opinó Luc. Yo lo miré con cara de malas pulgas.

—Yo que tu tendría cuidado, es una etiqueta negra. —Bromeó Theo.

—Luc tiene razón. —Marco se ganó una mirada de odio también. —Eres libre, estamos juntos y, antes de que nos tires por esa ventana, te diré que solo se ha rendido él.

—¿A qué te refieres?

—Deja que se calmen las aguas y luego nada contracorriente. —Luc parecía un filósofo de libro. —Nadie se tira al mar en mitad de la tormenta.

—No voy a volver a verlo.

—¿Estás segura? Esta ciudad es muy pequeña. —Puntualizó Theo.

—Sé que no va a dejar que eso pase.

—Tiempo, a veces solo hace falta tiempo. —Respondió Marco.

Ellos lo veían cristalino y yo solo aguas turbulentas. Quise pensar que efectivamente tenían razón y era yo la que solamente podía ver negro en aquella mezcla de grises. No sería fácil, pero podía intentarlo, y me dolía tener que hacerlo. Jamás me habría imaginado apostando por el sargento White, pero al igual que Asia me había dicho no iba a huir otra vez. Y si William corría yo correría más tras él.

Después de ver que ya no iba a quedarme llorando y agonizando toda la tarde en el suelo, aquel trío me convenció para celebrar lo que tanto esfuerzo me había costado. Mi libertad.

Me habría gustado saborearla con otro final y de otra forma, pero no podía quejarme por todo. Era libre y no todas las etiquetas negras podían decir eso. En realidad, yo era la única que el gobierno había capturado y que podía decirlo. Brevemente entendí el regalo que me habían hecho los soldados que me habían acompañado en aquel tiempo y sonreí al comprender que la línea entre ellos y nosotros era más difusa de lo que todos creíamos.

La unidad del sargento White me había hecho un hueco en su equipo durante unos meses. Me había protegido y al final todos ellos se habían preocupado de lo más importante cuando quieres a alguien. Salvarlo. Quería enfadarme con William, pero a medida que reflexionaba y vivía libre, más lo entendía y más lo perdonaba.

Brindé por todo eso y muchas otras cosas la noche que celebré mi libertad y bebí hasta que terminé vomitando en el váter con Theo sujetándome el pelo. Una por otra, le dije.

Ser libre resultó no ser tan maravilloso como todos pensábamos. Había un alquiler que pagar y yo no tenía con qué. Luc aplicó la misma estrategia que con los otros dos mutados que vivían con él. Tenía un mes para encontrar un trabajo y pagar parte de los gastos del piso, sino estaba fuera. Lo cierto, es que sabía que no iban a echarme de allí, pero entendía que tenía que colaborar como todos.

Salía a buscar trabajo cada día y no resultaba nada sencillo con un tatuaje en la mano. En la mayoría de los sitios ni siquiera me tenían en cuenta y me enfadaba bastante. Esa era la sociedad que ahora tenía por delante. Injusta, egoísta y destinada al más absoluto fracaso.

Karma o no, tras muchos esfuerzos, tuve un golpe de suerte y yo quise creer que fue el karma. Había ido a una surrealista oferta en Ritmo Spark donde necesitaban un receptor telefónico, y como en tantas otras, aquel puesto tenía demasiada categoría para mí. Sin embargo, de la que me iba uno de los becarios tropezó con un montón de cables y desenchufó media instalación. Se desencadenó el caos y empezaron a pedir a gritos un técnico para recuperar la centralita y yo vi mi primer golpe de suerte. Sin apenas esfuerzo volví a conectar todos los cables y antes de salir por la puerta recibí una oferta para ser la ayudante de mantenimiento.

Ni era el empleo mejor pagado, ni el más gratificante del mundo, pero a mí me pareció un buen comienzo. Acudía todos los días y cumplía. Aprendía cosas nuevas y por supuesto escuchaba a Ritmo sin necesidad de esa radio que tanto añoraba.

—Te va bien.

Me di la vuelta y me encontré con la persona que jamás hubiera esperado ver allí de pie. Joana, la espía, estaba frente a mí en el almacén mirando con desprecio todos los aparatos pendientes de

arreglar.

—¿Ha pasado algo? —Pregunté preocupada.

—Que va. —Se encogió de hombros. —No nos despedimos mucho y quería saber cómo te trataba la vida.

—Está bien.

—Ya lo veo. No tenía dudas, pero quería asegurarme.

—¿Cómo os va a vosotros? —En realidad quería saber otra cosa.

—Seguimos trabajando.

—¿Hay algo de información que pueda darte? —Puse cara de pena y añadí. —Un intercambio.

—¿Qué quieres saber Charlotte? —Reía porque lo sabía de sobra.

—¿Está bien?

—Está un poco insufrible, pero mejorará. —Hizo un gesto despreocupado con la mano.

—¿Puedes decirle una cosa?

—Si supiera que estoy aquí me mata. —Bromeó ella, pero luego asintió.

—Dile que no estoy enfadada.

—¿No lo estás? —Joana tenía cara de sorpresa y yo negué. —He venido a darte algo.

—¿A mí? —Me entregó una pequeña tarjeta que tenía escritas unas coordenadas. —¿Qué es?

—Es un lugar seguro para dentro de diez años. —A Joana le costaban esas cosas más que al resto. No era afectiva.

—Gracias.

—Fue cosa de Will. Me pidió que lo buscara.

—Entonces dile eso también.

—Quédate esto también. —La espía me entrego un cuchillo pequeño, pero muy bien afilado. —Por si acaso.

—¿Es ilegal?

—Solo si te lo encuentran. —Sonrió con malicia y se fue.

Me guardé aquella tarjeta como el mayor tesoro del mundo y por si acaso la memoricé también. Con el cuchillo no tenía muy claro qué hacer, pero opté por esconderlo en la bota.

Esa tarde, en cuanto llegué a la taberna, le pedí un mapa a Neil que me miró con cara de pereza, pero yo sabía que aquel hombre estaba empezando a formar parte de nuestra familia también. Su mujer, Dori, nos hacía la comida casi a diario y de vez en cuando entraba y limpiaba el piso. Según ella teníamos una comuna allí montada, pero los dos eran extremadamente pacientes y buenos con nosotros. Neil y yo conectábamos, aunque él se empeñara en negarlo y decir que

solamente me dejaba quedarme en el piso porque le arreglaba las cosas. Sin embargo, se acercó con el mapa y lo extendió sobre la mesa, pero en lugar de irse me señaló el papel y me indicó que le mostrase lo que buscaba. Yo reí a carcajada limpia y el viejo Neil protestó ligeramente cuando le di un abrazo.

Finalmente, comprobamos las coordenadas de Joana y no encontramos nada especial. El punto señalaba un lugar aislado de ciudades, con un pequeño arroyo cerca, pero en las montañas y allí no parecía haber absolutamente nada. Revisé la tarjeta varias veces por si tenía trampa, pero no. En diez años aquel era el sitio más seguro al que podía ir y si ella lo decía, yo no tenía dudas.

Neil y yo reunimos al resto en una mesa de la taberna y les contamos todo. Theo, Luc y Marco se quedaron asombrados por el plan de las colonias. Yo había tardado en informarles y lo había consultado antes con el viejo pues no me parecía sencillo de digerir. Él en cambio tuvo claro que mis amigos eran fuertes y que entre todos saldríamos de eso. Bromeó con que teníamos diez años por delante y a nadie más que a él le parecían suficientes. Tal vez era porque él rondaba los setenta y puede que no llegase al final de esos diez.

Decidimos abrir una botella de whisky para asumir la realidad y prometimos que al día siguiente empezaríamos a trabajar en la solución. Ninguno estaba dispuesto a morir ahora que habíamos saboreado la libertad de nuevo.

Todo parecía ir mejorando y encaminándose a pesar de las dificultades y de lo mucho que yo echaba de menos al sargento White. Había asumido que no iba a sentirme mejor respecto a eso y solamente podía dejarlo de lado y oculto como solía hacer con todo lo que dolía. Lo escondí en un cajón de mi mente y traté de no hacerme ilusiones. Aunque en el fondo esperaba que lo que Joana le dijese fuese suficiente como para que quisiera verme. Eso es lo peor de las ilusiones. Sabes la realidad, sabes que no es cómo tu cabeza imagina, pero no puedes evitar soñar y hacértelas y cuando no ocurre absolutamente nada de lo que dibujaste en tu cabeza, la hostia es enorme.

La taberna comenzó a llenarse y ese día las noticias que traían los visitantes no eran las que yo esperaba oír. Hablaban en voz alta y las mesas se comunicaban entre ellas. Todos estaban revueltos y cuando pusimos la oreja quise salir corriendo.

Los Salvadores estaban atacando la base. La gente cercana a ella había dicho que se oían disparos y que había fuego en muchas instalaciones. Al parecer los soldados estaban cayendo como moscas y muchos protestaban por los mutados que estarían escapando. Les parecían un peligro en las calles de la ciudad y comentaban que el grupo de Los Salvadores tenía que caer. Allí se estaba mascando una guerra entre bandos dentro de la propia ciudad y no se auguraba nada bueno. Pero en aquel momento a mí me preocupaba más saber si la unidad estaba bien.

Neil, cuyo bar dejaba clara la filosofía de personas que esperaba tener allí, se enfadó, enfrentó y despachó con los peores modales del mundo a los revolucionarios que llenaban su caja registradora. Ese día confirmó lo que todos ya sabíamos. A Neil le gustaban los mutados y las personas por igual.

Harta de morderme las uñas y escuchar todo tipo de comentarios por parte mi familia, salí a la parte trasera en busca de oxígeno. Necesitaba tranquilizarme y confiar en que William y su unidad sabían cuidarse perfectamente. Él y yo habíamos encontrado el detalle del plan y conocíamos cada detalle, así que no podía estar yéndoles tan mal. Seguramente la gente estuviese magnificando el ataque porque eso es lo que solía hacerse con las noticias. Si un camión choca con una farola, el titular en realidad es un camión se estrella en el medio de la ciudad y causa un gran revuelo. El mismo que habían generado aquellas personas en la taberna y en lo que quería confiar porque no sabía dónde ir, ni dónde buscar, ni cómo saber al día siguiente si les había ido bien y eso era lo más desesperante.

Escuché que alguien se movía a mi espalda y me di la vuelta esperando encontrarme a alguno de los de dentro. En cambio, allí estaba la mayor traidora que había conocido hasta ese día. Alice. Tenía un gran aspecto y estaba claro que había sabido moverse dentro de la ciudad. ¿A cambio de qué? No debía importarle mucho siempre que ella estuviera bien.

—Has durado bastante. —Comentó al verme.

—¿Qué haces tú aquí?

—Uno dice que no estás en tu puesto. —Comentó tranquilamente.

—¿De qué hablas? —Pregunté con miedo porque nada bueno saldría del plan de Jack.

—En su plan había un puesto para ti. —Luego me entregó dos fotografías.

La primera era el almacén de la taberna de Neil. Una de las esquinas en concreto. La reconocí por las botellas de licor sagradas que el viejo guardaba allí. Lo que había delante de ellas era una bomba. Con los ojos como platos miré a la puerta de la taberna y a la zorra de Alice que estaba en el medio sosteniendo un pulsador. No necesité preguntar para saber que era el detonador de la bomba.

—¡No aprietes!
—Mira la otra fotografía.

Con las manos temblando pasé a la segunda fotografía. Era la entrada de un garaje. Lo reconocí enseguida pues estaba al lado del gimnasio donde nos reuníamos Los Salvadores. ¿Allí era dónde debía estar yo en el plan del hermano de William?

—Preséntate allí y no activaré la bomba. Es fácil ¿no?
—¿Qué hay allí? —La miré durante un segundo y no quedaba nada de la muchacha callada que conocía. —Alice, los conoces a todos.
—A mi lo que me importa es sobrevivir. Vete allí, avisaré de que estás en camino. —Señaló un walkie. —Y si llegas, me iré.

Asentí. ¿Qué iba a encontrarme en aquel garaje? No tenía ni idea, pero iría porque no pensaba dejar que nadie destruyese el único sitio de la ciudad donde el mundo todavía era el de antes.

Me fui corriendo de la parte trasera de la taberna y esa vez no dudé de cuál era el camino más rápido para llegar allí. En el trayecto fui barajando todas las posibles opciones de que Jack me quisiera en un sitio tan alejado de la base. ¿Me estarían esperando los del laboratorio? ¿Puede que él mismo? A medida que me acercaba sentía el miedo latiendo por mis venas con intensidad. De arriba abajo y vuelta a empezar. ¿Cuándo iba a ser libre de verdad? William me había alejado de él para protegerme y allí seguía yo envuelta en aquella mierda corriendo a un destino que no conocía.

Frené y reduje el ritmo cuando estaba llegando porque a pesar de estar dispuesta a ir, no tenía intención de presentarme sin investigar primero. Con cuidado me asomé en una de las esquinas y vi que en el suelo había tres cadáveres. Ahogué un grito, pero luego me di cuenta de que eran Salvadores y no sentí tanta pena por ellos. Sí por los que sentirían su pérdida, pero si alguien les había disparado estaba segura de que lo merecían. Me acerqué hasta uno de ellos agachada por si desde alguno de los tejados había alguien apuntado, pero no había peligro aún.

Tenía un disparo en la cabeza. Limpio y céntrico. Demasiado certero para ser de un soldado cualquiera. Suspiré dejando escapar parte de la tensión. Yo conocía esos disparos y aunque quise negarlo hasta el último momento sabía de quién eran. Preferí no pensar que podría haber tras la puerta porque la mente tiende a generarnos lo mejor y lo peor de cada situación. Simplemente recogí la pistola del Salvador y me adentré en el garaje.

# Capítulo 32

En cuanto puse un pie dentro de él supe que todo había sido una trampa. Jack, el hermano de William estaba en el centro apoyado sobre una mesa. Al fondo estaba William esposado con los brazos por encima de la cabeza y una mordaza en la boca. Tenía un ojo morado y el labio roto y no parecía muy consciente de lo que pasaba a su alrededor.

Verlo después de tanto tiempo y así me enfureció. Ese no era el reencuentro que él y yo nos merecíamos. Su hermano era un psicópata que merecía estar muerto y el sargento no tenía culpa alguna de sus acciones.

Traté de no mostrarme intimidada, pero él se sentía mucho más cómodo que yo. Percibí que había un exceso de calor en la habitación y asumí que los tubos debían estar calientes y por eso William tenía tan mal aspecto.

No había ventanas y solamente una puerta, la misma por la que yo había entrado y que Jack me había indicado que cerrara. Si quería irme de allí solo había un sitio por el que salir. Cuando acabé de comprobar todas mis opciones, me di cuenta de que el plan de Jack no era realmente el ataque a la base. Nos había despistado a todos con absurdeces. El hermano de William solamente quería una cosa. Venganza. ¿Era una persona capaz de pensar en todo aquello sin que el resto nos hubiésemos enterado? ¿Cuánto tiempo había invertido sobre su plan?

Quise avanzar hacia William que no parecía haberse percatado todavía de mi presencia, pero Jack se interpuso y chistó con negatividad. Dejó claro que él sería el que llevara la voz cantante allí y el resto solamente los artistas invitados.

—Will, mira quién está aquí.

Su hermano reaccionó brevemente y al verme entró en pánico. Quiso forcejear y soltarse, pero no hubo apenas esfuerzo.

—Está un poco dormido, pero con esto se unirá a nosotros en

seguida.

Jack inyectó algo en el cuello de su hermano. Imaginé que no era veneno, pero tampoco respiré tranquila hasta que vi a William recuperar la energía poco a poco. ¿Lo había sedado antes? Cuando por fin se recuperó, volví a encontrarme con el soldado que conocía. No hizo ademán de soltarse, y aunque seguía agotado, adoptó su actual postura observadora y a la espera.

—Ahora ya estamos los tres.

Jack sonrió a la par que daba un par de palmadas. Después extendió sobre la mesa cinco jeringuillas. No todas contenían el mismo líquido en su interior y aunque algunos me resultaban familiares no habría puesto la mano en el fuego por su contenido.

—¿Te cuento las reglas del juego Charlotte?

William gritó a través de la mordaza con efusividad rechazando aquello. Todos entendimos varias veces la palabra “vete”, pero yo no estaba dispuesta a dejarlo allí solo. Había cambiado en aquellos meses a su lado. Me había vuelto valiente, o eso creía, y ser valiente implicaba arriesgarse por los que querías.

—¿Quieres irte Charlotte? —Jack se sacó un cuchillo de la bota y lo colocó en el cuello de William pinchando ligeramente.

—Explícame el juego. —William volvió a gritar mirándome enfadado, pero los dos lo ignoramos.

—Hay tres viales que llevan la toxina en la dosis habitual, otro lleva una dosis que hasta ahora ha matado a todos los que la han probado, y el último es una sorpresa. ¿Todo claro hasta aquí?

—Sí. Continua.

—¡Charlie, lárgate! —William se había conseguido quitar la mordaza y me gritaba desesperado.

—¿Te preocupa la mutada Will? —Su hermano parecía disfrutar al máximo viéndole sufrir y eso me enfadó.

—Jack, por favor, si sientes un mínimo de culpa, déjala irse y te perdonaré.

Verlo suplicándole y ofreciéndole el perdón me hizo desear una muerte lo suficientemente cruel para su hermano.

—Es que la mutada no quiere irse, Will. —Se encogió de hombros y le dio la espalda.

—Charlie, vete de aquí. Es una puta orden.
—Continúa explicándome el juego.

El sargento White dejó escapar un grito desquiciado a la vez que tiraba sin éxito nuevamente para liberarse, pero su hermano lo ignoró y siguió con el detalle.

—Por cada uno de los tres viales normales yo te contaré algo sobre tu padre que no sabes. —Levantó una ceja esperando una reacción. Yo asentí. —Por el cuarto vial, dejaré libre a mi hermano.
—¿Y qué pasa con el último?
—Si llegas al último, hablaremos. —Jack cogió uno de los primeros viales y me lo entregó.
—Primero la información. —Puse la regla a mi antojo y parece que estuvo de acuerdo.
—¿Sabes cómo lo controlas?
—Eres tú el que me da información a mí.
—Sí, tienes razón. La verdad es que tu padre se ocupó de ti como todos pensábamos.
—¿Qué?
—Nuestro amigo el doctor descubrió un patrón único en tu ADN, distinto al del resto de los mutados. Fue entonces cuando me envió a tu casa. —Hizo una pausa para mirarnos a los dos. —Os vi salir juntos ese día. Yo volví luego y encontré los estudios que tu padre llevó acabo contigo en el despacho. Te inyectó lo que él llamaba el regulador. Yo no entiendo mucho de términos científicos, pero en resumen te puso anticuerpos contra las etiquetas negras. Cuando te descontrolas, tu cuerpo lo rechaza como a cualquier virus.
—¿Qué más sabes? —Jack señaló la aguja de mi mano y sin pensarlo dos veces me la inyecté.
—Es increíble verte soportarlo. —Tardé unos minutos y me costó un navajazo en el brazo, pero conseguí controlarme a tiempo. Sentía la rabia bullir, pero era capaz de mantenerla a raya bajo la piel.
—Sigue. —Le gruñí impregnada de dolor.
—Está bien, es importante que recuerdes que la tercera cosa es tan importante como la segunda. —Joana me había dicho que la información era poder y yo estaba comprobando la realidad de aquello en primera persona.
—Habla de una vez Jack. —Me costaba soportar la rabia cada vez más.
—¿Crees de verdad que tu padre mató a tu madre, Charlotte? —William me miró muy sorprendido porque por fin había descubierto qué pasó en mi casa, pero yo estaba petrificada.
—¿Cómo sabes tú eso? Allí solo estaba yo. —El monstruo calentaba

la sangre de mis venas porque solía podía haber una respuesta a esa pregunta.

—Ya sabes la respuesta. —Se acercó de nuevo hasta William y acercó el cuchillo a su cuello otra vez.

—¡Habla!

—Tu padre era como tú Charlotte, exactamente igual. —Hizo una pausa para sujetar a William que se resistía. —Él no habría matado a tu madre. Tengo que admitir que fue formidable ver cómo defendieron esa puerta. Tu madre aguantó hasta que llegó él y cuando la vio… Ahí sí que se volvió loco, pero tu padre erró en una cosa. Un mutado que se controla no es tan fuerte como uno que no. Me costó salir vivo de allí, pero lo hice. Me llevé mi venganza Charlotte, destrocé y maté al hombre que me arruinó la vida. Salvo porque quedaste tú, tu padre me dejó bastante malherido y no pude matarte a ti también.

Me lancé a por él dispuesta a matarlo, pero entonces William gritó cuando su hermano le clavó el cuchillo en el estómago y yo frené en seco. Sentía la cólera y las ganas de matar disparadas, la toxina que me había inyectado solo agravaba esa sensación. Sensación que no podría oprimir ni aunque fuese normal. Jack tenía todas las cartas y yo ninguna, pero peor aún era saber que Jack había arruinado mi vida. Aun así, el hermano de William había previsto todos y cada uno de los movimientos de aquel plan e iba a salirse con la suya.

—Ponte el vial. —Me ordenó eso a la vez que hundía el cuchillo dentro de la herida y William gritaba.

Sin pensarlo dos veces y ante las negativas del soldado me inyecté la segunda dosis. Esta vez ya no fue tan sencillo soportarlo. El enfado que sentía solamente se volvía más y más intenso hasta nublarme el juicio. Y a diferencia de en otras ocasiones, esa vez mi mantra se había desmoronado por completo. Mi padre no era un monstruo. El monstruo estaba allí conmigo y podía ir a por él.

Comencé a correr hasta que el grito de William me frenó de nuevo. Lo miré y vi que su hermano seguía hundiéndole el cuchillo. Quería controlarme por él, lo juro, pero no podía apenas. Solamente conocía un método y lo usé. Me disparé en el hombro entre gritos que no sabía si eran míos o de William. Sin embargo, funcionó. La pérdida de sangre redujo mis niveles de toxina y solo en ese momento recuperé con gran esfuerzo la cordura.

Si quería salir de allí con William tenía que aguantar dos dosis más de toxina. Y la dosis sorpresa. Dado el punto en el que estaba me pareció

imposible, pero no iba a rendirme sin intentarlo.

—Tercera ronda. Dame la información. —Me encontraba mareada y comenzaba a sudar en frío.

—Eres fuerte. Eso no puedo negarlo. —Se acomodó sobre la pared y luego miró a su hermano que tampoco tenía buen aspecto. —¿Por eso te gusta?

—Jack dile lo que hayas planeado. —William tiró con rabia de las esposas antes de toser dolido por su herida.

—En los informes de tu padre el doctor encontró algo muy interesante. Al menos a él le resultó interesante, yo prefiero que esté muerto y que se llevase el secreto a la tumba. —Abrí la boca en señal de sorpresa y él se encogió de hombros con indiferencia. —Cuando te vuelves un monstruo, no te importa serlo un poco más.

—¿Qué descubrió?

—Que había una cura. El patrón del regulador que tienes en tu ADN es la clave. Tu padre tenía el remedio para el fin del mundo, el problema es que nadie lo quería.

—¿Cómo no iba a quererla nadie?

—Ya me entiendes, los gobiernos querían un ejército. En concreto, China quería una guerra y que mejor forma para debilitar al enemigo. Al final, la solución murió con él y no me arrepiento. Yo no quiero una cura a estas alturas. ¿Cómo voy a vivir siendo normal otra vez?

—¿Por qué me cuentas esto entonces? —Dije a la par que apretaba los dientes de tanta tensión que sentía.

—Porque no cuento con que salgas viva de aquí hoy. Ponte la tercera dosis, Charlotte.

—¡No! ¡Para! —William me miraba al borde de la locura. —Charlie, vete. Si lo que dice es verdad, esto es una trampa. Nos está utilizando para matarte a ti y destrozarme a mí.

—No puedo irme sin intentarlo, William.

Impacté la aguja contra mi cuello y el líquido comenzó a bombearse por cada célula de sangre de mi cuerpo. Tenía claro que iba a descontrolarme y que Jack repetiría estrategia. No podía ir a por él sin herir a William a cambio. Me fui directa a la pared del fondo y la golpeé con todas mis fuerzas. Iba a destrozarme el puño pero me daba igual. Poco a poco el dolor comenzó a calarme y conseguí retomar ligeramente el control.

Miré a Jack en busca del siguiente paso que era la cuarta dosis. La que conseguiría que William quedase libre.

—Suéltalo. —Le ordené a su hermano con la ira todavía a flor de

piel.

—¿No vas a despedirte?

—¡Qué lo sueltes! —Grité exhausta ya de aquel juego.

—Jack por favor, para esto. —William estaba llorando y me miraba abatido.

—No va a pasarme nada malo, te lo prometo.

—No merezco la pena, Charlie.

—Eso no es verdad.

—¿Cómo sabes que vas a aguantarlo?

—Porque ahora sé que todo lo conocía de mi padre era real.

—Los dos a la vez.

Jack colocó la llave en las esposas y yo cogí el cuarto vial temblando. Miré a William con la poca ternura que mi cuerpo albergaba y lo vi negarme una última vez con los ojos llenos de lágrimas.

Aquel nuevo suero entró en mí a la vez que su hermano abría las esposas. William salió disparado hacia donde estaba yo. No dudó ni un segundo sobre si podía atacarle o no. Sin embargo, a diferencia de los otros sueros, ese no desató más ira de la que ya tenía, fue como una fiebre ardiente. Sentía la sangre hirviendo por dentro de mí y pronto dejé de percibir el exterior. Me hundí en una espiral de gritos y dolor, veía imágenes en mi cabeza que llevaban bloqueadas demasiado tiempo y sabía que había una nueva verdad detrás de ellas.

Me encontré a mi padre. Y por fin pude mirarle con otros ojos, sin odio y solamente con admiración. En cambio, él parecía triste. No desprendía la misma alegría que solía, no tenía esa extensa sonrisa en su rostro. Abrió los brazos y entonces fui hacia él. Me envolví bajo su abrazo y respiré feliz. Encontré paz y descanso. Mi padre besó mi cabello y lo acarició como solía hacer y cuando levanté la vista hacia él de nuevo, solamente encontré arrepentimiento.

—Si no lo hubiese empezado, no habría nada que arreglar. —Tenía lágrimas en los ojos y yo también.

Aquella verdad me afligió. De no haber comenzado aquel estudio, nada habría pasado. Y en cambio, aunque mi corazón quería aferrarse a esa idea y usarla para continuar. Mi cerebro levanto las manos en señal de pausa, rechazó todas las excusas y solamente me quedó admitirlo y perdonarle para siempre. En ese instante, el corazón volvió a bombear y yo abrí los ojos de nuevo.

William me presionaba el pecho realizando el protocolo estándar de

reanimación. Tuve que sostener su mano para detenerle y hacerle ver que estaba de vuelta. Cuando nuestras miradas se encontraron de nuevo lo vi respirar. Se dejó caer a mi lado, rendido y agotado. Yo le sonreí débilmente a la vez que me incorporaba y unas pequeñas líneas tiraron la comisura de sus labios.

—Vas a acabar conmigo. —Bromeó él y la felicidad inundó su rostro.

—Tu vida era muy aburrida sin mí.

—No te haces una idea.

Se acercó y hundió su lengua en mi boca con ímpetu. Entre risas y felicidad todavía ninguno parecía recordar que Jack continuaba ahí. Que el juego no había terminado y nuestro momento de triunfo fue interrumpido por el aplauso de su hermano. En ese mismo instante, William pareció recordar su instinto de soldado, se levantó ignorando la herida de su abdomen y cogió mi pistola.

—¡Oh, oh! Baja eso hermanito. —Jack agitó el último vial en su mano. —¿No quieres saber que hay aquí dentro?

—Es la cura. —Me costó ponerme en pie, pero tenía clara la estrategia de Jack llegados a ese punto.

—Fuerte y lista. No voy a negar que pensé que morirías, pero necesitaba un plan B por si acaso vivías.

—No es tan espectacular Jack. —Detecté ofensa en sus facciones y continué. —Te has guardado la cura para asegurarte salir vivo. Si yo moría, William se quedaría destrozado como para perseguirte. En cambio, si vivía los dos querríamos verte muerto.

—Puedes tener lo que siempre has deseado. Si me matas, caerá al suelo y adiós vial.

Me quedé en silencio. Ese pequeño frasco contenía una decisión demasiado importante. Aunque si me tomaba aquello tampoco sería libre. Ya simplemente el hecho de que la cura residiese en estudiar mi ADN me ponía, no solo una diana en la cabeza, también cargaba sobre mis hombros un peso que no podía soportar. Una parte de mí deseaba con todas sus fuerzas ese frasco, pero si yo me curaba posiblemente la cura muriese conmigo al volver mi ADN al estado normal. La otra parte, sabía que lo correcto era permitir que el mundo sanase a costa de un pequeño esfuerzo.

Cuando miré al soldado que tenía a mi lado, seguía aun con el arma en alto y apuntando a su hermano. William quería venganza y yo también. Rechazar la cura suponía renunciar a mi libertad para

convertirme en una rata de laboratorio de forma voluntaria. Con ello, rechazaba la oportunidad de una vida juntos, levantando de nuevo la barrera entre él y yo.

—No le debes nada a nadie, Charlie. —Como si la duda se hubiese reflejado en mi cual espejo, bajó el arma.

—Sería lo más egoísta que habría hecho nunca. —Me dolía tanto como a él rechazarla. —No puedo.

—No es justo.

—Tú me dijiste que la vida no lo era. —Levanté su brazo con el arma hacia su hermano de nuevo.

—Yo no sabía nada de la vida hasta que te conocí.

Su hermano en cambio no pretendía renunciar a su mutación por mi culpa. Comenzó a caminar hacia nosotros decidido y William dudó. No sé si porque no era capaz de acabar con la vida del otro hijo de sus padres, de la última familia que le quedaba, o porque creyó que yo merecía aquello. Al final, Jack llegó hasta nuestro lado y sin previo aviso se lanzó a por mí. La aguja se clavó y la cura se filtró en mi cuerpo al igual que los otros cuatro viales anteriores. Para cuando William disparó era tarde. Si bien se hizo justicia y su hermano cayó al suelo, mientras el soldado soltaba el arma acobardado por su acto, se cometió de la misma forma un crimen contra el mundo negándole la opción de sanar.

La fuerza, ira y rabia que había sentido durante tantos años se alejaron por fin devolviendo a mi cuerpo la debilidad, paz y ternura.

William seguía paralizado cuando fui hasta él y lo obligué a mirarme. En ese momento reaccionó, me inspeccionó de pies a cabeza y después de comprobar que no tenía más lesiones que las que ya conocía me envolvió en sus brazos.

—Tienes que irte. —Fueron sus primeras palabras mientras inspiraba mi olor.

—Tenemos.

—No. —Sus manos sostuvieron mi rostro, mientras él miraba cada lunar de mi piel grabándoselo a fuego.

—¿Te estás despidiendo de mí?

—Solo quiero que seas feliz y vivas esa vida que tanto deseas. —Volvió a mirarme, mientras yo comenzaba a llorar y él negaba mis lágrimas. —A nadie más le hará ilusión ir a comprar el pan, pero a ti sí y no voy a permitir que renuncies a ello.

—No lo necesito. —Reí ante su broma y él conmigo.

—Al que no necesitas es a mí. A mi lado jamás vas a estar a salvo, jamás podríamos hacerlo oficial sin admitir que te has curado, y entonces dejarías de ser libre porque todos sabrían la verdad. Nadie se conformaría sin analizar tu sangre. No voy a arrastrarte a todo eso por más que te desee cada noche a mi lado.

—¿Vas a renunciar a lo nuestro así?

—Recordaré siempre cada detalle de ti, extrañaré ver cómo me retas cada día y me sacas el dedito ese. Necesitaré verte y besarte cada día y jamás podré agradecerte lo que me has dado, pero sobre todo aprenderé a vivir solo con tu recuerdo porque sabré que eso te mantiene viva.

—No es solo decisión tuya, William. —Protesté ante todo aquello, pero él tenía la decisión tomada.

—Por suerte basta con que uno de los dos decida que no. —Se acercó hasta mi oído. —Has cambiado mi forma de ver el mundo, Charlie.

Sentí como su boca viajaba por mi cuello hasta mis labios. Mordió con suavidad uno de ellos y después los recorrió con ternura hasta que al final su lengua profundizó el beso lleno de desesperación.

Las mariposas en el estómago no son cosa de película, las mías batieron sus alas con fuerza en aquella despedida hasta casi salirse por mi boca cuando nuestros labios se separaron. Sin embargo, inspiré tan profundo como pude devolviéndolas a su sitio y prohibiéndoles abandonar mi cuerpo. Acepté la despedida y me negué a que fuera un adiós, pero no lo dije en voz alta. Los deseos no se cumplen cuando los cuentas.